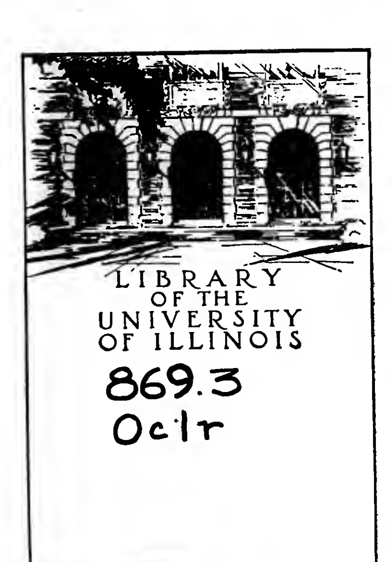


RIQUEZ

BIBLIOTECA de LA NACIÓN

CARLOS MARÍA OCANTOS

RIQUEZ



BUENOS AIRES
1917

Imp. de La Nación.—Buenos Aires

RIQUEZ

I

«Empiezo por declarar...» Así daba comienzo a sus memorias mi tío, el famoso don Perfecto, en la historia Juan de Dios Riquez, las mismas que yo descubrí en su papelera el día de su muerte y contra su voluntad expresa, y furioso de saberme desheredado, publiqué en seguida, por sacar siquiera cuatro centavos. Y así debo comenzar yo las mías, que escribo y quiero publicar, llevado del mismo deseo de lucro, nueva tentativa que hará el diablo, mi patrono, que salga mejor que la otra, y para ello pondré todas mis malas artes y exprimiré toda la hiel de mi corazón perverso. Porque si a las mieles de don Perfecto el público no acudió como las moscas, creo que acudiría y se atropellaría si escribo con tinta verde y pinto de verde la carátula de mi libro. Y aquí encaja la declaración que estoy obligado a hacer al empezar : ni estas memorias son las de un viejo, pues

apenas he rebasado los cincuenta años, ni tienen de verde más que el adjetivo atrayente puesto de señuelo en el subtítulo. El engañar al público no estará bien en espíritus rectos; pero para mí, Arturito Riquez, engendro infernal, por extraño atavismo, sin duda, de aquellos dos ángeles terrestres que se llamaron Arturo Riquez e Isaura Maltán de Pablos, el público no merece otra cosa. De modo que el que no quiera seguir adelante, que no siga; aunque de nada le valdrá la resolución, pues ya habrá soltado los cuartos, si antes de comprar el libro no tuvo la precaución de leer esta primera página.

Ahora bien; a mí se me ocurrió escribirlo porque mi tío don Perfecto afirma que todas las desdichas de su vida las padeció por bondadoso, y siendo yo el tigre de la familia, las he padecido más grandes todavía, y me encuentro a la fecha desvalido y aperreado, cobijado por caridad en un mísero rancho del millonario Esquendo, en el mismo campo del Trigal... ¡que fué mío! mío este campo, todo este campo ¡mío! ¡parece mentira!... esperando los años que me falta que cumplir para poder ingresar en el Asilo de Ancianos de Belgrano, fundación de mi tío, quien fijó los sesenta de edad, y aquí está la prueba de que no soy viejo. Deseaba refutar, con la sola exposición de mi vida y milagros, la equivocada teoría de aquel digno pariente mío, de que en mi propia maldad encerraba el secreto de ser feliz; pero, como yo no sé escribir con literatura (esto fuera lo bastante para que escribiera), borroneé sendas cuartillas y llevé mis apuntes al gran don Benigno Landín, «el

maestro español castizo e intransigente» (1), pidiéndole que los corrigiera, los ordenara y depurase de todo aquello que no le pareciera correcto, en lo que toca al lenguaje; que en lo relativo a hechos e ideas, no consentía que los vistiera de otro modo que yo los había vestido. ¡Y vaya si es intransigente el don Benigno! Se avino a encargarse de la pesada tarea, «por encontrar—me dijo—un fondo de sana moral» en mi escrito (¡esto sí que es bueno! ¡Moral yo! ¡Al diablo se le ocurre buscar flores en un pantano y, lo que es más peregrino, encontrarlas! ¡Moral yo! Es decir, que escribo un libro todo lo verdoso que mi mala vida me permite, y me resulta rosa o lila, propio para señoritas); se encargaba de ello, repito, siempre que yo me aviniera también a dejarle cortar, desbrozar y escardar a su sabor en aquel matorral de hierbas ponzoñosas.

—Señor mío—me advirtió—, hay que adecentar todo esto... Usted no sale a la calle con el faldón de la camisa fuera, y si sale, se reirá el público e intervendrá la autoridad.

—Adecéntelo usted, señor Landín—contesté vencido—; pero, no tanto que parezca finchado, otro que yo, que no lo soy. ¡Y por los cuernos de Satanás!, no le quite todas las verduras, que no voy a vender el libro.

De esta porfía con don Benigno salió el que él haría del texto lo que mejor le cuadrase, y que se pondría lo de *viejo verde* en el subtítulo, a fin de satis-

---

(1) *El Peligro*.

facer mi deseo de que mi libro verdeara por alguna parte. Quise que en la carátula se espatarrara una linda dama, vestida nada más que de sus rosadas carnes; pero el terco del maestro aquél se opuso, y si yo insisto, me devuelve el manuscrito y se queda mi obra inédita. ¡Maldita sea la moral, máscara hipócrita que está uno obligado a llevar para andar por el mundo!

Echenles ustedes la culpa, por lo tanto, a don Benigno Landín de que yo les haya engañado, y de cuantas lagunas y deficiencias hallaren en mi relato; que yo he puesto de mi parte cuanto me ha sido dable para que saliera bien picantito y sabroso, no dejando una sola aventura de bulto por señalar, cuanto más escandalosa mejor; ni un pensamiento mío por descubrir, cuanto más atrevido, más desvergonzado y más herético, en lo que atañe a usos y modos sociales, archimejor. Si nada de esto encuentran, culpa es de don Benigno. ¿A mí qué?

No he de insistir sobre mi infancia y mi juventud. Ya mi bienaventurado tío (1) me retrató del natural con tinta china. No hay dos pareceres respecto a mi perversidad nativa, y yo confieso que dentro de mí no he sentido aletear otro espíritu que el espíritu malo. Aquella voz que, según dicen, se escucha en el silencio del alma, y llaman conciencia, no la he oído nunca. O es ella muda o yo soy sordo. Al contrario: en toda ocasión de indecisión para ejecutar un acto de estos que los timoratos y los respetuosos de

(1) *Don Perfecto.*

las leyes califican de punibles, he experimentado el impulso de la sangre aguijoneándome para cometerlo; jamás la parálisis de la voluntad, que determina el prudente consejo o la sabia advertencia interior. De suerte que, de niño y de joven, no conocí freno para mis caprichos y locuras, y sólo el pretender ponérmelo bastaba para desbocarme, enceguecerme y estrellarme en lo que tuviera delante. Sabido es que a mi tío le causé muchas aflicciones, la más gorda aquella de la venta de este campo, apenas llegado a mi mayor edad. Y ya que de esto hablo, que es punto capital en mi desastrosa vida, a pesar de los perjuicios que me trajo y del disgusto que no puede dejar de producirme verlo en ajenas manos, asilo caritativo del que fué su propietario, declaro que bien vendido estuvo porque me proporcionó el amor de aquella mujer deliciosa, de aquella arca de gracias que se llamó ¡la Ginesa! ¿Un año de delirante amistad con la Ginesa, de embriaguez suprema, no vale este campo y más que hubiera tenido? ¿De qué sirven entonces los bienes de la tierra, si no sirven para procurarnos placer? ¿Será mejor encerrarlos avariciosamente y suspirar con pena a cada pellizquito que la necesidad obliga a darles?

Rotas mis relaciones con mi tío Juan de Dios, de quien esperaba ser el heredero, me lancé de cabeza por los vericuetos de la vida alegre, completamente desbocado, y cuando a su muerte conocí su testamento y me quedé sin esperanzas, pasaron para mí los años perdidos en las catacumbas del vicio bonaerense. No insistiré tampoco sobre mis tumbos de período

tan accidentado, que sólo de recordarlos se me va la cabeza, como si la tuviera todavía cargada de vino. Mis grandes amigos de esa época eran muchos de los que hoy figuran en política y en sociedad, graves personajes que ya no me conocen. ¡ Cosas de la suerte, que arrastra a unos al fondo y a otros mantiene sobre el espumarajear de la vida ! Me llamaban el loco Riquez, y mis locuras son legendarias. De ninguna quiero acordarme. De juerga en juerga, de tasca en tasca, nos divertíamos de lo lindo. Un mismo ideal nos unía : el placer.

Entonces vivía yo de los sablazos y de las cartas ; después, cuando las carreras tuvieron una organización oficial e imperaron en las costumbres, de las carreras de caballos. He vivido, puedo decirlo, de las carreras. Unas veces solo y tímidamente, cuando andaba de capa caída ; otras triunfante y locamente con Rómulo Pares o con Asnabal o con Guerra (siempre me ha gustado escoger mis amistades en el jardín de la aristocracia, que aristócrata soy yo también), se me ha visto en Palermo ganar y perder. Cuando ganaba, era la vida de lujo estrepitosa : cenas en la *Rotisserie*, teatros, partidas alegres a tutiplén ; si perdía, me eclipsaba, desaparecía por una temporada más o menos larga, oculto en cualquiera de los rincones humildes que sabían brindarme generosa hospitalidad : la china Serafina, tan carnosa y bonachona, que me servía unos mates de leche con canela exquisitos ; Petra la gallega, que me cuidó en unas tifoideas como hermana de la caridad, y a quien correspondí mudándome a casa de otra española ami-

ga, cuando estuve sano, Soledad de nombre, y hurtándole un imperdible de piedras finas, que me hacía mucha falta; y en estos últimos tiempos, particularmente duros, frecuentemente tempestuosos, la Almaviva, allá por el barrio de las Ranas, una italianota frescachona, que se decía condesa y se moría por mí, adorándome como a divinidad y que gustaba mucho, sobre todo, de hundir los dedos crasosos en mi cabellera castaña, entonces ¡ay! más espesa que la de Absalón.

Ella, la Almaviva, me daba de comer buenos tallarines y macarrones; llevaba a empeñar mis prendas de lujo y desempeñaba siempre que sus ganancias de carnicera se lo permitían; me trataba a cuerpo de rey, enamoradísima de mi salada persona. Porque, aunque no soy ni guapo ni buen mozo, parece que tengo un aquél con las mujeres, que las derrito sólo con mirarlas. Bien vestido yo, con una buena levita y mi gran sombrero de copa, le mojo la oreja al mismo Rómulo Pares. Y aun de chaqueta y mal trajeado, el señorío se me sale por todas las costuras junto con los forros, que no en vano desciendo de Riquez y Tejeras.

Esta cualidad de donjuán y petimetre la he aprovechado en toda ocasión con éxito fabuloso, y como eran más las que me tocaba de actuar de *atorrante* que de caballero, cansado de mi china, de mi gallega y de mi condesa lombarda y de sus mimos grasientos, soñaba en alguna vieja rica, viuda o doncella, viuda mejor, que las doncellas empedernidas son muy duras de pelar. Para un matrimonio de este género

tenía yo lo principal : estómago y absoluta falta de escrúpulos. Para mí el dinero, aunque sea una perogrullada decirlo, es el nervio de la vida, y en fabricarlo he agotado toda la alquimia de mi arbitrismo fecundo. Hacer dinero de cualquier modo (siempre orillando el Código penal, se entiende) ; sacar dinero de cualquier parte... ¿Y qué mejor mina que una de estas damas sesentonas, corrámonos hasta los ochenta, blandas de carnes y de sentimientos, golosas de amor y de juventud? En mis días de auge, tan breves, buscaba la dama de mis pensamientos calculistas en la hilera de carruajes de Palermo, sierpe orgullosa que enrosca y desenrosca perezosamente sus anillos sobre el tapete gris de la calzada en sus días de moda, y Manolo Guerra me señalaba ésta, aquélla, con datos numéricos deslumbrantes. Yo no veía arrugas, mofletes caídos, pelos blancos o con tinte... Veía un palacio, criados de librea, mesa suntuosa, una interminable sucesión de días de riqueza sin ocaso. Y veloz partía mi dardo, derecho al tierno vejestorio, que se revolvía en su asiento como si le hubiese picado una abeja, y a la segunda, a la tercera vuelta hétenos ya en elocuente correspondencia de ojos. Así ensayé mi juego dos veces ; en una se me murió de una pulmonía la pobrecilla, misia Romualda Figueras ; ¿no han conocido ustedes a misia Romualda Figueras la ricachona, ya reblandecida de puro vieja? Se pintaba mucho, y un día de amoroso fervor se tragó un diente postizo y casi expira ahogada en mis brazos... Pues, se me murió de una pulmonía días antes del matrimonio civil ; ¡ no haber esperado un

poco la maldita! La otra vez fué con misia Rosario Lahoz de Tejera, algo parienta mía, con más casas que canas en la cabeza. ¡ Ay! ¡ Pensar que yo sería dueño a estas horas de la arrugada mano de misia Rosario y de sus casas! Para mayor encanto, sufría de un cáncer en el pecho y le quedaba de vivir poco tiempo. Y no fuí su dueño porque encontré en mi camino a Coralia Latour...

Coralia Latour era la hija de un ingeniero francés, hermosísima. Todo lo que yo quisiera poner aquí para explicar este adjetivo no bastaría, y apenas si se darían ustedes aproximada cuenta de su hechizo. Tenía los picarescos pómulos de las francesas, cuadrando algo el óvalo; las chapetas carmesíes, los labios gorditos y sensuales, y los ojos de las porteñas, abismos de negrura y de fuego voluptuoso... No seguiré pintando—¿para qué?—si no he de acertar con la realidad, con la pincelada justa, atrevida, que diría don Quijotín del Mediohigo, un personaje con el que no tardarán ustedes en relacionarse. Habitaba Coralia una casita baja de la calle de Junín, casi sobre Rivadavia, y como a esa altura de Rivadavia vivía misia Rosario, en su caserón de columnas color de chocolate, para ir a visitar a mi abuela en vinagre había de pasar por las ventanas de aquella portentosa belleza que entre las rejas se me aparecía como un sol en el zenit, resplandeciente, sola, llenando de luz todo el hueco, o acompañada de otro sol menor, su hermana Marta, que así supe después que se llamaba.

Pasaba yo para mi cotidiana visita de tarde, ya

en el cupé de Pares, ya en el faetón de Jacintito Esteven, siempre en coche prestado, por supuesto, pues un novio pedestre no resulta elegante, y yo a misia Rosario había hecho creer que heredé de mi tío Juan de Dios buenos pesos, y para engatusarla mejor presentábame ante su puerta desempedrando la calle con los cascos de *mi* alazán o de *mis* tordillos. Naturalmente, entre el del coche y la de la ventana se estableció desde luego la correspondencia visual tan conocida y ¡naturalmente!, llegaba cada día a casa de mi avinagrado tormento más ciego del luminar vecino e iba enfriándome por el lado de Rivadavia mientras me tostaba por el de Junín. Misia Rosario me dió quejas, me hizo reproches, y a su babear senil ya no contestaba yo con el persuasivo entusiasmo de antes.

Averigué, solté todos mis lebıeles amigos tras de la pista del ingeniero francés, monsieur Pierre Latour. Y he aquí en substancia lo que logré recoger de mi pesquisa: era muy rico, por su trabajo floreciente y el haber heredado de su mujer, ya difunta, argentina; no contaba más que con aquellas dos hijas y un porvenir brillantísimo, ocupado en obras de la nación, tan costosas como duraderas. La esposa había dejado muchas propiedades urbanas y de campo... ¡Rica y bella! Miel sobre hojuelas. Me pareció más bella todavía, más esplendoroso aquel sol de Junín, y comencé a desertar algunas tardes de la calle de Rivadavia y a faltar a los tresillos de los jueves y de los domingos por la noche, en que iban a hacer tertulia a misia Rosario, misia Casimira, misia Fruc-

tuosa, un cura, dos sobrinos, dos ahijadas y el pescador de testamentarías Sangil. Se jugaba fuerte, hasta la madrugada, las tres viejas, Sangil y yo, mientras el de la sotana dormitaba en su sillón y las dos parejas jóvenes se distraían a su antojo. Yo les ganaba siempre, de suerte o con trampa, y misia Fructuosa chillaba, y misia Casimira se enfurecía y misia Rosario me dejaba maternalmente que hurgase en su cartera por que mis dedos rozaran los suyos cargados de pedrería. El sol de Junín me fué apartando de todo esto, cambiándomelo en odioso martirio. Y tanto me atrajo a su reja, que no me vió más la cara misia Rosario, ni *mi* cupé, ni *mi* faetón volvieron a parecer ante las columnas de chocolate de su casa... ¡ Torpeza insigne ! Como el cuervo presuntuoso, dejé caer el queso de mi abuela millonaria por saborear las dulzuras de la niña de la reja, para sacar en definitiva un desengaño atroz, que equivalía a calabazas tamañas : y fué que, no siendo yo sentimental, sino enamorado de lo positivo, de lo contante y lo sonante, cuando empecé a resbalar por el peligroso terreno de mis relaciones con Coralia la bella, y de las miradas pasamos a las cartitas, y de las cartitas a las palabras, palique de día y palique de noche, me puse a reflexionar, y me dije para mi bolsillo :

—¡ Para el carro, Arturito ! No te precipites, no sea cosa... ¿ Y si lo de las casas y los campos no fuera más que fama o humo, que viene a ser lo mismo? De riqueza y santidad... ya sabes, Arturito, ya sabes. Infórmate bien, por tus propios ojos. Una mujer sin dinero no es mujer : es carga sobre los hombros,

es grillete en los pies, es piedra en el camino. Averigua, averigua.

Conocía yo a un sujeto, empleado en el Registro de la propiedad, y a él me dirigí con mi embajada, y el bueno del hombre, que me estimaba mucho (el loco Riquez ha sido siempre muy estimado; ¿han visto ustedes algún bellaco que no lo fuera?), pues, el tipo aquel que tenía por nombre, lo soltaré, Harmodio, y era un oficinista empecinado, algo alegrón en sus domingos, se prestó uno de éstos a que yo acometiera entre sus libracos la interesante búsqueda del monsieur Pierre Latour o de la señora Eulalia H. de Latour, y hasta me ayudó en el ojeo (sin hache), pero ni él ni yo hallamos rastros de casa (con ese) mayor ni menor, pertenecientes a la franco-argentina familia. Mi sol de Junín se nubló *ipso facto*, y se me antojó fea Coralia: realmente, los pómulos y las chapetas y la manera de pronunciar las erres... Pero ¡qué estúpidos somos! ¡Y que un hombre como yo, tan corrido, cayera en inocentada semejante! ¿Cómo iba yo a componérmelas para mantener mujer e hijos? Pero, ¿acaso pensaba casarme con Coralia, si Coralia no tenía un cuarto? ¡Qué disparate! No volví más por la calle de Junín; no contesté a las cartas de Coralia, y si me la tropezara la hubiese enrostrado furioso el engaño y el embeleco de su carita de virgen boba.

Resolví, por supuesto, reanudar con misia Rosario Lahoz de Tejera. Los ancianos no son rencorosos (ejemplo: mi tío Juan de Dios, que no hubo trapisonda mía que no me perdonara, menos la última

y más gorda) ; el corazón, debilitado del mucho latir, del mucho sufrir, no es tan sensible, ni la memoria, abrumada de recuerdos, tan despierta : viven más en el pasado que en el presente. Me disculparía con ella, con buenas palabras azucaradas ; le besaría las manos, haciéndola cosquillitas con mis bigotes ; la llamaría Rosarito, diminutivo tan de su gusto. Me dejaría ganar al tresillo y en tres o cuatro días no haría trampas, a fin de conquistar la simpatía y la gratitud de misia Casimira y de misia Fructuosa. Tan excelentes propósitos me llevaron un jueves en *mi* faetón a la calle de Rivadavia, sin pasar por la de Junín, que por allí no pasaba ni a tres tiros ; pero, apenas llamé y vino la mulata Gertrudis, me dió con la cancela en las narices.

—De parte de mi señora Rosario que se sirva usted no volver por aquí, que aquí nada tiene usted que hacer.

—Pero, Gertruditas, hija mía—protesté yo desconcertado—. ¿Qué dices? ¡Tanta grosería conmigo, Gertruditas! Sin duda te equivocas, y tal recado no reza conmigo.

Torciendo la trompa se alejó la mulata sin dignarse contestar, y me vi obligado a retirarme, oyendo las risas de la tertulia en pleno. Así perdí la mano y la gaveta de aquella anciana meritísima, que otra igual no encontraré jamás, y más lo sentía porque en el Registro de Harmodio su nombre me saltó a la vista, con relucir de oro, cual si en oro estuviera estampado, tantas veces, lo juraría, como hojas entreabrí. No me lo perdono. ¡Ah, Coralia maldita!

Coincidió tan grande desventura con una racha de perder en el Hipódromo, que dijérase echaba el perro destino una manea a todo caballo al que yo apostase. Muchas veces las he padecido, pero tan constante, tan prolongada, nunca; temporal de suerte negra inaguantable. Entonces sí que mis caballos andaban con mala pata y yo también, en el garito y en todas partes, de manera que caí en tierra y por la centésima vez en los brazos hospitalarios, untuosos y colorados de la condesa de Almaviva, mi patrona de las Ranas, que en cada éxodo de los míos y al regreso del pródigo, me decía en su lengua:

—El que se va y vuelve es porque bien quiere. Al fin te quedarás conmigo hasta la eternidad.

Siempre que salía por este registro la carnosa italiana, el poquito de dignidad, sedimento del abolengo, que en mi fondo se asienta, se me revolvía como el poso de un líquido en un vaso. Esta vez no se me revolvió, porque oí que añadía:

—Andas detrás de la riqueza, tú que la llevas en el apellido, y no sabes que ahí en ese armario voy guardando tu dote y la mía para cuando nos casemos.

La atrevida insinuación, así aderezada, ya me pareció otra cosa y hasta bella la ordinaria mujerona, y su arrepollada falda de percal color café, la pañoleta de algodón de flecos verdes, la cabezota de Medusa erizada de trencitas aceitosas, sus manos y sus pies de menestrala, modelo de elegancia y de finura, que tanto puede mi señor Don Dinero. Y palacete la vivienda de madera sobre cuatro estacas, en el barrio lacustre, que en cada inundación era arca de

Noé flotante. ¡Quién sabe! Buscaba la perdida letra de mi apellido en el revuelto oleaje de la gran ciudad, y quizá estaba en aquel pobre armario de pino sin pintar, debajo de una enagua de bayeta o dentro de una media de estambre. Y si estaba, ¿no valía tanto mi condesa de pega como la dama de mayor copete? La riqueza, como la muerte, es gran niveladora.

En estas vacaciones forzosas, a que me condenaba mi suerte sin entrañas, dejábame crecer la barba, dormía de día y no salía sino de noche, a la manera de la raposa, ya para matar el vicio en alguna taberna vecina, entreverado con turcos, polacos y genoveses, ya para seguir la pista de algún conocido por la Avenida o las cercanías de Florida, huyendo de la luz, emboscándome en la sombra, a fin de que mis malas trazas no ahuyentaran la caza. Y una de estas noches, hará tres años, lo recuerdo precisamente porque ella marcó un cambio de frente en mi vida, vi a Manolo Guerra volver una esquina de la Avenida, acompañado de dos damas y un calavera de cuyo patronímico, austriaco, nunca me acuerdo. Las damas eran las que nosotros llamábamos pomposamente doña Aldonza, nombre rancio, de olorcillo castizo, que sienta admirablemente a su opulenta hermosura, amiga antigua de mi Ginesa inolvidable, y como antigua, algo pasadita y con marchitez de rosa que va a deshojarse, y la tiplecilla del género chico, la Charo, que ha subido como la espuma, de corista a pájara de primera categoría. No acostumbro a atacar sino a los amigos que van solos, y así traté de escabullirme; pero, Manolo, que es muy francote y

generoso, un buen muchacho en la acepción mundana de esta frase, me reconoció en el modo de andar, y con fuerte risa levantó la voz :

—¡ El loco Riquez ! Ya tenemos la partida completa. ¡ Eh, Arturito !

Aunque Arturito no hubiera deseado presentarse con semejante facha ante las damas, ante doña Aldonza sobre todo, tuvo que entregarse cobarde y sumiso.

—El loco anda en la mala—añadió Manolo—. Pues, aun sin afeitar y sin frac, te vienes a cenar con nosotros.

Doña Aldonza y la Charo insistieron porque me fuera con ellos, y nunca sordo al halago de lo bueno, con ellos entré, por la puerta excusada, en un gran café, que no cito por no hacerle el reclamo, encerrándonos en un gabinetito particular, que ni los de París, así sean tal como me cuentan y yo los he soñado. Noche bastante fría de julio, y yo sin gabán, el calor y las luces del gabinetito confortaban el alma y el cuerpo ; para éste, especialmente, que es el que más interesa, hubo ostras, fiambres exquisitos, platos montados y desmontados, dulzuras de todo género y arroyos de champaña hasta correr por el mantel. Debí yo ponerme borracho perdido ; dije los más graciosos desatinos, hice reír hasta llorar a todos, y, por último, soplando mi doña Aldonza al través de un papel de seda sobre un peinecillo, que sacó de su retículo, bailé con la Charo el tango más arrastrado del mundo. Es decir, no uno, sino todos los que me pidieron, y a cada intervalo de descanso echaba

mi sombrero, como los monos de los organillos, recogiendo más de una docena de pesos, lo bastante para una buena ofrenda a la simbólica oreja, que quizá atendería mi súplica al día siguiente. De lo que pasó después, no me acuerdo bien; creo que la soberbia doña Aldonza pegó un mojicón a la Charo, por si esta revoltosa chiquilla se olvidaba de su austriaco para introducirse en el vedado campo de Guerra, y que entre Guerra y el austriaco se cruzaron palabras más o menos vivas, pero sin que subiera la cosa de punto, ni la alegría se apagara por completo... Yo me encontré en un umbral de la Avenida, no sé si soñando o despierto, ya muy de madrugada, y cuando echaba a andar para desentumecerme y tornar, antes de que saliera el sol, a mi agujero, se me apareció, entre la niebla del amanecer, el Padre Eterno, el mismo Padre Eterno en persona...

Tenía yo la cabeza despejada, lo bastante para reconocerlo desde luego: lo había visto en las estampas de casa del santurrón de mi tío, con aquellas barbas asirias de algodón rizado, el color encendido de cromo y el aire de buen señor que se asoma a su balcón de nubes a mirar a nuestro mundo, dando volteretas en el espacio; lo había visto en su despacho del palacio solariego aquel día que, ciego de pasión juvenil, fuí a venderle por un plato de lentejas la herencia de mis mayores. Porque este Padre Eterno a que me refiero no era otro que el señor don Fabio Esquendo, con sus barbazas y todo, que en esta madrugada me tropezó, me reconoció, y condolido, a lo que dijo, de verme tan derrotado, me cogió por el

brazo y me llevó buen trecho de calle exhortándome, ofreciéndome consejos y protección.

—Pero, señor Riquez, ¿cómo es esto? ¡Usted así! Tan grande amigo como fuí de su excelente tío don Juan de Dios...

Yo, que no creo en los hombres honrados ni en las mujeres virtuosas, y busco siempre en toda humana acción el móvil mezquino que forzosamente ha de impulsarla, me preguntaba qué podía importarle al señor don Fabio Esquendo, el millonario que había redondeado su estancia del Trigal con el mordisco de mi haber, que vagara yo por la Avenida a tales horas, medio ebrio, con el sombrero metido hasta las orejas y sin gabán. De seguro, el remordimiento de su comercio leonino, al darse de cara conmigo, le picó la conciencia.

—Ante todo—se adelantó a explicarme el señorón de *La Justa*—, no vaya usted a hacer calendarios porque me encuentra a estas horas en la calle; vengo de la boda de uno de mis innumerables parientes.

Bueno. ¿A mí qué? Y echándoselas de tierno, revenido de compasión por el sobrino desgraciado de aquel santo varón, tan acertadamente bautizado con el nombre de don Perfecto, añadió don Fabio:

—¿No cree usted, Riquez, que a su años...?

—Cuarenta y siete con pico—le interrumpí yo.

—Pues, a los cuarenta y siete y pico, ¿no cree usted que es hora de sentar la cabeza?

—Sí, señor—contesté—; siempre que haya donde sentarla.

—Hay empleos del Estado, empleos en el comer-

cio, empleos en el campo... El trabajo es dios soberano y generoso que aquí a nadie desampara.

—¡ Yo soy pájaro libre y no de jaula, señor Esquendo, y seré siempre independiente, jamás siervo ni esclavo de gobiernos ni de nadie !

—Usted es un rebelde—dijo paternalmente mi interlocutor—, un rebelde consuetudinario. Mire usted, Riquez : salgo de una casa donde reinan la fortuna, la felicidad y la alegría. Hace mucho frío. Yo estoy bien abrigado y usted no lo está. A mí me sobra todo lo que a usted le falta. No sea díscolo, deje de ser rebelde y escúcheme : en aquel campo del Trigal, que usted me vendió, tengo yo un *puesto* libre que desde luego puede usted ir a ocupar ; hay rancho, una majada de ovejas, unas vacas. Allí no hay nada que hacer, no hay patrón que soportar. El rancho será suyo, los animales serán suyos, la tierra también será suya, si a ella sabe usted apegarse. Disfrutará usted, además, de un sueldo de cien pesos mensuales. Para mayor comodidad y ventaja, no tendrá usted nada que agradecerme... ¡ Si viera usted lo cambiado que está todo aquello ! De lo que fué su campo, y gran parte del mío, han hecho un nuevo partido, segregándolo del Trigal, el que tiene por nombre General Ordenado. El pueblo, con su iglesia, su escuela, y su caserío bonito y alegre, queda sobre la orilla derecha del arroyo del Cura Magro, que viene cortando el campo desde el Trigal y pasa a unos metros no más del puesto *La Vizcachera*, que así le llaman. Estará usted, pues, cerca del pueblo y lejos, muy lejos de *La Justa*. A mí no me verá la

cara para nada, si no quiere vérmela, ni a ninguno de mi familia tampoco. Mi mayordomo, Patricio, una vez que le dé posesión, y salva tal cual visita inspectora de puro cumplido, no parecerá por allí, si usted no lo busca o lo llama. Conque piénselo bien, Riquez, ¡decídase y váyase a General Ordenado! Perdido en la capital, puede todavía encontrar en el campo la tranquilidad, la salud, y ¿por qué no? la riqueza también.

Me estrechó la mano y desapareció entre la neblina. Era el Padre Eterno que cerraba su balcón de nubes...

Yo, que comenzaba a despejarme con el fresco de la mañana, me sentí más mareado entonces que si me hubieran metido en un barco. No me explicaba bien aquello, y menos la misericordia tardía del señor de Esquendo, mendrugo de caridad al pordiosero que la ocasión nos soltó al paso, como perro hambriento. Lo pensaría bien, ¡ya lo creo!, porque el espejismo bucólico, panacea de regeneración, que el barbudo filántropo había hecho brillar ante mis ojos, no me seducía, no acababa de seducirme, a mí, el correntón callejero, el elegante de club y de Palermo cuando la suerte quería, sin hábitos ni gustos campestres. El campo sería la tranquilidad, la salud y también la riqueza, ¡qué diablo!; pero era el destierro, la soledad, el aislamiento del medio lujoso a que me he sentido siempre atraído y que es como la esencia de mi espíritu sibarítico. ¡Yo en un poblacho! ¡Yo en un rancho! ¡Yo en *La Vizcachera!* Pero, ¡qué cosas tienen estos hombres caritativos!

¡ Y qué ingenuidad la de pretender arrancar la raigambre del vicio, como un hierbajo que brota inocentemente a flor de tierra !

Odio al sol, y si pudiera apagarle como a un farol que estorba, le condenaría a obscuridad perpetua. Noctámbulo recalcitrante, me las compongo mejor con la luna y las estrellas ; con éstas, porque, ocupadas en hacerse guiños unas a otras, poco tiempo les queda para curiosear, y con aquella alta y sobajada señora, por discreta.

Pero el sol, el escandaloso lampión que todo lo escudriña, que todo lo destapa... Ya colgado sobre el horizonte, por el largo camino hasta mi covacha lejana, fué voceando :

—¡ Miren a Riquez ! Ahí va el loco Riquez. ¡ Miren qué rotos lleva, qué lamparones y qué ojeras ! ¡ Vaya una facha la de Riquez ! Y sin gabán, con un frío que pela. ¿ A que lo ha empeñado? ¿ A que sale de alguna timba? En la chaqueta, por la espalda, se le abre una costura, y en los pantalones, por abajo, le cuelgan los flequillos. Su sombrero está abollado, sus narices rojas, no de frío, sino del vino. ¡ Pobre Riquez !

Afortunadamente no encontré a ningún conocido, que la única vergüenza que conozco es la de presentarme de día mal trazado. Rara vez me acontecía esto de que me sorprendiera en la calle mi rubio enemigo, y por huír de él y de sus voces indiscretas, renegando del Padre Eterno y de sus bondades, causa de mi retardo, iba sin mirar otra cosa que las piedras y las losas, y ya en mi barrio, los charcos, que cru-

cé a saltos, y gracias que no había que hacerlo en canoa. Acostumbraba mi Almaviva, Rosina (¿qué otro nombre podía llevar la condesa de Almaviva sino el melódico y barberil de Rosina?) acostumbraba, digo, a marcharse tempranito a su puesto del mercado, dejándome la llave debajo de la escalerilla, en un resquicio que yo conocía muy bien. Cogí la llave y entré en la covacha, muy grande y atestada de muebles, bastante decentitos, de trapos que colgaban de las perchas, de cajas y baúles que ocupaban los rincones y de estampas de la Madona pegadas a las tablas de la pared, unas en marco, otras con cuatro clavos, supersticioso emblema de vigilancia y protección, del que yo hacía mofa, por supuesto, siempre que quería enrabiar a mi gringa. Dividíase la habitación en dos, la más espaciosa era la mía; la pequeña, separada de la otra por una cortina de zaraza rameada, pertenecía a un turco, vendedor de pieles, que compartía conmigo, no sé si en todo o en parte, la hospitalidad de la carnicera. Acerca de esto, nada he de decir en concreto, porque, celoso únicamente de mi comodidad y bienestar, nunca me molesté en averiguarlo ni me preocupó siquiera.

Me desplomé sobre la cama matrimonial, la mía, tal como estaba, sin ánimos para abrirla ni para desnudarme, y en el almohadón muy planchado, de ordinarias puntillas, enterré la cabeza. Traté de dormir. Y no porque el ruido de fuera o el pícaro sol, que al través de rendijas y agujeros se asomaba, me lo impidieran: no podía dormir, revueltos en mi cholla hecha tarumba el sonsonete del peine de doña Al-

donza y los consejos del Padre Eterno. En un momento que logré amodorrarme tuve una pesadilla risible, en que vi bailar tango al turco, mi vecino, con doña Aldonza y al Padre Eterno con su contemporánea misia Rosario Lahoz de Tejera. El tufo de quina y rosa con que la condesa perfumaba su testa de Medusa me cosquilleaba en las narices... ¡Había que pensarlo bien! ¿Aceptaba o no aceptaba la propuesta de don Fabio Esquendo? Supongamos que no la aceptaba y que la racha que me perseguía se prolongaba, se estacionaba, se eternizaba; supongamos que la aceptaba, y la veleta giraba en sentido favorable; supongamos que antes de aceptarla tentaba de nuevo a la fortuna: tenía doce pesos en el bolsillo, ¡doce pesos! Supongamos...

—Piénsalo bien y no te hagas un lío, Arturito, con tantas suposiciones, y no des a la Historia nuevo motivo para llamarte loco—decíame a mí mismo—. Estás en una hora psicológica de tu vida, de esas que resuelven y trastornan los destinos.

El armario de pino blanco, enfrente de la cama, me presentaba su lisa fachada, arca de misterio. Allí dentro, debajo de una enagua de bayeta, en el pico de un pañuelo, en un sobre sucio de tanto palpar, se hallaba quizá la solución del problema. Supongamos, ¡y va de suposiciones!, que los ahorros de la Almaviva fueran ya suficientes para poder acariciar la idea de que en un año, en dos años, el enunciado proyecto fuera viable... La Almaviva ganaba y ahorraba mucho; a la Almaviva le había tocado dos loterías... Pues, si conseguía saber cuánto guardaba

la Almaviva en el armario, si no en billetes, por algún documento representativo, escritura de propiedad, recibo de depósito, o si la fortuna dejábase ablandar, no siendo la propuesta de Esquendo a plazo fijo, a tomar o desechar en el día, todo se arreglaba sin trabajo ni quebradero de cascos. A registrar ahora el armario, pues ; a jugar luego los doce pesos.

Yo conocía el escondite de la llave del armario. Por desconfianza del turco y mía, la ocultaba Rosina en las profundidades del seno, y tal cual vez sobre una de las vigas del techo. Me levanté, me encaramé sobre un baúl de aquellos y metí los dedos entre las telarañas... ¡ Estaba la llave ! La agarré con ansia, y si fuera para robar no me diera mayor temblor. Cuando la hurté a Petra la gallega el imperdible de piedras, por necesidad, por terrible necesidad, única vez que a semejante acción hube de ceder arrastrado, y ya esto es un mérito, me parece, en mi hoja de servicios, no temblé... así, no llegué a temblar en absoluto. Un salto, tres pasos, y me encontré delante del armario. Tenía tiempo. Eran las doce, digo yo que aproximadamente serían las doce, pues mi reloj, bueno, gracias, y en la habitación no existía ninguno, ni se oía ninguno vecino. Hasta la una no regresaba Almaviva para la comida. Había tiempo.

Abrí, y en las entrañas del misterio introduje las dos manos y la cabeza. Para que la Almaviva no sospechase del revoltijo, cuidadosamente levantaba las prendas, y luego de registrar las dejaba en el mismo sitio, tan juiciosas como antes : así destripé medias, desdoblé pañuelos y rastreando por entre los pliegues

de las enaguas y los forros de las faldas, fuí reuniendo cien pesos, doscientos, hasta seiscientos, en billetes varios, incluso de cinco centavos. Hormiguita que aporta hoy un grano, dos mañana, y en larga serie de días pacientemente va rellenando su granero, la Almaviva no perdía su día trabajoso sin cargar para su armario los centavitos del ahorro metódico y parsimonioso. Bueno, seiscientos pesos, pico más, pico menos ; pero, de escrituras, de recibos bancarios, nada... Mis manos pesquisidoras corrían en todas direcciones, buscando, buscando. Y el tiempo corría también, tanto como mis manos, más que mis manos, sin que yo, abstraído en mi grave tarea de arqueo, le sintiera correr, imprudente.

La Almaviva podía llegar, podía sorprenderme. Para llegar no había más que aprovecharse de que yo no sintiera que los minutos volaban. Siempre se anunciaba por un crujido sonoro de la escalerilla y de las tablas del piso ; la vivienda entera se estremecía bajo el formidable peso de sus noventa kilos : distraído y todo, ¿no había de sentirla venir? Pues, no ; aquel día fatal no la sentí. Lo que sentí, de golpe, fué su mano sobre mi cogote, su rugido de leona a quien roban los cachorros, y como a gato al que sorprendieron en flagrante y puerco delito, me vi alzar del suelo lo menos dos palmos y arrojar violentamente contra el tabique, yendo a dar con el hocico, quieras que no, en las plantas de una de aquellas cerúleas madonas protectoras y vigilantes.

—¡ Ah ! *¡ ladro !*

Dolido más de la injuria que del porrazo y del

susto, tuve fuerzas para protestar : ¡ ladrón, no ! ¡ Ladrón, no ! Todo lo que ustedes quieran, pero, ¡ ladrón, no !

—¡ Rosina ! Oyeme, voy a explicarte...

—¡ Ah ! *¡ ladro ! ¡ ladro !*—vociferaba el marimacho descompuesto.

Y cayó sobre mí, me molió a puñetazos, rabiosamente me estampó en la pared, que si, como era de madera y cedía al empuje, es de piedra y resistiese, me despachurra lo mismo que a una cucaracha. Que ésta parecía su intención, no les quedaba duda a mis carnes y a mis huesos maltratados.

—¡ Ah ! *¡ ladro ! ¡ ladro !*

Yo no me defendía. Me entregué a sus manazas vengadoras, y no siendo muy robusto ni corpulento, poco esfuerzo hubo de hacer para cargar conmigo, abrir la puerta y tirarme por la escalera abajo como un fardo. Antes, con febriles resoplidos, me registró los bolsillos para saber si había guardado algo y contó sus pesos del armario. Cuando se convenció que no faltaba uno, cargó conmigo, según queda dicho, y me echó al arroyo, arrojando tras de mí un par de botas, unas ropas, mis útiles de aseo, todo mi equipaje miserable, mudanza singular que anunciaba al barrio, congregado en todas las puertas, alborotado con sus gritos, regocijado y feroz, la tentativa de robo de que yo, ingrato, la había querido hacer víctima. El sol, mi enemigo, se puso de la partida, y me mostró a la pública vergüenza, caído entre el barro, hecho un guiñapo.

Me levanté, y sin recoger nada de lo que me per-

tenecía, salvo el sombrero, tan necesario como la máscara de la moral para discurrir por esas calles, fuí a refugiarme en la *trattoria* o taberna en que solía pasar mis noches. Allí me limpié y compuse algo, y sobre un banco de la salita sórdida reflexioné lo que más me convenía después del batacazo: el Padre Eterno se me aparecía a consolarme, y *La Vizcachera*, en las soledades del campo pampeano, como el refugio del último de los Riquez, del tigre herido que la gran ciudad expulsaba, a semejanza de la airada Almaviva de su covacha.

Los golpes me abrieron el apetito y comí de buena gana y casi alegre huevos con jamón y mi pan francés, y bebí una botella de un *chianti* avinagrado, del que la *trattoria* se ufanaba. No era aquel banquete parecido a la cena de Manolo, pero en mi borrascosa carrera, de altibajos frecuentes, otros peores cayeron en libra, y aun me pasé de ellos, nada más que con agua y con sueño.

Vino el turco por la tarde a decirme que Rosina estaba tan quemada conmigo, que hablaba de dar parte en la Comisaría, y como bastaba la denuncia para que me prendieran, yo, que he cuidado, por la cuenta que me tiene, de no tenerlas con la Justicia, y nunca, aun en mis peores aventuras, la señora Themis logró echarme la vista encima, me disgusté mucho y rogué al mensajero, digno colega mío y ex vecino, que explicara al energúmeno lo que yo no pude explicarle y la persuadiera que si yo me atreví a registrar su armario, no fué en manera alguna con ánimo pecaminoso. Me prometió hacerlo así el turco,

y hasta me indicó que no dudaba que, si yo volvía, la Almaviva me recibiría con los brazos abiertos, pues decía quererme más de lo que yo merecía... Pero, recordando lo de los seiscientos pesos, suma mezquina para pretender retener y sojuzgar a Arturito Riquez, no quise volver, más por esto que por el temor de sus puños robustos, los que, si me abrieron el apetito, me resolvieron también mi problema lindamente.

Estando allí el turco, se me ocurrió jugarle los diez pesos que me quedaban y con barajas señaladas, que nunca me faltan, se los jugué y los perdí, uno a uno, a pesar de las señales, que no sé si advirtió, más trucha que yo o más afortunado. Y así que llegó la noche, firme en mi propósito de huír de la capital, cansado de tanta desventura, sin cuartos y sin ilusiones, dolorido de los golpes de la Almaviva y de la suerte, me encaminé despacio al palacio solariego del Padre Eterno, cual si fuera a la guillotina. ¡ Adiós Buenos Aires ! ¡ adiós mi juventud ! ¡ adiós mi alegría del vivir ! ¡ adiós coches prestados, lujo postizo, mentiras y engañifas sociales ! ¡ adiós Charos y Aldonzas ! ¡ adiós champañas y orgías, hipódromo de mis cábalas, hipógrifos violentos de mis pecados ! El tigre herido, el último de los Riquez, el que por el mal camino debió ser feliz y no lo ha sido, se retira de la arena sangrando por todas las costuras descosidas de su hábito de caballero del sable, y va, tristón mas no arrepentido, porque los caballeros de su calaña no se arrepienten jamás, a aceptar el mendrugo que le tiende, fingiendo blanduras caritativas y nobles alardes,

el señor don Fabio Esquendo, el millonario. Ya llega, al amparo de la noche ; pero la luz del gran portal lo denuncia, y es enseñando todas sus lacras, así exteriores como las de dentro, que del gran señor es recibido. ¡ Para mayor vergüenza, encima de un ojo lleva el violáceo estigma del puño de la Almaviva !

Sí, aunque ustedes no lo crean. Así me presenté delante del Padre Eterno, a recibir la misericordiosa credencial que me concedía el usufructo de *La Vizcachera*, ¡ una partícula infinitesimal del gran todo que fué mío ! Y gracias a ello, desde entonces, de tres años atrás, en *La Vizcachera* vivo.

De cómo vivo, de lo que aquí hago, nada bueno seguramente, lo sabrán ustedes si siguen leyendo este libro, que yo quiero que sea verde, y no permita el diablo que lo destiña mi compilador y comentarista, Landín, de Burgos.

II

Me vine aquí en primera clase, que para eso viajaba a costa ajena y sé dar a mi rango social lo que pide cuando el bolsillo ayuda. Un hombrón de bronce, a caballo, viejo y de grave empaque, me esperaba en la estación del Trigal, y también un carricoche bajo la guía segura de un mozo muy listo, Adolfo, tan serio como su padre, el mayordomo don Patricio. A mí la gente seria me revienta, y el don Patricio y el Adolfito, por lo encarados y apersonados, me hicieron el mismo efecto que dos mastines, y así me reduje a dar la carta de Esquendo al viejo y meterme en el coche sin otros preámbulos de cortesía. Ninguna precaución se había tomado en el Trigal con mi llegada... Pues, cuando se anuncia el cólera, ¿no se alborota el vecindario y las autoridades se mezclan, y todo es susto, alarma, aflicción y trastorno? Llegaba Arturito Riquez, el tronera, dispuesto a arrasar cuanto encontrara, microbio devastador, y nadie se daba cuenta del peligro: la honradez no mostraba inquietud, ni la virtud espanto. Es cierto que llegaba con muy elegante disfraz, hecho un viajero inglés, con gorra de cuadros, capote y dos maletas flamantes, una grande y otra de mano, rellenas de cuanto

necesita un hombre de cierto viso, todos gracias a la liberalidad del Padre Eterno, al que mucho debía remorder la conciencia cuando tales extremos hacía.

Leyó la carta el antipático don Patricio, me miró un segundo con sus ojos de lechuza, y no habló: sin hablar, levantó el rebenque, y esta fué la orden de marcha al través de los campos secos aquella tarde tristona de invierno.

No sé si por esta circunstancia o por el empaque de mis conductores o porque la nostalgia de la capital comenzaba a invadirme, yo no estaba de buen humor. Recordaba que, siendo muchacho, me trajo aquí mi tío Juan de Dios, y paseando en un carricoche igual íbame diciendo:

—¡Todo esto es tuyo, Arturito! Procede de tus abuelos y yo lo he salvado, con mi entereza y las armas de la ley, de manos de la concupiscencia y de la intriga; con mis desvelos lo he mejorado en beneficio ayer de tu pobre padre, hoy de ti. Consérvalo, Arturito. Míralo con los mismos ojos de amor. Aquí murió tu abuela Laurentina, mi hermana. Aquí nació tu padre. En el suelo grabado está y en el aire vibra el nombre de nuestra familia, estos Riquez nobilísimos, de los que yo soy una rama ya vieja y tú un verde retoño.

No sé llorar, ni de nada me emociono, como no sea de palpar la vacuidad de mi bolsillo; pero experimentaba algo raro y desagradable, al cruzar estos campos por vez primera después de aquella visita con mi tío, y sus palabras conmovidas, más que el cierzo, enrojecían mis orejas:

—¡ Consérvalo, Arturito !

Al cabo de dos horas de marcha silenciosa, huraño el broncíneo jinete que galopaba al lado, huraño el chico y huraño y disgustado yo, llegamos, de noche, a este rancho, *La Vizcachera*, y a sus mezquinas puertas nos recibió, armada de una lámpara de aceite, ña Lujana, la vieja gruñona que me sirve; su hija Inocencia, una muchachuela feucha muy pícara, a quien yo por lo mismo llamaba Picardía, pues el nombre de Inocencia le sentaba tan bien como a mí me sentaría el de Angel; su hijo, Amaro, un truhán de quince años, que tan buenas migas había de hacer conmigo, y el perro, Pampero, ladrando con tanta furia como sopla su homónimo.

Se despidieron secamente don Patricio y Adolfito, y yo, seguido de mi nueva familia, entré en el rancho, seguido de todos, menos de ña Lujana, que se demoraba en el umbral para maldecir de los que partían, escupiendo por los portillos de su boca desdentada los salivajos de viejos rencores y de su mal genio.

—Déjelos usted, madre—intervino el mocito con arrastre de sílabas y canturia particular—, déjelos usted y atienda al señor... ¡*Pá* lo que la van a oír! Siempre espera a que estén lejos...

—No, que se lo voy a decir en las *mesmas* narices, *pá* que nos echen y quedarnos sin pan. Muy buenas, señor, aquí estamos *pá* lo que usted guste.

A esta réplica de ña Lujana y amable ofrecimiento, me vi en esta sala, que es comedor y es cocina y depósito de aperos y titirimundi general, oliendo a humo, entre la mesa de pino, sobre la que depositó

la lámpara, y cuatro sillas, un espejo sin marco, ante el cual ella se peina, y un retrato de Ordenado vestido de brigadier, con el peto orlado de palmas, y haciendo centro con un perol una sartén, la Virgen de Luján, patrona de mi señora ama. Pasamos luego a la que es mi alcoba, la más grande de las cuatro que dan a esta sala, y es muy limpia, aunque modesta; y como en las paredes rodearan la cama un San Roque con sus llagas, un San Sebastián asaeteado, Santa Agueda sin pecho y Santa Lucía sin ojos, dije a ña Lujana que me quitara de delante aquellos horrores que no me dejarían dormir.

—Señora—declaré—, yo soy ateo y no creo en nada de estas cosas, ni en el cielo, ni en el infierno, ni en misterios dolorosos ni gozosos. Si hay dónde en el pueblo, compraré mañana unas postales alegres y las pondré en su lugar para que me recreen la vista y no me la entristezcan.

—Sí hay—soltó Amarito—en *lo* de don Bonora.

Y haciéndose cruces ña Lujana, preguntaba por lo bajo a la pícara Inocencia:

—¿Qué ha dicho que es este señor?

—Yo qué sé—contestó la muchacha, mirándome descarada y risueña.

Ella no lo entendía, pero debía de ser algo raro y divertido. El que lo entendió bien fué Amaro. El señor era enemigo de los frailes, ¿verdad? Pues él también. ¡Le cargaba más el cura, don Amadeo, con su sotana negra y su caraza afeitada! Y la llamada de la madre los domingos al amanecer para la misa:

—¡ Amaro, Amaro! Que hoy es domingo y la misa no espera.

¡ Al cuerno la misa ! Con los ojos pegados de sueño, cansado del trabajo diario, el único día que quedaba para descansar y entretenerse en la cama, anda, Amaro, levántate, Amaro, y vé a escuchar los latines de don Amadeo, y mira cómo le alza la cola el sacristán.

—Bien que te gusta ir cuando está aquí Dorila— intervino la madre con aspereza y amenaza de darle un soplamocos.

Contestó el joven con un respingo ; descolgué yo las sangrientas estampas, me lavé, y despojado de mi capote y de mi gorra, cené a poco con la familia unas lonchas de carne de oveja empanada, tortilla de ajo, queso y pasas. De vino, y con color y olor de tal, pero con sabor repulsivo, me sirvieron un brebaje que debía venir directamente del lagar del boticario. Recuerdo estos detalles porque todo lo he modificado luego, de acuerdo con mis gustos refinados, y si en este punto no se llega aquí a lo supremo, para contrariedad mía, es porque no da el pueblo más de sí, ni la bolsa tampoco.

Entre bocado y trago me refirió ña Lujana, después de preguntarme si me quedaría mucho tiempo y si mi salud andaba tan necesitada de campo, como decían y no parecía, que ella ocupaba *La Vizcachera* cuatros años hacía, desde los primeros días de su viudez, que viuda era de un antiguo servidor de los Esquendos, *puestero* toda su vida allá por la parte de Ombú ; y la inquina que tenía al mayordomo y

a los suyos de *La Justa* procedía de lo entonado y autoritario y seco de don Patricio y de las rivalidades de Amaro con Adolfito por causa de aquella Dorila, la hermana de la maestra.

—Es la hija—apuntó Inocencia—de don Quintín Fernández Igor, al que llaman don Quijotín del Mediohigo. Cuando vea el señor las narices de Dorila se asombrará de que éste y el otro *gusten* de ella. Pero hay gustos...

—No te vendrían mal las narices de Dorila en día de fiesta—se desbocó Amaro, queriéndose comer a su hermana.

Esta le sacó la lengua; la madre repartió pellizcos y fulminantes epítetos; el perro, Pampero, gruñó, debajo de la mesa, molestado por algún pisotón expresivo, que interrumpía bruscamente su dulce tarea de roer los huesos, y pasados dimes y diretes de parte a parte, a poco más de las diez se fué cada cual a su alcoba, y yo, que no duermo de noche, me encontré encerrado en la mía, sentado sobre la cama, con los pies colgando, preguntándome, en inquieto cavilar, qué hacía en *La Vizcachera* a la luz de una vela de sebo, a qué había ido yo allí y en qué prometíame distraer mis horas, mi tiempo de desocupado y de vicioso.

Cárcel de mis culpas, presidio abierto, como aquel alcalde del drama que con muchísimo respeto mandaba a la horca, la misericordia del Padre Eterno me había desterrado aquí con el cristiano propósito de que me enmendara y por el camino del bien siguiese en adelante. Y yo confieso que sin el puño de la

Almaviva, el puño de la realidad, no me dejo prender y encarcelar. Porque estos días campesinos, en compañía de ña Lujana, en este poblacho dormido, debían ser atrozmente aburridos, enervantes. ¿Habría siquiera un mal billar? ¿Tontos a quien pelar? ¿Mujeres a quienes embaucar? El pulpero, Bonora, acaso disponía de algún rinconcito, templo modesto del naipe y la ginebra; y por lo pronto, ya conocía la existencia de una dama, Dorila, por cuyas narices peleaban dos galancetes. Me imaginaba bella a la señorita Dorila, a pesar de sus narices. Si no era bella y no había otra que lo fuera, y en casa de Bonora no encontraba el solaz de que no podía prescindir, no, yo no me quedaba en *La Vizcachera* más que ocho días. Para mi paladar, el bien es insípido, y para mi salud, la tranquilidad, veneno. Hecho a las tempestades, como el marino en su barco, sólo estoy a gusto saltando sobre las olas de mi vida de borrasca, y si el castigo que me dan es la paz, el quietismo estúpido, la monotonía, la sosería del hoy y el mañana siempre iguales, iré a devolver al Padre Eterno su favor, que me estorba, y le diré más o menos esto:

—Aquí se lo devuelvo, señor Esquendo, porque de nada me sirve. Elemento maligno soy, y usted, con crueldad preconcebida, so capa caritativa, me ha puesto donde no puedo hacer daño. La inacción a que se me condena es mi muerte lenta e irremediable. Tome usted su favor y guárdelo para otro, que yo soy ya viejo para cabrero, y a estas fechas venir a enmendarme y a cambiar de gustos y de costumbres es co-

sa imposible. Y si usted se empeña en favorecerme y moralizarme, le advierto que no seré yo el responsable de lo que aquí pueda pasar, sino usted, el que soltó al tigre entre sus ovejas; porque como yo encuentre a quien morder, lo muerdo de fijo, que morder es mi oficio y causar mal mi sino. Quede usted con su Dios y déjeme a mí arreglármelas con el diablo, mi padrino, que prefiero mis recovecos bonaerenses, tan divertidos, a esta *Vizcachera* bienhechora y tediosa, desabrigada y huérfana de todo aquello que la suerte, en sus cuartos de hora bonancibles, solía proporcionarme...

Resuelto a hacerlo y a marcharme antes de los ocho días, no dormí, con el tropezar de murciélago de tanto pensamiento negro, y sólo a la madrugada, según mi costumbre, me quedé como un tronco, tumbado en la cama. Me despertaron los ladridos de Pampero y la voz de Inocencia al través de la puerta:

—Señor, que qué quiere usted de desayuno, ¿café? ¿Leche pura o mate?

Debía de ser muy tarde. Acordándome del vino, pensé que el café sería su primo hermano, por lo menos, y pedí leche pura. Cuando salí de mi cuarto, ña Lujana me dió los buenos días con aire reservado y esquivo, mientras me presentaba el vaso coronado de espuma. Delante de la ventana, por la que se derramaba el sol de mediodía, me pareció más vieja que por la noche, con sus greñas indóciles y la piel estriada de arrugas, obra del trabajo y no de sus años, que no son tantos, y más fea Inocencia y más pobre la sala-cocina, blanqueada en partes y ennegrecida a

trechos. Me senté, vaso en mano, bajo las miradas de desconfianza de la madre y descoco de la hija, y mientras me untaba de crema los bigotes, blancos y negros como estas paredes, curioseaba fuera de los cristales, en rápida ojeada sobre el campo y sobre el pueblo.

—Allí tiene usted la iglesia—me indicó la chica—, y esa casita colorada es la del médico, el doctor Albatorre, y por aquí abajo corre el arroyo del Cura Magro, que ahora trae mucha agua, y aquel es el puente que lleva al pueblo.

Sorbía yo el líquido tibio, tan agradable en su pureza, y miraba la iglesia, la casita colorada y el puente. Di el vaso vacío a Inocencia y me acerqué a abrir la ventana para ver mejor.

¡Vaya si está bien situada *La Vizcachera!* Sobre una loma, entre árboles que la sombrean y dan la guardia, parece acurrucado el rancho de barro y techo de paja, todo pardo, como envuelto en su capa de pordiosero, cuidadoso de no mojarse las plantas mal calzadas en las turbias aguas del arroyo donde, según la tradición trigaleña, el Cura Magro se ahogó una noche con el Viático, y por sus orillas vaga su alma al resplandor de la luna: y esto no es cuento, que Inocencia, que observa más de lo que debiera, la ha visto vagar, y en alguna ocasión ha tenido con ella encuentros terroríficos. Yo declaro no haberla tropezado nunca, y es lástima; pues no sería floja paliza la que cobrara el curita andariego... Del otro lado del arroyo, dominado por mi rancho humilde, se esparce sobre la amarillez de la llanura yerma el pue-

blecillo, unas pocas casitas que salpican con sus notas de color la aridez desoladora, agrupadas en torno de la iglesia, cuya caparazón de pizarra desde aquí semeja el lomo de un elefante : la torre yérguese, insolente, provocativa, como la idea que simboliza.

Y mientras yo contemplaba en silencio el panorama, que fuera insignificante si el sol no lo abrillantara espléndido, sin perspectivas, sin lejanías, seco y monótono, me informaba Inocencia que había surgido el pueblo de la noche a la mañana en pocos años de esfuerzo y de trabajo : cuando la familia vino a *La Vizcachera*, se ponían los cimientos de la iglesia y no había más casa que la de don Bonora. Luego fué el brotar del suelo estéril los ladrillos y el multiplicarse de los albañiles y el levantar muros, trazar calles y sumarse a unos vecinos otros que venían del Trigal y de más lejos, obedeciendo al mandato imperativo de todo país joven y exuberante : poblar. Desde esta ventana, ellos asistieron al nacimiento del nuevo pueblo, y día por día le han visto crecer, estirarse, hermosearse. Mañana será tan grande como el Trigal, que aspira a ser ciudad, y como Ombú, que ya lo es, ¡ quién sabe lo que será General Ordenado, andando el tiempo, que aquí se mide por segundos !

Por la orilla derecha del arroyo venía Amaro en su *gateado*, de regreso de sus faenas matutinas, muy gallardo, el moreno y juvenil semblante, bajo el chambergo, resplandeciendo de salud y fuerza, el poncho pardusco de fajas negras sobre los hombros, las piernas embutidas en los pliegues del amplio chiripá de lana. Me vió, y sacando de bajo del poncho

dos perdices muertas, me las mostró risueño. No traía escopeta, y según Inocencia, había tantas en el campo y tan listo era el muchacho, que las cazaba con una vara.

—¡ Buen almuerzo tenemos !—gritó—. ¿No baja usted, señor?

Sí, bajaría, ¿cómo no? Quería visitar el pueblo y orientarme. El tigre no iba a pasárselo encerrado en su madriguera. Cuando salí, ña Lujana, rodeada de alegre corte de gallinas y palomas, lavaba filosóficamente a la sombra de la higuera, y en sintiendo que yo salía, como el gato hace fú, carraspeó al compás del batir de la pala de madera con que zurraba las prendas. Lo comprendí que era por mi decreto de destierro contra sus cromos devotos de hospital y mis anticlericales declaraciones de la víspera; sin duda, con mayor denuedo y gusto que a sus prendas me zurraría a mí, y como no me convenía haberla por enemiga, hice propósito de no volver a asustar su candidez y estulticia, que aquel con quien se pace, aparcero ha de ser y no contrario.

En esto llegaba mi gauchito al tranco: desmontó del caballo, entregó las víctimas de sus cinegéticas hazañas a su madre y entró en la cocina a tomar un *amargo*, antes de ir conmigo a la excursión proyectada. Cogió de sobre la trébede en ascuas la vasija de largo cuello, cisne de hojalata, negro de hollín, y mientras llenaba de agua caliente la calabaza, que le entregó Inocencia, me preguntó si deseaba visitar la hacienda o el pueblo.

—El pueblo—contesté— ; la hacienda ya la visi-

taremos, si es que algo tiene que ver. ¡ Cuatro vacas y cuatro ovejas !, a los que seguirás cuidando como hasta hoy, porque yo he venido a descansar de mis fatigas mundanas, y no a ocuparme de cosas que no entiendo.

Chupaba la bombilla Amaro, y esponjábase de satisfacción de que el señor confiara en él y lo confirmase en sus funciones de *puestero*, siquiera fuese con carácter honorario, de simple peón que era. Tenía quince años, que valían por veinte, y aunque otra cosa dijera la madre, siempre descontentadiza y rezongona, sabía cumplir como el que más y aun más que muchos otros, Adolfo, el de *La Justa*, por ejemplo, quien no pasaba de *compadrito* aficionado a revolver el cotarro femenino en el Trigal y hasta en General Ordenado, donde pretendía meter la pata invasora. Pero ése no era un hombre y él sí. Para ése disponía de algo que lo haría razonable a la fuerza... Y miraba el cabo de su facón, clavado en la cintura, entre la faja. Pues no había otro que él, Amaro Díaz, madrugador, trabajador, de continuo a la zaga del ganado, ya en el *rodeo*, ya en el *jagüel*, sobre su *gateado* de la mañana a la noche. El mismo don Patricio habíalo declarado, y para don Patricio era excesiva declaración : que peón como Amaro no caían muchos en libra, y que algunos *puestos* de *La Justa* no estaban mejor cuidados que *La Vizcachera*.

Después supe yo que este Amarito, presuntuoso y arrogante, gozaba fama de cuatrero en el contorno, muy bien ganada, y que en sus manos infieles o sobrado largas desaparecían los animales misteriosa-

mente, o por muerte violenta, para aprovechar el cuero y la carne, o por muerte natural, de la poca vigilancia, o por venta subrepticia e ilegal. Pero, a esto y a otras cosas no he puesto remedio, primero y principal, porque a mí los intereses ajenos se me dan tres pitos, y no tocando a mi yo, importante y soberano, nada me altera; luego, porque si Amaro fuese distinto, no podía hacerme gracia tenerlo a mi lado. Un Amaro con la seriedad, decencia y pulcritud de aquel Adolfito, que ni él ni yo tragábamos, sería verdaderamente insoportable.

A todo esto, había tomado su par de *amargos;* salimos, y bajando la cuesta que va al puente, me dijo en són de confidencia:

—¿No se ha fijado usted, señor, en la cara de mi madre en cuanto lo ve? Es que dice que es usted el demonio en persona, con la misma pinta del malo, y que su venida a General Ordenado va a causar toda clase de calamidades. Anoche quemó romero, antes de acostarse... ¿No tomó usted olor de romero?... Y esta mañana ha rociado el suelo y las paredes con el agua bendita que le da don Amadeo.

Yo me reí. Es exacto, y la observación de ña Lujana muy propia de sus ojillos de vizcacha. Siempre mis amigos y mis amigas, aún de joven, me han dado broma por mi aspecto mefistofélico. En la manera de peinarme, rayado el cabello al medio, con dos ricitos a ambos lados, enhiestos; las cejas, trazadas como dos culebras, cabeza para abajo hacia la nariz y enarbolando las colas hacia las sienes, y una sonrisa sarcástica en la boca, bien marcada entre el ma-

torral de los bigotes, de puntas también erguidas como dos puñales; mi rostro, amarillento y fatigado del mal vivir, del mal pensar, al que se asoma la bilis de mi eterno fracaso y de mi derrota eterna, parece gemelo del que en cuadros y esculturas se presta al dios del abismo, que dentro de nosotros mismos llevamos todos, y esta graciosa similitud ha sido parte para la influencia que a mi alrededor he ejercido. El loco Riquez, con su cara de diablo, no ha engañado a nadie; que los hay con cara de ángel y hacen diabluras, y son éstos los más.

Me reí, pues, de la simpleza de ña Lujana y de la ingenuidad de Amaro, al que tranquilicé diciéndole que yo no era el diablo, desgraciadamente; que si lo fuese, disfrutando del mayor poder que se conoce en el mundo y con un ejército de diablillos aguerridos en tentaciones, no habría venido a refugiarme en *La Vizcachera*, pobre y desventurado precisamente donde menos campo se ofrecía para mis proezas. Atravesábamos el puente enano de mampostería, y me detuve a contemplar el paso de la corriente, muy violenta.

—Aquella casa—dijo Amaro, señalándome la casita colorada, la primera de la izquierda a la entrada del pueblo—es la del médico, el doctor don Eduardo de Albatorre. ¡Tiene don Eduardo una mujer... de chuparse los dedos!... se llama doña Coralia.

Di media vuelta, sorprendido.

—¿Doña Coralia has dicho, Amaro?

—Sí, señor; y es francesa.

—¿Francesa, Amaro?

—Sí, señor ; o hija de francés. Llevan aquí tres años. Su casa es la mejor de aquí. Tienen dos niños y un aya extranjera. Ella parece una reina y si no fuese menosprecio para Dorila, la flor del pago, diría que no hay otra como doña Coralia.

¡ Oh ! ¡ Mi sol de Junín ! ¡ Tú, fundadora de este poblacho ! ¡ Tú, vecina mía, pues tu casita colorada y mi rancho pardusco se miran de frente, arroyo de por medio ! ¡ Tú, casada con un médico ! ¡ Tú, madre de dos niños y con aya extranjera ! Reflexionemos. Reflexiona, Arturito. ¿Será la misma? Esta señora de Albatorre, ¿será aquella Coralia Latour? Francesa y Coralia de nombre... ¡ Si yo pudiera verla ! En los pómulos picarescos, en las chapetas carmesíes, en los ojazos de negrura y expresión intensas, la reconocería, la reconocería en seguida. Porque no habrá cambiado ; el matrimonio no la habrá desfigurado, es de suponer. No quería preguntar a Amaro, y me moría de ganas de preguntarle. Y hubiera deseado poseer la potestad luciferina, que me atribuían, para entrar, invisible, en el misterioso *chalet* y registrarlo todo hasta dar con la señora de Albatorre, y convencerme si era o no era Coralia Latour. Lo miraba con un interés que a otro más sagaz que Amaro pareciera sospechoso : su fachada roja de ladrillo con torrecilla en un ángulo, sus balcones voladizos de calada madera, el rótulo en francés *Beauséjour* de las pilastras del portón, su tejado también rojo, todo rojo, alegre y primoroso como un juguete, asentado entre la verdura y las flores.

Pero, Amaro se adelantó a satisfacer cuanta pre-

gunta mía quedaba sin formular y sólo asomaba a mis ojos curiosos. La señora, aquella hermosa reina, que lo sería del pago si no existiese Dorila, se mostraba muy de tarde en tarde: los domingos, en la misa de seis, o de paseo en su *breack* rara vez, ¡son tan malos los caminos!, y era que detrás del *chalet*, bordeando el arroyo y hasta diez *cuadras* lo menos de fondo, disponía de un frondoso parque, y no ofreciendo el pueblo atractivo ninguno, ni los alrededores tampoco, en el parque pasaba el día con sus niños.

—Figúrese el señor qué calles éstas—añadió el muchacho, indicándome que semejante barrizal, sin empedrado, y las aceras sin losas, entre charcos y gachas, no era el mejor camino para pies señoriles.

Iba delante de nosotros Pampero, olisqueándolo todo, inquieto y revoltoso, y como se detuviera en la verja, yo me acerqué a fisgonear con él... ¡Sí, no cabía duda! ¡La incógnita reina de la casita colorada, la que se disfrazaba bajo el nombre de Albatore, era Coralia, mi sol de Junín! Lo adivinaba en la luz cegadora que esplendía en torno de ella. ¡Ah! Padre Eterno, ¿habré de bendecir tus barbas todavía? ¿Tendré que darte las gracias por tu caritativa ocurrencia de desterrarme a General Ordenado? ¡Oh coincidencia! ¡Oh destino de las criaturas!

Levantado de ánimo y haciendo juegos malabares de imaginación, seguí detrás de mi guía, y salta por aquí, salta por allá, en el lodazal de las calles dormidas, pasando en revista los edificios bajos, de ventanas cerradas, de patios floridos, por tirar de la lengua

a Amaro le hablé de Dorila. ¿Era tan linda?, y aquellas narices que decían... ¿Lo decían por chata o por narigona?

—Mire usted, señor — declaró arrebatado por la pasión precoz—, es la más linda que se vió jamás, y eso de las narices es porque las tiene un poquito largas y con la punta que cuelga otro poquito, y siempre que su padre la pinta, se las saca feas, pues dice que son de lo más difícil de pintar.

—¿Pinta el señor don Quintín o don Quijotín?

—Pinta y hace de todo, ¡como no tiene nada que hacer!... Pues, a Dorila ya la conocerá usted, señor, cuando venga del Trigal. Ahora está en el Trigal, en casa de su madrina. Pasa allí largas temporadas. Es claro. El Trigal es más divertido que General Ordenado.

—Me asombra—objeté—que se divierta más allí que aquí, estando aquí su novio, Amaro Díaz.

Suspiró el gauchito y cambió de color. ¡Novio! ¡Eso quisiera Amaro Díaz! ¡Pero, qué novio ni qué ocho cuartos, si ella contaba veintidós años y él quince, y por niño le miraba! Precisamente éste era el torcedor que le entristecía: la desproporción de edades. Con los veinte de Adolfo, su rival, daba por ganada la partida.

—Entonces, Adolfo...

—No, señor; no adelanta más que yo con sus veinte y todo. Ella quiere casarse con hombre formal y rico, y sabe que los mocosos no sirven para ir a la iglesia. Pero, aun así, si yo tuviera cinco años más, ¿qué apostamos a que la convencía?; y es más

linda ¡ pucha !, todo lo que es fea su hermana, misia Deidamia, la viuda... Aquella es su casa.

Quedóse en adoración Amaro, como un devoto ante un retablo, delante de una casita de dos ventanas, enjalbegada de azul celeste, que ostentaba debajo de la cornisa un tablero café, con letras blancas, anunciando al transeúnte que era aquel el *Colegio de la Ascensión,, especial para señoritas*. El rótulo decía además : *se admite también párvulos*.

—La escuela municipal, ni la de *La Justa*, no son mayores que ésta—aseguró el joven, que irradiaba su ardiente simpatía sobre todo lo que a la amada tocaba de cerca—y ninguna de las del Trigal. Misia Deidamia tiene diploma, y don Quijotín da unas lecciones de dibujo y literatura... Como que de la capital lo han venido a buscar, y él no quiere ir. Es hombre muy raro.

Llegábamos a la plaza, encerrada en doble hilera de *paraísos*, con un kiosco para la música que del Trigal venía los días de repicar fuerte, en el centro, y flanqueada por la iglesia, la Municipalidad y la esquina de don Bonora, monumentos representativos de General Ordenado : no habíamos encontrado a nadie, ni había bicho viviente en la plaza, pueblo desierto o abandonado de sus habitantes por causa de calamidad pública, peste o guerra ; y recordando yo una de mis locuras más celebradas, cierto discurso patriótico a la media noche en un lugar del Norte, en camisa y calzoncillos, completamente borracho, al pie de la estatua de San Martín, un verano de jol-

gorio, subí al kiosco, y con esta mi labia oratoria prorrumpí en fuertes voces, diciendo:

—Si de esos antros de opresión y de oscurantismo ves salir ¡oh Amaro! al que es juez de este pueblo, y al que es intendente, y al que es comisario, y al que viste sotana y la parte rapada de su cabeza cubre con solideo, no me lo enseñes ni hagas muestra de querer presentármelo, porque, siendo yo enemigo del principio de autoridad, y no reconociendo otro Dios que la razón y otro culto que la libertad, ni aun sus nombres, que no sus caras, deseo conocer. ¿Entiendes, Amaro? Pues me callo... antes que vengan y me oigan. He dicho.

Entre las risas del joven bajé de la plataforma, y nos entramos en la esquina de Bonora, porque Amaro me preguntó:

—¿Tampoco a don Bonora quiere conocer el señor?

—¿Cómo que no?—respondí—. Don Bonora es la única *autoridad* que yo reverencio y acato. Dispone de buena ginebra, ¿verdad? ¿Tiene un buen billar?

¡Ya lo creo! Si don Bonora tenía de todo, como Noé en su arca: pulpería, abacería, confitería, papelería, mercería, tienda de ropas y de telas, almacén general y universal; un café y un billar, y una cancha de bochas... ¿Qué faltaba en la esquina de Bonora? Ni siquiera la amabilidad del dueño, gancho de parroquianos; pues hombre más fino que el gringo don Bonora no existía. Siguió por este tenor Ama-

ro elogiando al pulpero, que no parecía sino que era primo o pariente de la linda Dorila.

Y entramos en el saletón enladrillado, hallándole de pie detrás del mostrador, corpulento, reventando de grasa y de sangre, con barba de siete días, entre gris y amarillenta, calvo, el ancho pecho de toro revestido de una camisa de lana gruesa a cuadros blancos y negros, y liado al cuello un pañuelo negro, emblemas del luto que aún guardaba a doña Giovanna, su mujer. A su alrededor, había en estantes cuanto se ha menester de uso y de vicio ; en la pieza siguiente, la taberna, y en la de más allá, bajo cuatro lámparas de petróleo con pantallas verdes, la mesa del billar ; y todavía más allá, de modo que no se veía, en discreto apartamiento, la sala del crimen, santuario del naipe, donde tantas veladas debía yo celebrar la que llamo misa de San Jorge, de tan espiritual provecho (puesto que ayuda a matar el tiempo) cuando no pecuniario. Saludó Amaro, y dijo :

—Buenos días, don Bonora. Este señor es el nuevo señor de *La Vizcachera*.

—¡ Bienvenido !—exclamó don Bonora.

Iba yo a darle las gracias y retribuir su atención, cuando de la taberna salió un chicuelo, medidor a lo que supe después y dependiente, de lo que saqué en limpio que el bienvenido era él y no yo.

—A ver, Bienvenido—ordenó el patrón—. Trae copas y ofrece ginebra al señor.

Desplomó sobre el mostrador la barriga apoyada en los dos brazos velludos, arremangados hasta el codo, a pesar del fresco, y en su jerga italo-criolla me

preguntó si estaría mucho tiempo en *La Vizcachera;* me habló de los progresos del pueblo y de cuanto vecino y vecina había; puso a mi disposición su casa y su persona, y tales pruebas me dió, que lo tuve (y lo tengo, pues ahí está tan rozagante, mi grande amigo) por hombre muy amable, tal como Amaro me lo pintó, y por excelentísima su ginebra, especialmente aquella que gusté por primera vez y que era de convite.

Aprovechóse Amaro para zamparse dos copas de la bandeja de Bienvenido; yo no fuí más remilgado y tomé cuatro; mas para que don Bonora no dijera que salía con las manos vacías, y dejárale con mala impresión del señor de *La Vizcachera*, le pedí postales alegres, con las que me prometía reemplazar la exposición de patología religiosa de ña Lujana, trayéndomelas a pedir de boca, propias para que a Bienvenido y a Amarito se les abrieran tamaños los apicarados ojos, y me rodearan queriendo devorarlas. Ellos escogieron las más ligeras o *sugestivas*, como se dice ahora con eufemismo que sirve de tul a la pornografía, y dejándoles yo que se extasiaran, intenté sonsacar del gordo don Bonora más datos de los facilitados por Amaro, acerca de la misteriosa señora de Albatorre, la reina de *Beauséjour.* Vano intento; con saber tanto don Bonora, no sabía más que Amaro de doña Coralia, cuyo nombre, naturalmente, no llegué a pronunciar, reservado y socarrón, sino que le atraje al terreno de mis deseos, dándole coba y haciendo que le escuchaba con el más grande interés. Nada, menos que Amaro todavía. Apenas la

había entrevisto alguna mañana, a su paso para la iglesia. En cambio, del marido, de aquel doctor Albatorre, sabio médico, perfecto caballero, me habló con mucho entusiasmo: su puños de oso, peludos y enormes, golpeaban el mostrador para afirmar que no podía existir hombre más cabal que el doctor Albatorre. De su ciencia, no se diga; de su corazón, ¿qué más que lo que hizo con la finada doña Giovanna, no separándose de su lecho, velándola como un hermano, consolándola y fortaleciéndola hasta el último momento? Y si no la salvó de la muerte, fué porque la enfermedad de doña Giovanna era antigua, y ya cayó en sus manos desahuciada y perdida. Con todo esto, igual para todos, lo mismo con ricos que con pobres, y la más arrogante figura y el más fino trato del mundo.

¡Vaya con el doctorcito don Eduardo de Albatorre! No faltaba más que ponerlo en el altar de la iglesia, y llamar a don Amadeo con su incensario. Siempre que oigo elogiar con exceso a algún mortal, me escamo. La suma perfección en lo humano, ni la concibo ni la admito. A mi tío Juan de Dios lo tuve por un mentecato (con esto le pago las ausencias que de mí hacía y su indigna resolución de desheredarme, sin otro motivo que no fuera yo tan tonto como él), y por mentecato diputé desde luego a este fénix de los galenos, amado y respetado de todos, quien, seguramente, o sabía comprar los sufragios o disimular hipócritamente los defectos, martingala cuyo secreto es la clave de este género de reputaciones.

También lo sabe el barrigón don Bonora. Como

que, con sus marrullerías y su política de no descontentar a nadie, ha ido apropiándose de mucha parte del pueblo, y explotando la necesidad y el vicio, dos tiranas sociales, es hoy el más rico del partido.

Me despedí de él, prometiéndole visitar su establecimiento con frecuencia (cosa que he cumplido, y si no que lo diga Bienvenido), y salí con mi guía, el cual, llevándome con misterio hacia la calleja contigua y parándose delante de la puertecilla de un corral, me indicó guiñando el ojo:

—Por aquí se entra a la sala de juego de don Bonora. Está cerrada, pero desde el obscurecer basta golpear despacito para que abra Bienvenido.

—¿Y la autoridad?—observé yo—. ¿No hay cuidado?

Rióse Amaro e hizo el ademán de dar unto una mano con otra. ¡La autoridad! ¡El comisario! ¡El juez! ¡Bah! Pues, señor, mi destierro de General Ordenado no me parecía ya tan deplorable. Gracias a don Bonora, gracias a la bella incógnita de *Beauséjour*, mis días se anunciaban entretenidos y provechosos.

No necesitaba averiguar más, y propuse al gauchito volvernos, que ya las perdices estarían esperándonos guisadas y compuestas.

—¿En qué piensas?—le pregunté, notando que no se apartaba de la corraliza, entre abstraído y contrariado.

—Pienso, señor—me contestó—, que esto de ser menor de edad tiene muchos inconvenientes: me quita el amor de Dorila y me impide entrar por esta

puerta. Porque, ¡figúrese usted con qué gusto vendría yo a golpear al obscurecer! Pero ¡pucha!, no hay manera. Parece que el comisario ha dicho a don Bonora— : ¡Haré la vista gorda, siempre que no entren menores de edad!—Una vez entré, de ocultis, y don Bonora me sacó como de un baile. ¡Menor de edad! ¿Ha visto usted algo peor que ser menor de edad?

—Yo he visto muchas cosas peores, Amaro, que también las verás, y otras mejores. Paciencia, amiguito. Te sientas y esperas que pasen los años.

—¡Ah, pucha!—murmuró el joven.

Y echó a andar, con quebradero perezoso de la cintura, abatiendo malhumorado el ala del chambergo sobre los ojos. Picaba el sol y cegaba la luz, reverberando en las paredes blancas y en el turbio espejo de los charcos... Pasamos por detrás de la iglesia, dimos una larga vuelta, ya fuera del núcleo de casas, a través de las quintas alineadas, con sus cercas de alambre, en las calles que esperaban la futura edificación digna de sus sueños urbanos, y fuimos a parar al despoblado; porque Amaro no quiso seguir el mismo camino que trajimos, y mostraba empeño en enseñarme un vado del arroyo, el cual, traspuesto con facilidad en todo tiempo, permitía entrar en el pueblo y desde luego en el corral consabido sin pasar por la calle del puente, la más habitada y propia para ver y ser visto.

Este chiquillo, maestro en malicias, cuyos instintos, como las aguas de una esclusa, pugnaban por salir y romper ligaduras, sabía mucho de rodeos y de

atajos, y conocía el campo de sus reales, a fuer de buen rastreador. Pampero, entretanto, que no tenía ningún motivo de ocultarse, libre de darles satisfacción donde mejor le cuadrara, nos plantó y tomó la calle del medio, que era la suya preferida.

—Siguiendo por aquí—me dijo Amaro—, entra usted en el pueblo y sale sin que nadie se entere. Va costeando las tapias de las quintas; cruza el arroyo, que en este sitio, aun en esta época de invierno, está poco menos que a secas; sube el repecho de la loma de enfrente, y ya estamos en *La Vizcachera*. Tan seguro se va de noche como de día.

A este camino, al que dan los fondos de las casas y de las huertas, basural del pueblo, cubierto, efectivamente, de basura y de escorias, de abrojos y de zarzas, bauticé yo con el nombre de *senda de la virtud*, por guasa y espíritu de paradoja; pues fué el que yo seguí siempre, de acuerdo con los competentes consejos de mi guía, y ya se sabrá adónde me condujo. Una de aquellas tapias, de alambre, entretejido de rosales silvestres, de madreselvas y campanillas, cerraba tan respetable espacio, que Amaro hubo de explicarme que era aquella la propiedad de Albatorre.

—Suba usted sobre esta piedra—añadió—y verá el parque.

—¡Ah pillo!—exclamé—. Este es el atalaya, de donde espías a la institutriz extranjera, que debe de ser bonita.

—No es fea—contestó el joven con romántica in-

dignación—, pero para mí como si lo fuera. Yo no miro a otra mujer que a mi Dorila.

Ya estaba yo encaramado sobre la piedra y pasaba entre las hojas la más ansiosa de las miradas... Una callecilla de boj, una glorieta, grupos de eucaliptus, de pinos, de magnolias; una bicicleta de niño, apoyada en un tronco; un carrito volcado; una pala y un rastrillo sobre un cantero de tierra removida; allá, al extremo de la callecilla, dos niños que juegan, dos niños rubios. ¿Rubios? Coralia Latour es morena, de pelo más negro que la obscuridad. Marta, su hermana, también. Su padre, también. No sé la madre... ¿O el rubio de aquellos niños procedía del médico?

—¿Es rubio el doctor Albatorre? — pregunté a Amaro, bajando del pedestal, convencido de que no había más que ver.

—Sí, señor, como un inglés.

Hay ingleses morenos, pero no valía la pena discutirlo con Amaro. Bastábame saber que era rubio el doctor, y esta circunstancia atenuaba la vacilación que ambos niños, con sus pelonas doradas, me habían despertado. Me senté sobre la misma piedra, fatigado de tanta correría, quizá esperando descubrir algo más por el cerco que encerraba, que debía encerrar, según mis cálculos, en burguesa medianía a mi sol de Junín, del cual, parecía mentira, sólo me separaba leve tapiz de follaje. Ofrecí un cigarro a Amaro, encendí el mío, y chupando de él beatamente, miré las aguas correntosas que, triscando, bajaban del Trigal, y en aquel sitio se abrían en dos brazos y for-

maban una islita, larga y estrecha como un cuchillo, de matas y guijarros, puente natural tan seguro como el otro, si no tan cómodo y apropiado para caballerías y rodados. En un remanso, entre el cañaveral, algunos patos se chapuzaban y bogaban con augusta serenidad.

Lentamente, en tono de salmodia, Amaro comenzó a recitar :

—Había una vez en el Trigal un párroco que se llamaba el cura Magro...

—Sí, ya sé la historia, Amaro — le interrumpí bostezando.

—Pero no sabe usted quién era el enfermo al cual el cura Magro llevaba el Viático...

Pues, señor, el cura Magro se estaba en su casita calentándose junto a la lumbre, cuando vino el ama y le dijo que venían a buscarle para llevar el Viático a un agonizante. Era noche de truenos, y preguntó el cura que quién era el agonizante. Contestó el ama que no lo sabía, y que los que venían a buscar al cura eran dos desconocidos, de caras negras como tizón.—Hará bien el señor cura—advirtió el ama—en desconfiar y en no salir con noche tan perra como ésta. A lo que contestó el cura— : Yo no puedo, Juana (no es seguro que el ama se llamara Juana, pero así debió llamarse), yo no puedo negarme a auxiliar al que agoniza y me llama, y aun entre truenos y rayos, sea quien sea, le llevaré el Viático.— Cargó con los santos óleos el sacerdote, que era asturiano, no se escape este detalle ; se envolvió en su manteo, caló su teja, y salió adonde le esperaban los

dos hombres negros, y todos tres marcharon a atravesar el puente de madera que allá arriba enlazaba el pueblo del Trigal con el campo de Esquendo. Cubrían las aguas el puente, tan grande era la riada, y vaciló el cura—. Pase usted por acá—dijeron los hombres—y no muestre miedo, señor cura, que es de mucha urgencia el caso. Nuestro patrón, don Satanás, es el que pide el Viático, porque se está muriendo—. Vamos allá—replicó el cura muy entero— ; yo no tengo miedo, y si es Satanás quien me llama, más presto acudiré porque es mi enemigo—. Pero, apenas puso los pies en el puente, éste se hundió con el cura, y los dos hombres negros desaparecieron volando, convertidos en murciélagos.

—Desde entonces—terminó Amaro—el ánima del cura Magro anda por estas orillas de noche, buscando con santa terquedad al diablo, para darle el Viático.

—Esos son cuentos de tu madre, ña Lujana—dije yo riendo a carcajadas.

—¡ Eso es verdad !—replicó el joven con algún enfado— ; y no se ría usted, que no está bien reírse de estas cosas. Lo sabemos todos aquí en el pago, y lo tenemos por tan cierto como esta es luz. Al cura Magro no falta quien le haya visto... De Inocencia no digo nada, que esa gusta de mentir, y es capaz de toda invención... Yo no soy cobarde ; pero, así como a don Amadeo no le respeto, si me topara con don Magro, créalo usted, señor, enloquecía del susto.

—Mira, Amarito : todo eso es superstición y zoncería infantil ; ni los muertos vuelven, ni Satanás ha

estado nunca en peligro de muerte. ¡ Morirse el diablo ! ¡ Si el diablo es inmortal ! Oyeme : el bien y el mal son dos fuerzas, dos impulsos, dos... poderes, que se disputan el dominio del alma, y estos dos poderes, en lucha eterna, infinita, estas dos fuerzas... ¿entiendes, Amaro?

Me pareció que mi gauchito no entendía una palabra y que su caletre, sin cultivo, estaba necesitado del trabajo preliminar del cantero de mi espalda, o sea, buen castigo de pala y de azadón antes de recibir semilla alguna ; y como yo no soy apóstol ni maestro de escuela, le abandoné a su ignorancia, cortando mi discurso a lo mejor para echar nuevo vistazo al parque, inútil sí, señor, inútil, por mi desgracia, y levantarme con ánimo de retornar a *La Vizcachera*, pues me sentía bastante flojo, y las perdices de ña Lujana, en aquel momento, me interesaban hasta enternecerme.

—¿No quiere el señor ir más allá, que le enseñaré...?

—A ninguna parte voy—le contesté, sin dejarle concluir—, como no sea a presentar mis respetos a las cacerolas de la señora Lujana. El primer mandamiento, Amarito, es comer cuando hay hambre y cuando hay... de qué comer.

Vadeamos el arroyo, y puestos en medio del cauce, los pies tan en seco como en la orilla, nos divertía ver las aguas dividirse en cuanto a nosotros se acercaban, evitándonos temerosas o discretas, y saltar a ambos lados para no mojarnos. Y al subir el repecho de la loma, con tal fatiga, por mi parte, que ha-

bría agradecido el tener bastón o palo en qué apoyarme, dominando el caserío, desparramado a nuestras plantas, se me ocurrió que de aquel mal que yo hice, vendiendo a bajo precio este campo de mis abuelos, había salido el bien de este pueblo naciente, floreciente mañana. Porque, tarambana y bohemio, en mis manos no habría prosperado así : le habría yo sacado todo el jugo posible, lo habría esquilmado con torpeza, con ceguera de pródigo y de ignorante, y hoy sería esto un erial... Luego ¿no hice yo bien en hacer aquel mal? En todo caso, si perjuicio hubo, con éste cargué yo exclusivamente, y ahí verán ustedes cómo esta bala perdida ha servido para algo en el mundo, para algo más que dar disgustos y causar llantos : he fundado un pueblo, soy el fundador de General Ordenado, el verdadero, el principal, el único, antes que don Fabio Esquendo y que cuantos se atribuyen esta gloria, que yo reivindico en el futuro para este Arturito Riquez, del que me he hecho el historiador sincero y desapasionado.

No sé por qué milagro llegamos arriba (hablo de mí ; que las piernas juveniles, ya se sabe, no pasan fatigas), y arriba, sudando y casi exánime, me apoyé en la tranquera para descansar. Un mochuelo, plantado en una estaca próxima, tieso como de barro cocido, nos miraba venir, fijos los redondos ojos amarillentos, y casi rozó con sus alas mi sombrero al huír graznando y sobre nuestras cabezas y sobre el *gateado* de Amaro, que en el palenque, con el recado a cuestas y el cabestro suelto, esperaba, trazar giros, más altos, más bajos, hasta descender a po-

sarse de nuevo en su estaca y desafiarnos clavándonos la inmóvil pupila agorera.

Otros graznidos, al mismo tiempo, se escucharon, tan desagradables, los de ña Lujana en la puerta del rancho, furiosa de nuestra tardanza, que la exponía a que se le pegara el guisado. Ña Lujana gruñe siempre : si hace buen tiempo, porque sale el sol, y si llueve, porque está nublado. Poco me curé de su mal humor, hurtando el bulto de manera que toda la rociada cayera sobre la cabeza del hijo, quien, nada lerdo en dar el vuelto, se ensartó en irrespetuosa contienda, por lo frecuente, inofensiva y de puro palabreo. Venían de la cocina aromosas emanaciones, y cual perro perdiguero entré husmeando, y conmigo, meneando el rabo, Pampero, que, naturalmente, había llegado tiempo hacía.

Estaba allí junto a las cacerolas ño Venancio, el compadre de ña Lujana, un gaucho viejo y melancólico, vecino pobre, muy hambrón, que siempre acude a la hora de comer. No tiene dientes, y no se ha podido averiguar hasta hoy con qué masca, si es con algún mecanismo que, ingeniosa y discretamente, se coloca en las encías : lo cierto es que ño Venancio masca y casca a boca llena, devora y rebaña, y rivaliza con Pampero en el fenomenal apetito. Como Pampero también, mientras engulle, rezonga, recordando *aquellos tiempos*, a su difunta, a sus dos hijos muertos, a su nieto loco y a su nieta desaparecida.

Estaba la mesa dispuesta, las perdices en la fuente de loza, ensopadas en una salsa de caramelo que

cosquilleaba la nariz y el estómago; y a todo esto, Inocencia no parecía.

—¡Inocencia! ¡Inocencia!—gritaba en la puerta la madre.

No parecía Inocencia. Al fin se presentó, salida de algún matorral, con una muñeca de trapos en brazos, tan fea que daba grima.

—¡Hola! ¿Conque juegas a las muñecas?—la dije yo, por evitar el ex abrupto de ña Lujana.

—No, señor—me contestó sonriendo maliciosa—; juego a los novios. Este es mi novio.

—¡A los novios! ¡Eso quisiera! — saltó Amaro con sorna.

¡Eso quisiera! ¡Ah, pícara inocencia!

III

A pesar de lo que me prometía yo en esta descubierta, mis primeros meses campesinos, años podría decir, fueron aburriditos, terriblemente aburridos. Menos mal si el trabajo fuera para mí distracción: había venido a reemplazar a un *puestero* que,

según fama, era hombre de conciencia, y sólo con vigilar a Amaro tenía tarea sobrada; pero mi carácter se resiste a que el reloj del deber le marque cada hora para cada cosa, y esclavizado así lleve vida de máquina, que si la mano ajena no le da cuerda, no marcha. Yo soy un potro y no sufro bocados ni cinchas. Desde el primer día, pues, delegué en Amaro todas mis funciones y obré a mi antojo, con escándalo de ña Lujana, hecha a la pasividad, puntualidad y rigidez de mi antecesor, levantándome cuando me acomodaba y disponiendo mis jornadas de acuerdo con mis caprichos. La hacienda no ganaría mucho con este sistema... ¿A mí qué? Una vez por mes o dos se presenta aquí don Patricio, me entrega mi pitanza, verifica en el campo una requisa, suelta un regaño a Amaro y se va, excusándose de hablar conmigo, por sequedad, respeto o tal vez en cumplimiento de instrucciones del Padre Eterno, que quiere hacer la vista gorda en mi jurisdicción como el comisario en la esquina de don Bonora.

De manera que, no ocupándome en las tareas que me incumbían, el aburrimiento de la inacción me abrumaba, y aquellos pujos nostálgicos de mis días de bohemio, de grandeza efímera, de vino y de aventuras, de proyectos casamenteros positivos, de rodar por las calles sable en mano al caer la noche, de esperanzas y miserias, hoy amigo de doña Aldonza, mañana protegido de la Almaviva, hoy íntimo de Guerra, mañana de un turco anónimo, sentíalos con intensidad mayor. Siempre que un periódico, *La Opinión* o *El Cotidiano* y hasta *El Noticiero Ombuense*

o *El Aura*, del Trigal, venía a mis manos, por acaso, arreciaba mi contrariedad, porque exponía ante mis ojos un mundo del que se me había excluído. Recuerdo que la noticia de *La Opinión*, en sus ecos sociales, de haber lucido en Palermo Rómulo Pares un espléndido automóvil amarillo, me tuvo sin dormir ocho días. ¡ Yo habría lucido también en ese automóvil, junto a su elegante dueño !

Una razón tenía para no rebelarme y arrojar mi renuncia al Padre Eterno : la ilusión de averiguar si era la señora de Albatorre Coralia Latour. Si era la misma, a despecho de su marido, el perfecto caballero y sabio médico, rubio como un inglés... rubio, ya había ocupación para mí en General Ordenado. El cortejar casadas y coronar maridos es mi especialidad. En mi lista de conquistas, tan larga como la de Don Juan Tenorio, figuran más nombres de casadas que de solteras, género éste muy arriesgado y de poca substancia. Y si bien la casadita de *Beauséjour* me habría interesado de todos modos, vecina mía y reina del poblacho, más había de intrigarme el sospechar que fuera la misma de la calle de Junín, el sol que, poniéndose de por medio entre misia Rosario Lahoz de Tejera y yo, hizo eclipsar mi propósito de casarme con ella. Pero, ¡ ay ! Llevaba meses de sospecharlo y no había logrado comprobarlo todavía. Ni en la calle, ni en los caminos, ni en su jardín, ni en el parque, ni a pie, ni en su *break* alcancé a verla nunca. Fatalidad o casualidad, nunca la veía. Me largué a misa a las seis, y aguanté todos los latinajos de don Amadeo ; aceché en la *senda de la vir-*

tud horas y horas... Nada, nada. Se me puso en la cabeza que la tal doña Coralia no existía, y que el doctor Albatorre, a quien sí pude conocer, de lejos, era un truchimán que hacía pasar por su invisible esposa, personaje fantástico, a la institutriz de sus niños, agraciada francesita; se me pusieron muchos disparates de este jaez, desesperado de despejar esta incógnita jamás. Había comprado un anteojo de teatro en casa de don Bonora, y en el transcurso de la siesta, en todo tiempo pesado para el que no duerme, asestaba mi visual sobre la casita colorada desde la ventana de mi alcoba: es decir, que la tenía cercada muy estrechamente y vigilada, y no se alojaba en la quinta o salía de noche exclusivamente.

Como no bastaba este entretenimiento para rellenar el vagar de mis días, sobre todo los del verano, en que la luz se hace insoportable y los minutos se alargan tanto que parecen horas, retoñó en mí la antigua idea de dar el vuelto a mi tío don Perfecto, y me ensayé en escribir estos apuntes con el propósito de mandárselos al gran Landín, a cuyo efecto inicié, con este insigne filólogo, la correspondencia y graciosa controversia de que ya he hablado. Yo le conocía de fama y de haberle visto alguna vez en casa de mi llorada misia Rosario, de quien era vecino y en ocasiones tertuliano.

Por las noches iba yo (y voy siempre, bajo la égida de San Jorge), no a la esquina, sino al corral de don Bonora. Llego, arrebujado en sombras, llamo, y clandestinamente me abre Bienvenido. Al principio, la presencia del nuevo señor de *La Vizcachera* causó

extrañeza, y natural era que la causara en tan reducido círculo, movido por el chismorreo de las comadres del pueblo; pero, calmado el revuelo, no hicieron ya caso del recién venido, y algunos, como don Quijotín del Mediohigo, el hermano del juez, dos hijos del intendente, un sobrino del comisario y otro sobrino del cura, concurrentes asiduos, lo que explica, con humana claridad, la venda puesta en los ojos de las autoridades, simpatizaron mucho conmigo, los más jóvenes, especialmente, seducidos por el brillante cinismo de que hago gala. Con don Quijotín, el hermano del juez, Enriquito Peláez, y el sobrino del comisario, Arístides Casablanca, formamos la partida en una mesa del rincón que Bienvenido nos reserva, y allí quedamos hasta la una de mañana, en la sala pobre, blanqueada, de muros desguarnecidos, entre la humareda de la fumarreta. Hay otros devotos que se demoran hasta las cuatro, y yo sería de este grupo si a don Quijotín no le embargaran sus deberes profesionales. Yo soy maestro en todos los juegos; en el pocker, juego elegante, hago maravillas; pero a mí lo mismo me da uno que otro, y como el monte es el preferido de mis compañeros, apuntamos al monte, y entre el albur y el gallo andan las apuestas en armonía con los bolsillos respectivos. Declaro bien alto que en estas reuniones no he empleado mis tretas de fullero ni una sola vez, así esté de pérdida constante, y no por enmienda tardía, que genio y figura... sino porque ni Enriquito Peláez, ni Arístides Casablanca, ni el pobre don Quijotín son ricos, y yo, en estas batallas del tapete,

sólo a los ricos trato de vencer con toda clase de armas, pareciéndome que todas son legítimas.

¡Ricos! ¿De dónde sacarlos en el pueblo? Dependientes, funcionarios modestos, hijos de familia, toda la lira de medianía doméstica y hambrona. Don Quijotín, principalmente... Don Quijotín es un español digno de su apodo: alto, enjuto, de salientes quijadas, que parece van a horadar el pergamino que las recubre, despejada frente, ojos vivos, de triste figura y continente caballeresco. Por dentro de inteligencia que toca en las fronteras del talento, muy cultivada, algo perturbada quizá, irreprochable en su conducta pública y casera, tan pulcro en acciones como en palabras. Tiene un defecto don Quijotín, que para mí no lo es, y es éste de la baratija, al que acusa, probablemente con exageración, de haberle comido renta y capital, cuando se daba el lujo de tenerlos. Si no los ha tenido, al menos demuestra que su familia es patricia hasta en el pelo de la ropa y en el ademán, de nobiliaria prosopopeya, con que atusa la perilla rala su mano huesuda y nerviosa. Empleado en Aduanas, después de perder el último centavo, anduvo de oficina en oficina y de ceca en meca, y ya viudo y viejo con su dos hijas, buscó en el campo reposo y sustento, además de la independencia que necesitaba para sus ocios artísticos, abriendo en este pueblo naciente el *Colegio de la Ascensión*, del que es sabia directora su hija mayor, Deidamia.

Don Quijotín es un erudito, de gustos clásicos, y por lo tanto pasados de moda; don Quijotín es

también pintor, de generación espontánea; don Quijotín es un raro, de los más raros, que dice y ejecuta cosas estupendas. He aquí la forma en que me refirió una vez, entre dos puestas, los codos puntiagudos sobre el tapete, el rostro de pergamino animado por la llama de su entusiasmo, cómo se transformó en pintor, cómo brotó en él este raudal de arte, agua milagrosa que la varita mágica del profeta desatara de la roca de su alma:

—Hacía mucho tiempo que yo venía sintiendo extraños impulsos, siempre que delante de un cuadro me detenía. Yo podría hacer lo mismo, ¿por qué no podría hacer lo mismo? No sabía dibujar, no sabía mezclar los colores. Primera dificultad y la más grave de todas para que no pudiera hacer lo mismo, para que no pudiera intentarlo, ¿verdad, Riquez?, pretender pintar sin saber dibujar ni mezclar los colores; ¡qué locura! Pues, un día me voy a una tienda de pinturas, y pedí un lienzo, unos pinceles de varios tamaños, y en siete bonitos pomos los siete colores del iris, que me parecieron suficientes para mi atrevida empresa. Y aquí se me presentó un inconveniente, que no había sospechado—: ¿Verde Veronese o esmeralda? ¿Azul de Prusia o cobalto? ¿Ocre claro? ¿Siena tostado?—me preguntó el que me vendía. Yo no sabía distinguir unos colores de otros, yo no sabía nada. Salí del apuro comprando todos los que se me ofrecieron; me fuí a casa, armé mi caballete, cogí una fotografía de mi mujer, que yo me iba a lo más difícil, al retrato; no empezaba por los paisajitos o la copia servil de otros cuadros, y con un car-

boncillo ¡ zás ! me lanzo denodado sobre el lienzo... ¿Qué resultó de mi escaramuza? No le diré yo que una obra maestra, ni una obra mediana siquiera, pero sí una cara con parecido, con expresión y de muy agradable tonalidad. Y es, Riquez, y no lo tome usted a herejía (acaso no expongo nada nuevo), que la pintura es una mecánica, como el tocar un instrumento : no es la obra novelesca o dramática, que hay que sacarla toda de dentro y escribirla con la propia sangre sobre el papel de ingrata blancura, de indómita sequedad. ¡ Velázquez ! ¡ Rafael ! ¿Qué son ante Cervantes y Shakespeare, dos abismos de genial psicología? ¿En qué otra academia que en la de la vida aprendieron estos su arte, sintiendo amores y amarguras, padeciendo celos y odios, persecuciones y alegrías, precisamente lo que no se enseña por métodos y por reglas? ¿Hay academias donde se aprende a componer dramas y novelas, como se aprende a pintar y esculpir? El pintor es pintor, y el escultor, escultor. El novelista o el dramaturgo (y más el novelista que el dramaturgo, porque no cuenta con la colaboración del actor) es pintor y escultor, arquitecto, poeta, filósofo, médico, brujo, fraile, rey, esclavo y dios, hombre siempre, a veces mujer, a veces niño, transmutando de sexo y de edad en la universal y polícroma representación que encarna. ¡ Y qué diferencia entre las letras y las artes ! La pintura es generosa y próvida ; donde la intención quiso poner un efecto, el tiempo, con frecuencia, anegándolo en sombras, produce otro maravilloso en que el pintor no soñó nunca. Las letras, en cambio, son esquivas

y avaras. El lazo que las equipara a las demás artes es sólo el fin de belleza que todas persiguen. Inventar una obra literaria con pies y cabeza, viva de ingenio y de alma, nacida en las alturas excelsas de la imaginación, es más difícil que copiar en el lienzo, imitando líneas y colores, objetos y personas. Sí, Riquez, la pintura es mecánica, y si parece superior a las letras es porque lo plástico entra por los ojos del vulgo, y un buen cuadro o una buena estatua son elementos suntuarios de adorno y de comercio, mientras que un buen libro, el más grande, el Quijote, una vez leído va a parar a la necrópolis de una biblioteca o al sótano de un librero de viejo. Sí, mecánica y nada más. ¿Qué necesita talento? Para todo se ha menester de talento, hasta para escardar cebollinos, si han de escardarse bien.

Dice esto don Quijotín, y más que mi ignorancia y mi torpeza me impiden transcribir, con tanto fuego, que ni Enriquito, ni Casablanca, ni yo le discutimos, y estamos a punto de darle la razón, romos y todo.

—Como yo—insiste el gran don Quijotín—se formaron solos y sin maestro Zurbarán, Valdés Leal y otros tales, que obedecieron a su inspiración temprana. En mí ha surgido tarde por el medio hostil en que se ha desarrollado, y si jamás destacaré del montón anónimo de pintamonas, es porque ya soy viejo y mis alientos están menguados. Pero, créanlo ustedes, desde el día en que esgrimí un pincel, mi admiración a todos los maestros de la paleta ha disminuído, mientras ha crecido, ha llegado a la idola-

tría a los maestros de la pluma. Quítenseme de delante todos los pintores y escultores, copistas más o menos afortunados de la naturaleza, que donde están aquellos que con la pluma saben exteriorizar el alma, arte supremo, soberano, ¡ yo me saco el sombrero !

Cuan largo es, se levanta don Quijotín, y hace una reverencia con mucha ceremonia. Nosotros nos quedamos silenciosos, y, seres prosaicos y de empedernida costra, tornamos a nuestros naipes.

No pasa noche sin que don Quijotín aproveche de nuestra benevolencia para desahogar sus singulares reflexiones.

Enriquito Peláez, un chico poco leído y a quien todo vuelo intelectual molesta y fatiga, se impacienta, se mueve en la silla, presta más oído al chocar de las bolas del billar contiguo, y en cuanto encuentra espacio por donde meterse, endilga la suplicante pregunta :

—¿ Seguimos, señor Fernández Igor?

¡ Cualquiera lo llama a don Quijotín por su apodo ! Y el señor don Quintín Fernández Igor se despierta, se pasa la mano por la perilla y coge las cartas de nuevo en silencio.

A mí desde un principio me mostró simpatía. Algo más ilustrado que los otros, de más edad, protegido de Esquendo y porteño de cepa aristocrática, a pesar de mis desplantes, me tuvo por compañero digno de recibir sus confidencias y de sostener el intercambio intelectual de que en tal poblacho carecía. Moríase don Quijotín de tener con quien entablar sus

sabrosas pláticas, y nadie le pareció mejor que yo para el caso. Yo le escucho, condición esencial, y yo no le discuto, condición esencialísima. Basta y sobra, pues, para que no pueda pasarse sin mí en este desierto, donde ninguna distracción, que no sea la del corral de Bonora, tiene asiento. Parece que este mismo flujo de palabra le afectaba en sus años de empleado, y fué causa de su cesantía en Aduanas y en cuanta oficina le contó en su nómina, en ninguna de las cuales se exigía el pronunciar discursos sobre las artes y las letras, ni alta cultura ni raro ingenio, sino rastreros meneteres y exactitud de máquina.

Después de la partida, salimos, y en la plaza, Enriquito y Arístides se despiden, y yo con don Quijotín, si llueve, bajo el mismo paraguas, o cogidos del brazo, a la luz de la luna o de las estrellas, vamos despacio hasta el colegio, en cuya puerta da él la última puntada de un monólogo siempre interesante y original. Gananciosos y perdidosos, como cuidamos de no desplumarnos, pues para la noche siguiente no habría partida, salimos con buen humor, y el aire de la calle nos refresca y conforta, curándonos de la jaqueca del encierro, de la ginebra de Bienvenido y de los accesos oratorios de don Quijotín, cuya voz, de huecas sonoridades, en la amplitud del espacio y del silencio, se escucha con mayor agrado.

—Mañana viene usted a visitarnos—me dijo una noche—, quiero presentarle a mis hijas; precisamente ha llegado la menor del Trigal. Le mostraré mis mamarrachos pictóricos.

Invitación ésta muy especial, porque las hijas de

don Quijotín hacen vida retirada y a nadie muestra él sus lienzos, me halagó sobremanera, y en la tarde siguiente me presenté en el Colegio de la Ascensión, con deseo, más que de otra cosa, de ver las narices de la señorita Dorila. Me recibieron en la sala sin alfombra, adornada con cuadritos de cañamazo y espejos de purpurina, sentadas en sendos sillones de yute y muy peripuestas misia Deidamia y Dorila; de pie y ostentando una levita de larguísimos, interminables faldones, don Quijotín.

Desearía yo poseer el hábil pincel, innato diré, de este hombre eminente, para poder retratar con acierto a la señora viuda de Germanías y a la señorita de Fernández Igor, su hermana. De todos modos, vamos allá: es gordita la viuda, menuda, de blancos carrillos, exageradamente blanqueados de polvos, muy despabilada de ojos y de inteligencia; las facciones incorrectas hasta dar en la fealdad, que no es en ella desagradable porque sabe revestirla de gracia. Habla sin atropellarse, marcando todas las sílabas y haciendo sonar cada letra como manda la santa gramática, y para cada vulgaridad empleando la palabra enterrada en nuestro olvidado diccionario; y como habla doctoralmente, habituada a dirigirse a párvulos e ignorantes, yo a veces no la entiendo, y cuando la entiendo me molesta el tono y el aplomo y la sapiencia insufribles de esta señora maestra de escuela, demasiado preocupada en exhibir su título y sus conocimientos. La otra, Dorilita, ¡demontre, qué muchacha!... es lindísima, lindísima, una rosa que mira, sonríe y parlotea divinamente. La nariz

se alarga quizá más de lo debido y cuelga quizá más de lo permitido; pero se le mueve cuando habla, y este movimiento gracioso parece el comentario de lo que dice, la puntuación, el subrayado de cada frase, dando tal animación al semblante fresco y encendido en juvenil alegría, que embelesa la chiquilla, francamente, embelesa. Yo soy muy entendido en mujeres y las conozco mejor que un gaucho las cuerdas de su guitarra: en seguida las calo de una sola ojeada, y mi fallo respecto de la señorita de Fernández Igor, más tarde había de ser ratificado por los sucesos, y ¡qué enredijo de sucesos! a despecho mío, que siempre puse cuidado en librarme del peligro de doncellas. ¡La movible nariz de Dorila, como la de Cleopatra, tiene toda la culpa de esta guerra!

Y esbozados los dos malos retratos, de cuya mecánica no estoy muy al tanto, que diría don Quijotín, y así han salido, seguiré contando que aquella tarde de mi primera visita, misia Deidamia y Dorila se excedieron en almíbares y mimos conmigo, y yo, que no me pago de dulzuras y busco siempre el revés de las cosas, la fea realidad encubierta de postizos y mentiras, caí desde luego en la cuenta de que el solterón de *La Vizcachera* parecíales excelente candidato para marido. Creo haberlo dicho; pero lo repetiré, porque el hablar de sí mismo siempre agrada: dejo bastante que desear en punto a belleza física, y, sin embargo, soy irresistible. Mi diabólica mirada, mi apostura conquistadora, mi labia entretenida, mi fama de perdido, todo esto junto o cada una de estas condiciones sola, obrando en conjunto o aisladamen-

te, según los casos y las víctimas, me dan el triunfo, a lo mejor sin batalla, a lo mejor también sin pretenderlo ni soñarlo. No; yo no fuí a casa de don Quijotín con la menor sombra de mala intención, y si de buenas a primeras... ¿Qué culpa le alcanza al loco Riquez si de bóbilis bóbilis lo que el niño decente de *La Justa*, mi gauchito Amaro y hasta Enriquito Peláez, en años de rondar y suspirar....? No, que van a ponerme la miel en la boca, y seré yo tan tonto que hagas ascos. Eso queda para los moralistas y los escrupulosos.

Charlamos, pues, mil cosas gratas de una sentada, y hecha la amistad, misia Deidamia me obsequió con más dulzuras, golosinas fabricadas por sus propias manos, y me llevó a visitar el local del colegio, dispuesto en el fondo de un largo patio, en el que la flora indígena lucía sus más aromáticos y hermosos ejemplares. En el mismo patio, por una escalerilla se ascendía al estudio de don Quijotín, el sagrario de la casa, y a él subimos luego todos, y vi que era un mechinal con bastante luz, muchas telas vueltas a la pared y un revoltijo de trapos manchados de pintura, pomos estrujados, pinceles y frascos. Don Quijotín, con paternal emoción, fué cogiendo cada bastidor y colocándolo sobre el caballete, uno tras de otro, y a cada uno que ponía nos abismábamos en la contemplación; era siempre el mismo modelo: Dorila durmiendo, Dorila de espaldas, Dorila con un turbante, Dorila de japonesa, Dorila de Margarita, Dorila de pastora, y en todos, naturalmente, las narices de Dorila de frente, de perfil, de tres cuartos,

trabajosamente, amorosamente retratadas. No entiendo de pinturerías; pero, aun sin entender, tengo derecho de dar mi opinión, que para eso soy vulgo, en este caso juez, y declaro que a mí me gusta mucho lo que pinta don Quijotín; pues, como él dice, no necesitan de clave sus cuadros, no son simbólicos, sus caras no son verdes ni azules: son sencillamente realistas y representan la vida como es, y no contrahecha o desfigurada por la fantasía, por el mal gusto, por la moda o por la simple manía de inventar un estilo original; sus figuras son personas sanas, no engendros alcohólicos o neurasténicos.

—¿Verdad, Riquez?—repetía ufano, agitando su larga figura detrás del caballete—. Esto es una mano, con forma y color de mano, y esta cara, dejando a un lado el parecido, la de una mujer joven, que tiene salud, que vive, ¡vive! ¿A qué otra cosa ha de aspirar la pintura sino a reflejar la vida? No con exactitud servil de fotografía, que para eso colabora el talento con el buen gusto. Y esta es luz, no orgía de blancos, delirios espectrales, contradanza caprichosa de grises. Sinceridad, naturalidad; he aquí mi lema, el código que yo impondría a todo artista. Sin estas dos piedras angulares, el arte se viene abajo... A ver, Riquez, ¿necesita usted preguntar qué es lo que yo he querido representar aquí? El socorrido recurso de las barbas de San Antón no me parece prueba indispensable, ¿verdad?

Yo lo elogié con calor, y él, modestamente, contestaba:

—Mecánica, mecánica, nada más.

Mecánica, engañifa, trampantojo. ¡ Qué cosas las de don Quijotín ! Había un lienzo en el rincón, que no me enseñaba, y adivinando mi curiosidad, se adelantó a explicarme :

—Ese es el boceto de una Rebeca. No la concluyo porque me falta modelo. Dorila no me sirve como tipo... Digo que me falta, no que no lo haya en el pueblo. Ahí está la señora de Albatorre, que ni pintiparada.

—Pero, ¿ existe la señora de Albatorre?—salté yo, olvidándome en seguida del arte verdadero y del arte contrahecho y hasta del sitio en que me hallaba.

—Existe, sí, señor—afirmó misia Deidamia— ; si no se la ve es porque, muy retraída, se lo pasa encerrada, cuando no ausente semanas enteras en Ombú, donde vive su hermana Marta...

—Casada con un hermano del doctor Albatorre—añadió Dorila, rematando el informe—. Dos hermamanas casadas con dos hermanos.

—¡ Marta !—murmuré yo, atontado.

—Eso no lo sabía yo—dijo don Quijotín—, como no me ocupo en vidas ajenas... Lo que sé es que la señora de Albatorre, la Albatorre nuestra, aventaja en belleza a todas las del contorno, y que si yo la conociera, y ella dignara prestarse, haría una Rebeca ideal. Pero, como esto no puede ser, ahí se quedará en el rincón mi boceto. Entretanto, puede usted servirme de algo, Riquez... Estoy pintando este cuadro, que intitulo *Tentación*. Representará el jardín de Margarita y la escena en que Mefistófeles acude a tentarla con el cofrecillo de joyas. No es nuevo el

tema, como usted ve, sino el pretexto de pintar de cuerpo entero a Dorila con su traje de Margarita, del que gusta mucho. Apenas verá usted esbozadas las figuras... por el mismo motivo que la Rebeca: me falta modelo, me falta un Mefistófeles, y lo encuentro a usted tan propio, tan caracterizado, que si usted quisiera...

—Todo lo que usted me mande, señor Fernández Igor—contesté halagado de poder tentar a chica tan bonita como Dorila, y sin acordarme ya de mi descubrimiento de que la doña Coralia de Albatorre era real y verdaderamente Coralia Latour, que así paso de una sensación a otra, con volubilidad femenina—. Todo lo que usted ordene, don Quintín. Sólo que, siendo tan nervioso, no me estaré quieto y acaso no le serviré. Tampoco tengo traje de diablo.

—Tiene usted la cara y sobra—rió a carcajadas don Quijotín, haciendo que todos riéramos también.

Dijo misia Deidamia que ella había confeccionado un traje de Mefistófeles muy bonito, que iría bien a mi estatura y corpulencia, conviniendo desde luego en que las sesiones comenzarían al día siguiente, a horas que la chiquillería hubiera despejado el colegio; y siendo la escena de la tentación al aire libre, en el ángulo del patio más frondoso a la caída de la tarde con el silencio y la soledad en colaboración, parecía lo mejor y más indicado. Y así fué. A la tarde siguiente, ya estaba yo en el patio, vestido de Mefistófeles, según misia Deidamia tan propiamente, con tan admirable apostura, que era el mismo demonio. Me vinieron largas las piernas, y la señora viu-

da de Germanias me las cortó, las de punto, se entiende, y al jubón y a la caperuza hubo de estrecharlos y administrales ciertas sabias puntadas; pero, todo quedó en regla y yo en una facha, que si saliera a la calle, sólo gracias a la falta de piedras habría evitado la mayòr ovación que mereció actor en el mundo. ¿Qué decir de Margarita, de la señorita Dorila? Naturalmente morena, el cabello abierto en dos gruesas trenzas, colgando de ambos lados, formaba marco a la fina miniatura de su rostro, en el que los ojos, negros, muy negros, a aquella hora melancólica fulguraban como la estrella solitaria, y el busto, prendido en el justillo blanco acuchillado de azul, se erguía gentilmente a la manera de una azucena en su tallo. Mirándola, me preguntaba quién a quién iba a tentar, si el diablo a la inocencia o la inocencia al diablo.

El pelo y los ojos negros de Dorilita eran un inconveniente para la exactitud del personaje; pero, dijo don Quijotín que ya se los pondría él celestes y la haría rubia; que la mecánica de la pintura consentía estos y otros desafueros. Para la composición de la escena hubo más ensayos que para la más complicada pieza de teatro: ya aparecía yo sentado en el mismo banco de Margarita, al pie de los naranjos en flor (estábamos en octubre, en plena primavera), soplándola en la nuca el flúido perverso de mis malos consejos, mientras ella, cogida la escarcela con infantil ademán, se asombra, duda y se recrea; ya por la tapia, visión terrible, la inmovilizaba de espanto, y también apoyado negligente en el tronco y ella sen-

tada en el banco, los ojos levantados para escucharme ansiosa e ingenua, departíamos como en un salón damas y caballeros. A juicio de misia Deidamia, esta actitud correspondía perfectamente à la esencia del asunto, pues para tentar no se le ocurriría al diablo presentarse asustando, sino con finos y suaves alardes, encubridores de la intención, colarse en el ánimo de la inocente y apoderarse de su voluntad por maña y no por fuerza. Ahora bien, ¿cuál de las dos actitudes escoger? ¿La del ataque por la espalda o la del ataque de frente? Misia Deidamia vacilaba. Yo me pronuncié decididamente por el ataque de frente, que me permitía mirar a Dorila, tenerla de mí suspensa, encadenada a mis ojos de fuego, dominada, vencida; y don Quijotín, que entiende mucho de cosas ocultas, se adhirió a mi opinión, como artista y como filósofo, porque, si bien en la postura primera la escena tomaba un aire de misterio, de confidencia, no del todo mal, más realista resultaba en aquella forma de coloquio desembozado, en el que no solamente las palabras, sino los ojos, agente poderoso, auxiliar temible, ejercían el influjo que en casos semejantes lógicamente están llamados a prestar. No de otra manera han representado los pintores antiguos la tentación de la mujer por la serpiente, enroscada ésta en el árbol de la vida y ofreciéndole la manzana mientras la hipnotiza con su mirada fulmínea.

Lo dijo don Quijotín; nos pusimos en nuestros puestos respectivos; sentóse misia Deidamia no lejos a hacer labor, y comenzó la función... Enfrascado en una larga blusa de lienzo, maculada de tal cual

chisguete verde o rojo ; cubierto de una gorra de seda, en la mano izquierda la paleta erizada de pinceles, un pincel en la derecha y otro pincel entre los dientes, el gran don Quijotín gesticulaba delante del caballete, disparándonos toda la artillería de sus ojeadas, nervioso, arrebatado por la inspiración artística. ¡ Oh ! ¡ Tardes del Colegio de la Ascensión inolvidables ! Tardes luminosas, embalsamadas por los azahares, los jazmines, las diamelas y las rosas ; tardes de silencio místico, de recogimiento devoto, en que el pasar de las palomas por el cielo límpido de turquesa, el mover de las agujas de misia Deidamia o las pisadas hacia atrás o hacia adelante de don Quijotín, eran los solos ruidos que llegaban a distraer a Margarita y Mefistófeles, y no los distraían, embebidos los dos en mirarse y en transmitirse los dos, por el hilo invisible de la simpatía, la idea tentadora y maléfica.

Como yo trabajaba por cuenta propia y no en provecho ajeno, al revés del demonio de la leyenda, el cual, en caso semejante, se contentaba con el triste papel de tercero, poseído del mío lo encarnaba con tanta conciencia y tales efluvios debían despedir mis pupilas, acaso fosforescentes a estilo gatuno en la sombra melancólica del patio, que don Quijotín exclamaba :

—Muy bien, Riquez, está usted admirable de expresión. Realmente diabólico. Pero un diablo elegante y encantador, que sabe cautivar y no asusta. Esa, ésa es la idiosincrasia del personaje... La cabeza un poco más ladeada hacia la izquierda. Y tú,

Dorila, levántala más... Muy bien también la expresión de Dorila, de ingenuidad, de placentera sorpresa, de curiosa ansiedad. Le agrada lo que el diablo le dice, y demuestra que su resistencia no será larga... Así, así.

No estaba prohibido hablar, y yo animaba nuestra inmovilidad contando sucesos de mi vida aventurera, corregidos de todo aquello que molestar pudiese los castos oídos de las damas, sazonados, sin embargo, con los granos de pimienta que en mi conversación. acostumbro a usar, y Dorila, a quien los galanteos del grave Adolfito, del tosco Amaro y de Enrique Peláez, un zoquete el pobrécillo, no hacían ni fú ni fá, y que en sus ausencias del Trigal poca substancia debía de sacar de los *picaflores* trigaleños, se extasiaba escuchándome o se reía con tal gana, que el maestro veíase obligado a amenazarnos como a chicuelos revoltosos.

—¡ Cuidado, no moverse ! ¡ Que estés quieta, Dorila ! Y usted, señor diablo, más formalidad.

Misia Deidamia esgrimía una de sus agujas, como la palmeta simbólica de su profesión de domar voluntades. Y me desconcertaba con alguna salida de las suyas, tan obscuras para mí por el lenguaje de esta buena señora, más dado de almidón que sus carrillos.

¡ Qué tardes ! Fueron muchas, sucesivas, que el tiempo nos ayudaba, y a tal hora el patio era una delicia de frescura y de fragancia. El cuadro adelantaba, pero como don Quijotín es muy escrupuloso y nunca queda lo bastante satisfecho, raspaba y re-

hacía y apuraba el parecido lo más posible. Yo diré que lo encontraba muy bien, muy justo de dibujo y de color, sumamente grato de contemplar y de una verdad asombrosa. No sé si don Quijotín del Medio-higo, este singularísimo don Quintín Fernández Igor, cuyo nombre ha de pasar seguramente a la historia de nuestro arte nacional, como precursor y heraldo; no sé si tendrá fundamento en su manía de rebajar la pintura a la categoría de un ejercicio manual, más o menos inspirado y acertado más o menos; yo soy un ignorante y ni quito ni pongo rey, pero ahí está lo que él hace, y lo que pinta don Quijotín, sin maestro y sin escuela, es bueno, tan bueno cual si saliera de una academia o mejor; que él dice, y creo que lleva razón, que la disciplina escolástica sólo sirve para petrificar disposiciones.

Adelantaba mucho el cuadro de la *Tentación* y adelantaba también mi obra maligna. Cada tarde leía yo en los ojos de Margarita, digo, de Dorila, la impaciencia con que me esperaba, su agrado en oírme, su deseo de que aquellas sesiones se prolongaran, no terminaran nunca.

—No sé cómo agradecer a usted — repetía don Quijotín—esta molestia que se toma. No estamos en carnaval, y la obligación de disfrazarse y de permanecer ahí en una inmovilidad de piedra...

—Pero si yo lo hago con mucho gusto, señor don Quintín.

Y era verdad, que desde que comenzó el famoso cuadro no pensaba yo en otra cosa que en correr al Colegio a endosar mi traje de Mefistófeles. Ni de Co-

ralia me acordaba, y eso que por las referencias de las damas la existencia de Coralia estaba comprobada.

A veces me convidaban a comer. Muy modestito todo, naturalmente, pero decente, y gratísimo y sabroso, de rechupete, cuanto servían en las fuentes de loza, desportilladas a lo mejor, guisos y confituras de la cocina criolla, tan desdeñada y tan exquisita. Una chica servía, de delantal blanco muy replanchado, y misia Deidamia aprovechaba los intervalos para colocar una erudita parrafada, poniéndoles mote a las cosas más vulgares y llamando, por ejemplo, a las *papas*, patatas; a los *damascos*, albaricoques; albérchigos a los *pelones;* judías a las *chauchas;* calabaza al *zapallo*, y guisantes a las *arvejas*, y pronunciando las zetas, las ces, las elles y las íes como lo manda la prosodia... El padre nos obsequiaba con un discursete de los de su bagaje sobre temas artísticos, y cargados, por supuesto, de pólvora contra el modernismo y sus reprochables errores, que pervierten el gusto y estragan el juicio. Yo los dejaba explayarse a cada cual a su antojo; y sin olvidar que debía atenderlos, por buena crianza, continuaba mi labor mefistofélica del patio, frente a frente de Dorila, atacándola siempre de cara, movido de este instinto perverso que late en mí y que obra a mi pesar, porque la idea matrimoñesca no había pasado, ni podía pasar, por mi imaginación, más pobre Dorila que una araña.

Claro está que estas andanzas mías en el Colegio habían soliviantado el pueblo. No se mueve una

paja en estos lugarones soñolientos sin que todas las comadres se pongan al atisbo y el badajo de la murmuración repique a su gusto. Lo menos que se dijo fué que yo me casaba con la señorita de Fernández Igor. Amaro, el primero, parecía pedirme cuenta de estos rumores, haciéndome la rueda con suspiros, chinitas y tal ansiedad en los ojos celosos, que yo me burlaba de él complaciéndome en atizar su resquemor y en atormentarle con pinchazos de alfiler.

Luego, Enriquito Peláez... El hermano del Juez de General Ordenado ya he dicho que es un zoquete, y no le agravio : sobre no haber inventado la pólvora, es cándido, de estos bobos que creen en todo lo increíble y lo inverosímil ; por lo tanto, es soñador, y encima de su cúmulo de nubes sabe armar unos castilletes que toma por castillos de verdad, y cuando se le desmoronan, como no pueden menos de desmoronarse no teniendo fundamento, llora, se desespera, maldice su suerte y se arranca los pelos. Así está de calvo el pobre... Es, además, feo, por la calva, que no le sienta, y por lo dentudo, que dijérase va a morder. Desde que comenzaron mis idas al Colegio, noté la desazón de Enriquito y el avance terrible de sus dientes en el transcurso de cada partida del corral de Bonora ; y como con Amaro, sabiendo dónde le dolía, gocé en torturarlo exagerando todo y dándome lustre con mi intimidad en casa de don Quijotín ; no se necesitaba más para que el infeliz perdiera los estribos y los pesos, pues en el juego no daba pie con bola, distraído, caviloso y enfurruñado, hasta que una de aquellas noches, dejando a posta que don Qui-

jotín se adelantara con Casablanca, se me vino encima, me cogió de un brazo, y pegándome a la pared, hizo ademán de hablarme, lo que era en él ademán de morder. Yo sé que Enriquito no muerde, y le dejé que hablara.

—Señor Mefistófeles — me increpó—, quiero... desearía... yo le suplico...

—¿Qué es lo que usted desea, Peláez?—preguntéle tan tranquilo.

Paseó por la acera, me llevó más lejos, debajo de los *paraísos*, y ya en plena obscuridad se atrevió a confesar su secreto, como un niño su falta.

—Señor Riquez, sepa usted que yo estoy enamorado de Dorila Fernández Igor, loco perdido, y como se dice que usted... Pienso casarme con ella, mi ilusión, el mundo es ella para mí; en cuanto me aumenten el sueldo en el juzgado o pase al Trigal con ascenso, tal vez a La Plata, me casaré, sí, señor, me casaré, formaré una familia, seré feliz... Yo espero de su amistad se digne manifestarme con franqueza, si es cierto que usted corteja a Dorila, si es cierto que va usted a casarse con ella. ¡ Se trata de mi felicidad, señor Riquez !

De pequeño, uno de mis placeres mayores era arrancarles las plumas a los pájaros vivos, sentirlos estremecer de dolor en mis manos. Arrancarle sus ilusiones a Enriquito, sobre darme a mí gusto, me parecía hacerle un favor, porque Dorila no le quería. Fingí misterios, reservas y solté frases enigmáticas.

—Realmente, Peláez, es tan grave lo que usted me dice... Hay preguntas que, así, a quema ropa,

sorprenden... No sé qué le diga a usted... ¡Conque, enamorado de Dorila, y con sus proyectos y todo!

El se impacientó y mascó estas palabras:

—¿Por qué no habla usted claro? ¿Es para hacerme creer que hay algo en esto que se murmura? Es usted demasiado viejo para Dorila.

—¿No ha oído usted aquello de que a gato viejo ratón tierno, amigo Enriquito?

Y riéndome, le dejé entregado a sus dudas dolorosas. Don Bonora, en la puerta de su tienda, que toda ella la cubría con su barriga, me dió las buenas noches, y como don Quijotín y Casablanca ya estaban lejos, tomé por la calle del puente o la del medio, y me encaminé despacio a mi *Vizcachera*. Hacía luna. ¡Hora propicia y escenario apropiado para que Mefistófeles entonara su serenata! Cuántas doncellas, en la tibieza de las sábanas, abrirían los ojos, que el sueño, prudentemente, se empeñaría en cerrar, y tenderían el oído para recoger la voz del pecado, que las llamaba:

—¡Despertad y abridme, que soy yo, el Amor!

Dorila estaría durmiendo, pero aunque me esperara en su ventana, no iba yo por allí; que sé cómo las gasta don Quijotín. En puntos de honra, es tremendo don Quijotín. Empapado en sus clásicos, donde el honor no se lava con otro jabón que la sangre, no se anda con chiquitas cuando cree el suyo vulnerado. Me han referido que su difunta, misia Ascensión, padeció mucho de sus celos, y que a un galán emprendedor, de estos sin miramientos como el que suscribe, le rompió la crisma de un palo, y siendo bonita

la tal misia Ascensión, como no le faltaban galanes, aunque no pecara por coqueta, el palo, en manos de don Quijotín, hacía milagros. Abandonemos, pues, a Dorila discretamente en brazos del descanso, que esa está más despierta que un gallo al amanecer, y ya que estas noches de plenilunio, de romántica melancolía, incitan a soñar, soñemos que en el calado balcón de su casita colorada espera Coralia mi paso, o simplemente toma el fresco.

¿Por qué no? En casa de don Quijotín me dijeron por la tarde que había llegado de Ombú, confirmando lo que yo observé en la siesta con mi anteojo, de movimiento desusado, porte de baules, correteo de niños, aparecer fugaz de la institutriz con su papalina blanca y su correcto traje todo blanco, incluso los zapatos. Sin duda, fatigada del viaje Coralia, acostados los niños, retirado el marido en su despacho o de visita facultativa por esos andurriales, abiertos los balcones, abatida por el calor en la mecedora, miraba a la luna y soñaba despierta, como yo, en aquel extraño Arturo Riquez que la cortejó un día, y cuyo nombre, quizá, en alas de la murmuración había llegado a su oído indiferente, provocando curiosidad su similitud con el del vecino señor de *La Vizcachera*. ¿Sería el mismo Arturo Riquez? Con angustia en el corazón, que no me ha olvidado del todo, se pasará la mano por la frente, apartará la espesa y obscura crencha, que la sofoca, y preguntará a la luna—: ¿Será el mismo?—Y la luna, risueña, bonachona, le contestará—: El mismo, hija, el mismo. ¿Puede haber dos pillos de igual nombre en el mundo?—

Pensativa, Coralia reclina la frente sobre la baranda, y contempla, con mirar distraído, al paseante nocturno cuyos pasos no resuenan porque pisa sobre blanduras de polvo, pero se anuncia por la sombra que hace correr a lo largo de la verja, misterioso paseante al que una sombra acompaña.

Soñando así, me detuve y vi un bulto blanco en el balcón de Coralia. O era ella, tal y como yo la imaginaba, o era la institutriz, mademoiselle Christine, que anda siempre vestida de paloma. Si yo consiguiera hacerla enderezar la cabeza... ¿Toseré? ¿Haré ademán de llamar? No me cabe la menor duda de que existe un modo de comunicación espiritual entre dos pensamientos, en la que la voluntad figura como fuerza transmisora, y así fué que, tan pronto hube formulado mi deseo de levantar la cabeza a la dormida, ésta la levantó, me miró, y a la luz, casi diurna, reconocí a Coralia, a mi sol de Junín, más hermosa que en aquellas tardes en que me esperaba y sonreía tras de su reja.

De espaldas yo a la luna, no podía ella reconocerme, y de pie, cual otra Elsa, parecía inquirir del que turbaba su meditación quién era y lo que buscaba. Temí la indiscreción de la luna, temí que una voz me denunciara— : ¡ Es Mefistófeles, es el pecado que te acecha y viene a robarte la felicidad! Como una oruga se posará sobre tus pétalos blancos y envenenará tu existencia. La luz se nubla, todo se entristece, y es que él pasa, el loco Riquez, el perverso. Cierra tus balcones, cierra tus puertas, cierra tus ojos y tus oídos, que él está ahí. ¡ Llama al esposo, pon

en salvo a tus hijos! ¡Ese, ese bulto negro que se encoge ahí abajo, es Riquez, el loco Riquez!

Me encogí, me deslicé como un ladrón y escuché el portazo del balcón que se cerraba. Pero, en vez de seguir para el puente, me quedé agazapado en el extremo del camino, escudado por el tronco de un árbol. De la misma manera, por el mismo procedimiento misterioso que la había hecho levantar la cabeza, la obligaría a abrir de nuevo el balcón, atraída por la curiosidad, sugestionada por mi poder diabólico.

—Sí, es Arturo Riquez este bulto negro que te acecha, ¡oh bella Coralia!; es el loco Riquez, el mismo de *La Vizcachera*, que, por mandato del Padre Eterno, supremo mandato, y así sean benditas sus barbas, ha venido aquí no sé si a robarte tu felicidad o a dártela; que tu rubio señor, repleto de ciencia, huraño quizá como todos los sabios, no me parece capaz de proporcionártela. Sé que te aburres, que bostezas, que más de una hora y más de dos piensas en aquel singular pretendiente, feo, si los hay; pero tan gracioso, tan ocurrente, tan listo y sabihondo en el arte de cautivar corazones femeninos; sé que lo tienes metido dentro, y que cuando se te acerca el marido de las barbas doradas, soso como un arcángel de retablo, te acuerdas de mí, de mi cara maliciosa y salada, y suspiras y dices, no lo dices, lo dices mentalmente— : ¡Si fuera Arturito, aquel Riquez que yo conocía, que tantas cosas bonitas sabía decirme y que desapareció sin saber por qué! Si fuera Riquez... Pues aquí estoy, Coralia, aquí estoy, y

nada he perdido de mi gracia ni de mi malicia. Al contrario, en el arte de amar soy más maestro que entonces; que más sabe el diablo por viejo que por diablo. No me temas, no escuches la voz enemiga que intenta apartarte de mí: abre tu balcón, que aquí está el señor de *La Vizcachera*, el loco Riquez, tu Riquez de antaño.

Extendí la mano, cual si formulara una orden terminante en el antro infernal de mis dominios, y se abrió el balcón tímidamente primero, francamente luego, y Elsa o Coralia, blanca aparición de leyenda, se presentó en el hueco, bañada de resplandor. Con avidez interrogaba a las sombras de la calle, y yo con avidez contemplaba su figura y me estremecía de placer al reconocerla de nuevo y comprobar que nada había perdido de su belleza.

—¡Oh Coralia! ¡Oh mi sol de Junín!

Cautelosamente salí de mi escondite, y poco a poco fuí acercándome... Ella seguía ansiosa mi maniobra, inclinada sobre la barandilla. Y cuando estuve al pie mismo del balcón, sin árboles que me estorbaran, en un claro que la luna bruñía como una plancha de metal, me paré en seco, me descubrí y marqué una reverencia.

Por un segundo, la indecisión siguió a la sorpresa en Coralia; mas, la duda no podía subsistir. Ligeramente inclinó la cabeza y la vi sonreír, porque el nácar de sus dientes blanqueó en la sombra. Luego, otro portazo...

Entonces me alejé, y despacio, muy despacio, pa-

sé el puente. Cantaban los grillos, y dentro de mí las últimas notas de mi serenata se extinguían :

—Coralia la bella, guarda que ya te ha despertado el amor. Esta noche no dormirás pensando en Riquez, en que lo has visto y lo has saludado al pie de tu balcón, en cuerpo y alma, aparición que se dijera fantástica y no lo es. Y cuando venga tu señor a pedirte el beso de esposo, se lo darás, porque el deber te lo manda ; pero donde pondrás los labios será en los del señor de *La Vizcachera*, tu vecino, tu novio de antaño.

IV

No recuerdo bien si fué a la mañana siguiente o días después, por causa de un remojón en el campo, que caí enfermo de una bronquitis grave, y contra mi voluntad y mi gusto, en las afeminadas manos del rubio doctor Albatorre. Ya había tenido yo ocasión de ver de cerca a este impecable mortal y aborrecible, entrando mañana y tarde en mi *Vizcachera* sin

pedirme permiso, porque a la pícara Inocencia se le ocurrió coger también un enfriamiento, y endeble como era, ponerse tan mala que parecía iba a morirse ; con esto, mi hombre de ciencia, con su cara de ángel y sus maneras suaves de monja, no paraba de entrar y salir, a fin de calmar la alarma de ña Lujana, exteriorizada en llantos, suspiros y hasta en alguna alusión indirecta a la maligna influencia mía, por supuesto, que no lograba yo amansarla, sintiéndola más hostil cada día, se estaba el empalagoso doctorcito, junto al fogón o bajo el emparrado, dándole coba las horas muertas. Así como un gato cuando ve a un perro, yo, en tropezándolo, me espeluznaba todo y pasaba de prisa esbozando frío saludo ; y miren ustedes cómo hizo el diablo, mi patrono, a quien no se le ocurre cosa buena, que tuviera que entregarme a él vencido por la tos y la fiebre, cubiertos de telarañas los bronquios y partido de dolor el pecho.

Me irritaba la blandura de su voz, la finura de su piel, la elegancia de su andar, el olor de ámbar que despedía. Yo, en mi camastro revuelto, abatidos los insolentes cuernos capilares, debía de oler a demonios y parecer, a su lado, el feo enemigo derrotado por el arcángel ; así me retorcía cuando se me aproximaba y rodeaban sus dedos mi muñeca, y cada vez que su cabeza, coronada del nimbo de oro de sus rizos, se reclinaba sobre mi tórax para auscultarme. Antes que el desordenado soplo del fuelle pulmonar, ¿no percibiría el fiero latir de mi corazón, marido en lugar de médico, y descubriría su oído las malas in-

tenciones de que estaba henchido? La angustia de esta inspección policíaca empeoraba mi estado, y nunca respiraba mejor, con desahogo más grande, que cuando le veía alejarse.

Ña Lujana cuidaba muy poco de mí, absorbida por la hija y la antipatía que siempre me ha consagrado y sigue consagrándome ; y para asegurarme sus servicios, en caso tal indispensables, usé de la estratagema de advertirla que de mi vida dependía la de Inocencia, y que si yo moría, antes que yo, dos o tres horas antes, me precedería Inocencia en el reino de las sombras. Para soltarla esta fúnebre sentencia, adopté el más luciferino ademán que me fué posible, y el resultado no tardó en dejarse ver bajo la forma de un caldo de gallina muy reconfortante, que me sentó a maravilla, y menor despego en la administración medicamentosa. No obstante, Amaro, que no perdía ripio también de desahogar sus rencorcillos amorosos, venía a transmitirme sus observaciones :

—Dice la madre que siempre que está don Eduardo con usted, se le representa a Dios Nuestro Señor con la cabeza recostada sobre el pecho de Iscariote... Dice la madre que como mala hierba nunca muere, no está usted en peligro de muerte ni mucho menos...

¡ Es mucha esta ña Lujana ! Sané, en efecto, sané completamente, y entretanto, Inocencia continuó languideciendo, devorada por la tuberculosis. Cuando me levanté, borracho por la debilidad, apenas pude

arrastrarme hasta mi ventana, y creía muy serio que no me valdría más de mis piernas y que no era un hombre, sino un fardo. El doctor Albatorre me consolaba, empeñado en convencerme de lo contrario: me cogía la mano, me daba palmaditas en la espalda, hacía que le sacara la lengua, me sometía al más interesante suplicio, llamándome, por último, su amigo, con aquella vocecita que me sonaba a mujer, como toda su persona. Y yo me esforzaba en sonreír, y por no mirarlo escurría los ojos del otro lado del arroyo, hacia su casita colorada.

Como las fuerzas volvieron poco a poco, se me permitió la visita de mis amigos, que no habían cesado de mostrarme, durante mi enfermedad, su amable simpatía: don Quijotín, enviando recado cada lunes y cada martes; misia Deidamia, escribiéndome tarjetitas con letra litográfica y clásico estilo; don Bonora, presentándose en persona, lo mismo que Arístides Casablanca. El que no vino ni mandó a preguntar fué Peláez; pero, sabido es de qué estaba picado Enriquito...

En viendo entrar por estas puertas al grande y original don Quijotín, me pareció que era mi mejoría más firme. Charlé con él hasta marearme: le hice, una vez más, referirme lo de su iniciación milagrosa en la pintura y aticé su encono risible contra los artistas; me contó que la *Tentación* me esperaba sin concluir, falta del más notable modelo diabólico que *posó* jamás ante un caballete, y que a Dorila había tenido que rasparle de nuevo las narices porque no acababan de satisfacerle. ¡Dorila! ¡El pa-

tio perfumado del Colegio! ¿Volvería yo a mi empresa tentadora?

Don Quijotín me aseguró que sí, que antes de ocho días ya estaría yo vistiendo gallardamente el jubón negro de punto y la caperuza de terciopelo; pues, aparte lo flaco que había quedado, y esta misma flacura convenía al personaje, el conjunto de la fisonomía no perdió con la enfermedad los rasgos caricaturescos en mí especialísimos. Mientras, con escándalo de ña Lujana, se acordó trasladar aquí la tertulia, y con don Quijotín vino, cada noche, Arístides, y en ausencia de Peláez, otorgamos a Amarito su puesto en la jugarreta. Nos reuníamos en la cocina, y era Inocencia quien nos escanciaba la ginebra con sus manos transparentes de tísica, los ojos febriles, ansiosos de malicia y de picardía, ojos que, desde el rincón donde se apartaba luego con sus trapos y sus muñecas, fijaba en mí con tenacidad sugestiva, bastante molesta, la atracción del mal, en mí personificado.

Soy muy simpático, y que soy simpático lo he comprobado en todo el curso de mi vida. Nadie, ni hombre ni mujer, ha escapado al influjo de la simpatía que irradia de mí como el calor o como la luz de un cuerpo. Atraigo, sí, atraigo, no sé por qué y sin saber cómo. Las voluntades vienen a mí, cual si fuera imantada mi persona, y vienen, a mí se entregan y someten, sin que yo las busque ni las llame, y muchas veces no deseara que vinieran. Ejemplo, entre otros, entre muchos, el doctor Albatorre. A mí me reventaba el doctorcito: primero, porque no me

hacía el hombre gracia ninguna, y segundo, porque era el marido de Coralia. Como tal marido no podía soportarlo... Es cierto que el mismo efecto me han hecho siempre todos los maridos.

Pues, al doctor Albatorre le dió la gana de cobrarme afecto, de aficionarse a mi compañía, a mi trato, a mis dicharachos, y durante mi convalencia, una o dos horas de su precioso tiempo me dedicaba en cada visita a la chiquilla enferma. Sin duda, le pasaba lo que a los tertulianos de don Bonora: no encontrar en el pueblo otra persona fina con quien alternar. Esto, aparte del ángel que realza mi finura, indiscutible. Y como a mí me convenía su amistad, llevaba en paciencia sus latas confidenciales, su historia íntima desde que conoció a Coralia, fresca la tinta de su diploma de médico, hasta que se estableció en el pueblo y compró el terreno, y edificó su casa, y nació el niño, Dadito, y nació la niña, Lita... Era tonto este doctor Albatorre, de éstos que imaginan que a los demás nos interesan sus cosas y sus andanzas; enamorado, además, de ideales; creyente en fantasías, devoto de paparruchas, caballero romántico, cuya dama era la ciencia y su divisa el honor, el honor tal como lo entienden los idiotas, o mejor dicho, tal como se lo habían dado a entender las generaciones de idiotas que le precedieron. Pensamientos manidos, todo oliendo a viejo, a arrumbado, a arcaico, hasta sus frases, hechas como la ropa de baratillo, y dignas de un florilegio medioeval, figúrense ustedes lo que me reiría yó de él y las peloteras que armaríamos al choque de antiguallas y moder-

nismos ultraprogresistas. El, todo afirmación boba, y yo, todo negación atrevida, peleábamos a brazo partido, y, sin embargo, nunca se alejaba de mí enfadado, sino con el deseo de reanudar la porfía.

Un día me dijo:

—Ya está usted bastante fuerte para salir, y el tiempo ayuda. Quiero, señor Riquez, que su primera salida sea para visitarme; conocerá usted a mi mujer y le presentaré también a Dadito y a Lita. Es decir, que le ordeno que vaya usted mañana a almorzar con nosotros.

—Receta muy grata—contesté yo—, y el mejor remedio para acabar de convalecer. Iré, doctor.

Como todos los maridos buenos, era confiado. ¿No le he llamado tonto? Pues, ¿qué mayor necedad, qué imprudencia, qué temeridad mayores que meter al diablo en su casa? Descolgué de la percha mi más flamante traje, un chaqué azul, que amenazaba pasarse de moda sin usarlo, un chaleco floreado y un pantalón rayadito, y del fondo de mi maleta desenterré una corbata de seda clara, de armazón académica. Me faltaba la camisa planchada, y ña Lujana, con plancha fría, muy quemada de humor y arte nulo, me preparó una que daba grima; me faltaban unas lindas botas, de charol y caña rubia, y hube de contentarme con las vulgares de becerro, no muy nuevas por añadidura. Pero, en estos andurriales... Habría deseado vestirme de franela y panamá, como en Marplatina, cual correspondía al sitio y a la hora, ¡qué sé yo! mostrarme todo lo elegante, de gustos y de raza, de que soy capaz para dar el gran golpe en esta

visita, que yo sabía trascendental. Peiné y aderecé mis cuernecitos diestramente, alisé mis cejas marcando bien el culebreo mefistofélico, y me perfumé con trébol y rosa, a falta de la ambarina esencia de mi anfitrión ; el chambergo gris, de correcta hendidura en la copa, me lo puse ladeadito, con desafío de tronera.

No tenía más espejo para mirarme que el raquítico de ña Lujana, y los ojos de Inocencia, abiertos de par en par en el pasmo de la admiración, me sirvieron para convencerme de que estaba irresistible, como siempre que me lo propongo. Con todo esto y un junco en la mano, deslumbrante por fuera y negro por dentro de pícaras intenciones, salí en dirección a aquel *Beauséjour* de mis deseos, que me franqueaba sus puertas antes que entrara yo por la ventana, prudente capitulación de vencido, y donde me esperaba, seguramente, sin género ninguno de duda, dando saltitos, el corazón de Coralia.

Era una mañana de verano tan luminosa, con oleadas de calor tan densas, que no veía por dónde iba, y antes de llegar, el sudor acabó de estropear la mala obra de ña Lujana, arrugándome el cuello postizo. El doctor Albatorre estaba detrás de la verja con los niños : me abrió por sí mismo el portón, y en el sagrado de su fortaleza hizo que mi planta se posara, muy cortés él y algo temeroso yo, temeroso, sí, respetuoso, como si el pilón de la fuente, que en medio del césped hacía emerger su fresco chorro de cristal, lleno estuviera de agua bendita...

—Pase usted, Riquez ; ¡ qué calor, eh ! Aquí tiene

usted a Lita y Dadito. Coralia nos espera en el salón.

Pasé, di la mano al doctor, acaricié a Dadito y a Lita, que se encogieron asustadizos, y quejándome del calor subí por una escalera toda blanca, blanca como la casa entera, que resplandecía de blancura en su interior, fresca e ingenua blancura, trasunto de un hogar feliz y de almas tranquilas; subí, digo, a un saloncito en el que la blanca figura de Coralia me pareció radiante, entre la media luz que tamizaban las persianas y el desmayado tono de las lacas y de la cretona, azucena soberbia.

Siento que me vuelvo romántico al recuerdo de aquel día, y no quiero caer en ridículo; detengo mi pluma, antes de que se desboque por los floridos campos del lirismo, y diré solamente que casi cegué al verme en presencia de mi sol de Junín, lo que no es de extrañar si es éste el castigo que impone el sol a los atrevidos. Estaba sentada Coralia en una butaca María Antonieta, y hacía que leía, con estudiada postura; su cuello desnudo, sus brazos desnudos... Tente, pluma, y di solamente que me pareció hermosísima, tan hermosa como antaño o más hermosa que nunca. Levantóse como sorprendida, al entrar nosotros, y se inclinó con mucha ceremonia.

—El señor Riquez—dijo el doctor—, nuestro simpático vecino de *La Vizcachera.*

—Es decir—añadí yo para darme aplomo, e inclinándome también — la vizcacha de enfrente, en cuerpo y alma.

Rió el doctor y sonrió ligeramente Coralia al alar-

garme su mano. Dos comediantes de oficio no lo hacen mejor y fingen con mayor arte. Para el marido, para el público, si público hubiese, aquella era la vez primera que nos encontrábamos. Yo cogí su mano, y sin estrecharla, volví a inclinarme.

—Mucho calor, ¿verdad?

—Muchísimo, señora, intolerable.

Tosí, y mi acceso de tos salvó la situación, porque se habló de mi bronquitis, y yo aproveché la coyuntura para elogiar la ciencia del sabio doctor Albatorre; y a todo esto entró mademoiselle Christine, la institutriz, en busca de los niños, y detrás de ella un chico, que vestía de *groom*, a anunciar el almuerzo, y pasamos al comedor sobre el parque, todo blanco también, con oronda mesa, compuesta y florida deliciosamente. Comenzaba a molestarme tanta blancura. Parecíame que mi señor don Eduardo justificaba en demasía su apellido. El también ostentaba albo traje de dril, y el *groom* ídem de ídem; de los niños no se diga y de mademoiselle Christine... ¿ha visto alguien en General Ordenado a mademoiselle Christine con otro equipo que el de primera comunión? Mi chaqué azul, mis prendas obscuras, desentonaban en aquel marco; era yo mancha de tinta en la nieve, o gavilán en nido de palomas, y con cierta inquietud ocupé mi asiento entre la señora y el doctor. En cuanto a Dadito y Lita, desterrados fueron a otra estancia, conforme a la moda extranjera, moda muy de mi gusto, porque a mí los niños me apestan.

Yo no sé lo que los señores de Albatorre me dieron de comer. Algo muy finamente aderezado, sano,

abundante, sin duda; sí hago memoria de que mi paladar sintió halago y no hubo queja de mi estómago, homenaje que aquí rindo a mi médico, quien en aquella ocasión dió pruebas de no querer emular a su cofrade Tirteafuera. Como el azoramiento de la presentación había pasado, recobré a los primeros bocados mi dominio, y la conversación revoloteó sobre la mesa alegre y zumbona; recuerdo que Coralia no paraba de reír, como en los tiempos de nuestro noviazgo, allá en la reja de su casa, y don Eduardo, afirmándose en el arzón a los botes de mi sátira, con gran desconcierto y risueño, sin embargo, no acertaba con la defensa de sus baratijas ideológicas, y a cada golpe mío era un balbuceo suyo y una carcajada de Coralia, acabando los tres por festejarlo al unísono.

Nunca me pareció más tonto, más poca cosa, el doctor Albatorre, que allí sentado, como encogido, junto a la soberana hermosura de su mujer. El nombre de Dios no se le caía de la boca, prendido entre los bigotes rubios como el arete que los salvajes se cuelgan de la nariz—. ¡Gracias a Dios!... Si Dios quiere... Dios vela sobre nosotros... Dios ha querido que este año mi cosecha de trigo sea óptima... Dios querrá que sigamos prosperando... ¡Bendito sea Dios!... ¡Y anda con Dios, que estaba el hombre pesadito!

Salió por cigarros y nos dejó solos, ¡un instante solos! El *groom* no estaba; tengo que advertir que el *groom* no estaba para explicar mi atrevimiento de cogerle la mano a Coralia y besársela, relámpago amoroso, tan pronto pensado como hecho, beso fugaz

y, sin embargo, tan ardiente cual aquellos de la reja de Junín.

—Cuidado con las imprudencias, señor Riquez— me amenazó ella con enojo—, que la señora de Albatorre no es la señorita de Latour—. Y más calmada, agregó luego— : A propósito, señor don Arturo... creo recordar que se llama usted Arturo... ¿se casó usted, al fin, o no se casó con la viuda de Tejera, misia Rosario? ¿está usted viudo o sigue solterón?

—Coralia — respondí yo ahogándome—, te debo una explicación y te la daré... sobre eso y sobre muchas cosas. Tengo que explicarme contigo.

El tuteo pareció desagradarla, más todavía que el beso, y mirándome entre los dos cuernos, lentamente, intencionadamente me dijo :

—Soy una mujer feliz, ¿entiende usted, señor don Arturo Riquez y Maltán de Pablos? ¡ Muy feliz !

Volvía el doctor y yo levanté la voz con mucha afectación :

—¡ La felicidad ! Ahí tiene usted, doctor, otra mentira en que no creo, en la felicidad, precisamente porque es difícil encontrarla en el mundo, si no es en los libros de cuentos.

Nos enredamos en nueva controversia, cigarros en ristre ; pero no estaba yo con el humor de antes : me parecía que con mi arrebato había comprometido el éxito de mi asunto. En esto oí a Coralia pronunciar burlona el nombre de la señorita de Fernández Igor. ¡ Cómo ! ¿El señor Riquez reservaba el secreto y todo el pueblo sabía que había encontrado novia en el Colegio de la Ascensión, y ya don Amadeo se disponía

a echarles las más católicas bendiciones de su ministerio?

—Pero eso es un cuento, señora—afirmé con empacho—, y justo, tratándose de un cuento, ¿qué extraño que no me tome el trabajo de desmentirlo? Así me he casado yo y divorciado la mar de veces, y esto de que todavía me traigan y me lleven las crónicas casamenteras, halaga mi amor propio de pollo con espolones. Por mi parte agradezco el favor. No creo que pueda decir otro tanto la señorita Dorila. A buen puerto vendría a buscar la felicidad.

Ella deshojaba una rosa, que cogió de la jardinera, y sonreía, y el doctor insistió machacón:

—Ya ve usted que en esto de la felicidad, como en todo, el toque está en saber encontrarla, pues siempre anda disfrazada y toma distintos nombres y aspectos. Lo desconocido no existe porque deje de existir, sino porque no lo conocemos. Dios, la ciencia...

¡Vaya por Dios! Coralia no levantaba los ojos magníficos, atentos a su graciosa operación, y en esta tarea de deshojar rosas sobre el mantel se abstraía, nos olvidaba, y me entregaba indiferente a la ramplona cháchara del marido. Salí de aquella casa blanca, donde todo era blanco, hasta las almas, mareado, y enemigo de la luz, gustoso de las sombras, como los murciélagos, así que el sol me dió de cara, en poco estuvo que topase con las paredes y con los troncos de los árboles. El camino de mi cueva, entre una ola de fuego y al son del chirriar de las cigarras, me pareció que debía ser el mismo que, en su punto y ho-

ra, he de recorrer cuando baje a lo profundo de donde he salido.

Y lo peor era que me sentía derrotado y humillado y hasta desorientado. ¿Qué pensar de Coralia? ¿Era materia asequible a mis intenciones? Lince soy en esto de mujeres, y el guante que acababa de echarme, aquel ¡ soy feliz !, vale decir : estoy abroquelada contra toda tentación, porque todo lo tengo y nada ambiciono, amo a un hombre de quien soy amada, en la belleza de mis hijos me recreo, y en la abundancia vivo y a gusto mío... aquella frase desafiadora e insolente, me traía sin concierto y dudoso. Dudoso y rechinando por momentos de coraje, estuve luego en mi ventana viendo caer la tarde y sepultarse en la obscuridad el pueblo, el valle, la roja masa de *Beauséjour*... Se hizo de noche... Un vaho de establo subía del fondo del valle ; todas las emanaciones campesinas, en acre hervidero, del suelo caldeado que fermentaba. Fueron brotando luces terrestres, estrellas amarillas y mezquinas, y en las ventanas de la quinta brillaron algunas, ojos que me espiaban y hacían guiños. Desde mi altura, dominador, solté una carcajada. Posado había mi planta allí, y bajo mi planta, como bajo el casco del caballo aquel invasor se secaba toda hierba, muere toda felicidad. Señora de Albatorre, ¡ acepto el reto !, y que lo impida el Dios de vuestro señor y marido.

Lo que sigue va a parecer inverosímil y amañado por mí. ¡ Ojalá, que así no me dolerían los golpes, y la conciencia no me enrostraría mi torpeza ! ¡ Torpe en caso semejante un vivo de mi laya ! Dormí como

deben de dormir los canónigos, cuando duermen bien, y en los días que siguieron volví a ver al doctor y a contender con él, tan amigos que no cabe más. Pero, como a quien yo ver ansiaba era a Coralia, y Coralia no se dejaba ver, me iba a la hora de la siesta (a esta hora, porque no había bicho bastante atrevido para salir de su madriguera y exponerse a ser fulminado por el sol omnipotente), me iba orillas del arroyo, y por la *senda de la virtud*, a espaldas de la quinta, me internaba sigilosamente; entre las madreselvas de la tapia buscaba abrigo, y en la misma piedra que Amaro me designó, me sentaba a esperar. ¿A esperar qué? Parecía ocioso imaginar que Coralia dejara sus frescas habitaciones y bajara al parque a hora semejante, y, sin embargo, yo estaba seguro de que sí bajaría. A mi mandato sugestivo no tendría más remedio que bajar, me obedecería como la noche del balcón, y vendría a mi encuentro, sonámbula sumisa. ¿De qué valdría mi poder entonces, este poder extraño que hace de la voluntad femenina un juguete, y que pocas veces marró en mis manos? Necesitaba hablar a Coralia, con urgencia mayor después de aquel almuerzo, y sitio más a propósito, más escondido, y hora más propicia que la hora de la siesta y la piedra de la tapia, no podían depararse.

Fuí varios días y sobre la piedra de mi paciencia estuve sentado todo el tiempo que aconsejaba la discreción; y me ocurría que, aburrido del plantón inútil, los ojos se me cerraban y quedábame adormilado, con inmovilidad de muerto entre la hojarasca. No de otro modo la serpiente espía a su presa, enros-

cada a una rama o en la maleza, fingiéndose quieta. Cuando el sol hacia Occidente ladeábase un poquito, yo me echaba fuera con más tiento que un ladrón y me encaminaba a los hornos de ladrillo vecinos, espantando a los *caranchos* y a los *teros*, y por largo rodeo de disimulo subía a mi *Vizcachera*. Así varios días. Así muchos días. Y como es la fatalidad puntual, uno de estos días, Coralia, en cumplimiento de la orden mental que la venía reiterando, bajó al parque y vino a sentarse en el banco de la glorieta, presisamente delante de mi piedra, cerco por medio. Vino sola, toda de blanco naturalmente, con una pelota de estambre y unos palillos de hueso en las manos para hacer labor. Se sentó, cerró la sombrilla, respiró con fruición la frescura del cenador, y se pasó el pañolito por la frente y por los labios...

El sol anegaba en luz el parque y quemaba la fachada posterior de la casa lejana, encendida, toda roja entre el verdor de la arboleda.

No era cosa de asustar a Coralia y que con un grito me estropeara oportunidad tan bien preparada y dicha tan bien ganada. Moví ligeramente las hojas, para que creyera que era un insecto o un pájaro quien las movía, y cuando logré que, curiosa, volviera la cabeza hacia mi escondite, dije con suave murmullo:

—¡Soy yo, Coralia, yo, Riquez! Tu Arturo de otros tiempos.

Hizo vivo ademán de huír, y yo susurré como la brisa en la enramada:

—No huyas, Coralia; nada temas, que soy yo. Acércate, haz cuenta que hemos vuelto al pasado y

que pelamos la pava en tu reja de Junín. Tranquilízate, desarruga ese ceño que altera tu bello rostro y escucha clemente a tu empedernido amador... ¡No huyas, te ruego que no huyas!

Inquieta de oír y no ver a quien la hablaba, con sorpresa y enfado apartó la tupida cortina de madreselvas, y mi aparición allí acurrucado y humilde, pordiosero del amor, la dejó estupefacta.

—¿Es de veras usted? Pero, ¿está usted loco?

—¿Y por qué has de dudar que soy yo y que esté loco?—repliqué con la misma canturía dulzona—. ¿Y qué ha de hacer el loco Riquez sino locuras? Locura de amarte casada más todavía que te amó de soltera; locura de querer hablarte a solas en este pueblo; locura de creer que no has de ser rencorosa... Todas estas locuras y más que me reservo trastornan mi cabeza día y noche, desde que supe que estabas aquí, de vecina mía, ¿y quién sino el loco Riquez ha de cometerlas?

—Bueno, señor Riquez—dijo ella con dignidad—; basta de bromitas. Usted sale en seguida de ahí, y no vuelve a hacer el oso más ridículo que vi en mi vida, y si quiere visitarnos de amigo, nada más que de amigo, y es esta una prueba de mi benevolencia, éntre usted por la puerta. Si no, lo echaremos por la ventana.

—¡No me echarás, Coralia!—insistí yo recobrando mi voz normal—. Y en cuanto a no venir aquí, como es la única manera discreta de hablarte, pues no he de enterar a tu marido de lo que me importa, vendré siempre que quiera y tú vendrás también.

—¿Yo? ¡Este hombre está de remate!

—¡Y tanto! Por eso te digo y afirmo que vendrás. Y aquí, sin que nadie lo sospeche, los mismos pájaros del aire no se enterarán, hablaremos largo de lo que el día del almuerzo no pudimos hablar, de un mundo de cosas que nos interesan.

—¿A mí?

—Ya lo creo que te interesan, Coralia. ¡No te ha de interesar lo de misia Rosario y el por qué de mi conducta, tan censurable para vergüenza y desesperación mías; no te ha de interesar saber cómo he venido a parar a este pueblo, tan cerca de ti, y por qué ocultos vericuetos el destino me trajo y me puso delante de ti otra vez! sí, Coralia, te interesa tanto, tanto, que ya estás deseando saberlo. Lo estás deseando desde que el nuevo huésped de *La Vizcachera* se te anunció bajo el nombre de Riquez, evocador de tu pasado. Y a pesar de que amas a tu marido, ¿qué duda cabe?, de que eres y quieres continuar siendo una buena esposa, el deseo de ver a Riquez, la curiosidad de saber del loco Riquez, turbó el sereno y monótono correr de tus días conyugales—. ¿A qué vendrá aquí ese chiflado?—te decías—; alguna va a armar, porque ése nunca viaja de vacío—. Y aguardaste, a fuer de discreta, la oportunidad de averiguarlo, y la oportunidad te la dió hecha y derecha tu propio marido—. Riquez, el de *La Vizcachera*, está enfermo, ¡qué hombre más simpático! si lo conocieras...—Tú, que conoces a Riquez y aprecias las dotes que lo adornan, te conmoviste poca cosa, entendido, pero te conmoviste caritativamente, y

contestaste— : ¡ Pobre hombre ! ¡ Enfermo y sin familia !— Y cuando el médico te comunicó la mejoría del simpático enfermo, también te conmoviste, poca cosa, pero te conmoviste. Sin embargo, la gran emoción, el vuelco, lo experimentaste cuando supiste que iba Riquez a almorzar a tu casa. ¡ En tu casa Riquez ! Menos mal que así acabarían las dudas, se descubrirían sus designios, y el misterio, tantos meses encerrado en el pardo rancho de allá arriba, punto de tus miradas, clave de tus cavilaciones, aquel misterio se aclararía al fin... Pues, no, Coralia, no puede aclararse delante de testigos, y menos aún delante de un testigo de excepción como tu marido. Por eso aquí estoy y para eso vengo...

Había conseguido ¡ oh poder mío diabólico ! que se detuviera y que me escuchara ; más todavía, que vacilara su voluntad, quizá por aquello de que a los locos no se les debe llevar la contraria. Y, sin mirarme, en una pausa mía colocó esta advertencia :

—Por hoy, pase. Pero, será la última vez. No creo que sea usted tan mal caballero para comprometerme, tan mal amigo para pagar en moneda vil la hospitalidad que se le ha brindado. La historia que quiere usted contarme, esas explicaciones que yo no le pido, todo eso que a mí no me importa, contra la opinión suya, en una sola entrevista puede liquidarse. Esta será, por lo tanto, la última, y aun así, conste que por sorpresa y a la fuerza.

—¡ La última !—exclamé con ruido de ramas que simuló un huracán—. Una historia tan larga, en tantos y tan interesantes capítulos, con episodios trá-

gicos, ¡ hasta trágicos, Coralia ! ¡ Muchas entrevistas necesito, muchas ! Piensa que nada arriesgas, si vienes, y si no vienes arriesgas mucho. El loco Riquez, cansado de esperarte, es capaz de hacer una barbaridad, y peor que peor. Que te opongas o que no, a la hora de la siesta, dormido tu marido, dormidos los niños, amodorrados todos, con la pantalla en la mano, echada en la mecedora, en la obscuridad del dormitorio, pensarás que Riquez te está esperando. ¿Y si Riquez se impacienta? ¿Y si, en su demencia, lo echa todo a rodar y sale de su escondite y entra en el parque, y se acerca a mi ventana, y lo ve el jardinero, y lo ve la institutriz, y lo ve todo el pueblo? El no tiene nada que perder, yo sí. ¿Bajaré para evitarlo, para reducirlo a la razón? ¡ Y bajarás, Coralia, bajarás !

—En suma—dijo ella, atravesándome de parte a parte con una de sus miradas luminosas—, ¿qué es lo que usted se propone?

—¿Yo? Nada, explicarme contigo, nada más, recobrar tu aprecio y hacerme perdonar mi indignidad.

—Para tan poca cosa no es menester de tantas palabras. ¿Y si yo le previniera que hace tiempo le tengo disculpado y que comprendo que hizo usted entonces muy bien en plantar a una muchacha pobre por una viuda rica? Esto se hace todos los días, y no corren ni lágrimas ni sangre. La brutalidad de la vida moderna lo impone y lo disimula.

Me tendía, al mismo tiempo, su mano, armada de los palillos de hueso, y yo que la deseaba a mi alcance, para besarla, y desarmada de todo escrúpulo,

amorosa y no simplemente, sosamente amigable, me revolví en mi verde jaula como un bicharraco al que se hostiga.

—No me basta, Coralia; el perdón antes de la confesión no satisfaría a mi conciencia. Necesito explicarte, con las menos palabras posibles te lo explicaré... Mira, Coralia, escucha.

La misma mano se levantó para amenazarme, y con un gesto que quería decir— : ¡ Marrullero ! Te conozco... huyó bruscamente mi dama, tan ligera que su paso por el parque, en el deslumbramiento del blancor de su figura por el espacio asoleado, semejó el de una estrella errante en cielo de estío. Yo sonreí, sastre que conoce el paño, y bajé de mi nada cómodo sitial riéndome. ¡ Ah, Coralia, bella Coralia, pobre Coralia !

Indudablemente, Coralia amaba a su marido. Ella, tan exquisita y refinada, se había aburguesado hasta el extremo deplorable de gustar de aquel angelón de escayola. La costumbre, el tiempo, la fuerza de la necesidad influyeron en este cambio, que me saltó a la vista el día memorable del almuerzo. Pero, si en este punto la señorita de Latour no era real y verdaderamente la señora de Albatorre, como ella, jactanciosamente, me lo hizo saber, la señora de Albatorre seguía siendo tan mujer como antes y, en su carácter de mujer, imposible fuera que no la preocupara su novio de antaño, enjaulado en su jardín a la hora de la siesta. Enamorada, virtuosa, en el último grado de la vulgaridad casera, tenía que preocuparla. Y echándome yo aire con el rabo, cual

Satanás ocioso, pensaba que al día siguiente la incorruptible esposa esperaría con ansia el momento de bajar al parque. ¡Es tan temible el loco Riquez! ¡Cualquiera se está tranquilo sabiendo que a dos pasos, en la propia casa, puede hacer de las suyas un loco, nada menos que con el honor, juguete de cristal en manos de un niño!

Para que no se enfriara, pues, el hierro que forjaba, aquel bien que hacia el mal quería torcer, trabajo de paciencia y de hábil tesón, me propuse al siguiente día ir a ocupar mi escondite de la glorieta y gastar todo mi flúido en obligar a Coralia, arrastrada por misteriosas corrientes superiores a su voluntad, a bajar al parque de nuevo. Seguro estaba de que bajaría, tan seguro como que he de ir al infierno. Pero, el Dios del doctor dispuso de otro modo las cosas, trastornando todo mi plan. Cuando yo salía de la tranquera, un cascabeleo atrajo mi atención del lado del puente y descubrí al *break* de Albatorre subiendo el repecho de la loma, y no vacío, con la familia entera, a juzgar por el blanco y compacto grupo que dentro de él se apiñaba. A tal hora, bajo aquel sol de plomo y la atmósfera de horno encendido, todo indicaba que no iban de paseo, sino de viaje, y viaje urgente, repentino, que no admitía dilación.

Tenía que pasar el carruaje por el sitio en que yo estaba, y pude ocultarme, que sólo la polvareda entre la que venía envuelto habría bastado para facilitarlo; pero, no me moví, sorprendido, dando tiempo a que se me echara encima, y con él la vista del doctor,

que guiaba, y Coralia, cubierta de gasas tan espesas, que si la reconocí fué por deducción: semejaba a una imagen que transportaran y cambiaran de sagrario, tan tiesa y entapujada iba. A su lado, Lita y Dadito y mademoiselle Christine languidecían, como pájaros sedientos, y eso que la toldilla, mal que bien, les prestaba resguardo misericordioso.

Al llegar a la tranquera, don Eduardo detuvo los caballos, y me saludó con el látigo:

—¡Hola, señor Riquez! ¿No duerme usted la siesta? ¿Para dónde se las guilla y a pie?

—Voy al rancho de ño Venancio—contesté embrollándome—, aquí cerca, diez minutos, no más.

—Pues nosotros a Ombú, nada menos que a Ombú. Acabamos de recibir un telegrama de mi hermano anunciándonos que Marta, mi cuñada, está con los primeros dolores de parto. ¡Figúrese usted! En seguida dispuse el viaje, y la soga tras el caldero, a pesar de la hora y de mis observaciones, se ha empeñado en acompañarme Coralia, y como Coralia no puede separarse de los chicos, también los chicos, y como de los chicos no debe separarse mademoiselle Christine, mademoiselle Christine también. ¡Encantos de la familia, señor Riquez! Pero, ¿por qué no sube usted? El rancho de ño Venancio está en nuestro camino; hasta allí lo llevaremos con mucho gusto.

—Sí, mas con bastante incomodidad para ustedes—objeté yo vacilante—. ¡Muchas gracias!

—Que suba usted, hombre—insistió el doctor—; hay asiento, y si no lo hay, es fácil hacerlo.

Para hacerlo, no siendo en el pescante, donde se

arrellanaba el mozuelo que, vestido de *groom*, sabía ejercer también de maestresala con la misma listeza que de lacayo, hubo que coger a Lita y depositarla, a disgusto de ambas, sobre las rodillas de la institutriz, y con esto, yo vine a quedar en el puesto más apetecible, porque, a cada barquinazo del *break* (y con el mal camino daba más tumbos que un bote) tropezaban las mías de lado con las piernas de la señora de Albatorre, y de frente con las de mademoiselle Christine. Que la francesa gustaba del involuntario rozamiento, no me queda duda, pues a cada embestida mía era una sonrisa suya picaresca; pero mi señora doña Coralia, contestando apenas a mis corteses saludos y excusas por la forzada intromisión en el vehículo, a todas luces importuna, aparecía más espetada, y su moreno antifaz acaso escondía un gesto de reproche y de enfado contra el insolente.

Yo, que me he dejado llevar siempre de los sucesos, gratos o adversos, ¿no había de entregarme al traqueteo del *break*, en tal ocasión delicioso? Con tanto abandono y malicia, que unas veces la misma mademoiselle Christine y otras la dama se resintieron del golpecito y afectaron poner, en evitarlo, el cuidado que yo no ponía.

—¿Y qué tal Inocencia?—me preguntó el doctor entre dos latigazos.

En medio del Sahara pampeano, su vocecilla imitaba a un flautín desafinado. Respondí que la chiquilla seguía lo mismo: tan delicada como su nombre.

—Amigo—diagnosticó sin piedad don Eduardo—,

tiene una tisis galopante que sólo Dios puede remediar. ¿Sabe usted lo que es para el organismo una tisis en el momento crítico en que se prepara a evolucionar y a transformarse la niña en mujer?

La terrible palabra sobresaltó a Coralia, que estrechó contra sí la ideal cabeza de Lita para protegerla de la negra garra de aquella segadora de lirios. ¡La tisis! Ya la sentía galopar a la zaga de los caballos. Y a través de su velo me pareció que me miraba con angustia. Hasta entonces no me había mirado, creo que ni de soslayo. Me permití acariciar a Lita, y mi caricia la hizo daño; ensayó un puchero, rompió a llorar amargamente y, resonando su llanto como un clarín dentro del coche, alborotó a la mamá, a la francesa y a todos.

—¡Lita! ¡Lita!—exclamó el doctor.

Y a poco, calmado el cotarro, entregado yo de nuevo a las delicias del balanceo, contemplaba a Lita dormida y pensaba que es cruel, sí, que la tisis se cebe en la inocencia. Mi mano maldecida, como su garra, ¿no la habría señalado a la Muerte? Incidente este del llanto, por mí provocado, fugaz, bastó para ocupar el breve trayecto que hasta el rancho de ño Venancio restaba; porque con ello, y el calor, y la poca gana de hablar, y la reserva de Coralia, augurio de serio desvío, ya estaba yo deseoso de tocar tierra, a pesar de aquellas otras tocatas agradables.

—He aquí su puerto de salvación—dijo el médico—; debe usted venir aprensado...

—Yo no, pero sí estas señoras, a quienes pido mil perdones.

Había parado el coche, y con nuevas excusas y gracias a porrillo, me bajé y quedé en el camino viéndolo sumergirse entre la polvareda y alejarse, llevando la imagen velada y enigmática de la señora de Albatorre, al són de sus burlescos cascabeles.

Me mordí las uñas de rabia. Quince días lo menos permanecería la familia en Ombú, y este alejamiento, en pleno período de incubación, podía perjudicar a mi empresa, comprometerla, aniquilarla, dando tiempo a Coralia para rehacerse y reflexionar y preparar su defensa...

Hallábame delante del rancho humilde de ño Venancio: cuatro paredes barrosas con tejado pajizo, un *ombú* y un pozo detrás, y la soledad, la tristeza, la miseria en torno. Ustedes conocen a ño Venancio. Es aquel gaucho viejo comilón, compadre de ña Lujana, impertérrito comensal de toda mesa amiga, quien *sorbe y llora* en todo tiempo, como le dejen, manjares ajenos y penas propias. Abierta la puerta, le descubrí sentado tomando mate, con un pedazo de galleta en la mano, y a sus pies, sobre cuatro ladrillos y un puñado de rescoldo, la *pava* que llaman, gorgoteando. Un gallo y tres gallinas picoteaban a su alrededor, y un gato negro, de ojos de ámbar, sobre el umbral, filosofaba a sus anchas en adoración ante una jaula de zorzal colgante de una escarpia.

Bueno, pero, ¿a qué había ido yo al rancho de ño Venancio? Pretexto para salir de un mal paso, dudé si entrar, aunque su sombra sola, en aquel momento, quemado del sol y de la contrariedad mía, era el más grato de los convites. Ño Venancio me reconoció de

dentro, y guiñando los cansados ojillos, que se le alegran únicamente cuando le ponen un buen plato a su alcance, salió a recibirme:

—Buenas tardes nos dé Dios, patrón; ¿cómo tanto bueno por aquí?

Para ño Venancio, el patrón de este campo y de todo el perímetro de General Ordenado, soy yo. Conoció a mi tío Juan de Dios, conoció a mi padre, conoció a mi abuela Laurentina. A todos estos Riquez trató de cerca; de todos fué siervo, y más que siervo, amigo. Si le dais la palabra, no la soltará en un día entero cantando alabanzas de los Riquez, y de la misma abuela, que, como es sabido, era algo alegre la pobre, celebrando la generosidad y el bondadoso corazón. Aquellos eran otros tiempos, sí, sí; no éstos de los Esquendos, de los cuales, salvo el Padre Eterno, mi favorecedor, todos los demás, y con ellos el tiránico don Patricio, no merecen la chupada de un cigarro. Entonces vivía su difunta, y sus dos hijos muertos eran los mozos más valientes del partido; y su nieto loco el más juicioso; y su nieta, desaparecida o fugada, que viene a ser lo mismo, la alegría de la casa. Entonces...

—Buenas tardes, Venancio—saludé—; ¿tiene usted una silla y agua fresca?

¡Jesús nos ampare! Cuanto quisiera el patrón. El rancho entero de ño Venancio estaba a disposición mía. Hizo muchas piruetas, de hombre cortés y acostumbrado a recibir a señores, y en entrando yo, el filósofo gatuno se espeluznó de disgusto, y huyeron el gallo y las tres gallinas aleteando, con asustadizos

cacareos. Y hasta el medio de la habitación trajo a la rastra ño Venancio una gran butaca, de seda vieja y encanecida, con tanto respeto cual si me ofreciera un trono.

—¡ De la señora Laurentina !—díjome emocionado—. Cuando murió su abuela de usted, su tío Juan de Dios, que esté en gloria, sacó todos los muebles de la casa antigua, donde se aloja ahora don Patricio, y me regaló algunos, los que conservo gracias a Dios... Aquí solía venir su abuela, y yo, que era muy chiquito, me acuerdo todavía : ¡ tenía unos ojos y un pelo, y una verruga encima de un ojo, la que no le sentaba tan mal, porque más parecía un lunar muy gracioso ! y he oído decir que no venía sola... En fin, cosas de la vida. Aquellos eran otros tiempos. Dispense usted, me voy al pozo.

Echado en el butacón de mi abuela Laurentina, callado confidente acaso de algún devaneo suyo pastoril y seguramente romántico, mientras fué por el agua ño Venancio, contemplé el modesto teatro en que la escena amorosa debió desarrollarse, y vi que era amplio, limpio y fresco, con tal cual mueble de estampa señoril, acusando la nostalgia del salón de que fué gala : dos puertecitas, recogidas las cortinas de zaraza, daban entrada a dos alcobas, discretas y obscuras. En las paredes había santos mártires, como los de ña Lujana, y fotografías de difuntos ; el suelo, de ladrillo, bien fregado *en aquellos tiempos*, debió ofrecer el mejor tapiz a los piececitos de mi enamorada abuela.

Volvía el gaucho anciano con el vaso lleno de

agua refrigerante, muy políticamente presentado en un plato de loza, y yo le miré con más atención que si no le hubiera visto en mi vida.

—¿Es usted discreto, ño Venancio?—le pregunté.

—¡Discreto! ¡Tantas cosas vieron estos ojos que comerá la tierrra!

—¿Y goloso? ¿Qué prefiere usted, ño Venancio, un buen *churrasco* o un buen platito de dulce de leche?

Abrió la boca desnuda, sin aparato ninguno, mecánico ni natural, de masticar, lo que me convenció que las encías solas valientemente ejercían las funciones de la perdida dentadura, y su lengua colorada chasqueó contra el paladar, brotándole el agua del deseo como al golpe de la varita milagrosa en la peña.

Yo bebía la del vaso con deleite y reflexionaba. El humilde rancho que, a la sombra del *ombú*, dormitaba en el borde del camino y que sirvió a mi abuela de lugar de citas galantes... ¡Si parecía aspirarse todavía el perfume de los besos!

¡Las cosas que se le ocurren a uno, así de pronto, al chocar de una nada, de una idea, de una palabra, de un recuerdo!

Ya sabía, ya sabía a qué había ido yo al rancho de ño Venancio...

V

Los quince días de ausencia de Coralia los pasé de malísimo humor. Como el mal de la hija de ña Lujana se agravaba, hube de suspender la tertulia nocturna en casa, y con el pretexto de mi salud dejé de reanudar la de don Bonora, dado a todos los diablos, mis hermanos.

Curioso caso en mi vida este de Coralia Albatorre. Yo no sé querer. Nadie ni nada me ha inspirado jamás sentimiento tierno ni apego, y en esta insensibilidad mía se fundaba mi tío Juan de Dios para decir que había de ser yo el hombre más feliz del mundo. Por sabido se calla que no estaba enamorado de Coralia, supuesto que condenado nací a ignorar siempre a qué sabe este manjar, miel y ambrosía para los humanos. No era, pues, amor, en su acepción purísima, sino sensualidad, capricho, orgullo, lo que me empujaba a atacar y a vencer a mi altiva vecinita, mi novia antigua; el instinto dañino que me impele a esparcir el mal donde me encuentro y por donde paso. Y, sin embargo, Coralia me interesaba más que otras víctimas mías, tan interesantes como ella, y hoy mismo, pretéritos aquellos sucesos singulares, guardo de

Coralia Albatorre un lejos... ¿de qué, diré? de simpatía, no; de afecto, no...; de respeto, sí, de respeto. ¿Y a que no atinan ustedes con la causa? Porque supo vencerme, con un arma femenina, claro está, la perfidia; pero me venció en toda regla y puso en la más completa derrota mis cuernos y mi rabo.

Vamos por partes... Decía que su viaje a Ombú me sentó muy mal y nada pudo distraerme, hasta que una mañana oí rodar el *break* por la carretera, de retorno, y desde mi atalaya lo vi entrar en la quinta. Vino a poco don Eduardo a visitar a Inocencia, que era él muy extremoso con sus enfermos, y me saludó afablemente, contentísimo del encuentro, refiriéndome que lo de la señora Marta había pasado sin mayor tropiezo, y que era tío de un nuevo sobrino, más rollizo y hermoso que un botón de rosa... Todo gracias a Dios, ¡alabado sea Dios! Yo lo felicité, contentísimo también, aunque por otros motivos, y en sus mismas narices enderecé a su mujer el siguiente mensaje por el telégrafo de mi uso particular:

—Mañana estaré en la glorieta. Bajarás al parque a la hora de la siesta. Te ordeno que bajes. Si no bajas, si vacilas, si me haces esperar y desobedeces, el loco Riquez armará la gran tremolina. No te cito para hoy porque debes encontrarte cansada del viajecito, y yo miro por tu salud; no quiero tampoco darte pretexto para la desobediencia. Una jaqueca excusa muchas faltas, ¿verdad, señora mía? Conque, lo dicho: bajarás mañana al parque y me explicarás lo de tu tiesura y desvío, qué mosca te picó la última vez del *break* y por qué me trataste en forma tan

desabrida y dolorosa para este tu constante amador. ¡ Hasta mañana !

¡ Oh ! ¡ Coralia, bella Coralia, pobre Coralia ! Desde mi escondite, al día siguiente, dócil a mi mandato, vacilante en la marcha, cual si la lucha entre su voluntad y la mía continuara, la vi acercarse a la glorieta, entrar y sentarse en el banco, cerrar la sombrilla, disponer la pelota de estambre sobre la falda blanca, enarbolar los palillos de hueso y abstraerse, suspirando, en el tejemaneje, cual si se creyera sola o hubiera olvidado que yo debía estar allí. Me daba la espalda y presentaba de frente su nuca, sobre cuya nieve negreaban las sortijillas del pelo... Las cigarras cantaban a más y mejor. Sin mover las hojas ni menearme de mi piedra, con voz blanda dije yo :

—Buenas tardes, Coralia. Gracias por haber venido. Dichosos mis ojos...

Ella, asustada, levantó la cabeza... Y tornó a bajarla sobre su labor, como quien creyó oír algo y se engañó, o fingiendo que se engañaba y era una voz interior la que oía, porque entre el metisaca del ganchillo marcó esta respuesta :

—Ya me parece oír al señor Riquez, al vecino loco que ha dado en la gracia de perseguirme, vanagloriándose de haber obtenido que yo venga a conversarle... Pues no, señor, que no se envanezca el fatuo. Hace más calor arriba que aquí, y aquí se trabaja con más desahogo que arriba.

—Con tal de que vengas, Coralia—contesté—, no me importan las razones.

—¿Quién habla de razones?—repuso en igual to-

no y fingiendo siempre no darme a mí el vuelto, sino a un interlocutor imaginario—. ¡ Buena palabra para la boca de un demente! Siquiera le sirviera de remedio y se curase de su extravío... ¿Qué busca? A mujer honesta no hay ronda de diablo que valga. ¿Dónde está su diablura que no lo comprende? Luego, esta mujer quiere a su marido, y este querer es firme, ha sido sellado por el amor de sus hijos. ¿Se convence el diablo de que pierde el tiempo? Si nada tiene que hacer, en el pueblo hay damiselas que piden cosquillas, con narices de a palmo. Vaya y tiéntelas, que quizá sacará provecho. Pero, ¡por Dios!, levante el cerco de *Beauséjour*, no insista en su desatino, no siga comprometiendo la tranquilidad de quien nunca le guardó rencor y no sabe ya de qué manera mostrarle su disgusto, su enojo ante su conducta tan poco digna, tan poco... caballeresca. El diablo es también caballero, sin dejar de ser diablo, y el diablo de mi vecino no lo parece, ni sabio siquiera, sin duda porque no es viejo, pues no sabe cómo se defiende una mujer virtuosa... Déjese de diabluras el señor Riquez, vuelva a su *Vizcachera* y demuestre que conserva su antigua simpatía a la señorita de Latour respetando a la señora de Albatorre. Si no, la señora de Albatorre se marchará a Ombú, donde acaba de pasar los días más tranquilos de esta temporada, y no volverá a General Ordenado mientras en *La Vizcachera* habite un loco tan incómodo...

Yo, que escuchaba atentamente y con sorna el sermoncito, no pude sufrir esto último y me disparé :

—¡ Pues el loco irá tras de ti, irá también Riquez a Ombú!

—Ya mirará él lo que hace—respondió Coralia tranquilamente— ; para los locos que no entienden de razones,, hay penas, hay palos.

—¡ Oh ! Dame todos los que gustes, Coralia ; de tus manos, ¿qué no recibiré yo?

—Reciba consejos mi vecino perturbado y sígalos, que con eso me contento. ¿No ve el daño que hace, el más grande, irremediable, que puede hacer? El día que el señor Riquez me devuelva mi tranquilidad, mi gratitud será eterna.

—¡ Devuélveme tú el sueño, Coralia, mi salud, mi corazón !

—Nada de eso le he quitado yo, al menos a sabiendas. ¿Quién se acuerda de la reja de Junín? Además, el pasado no le da derecho al señor Riquez de acusarme...

—No, si el acusado, si el reo soy yo.

—Entonces, ¿a qué viene esta persecución? ¿Qué quiere mi vecino, sino es ofenderme y enturbiar mi felicidad?

—Ni quiero ofenderte ni enturbiar nada. Quien enturbia la mía eres tú, tratándome con sequedad irritante y despegada.

—En el solo hecho de perseguirme y solicitarme está la ofensa. Déjeme en paz el vecinito, y verá trocado mi gesto adusto en afable y en dulzura de amistad el vinagre de la desconfianza. Eche una raya sobre lo pasado y haga nueva cuenta : la de que nues-

tro conocimiento data de aquel día en que mi marido nos presentó el uno al otro...

—¡Coralia, Coralia! Borrar lo pasado, ¿cómo es posible, aunque se quisiera?

A todos estos dimes y diretes, ni ella ni yo, como invisibles autómatas a los que se ensaya en un paso de sainete, nos movíamos ni mirábamos; de modo que cada cual parecía hablar a solas o con su propio pensamiento, hasta que Coralia, desesperada de mi terquedad, irguióse con encocoramiento:

—Señor Riquez, hará usted que me enfade de veras...

—Mira, Coralia... Tenemos que explicarnos. Te digo...

Nos embrollamos, y casi casi disputamos agriamente. Con viveza, con dolorida voz, Coralia, de cara a mi escondite, descubierta la intención y certera de frase, me increpó y hasta amenazó con que los palos ofrecidos serían de mano del jardinero, para humillación mayor. Luego, desfallecida, abandonó la labor sobre el banco y lloró.

—Arturo, ¡váyase usted!, no insista, no insista, ¡por Dios!

¡Me llamaba Arturo! El diablo, el loco tenía un nombre, nombre dulce, poético, pronunciado entre lágrimas. Así, entre suspiros, susurraban sus labios en la reja de nuestros amores:

—¡Arturo!

Tiempo hacía que no me oía llamar, tan suavemente, con vibración armoniosa de brisa, Arturo. ¡Oh Coralia, bella Coralia, pobre Coralia!

Aquella vez no quise prolongar la tirantez de la situación, y sin ruido, como una lagartija que se escurre, me marché. Sé mucho de psicología femenina y comprendí que no era prudente abusar. No se ganó Zamora en una hora y no se horada la piedra de una voluntad sino con el gotear metódico y persistente. Por eso me marché... y volví al siguiente día. Y todos los que siguieron, con algún intervalo impuesto por el mal tiempo. Coralia bajaba a la glorieta, a su pesar, eso sí, rebelde a mi yugo y a la fatalidad que la empujaba ; pero obediente a mi voz diabólica, y se sentaba en el banco. Ya triste, ya colérica, ya suplicante o amenazadora, pero sumisa al fin, me escuchaba. ¿Y qué otra cosa iba yo a exigir sino que me escuchara? Todas las mujeres son honestas, antes de dejar de serlo, y nunca el diablo tuvo para qué tentar a las que no lo son. Me escuchaba, digo, tejiendo su inacabable labor de aguja, y así recorrimos juntos, quieras que no, nuestro pasado, y saqué a escena a misia Rosario y pude exornar lo del plantón con razones que, si no persuadían, disculpaban.

Paliques no exentos de peligro, y por lo mismo para mí deliciosos ; un día fué Dadito, otro el jardinero, otro mademoiselle Christine quien nos sorprendió en medio de una parrafada ; mas como yo desaparecía perfectamente embutido entre las ramas, no veían sino a la mamá, a la señora, sola, y de aquel rumor de cháchara no comprendían la causa. Siempre que ocurría una de estas sorpresas, mi rebelde dama me arrojaba a la cara su protesta :

—¡ Esto tiene que concluir, Arturo ! ¿No se con-

vence todavía? No venga usted más... ¡ Le digo a usted que mañana no bajaré, no, no!

Y bajaba. Ya lo creo que bajaba. Por la *senda de la virtud*, nunca más digna de este mote satírico que el burlado demonio le puso, llegaba yo protegido del sol, mi enemigo, y entre la verdura me colaba como una sabandija. No esperaba más de dos minutos, acaso uno, y ya la arena del parque crujía... Llegaba mi rebelde, fatigada.

—¡ Siempre ahí! ¡ Ahí siempre! ¡ Pero este hombre no se cansa, no se aburre!

Yo, sobre poco más o menos, la regalaba con una frase galante:

—Si el que espera, desespera, Coralia, el que ama no se cansa de esperar, ni jamás se aburre.

—¡ Hasta cuándo! ¡ Hasta cuándo!

El calor era grande; pero dentro de la glorieta y de mi jaula se pasaba tan bien, que no lo sentíamos, salvo en los momentos en que nuestra porfía nos avivaba la sangre. Entretanto, no adelantaba yo más que una carreta atascada en la mitad de un mal camino. Aquel hierro que forjar quería y batiendo con el martillo de mi perseverancia, dale que le das, venía un mes, todo enero, en mi memoria lo tengo bien marcado, no se moldeaba al capricho de este hábil forjador de voluntades. Resistíase fríamente, y su resistencia me irritaba y era mayor incentivo a mi esfuerzo y a mi deseo. ¡ Cómo! ¿Esta casadita lugareña, sobre la cual ejercía una sugestión tan poderosa, probada de antiguo y renovada con el éxito que se ha

visto, iba a vencerme ¡ a mí !, nada más que con la inercia de su pasividad?

En una de aquellas sesiones de la enramada, le dije una tarde :

—Mira, Coralia, voy comprendiendo que te molesto ; no quiero tampoco seguir comprometiéndote...

Ojos y manos levantó ella hacia mí, en un arranque de agradecimiento.

—¿De veras, Arturo? ¡ Gracias a Dios que vuelve usted a la razón !

—Sí, Coralia, de veras. El paseo hasta tu parque, este escondite en el cercado... Dadito, la francesa, el jardinero han venido. Cuando menos lo pensemos vendrá también tu marido... Y tanto va el cántaro... Conozco un sitio donde podremos vernos sin peligro.

Manos y ojos se abatieron con angustia. En su rostro, todo enmascarado de amarillez, se dibujó un gesto doloroso.

—¡ Arturo, Arturo ! ¿Qué quiere usted decir con eso?

¡ Usted ! ¡ No había conseguido siquiera que me tutease, como antaño !

—Nada para que te alarmes, Coralia—expliqué yo— ; sencillamente, que mejor es que nos veamos en sitio más seguro, y el rancho de ño Venancio, que tú conoces, se nos ofrece que ni pintado. Es un paseíto desde aquí, en las afueras del pueblo. Sales tranquilamente y te diriges de ese lado, por arriba del arroyo o por el puente, lo mismo da, porque aunque te vean ir, el ir de paseo por ese lado o por otro no es delito, y como nadie te verá entrar ni salir, que

está en un rincón discreto... La hora más a propósito es a la tarde. Nada de tinieblas, que sería más sospechoso. Me has dicho que tu marido marcha hoy a Ombú y no vuelve hasta el domingo. Pues, mañana, entre seis y siete de la tarde, te espero en el rancho de ño Venancio.

—¿Yo? ¿En el rancho de ño Venancio?—exclamó ella con temblores en la voz.

—Sí, ¿por qué no? ¿No has ido allí otras veces haciendo la misericordiosa, en tu carácter de dama de la Providencia de la parroquia? Pues allí encontrarás mañana a este mendigo del amor y enfermo del alma... ¡Oh Coralia caritativa!

—¿Mañana?—replicó.

—¡Mañana!—insistí, anonadándola con el flúido de mis pupilas demoníacas.

Ya siento las risas de los que me leen y piensan que este diablo es un diablo tonto ó un pobre diablo. Pero, ¿cómo, señor diablo? ¿No nos ha contado usted que no estaba la señora Coralia para tafetanes? ¡Y nos sale ahora citándola en toda regla! Chambonada mayor... Pues, no, señores míos y lectores presuntos: no hay tal chambonada; persuadido de que la situación no daría más de sí, quise variar de suerte, a ver si el cambio favorecía mi empresa y decidía el éxito; estos cambios de impresiones, de lugar, de ambiente, hasta de hora, son, a veces, decisivos; ¡si lo sabré yo!

Y yo lo tenía todo arregladito admirablemente con mi gran amigo ño Venancio: podía disponer del rancho cuando quisiera y para lo que se me antojase;

que le mandara aviso anticipado, y él, discretamente, montaría en su *mancarrón* y me dejaría el campo libre más que a paso. En las aventuras de mi alegre antepasada hacían lo mismo los suyos; por ende, estaba hecho a este oficio de discreto, que aprendió de pequeño y que dió en su nieta amargos frutos. Plan sencillísimo, sólo me ofreció un inconveniente: los pesos que me costaba la colaboración de ño Venancio, y esto fué lo peor de la aventura... Pero, ¿qué no merecía la conquista de la señora de Albatorre?

Dado el aviso convenido y alejado mi gaucho viejo tomé solemne posesión de la vivienda sobre las cuatro de aquel día, que era sábado, ¡fatal casualidad!, día de brujas. Tarde tranquila, de suave temperatura; el sol se tapaba la encendida cara con rebozo de nubes opalinas: él también, discretamente, me cedía el campo como ño Venancio. Hasta el gato de los ojos de ámbar huyó al pajonal vecino, y el cotarro gallináceo a sus estacas. Sólo el prisionero, el solitario, el zorzal, en su jaula de cañas, continuó salta que salta y canta que canta, indiferente.

Aunque todo aparecía muy limpito y bien dispuesto, armé un estrado en la salita con el histórico sillón de mi abuela Laurentina, una banqueta de pana verde (¡verde! ¡oh color simbólico y preferido!) y una silla baja, de estas de esterilla fina, pero con el asiento casi desfondado; delante extendí una piel de carnero teñida de azul, y sobre una consola de tres pies, inválida, de los tiempos de mi abuela, y así era su tembleque senil, puse los magníficos, exuberantes de perfume, jazmines del Cabo, hurtados de los

tiestos de ña Lujana, dentro de un florero que quité a la Virgen de los Dolores. Para extremar la galantería, nota pagana y realmente apropiada a la fiesta de Afrodita, sembré de rosas el suelo, de hojas y de pétalos hice una alfombra, que encubriera la tosquedad de los ladrillos y sirviera de fragante tapiz a Coralia... Ahuequé las cortinas de zaraza, abrí las ventanas laterales, de modo que el aire campesino oxigenara todo, y precavido más que nadie, conociendo la flojedad de nervios que suele acometer en estos trances a las bellas, coloqué descuidadamente junto al florero un frasquito de sales inglesas, que compré al boticario. ¡ Ay ! Ya imaginaba ver a Coralia pisando flores y oliendo el frasquito, encantada—¿cómo no? —y diciéndome, sin embargo :

—Arturo, ¡ por Dios !, es usted terrible... Esta será la última vez, la primera y la última, ¿entiende usted?

¡ Sombra de mi abuela Laurentina, cómo te regocijarías y relamerías de gusto viendo a tu aprovechado nieto en estos preparativos! Pero, seguramente, que a ti no se te ocurrieron los floridos detalles de que hago mención, y sólo pensaste en tus perifollos... Yo también, sí, señora : vestía el chaqué azul del almuerzo aquel, la misma corbata, y para realzar mi gentil talante, llevaba calzado un guante amarillo, sin abrochar, y el otro, dobladito en la mano desnuda, que así los gasta nuestro Petronio porteño, Rómulo Pares.

Este detalle de los guantes lo completé luego de aderezarlo todo a mi gusto, sin olvidar—¿a qué tú

lo olvidabas, abuelita?—de poner sobre la cómoda, en en una bandeja de latón, por no haberla de plata, mi botella de Oporto, lo más legítimo que pudo vendérmelo don Bonora, acompañada de dos vasos de vidrio, por no tener copas de Bohemia... Pensaba que, como el amor todo lo idealiza, lo ordinario y lo humilde había de parecernos fino y suntuoso, y bajo el techo de ño Venancio, Coralia y yo creeríamos estar en un palacio encantado.

Si fuera mi primera aventura, no me sentiría más emocionado que aquella tarde, con todo listo, al punto de asomarme a la ventana para esperar a Coralia. Confieso que el corazón me hacía *pum, pum*, como el de un adolescente. ¡Y qué tarde más propicia! Nubladita, tibia, tranquila, sin más rumor que algún balido lejano: el zorzal había parado de cantar y se adormecía, y el campo también, la naturaleza entera caía, poco a poco, en el lento sopor del sueño. Al extremo de la faja blancuzca que, sobre el amarillear del trigo segado, marcaba el camino, pronto aparecería, surgiría la silueta de mi rebelde, la diosa del estío, de *bianco vestita*, obediente a mi reclamo.

Otra vez oigo las risitas burlonas. ¡Buen chasco va a llevarse el loco Riquez! ¿A que no apareció la señora Coralia en toda la tarde? Sí, ¿eh? Acérquense ustedes a la ventana y miren allí, allí... ¿No ven ustedes una cosa blanca que se mueve, que se agranda, que va agrandándose, agrandándose...? ¡Es una mujer, no hay duda, es una mujer! Esa redondez que se abarquilla sobre ella, y al protegerla se confunde con la figura, es la sombrilla, también blanca, como

que en aquella casa tienen manía por lo blanco. Ya lo creo que es una mujer. Cuanto más se acerca, más lo parece y más claro me lo muestra el objetivo de mis anteojos, que he traído a prevención, otra prevención que no se le ocurriría tampoco a mi abuela, calmante de impaciencias. Miren ustedes, ríanse ustedes: ¡una mujer! ¿Y quién ha de ser esta mujer, vestida de blanco, que entre las seis y las siete, hora de la cita, viene al rancho de ño Venancio?

Me aparté de la ventana, prudentemente, y esperé que llamara a la puerta, dos golpecitos sigilosos, débiles, recatados. ¡Ah! ¡Coralia, bella Coralia, pobre Coralia!... Transcurrió un rato muy largo, muy largo, el necesario, el indispensable para que pasos tan menudos y que no traían prisa, franquearan el trecho de carretera. Yo, entretanto, detrás del postigo, cual el operador que maneja los ocultos hilos de un títere, maniobraba a mi gusto y ejecutando la acción de tirar hacia mí, decía:

—Ven, Coralia, ven. Animo, mujer. No vaciles, no dudes, no temas. Ausente tu marido, solitario el contorno... ¿quién va a sospechar que te espera, loco de amor, Riquez, el Arturo de tu reja, el Mefistófeles de la glorieta? Por lo que te cuesta andar, parece que te acechara algún peligro y que en el rancho de ño Venancio se escondiese alguna fiera pronta a devorarte. Nada de eso, Coralia. Lo que aquí se esconde es el amor, saladito, picante, sabroso, tan distinto del desabrido bodrio que te sirve tu marido, que cuando aciertes a probarlo dirás que cómo no te decidiste antes, y antes no te desengañaste de la sosería

de tu virtud y de la coyunda legítima. Anda, mujer, Animo, ven.

Hacía yo que tiraba del hilo, lazo de comunicación entre la voluntad de Coralia y la mía suprema, y tal maña debí darme, que a poco sonaron en la puerta los dos golpecitos sigilosos, débiles, recatados. ¡ Ella ! ¡ Coralia !

—¡ Adelante—dije—, adelante !

No había tantas flores en el suelo como las que llevaba en los labios para presentárselas al abrir, ni con tanta emoción esperaba en la ventana como a tirar del pestillo acudí disparado... ¡ Bueno, pues no era Coralia, era mademoiselle Christine ! Sí, mademoiselle Christine, que, sin entrar, aunque juraría que si yo la invito a entrar, entra, me alargó una carta... de *madame*.

—¡ Excusitas ! — pensé, más mohino y quemado, tembloroso de rabia—. ¿ Usted me permite, mademoiselle ?

Con olvido de toda cortesía, dejé plantada a la francesa y me volví para leer la misiva de la señora de Albatorre... Seguramente, cuatro líneas mal escritas, cuatro mentiras. Rasgué el sobre, y no encontré dentro más que un papel en blanco, perfumado, oliendo a la pestilencia maldita del marido. Era una burla, una burla espantosa de Coralia, en complicidad, sin duda, en complicidad con el seráfico doctor, el mediquín de mazapán y cabello de ángel. Hice como que leía y cuando acabé de leer lo que no estaba escrito, sonreí a la mensajera :

—Dirá usted a *madame* que está bien, muy bien... Y muchas gracias, mademoiselle. Buenas tardes.

Algo debió advertir en el culebrear de mis cejas y en el relampagueo de mis ojos, porque se alejó aprisa, con un *bon soir* tímido y forzado... Yo cerré la puerta, de un solo golpe, tremebundo... Mi tatarabuelo, Luzbel, no cayó en los abismos, derrotado, con trepidar de montañas y rodar de peñascos, no cayó con más grande estrépito que yo, retorciéndome de rabia, en el sillón histórico que había dispuesto para resucitar las amorosas horas pasadas : crujió el sillón y se quebró una pata ; se bamboleó la consola y se inclinó de modo que volcó el florero y rodó hecho trizas ; la botella de sobre la cómoda perdió el equilibrio, y arrastrando los vasos convidó a beber al santo suelo del líquido topacio que guardaba, y en medio de este terremoto, yo blasfemando, yo increpando, yo vociferando, apretado el puño, espumosa la boca.

No, no había menester de que cantara el papelito. En su misma blancura, en la ausencia de toda letra, residía su elocuencia. Y yo leía, traduciendo la burleta, que mi rebelde, hostigada por mí, desesperada por mi persecución, ansiosa de libertarse de mi influencia, que tenía a mal traer su virtud y su tranquilidad, había acudido al marido, se había abrazado a la cruz del matrimonio, y entre el marido y ella tramado la bromita. Sabedor el marido, cómplice el marido, los resultados no podían parar ahí : habría duelo, bofetadas, palos, escándalo, desmayos, lágrimas y sangre : toda la gama escénica del adulterio social, realizado o simplemente intentado ; pero, so-

bre todo esto tan vulgar y pueril, se cerniría mi venganza, ave negra, terrible y nunca vista. ¡ Oh ! ¡ Coralia, bella Coralia, pobre Coralia !

Pasé dándome de testarazos, no sé, muchas horas, en la obscuridad del rancho solitario, y aunque sabía donde hallar luz, no quise buscarla, pues no resistiría el menor reflejo : en las tinieblas veía más claro, y el tragicómico entremés, de la mujer y el marido concertándose, risueños, a seguida de la denuncia, se me representaba más patente y de relieve. Si fuera mi cólera, dinamita, el rancho de ño Venancio se desmorona aquel día. Y, sin embargo, lo era, ya lo creo ; lo que hay es que no estaba formada la bomba todavía : en tan corto tiempo no podía fabricarla, perversamente fabricada por mí, que me precio de diestro, reventaría de lo lindo, no dentro del rancho de ño Venancio, sino sobre el insolente *Beauséjour:* desde las alturas de *La Vizcachera*, mi mano vengativa la arrojaría, y en su gallarda trayectoria, hasta sembrar la muerte en la odiosa casa roja, la seguiría mi mirada feroz. ¡ Cómo iba a reírme ! ¡ Reíd vosotros, entretanto, señores de Albatorre !

Las tantas serían cuando salí del rancho, y como un beodo tomé el camino de *La Vizcachera*. Menguante la luna, alumbraba menos que un farol de papel, y esto me agradó, porque peor fuera que, compitiendo, ridícula, con el papá sol, se sirviera de su luz prestada para delatar mi presencia de lejos y las trazas poco tranquilizadoras que llevaba. El *zorrino*, en competencia, ese sí, con mi gracioso doctorcito, entregaba al ambiente su pestífera esencia, y los grillos,

cri, cri, cri, cri, comentaban entre la hierba mi cómica aventura:

—Jí, jí, já, já ¡paso al señor Riquez! ¿Qué tal? ¿Se convence el señor Riquez que hay todavía honestidad por estos pagos? ¿Y qué se creyó el buen señor Riquez, que todo iba a ser gesticular cuatro morisquetas y rendirse en seguida la Penélope de *Beauséjour?* Así aprenderá el muy sinvergüenza del señor Riquez a respetar mujeres y a honrar casadas. ¡Já, já, jí, jí!

—¡Callad, turba soez!—decía yo volviéndome al rumor de pifia—; ¿qué sabéis vosotros? Esperad, que aún hay comedia para rato, y en el último acto veremos quién se ríe.

Una lechuza graznó encima de mi cabeza y otros graznidos de mal agüero resonaron del lado de mi covacha, cuya silueta tenebrosa se divisaba a la izquierda del camino. Y como yo andaba como llevado en volandas por los mismos demonios, poco tardé en tropezar con la tranquera y a punto de cruzar bajo el emparrado con la propia persona del señor doctor don Eduardo de Albatorre, que salía... En la raja de luz de la puerta su figura se dibujaba con negros contornos, y sólo algunos hilos de oro de la barba relucían; negro el traje, parecía más aventajado y hasta imponente.

—¡Señor Riquez!—me dijo poniéndome la mano sobre el brazo, con súbito ademán.

—¡Doctor Albatorre!—repliqué con un respingo, que me desembarazó de aquella presión incómoda.

—¿Una palabra?

—Todas las que usted quiera.

Anduvo unos pasos, yo le seguí, y cerca del pozo, apoyado en el brocal, su vocecita de flauta gorjeó, por los temblores de la emoción, lo que sigue:

—Señor Riquez, yo le he salvado a usted de una enfermedad grave, me he mostrado su amigo, le he abierto a usted de par en par las puertas de mi casa, con toda la franqueza y cortesía que su estirpe merece, manda la buena vecindad y exige la protección de que goza de don Fabio Esquendo... ¿Y cómo ha pagadó usted todo esto, señor Riquez?

—Usted dirá, señor doctor de Albatorre.

—Molestando a mi mujer, enamorando a mi mujer, faltando a la amistad, al honor del caballero, ¡al temor de Dios!

—¿Me permite usted, doctor? Acaba usted de mentar palabras para mí vacías de sentido. Dios, el honor, la amistad, son palabras huecas, inventadas nada más que para enfrenar toda pasión. Yo no aguanto frenos ni consiento que nadie me los ponga. Su mujer de usted ha sido novia mía, es bonita, me gusta, y por lo tanto no iba a andarme con repulgos y miramientos para declarárselo y emprender su conquista. Que fuera usted amigo, me tenía sin cuidado, y hasta lo juzgaba condición favorable, y en cuanto a Dios, al que usted tanto manosea, si existe, crea usted que no va a ocuparse si su mujer le pone a usted cuernos o no se los pone.

—Siempre me dió asco su cinismo.

—Mi cinismo no es más que el poso de sinceridad,

exteriorizado, que todos guardamos dentro. Los hipócritas lo esconden, yo lo revelo.

—No disputaré con usted. Me avergonzaría de ello y me parecería que su degradación me contaminaba. Nada más me resta que decirle, sino que, en adelante, si usted mira a mi mujer, si se acerca usted a mi mujer...

—La miraré, sí, señor, que para eso su Dios me ha dado los ojos, y como pueda acercarme...

Su voz se convirtió en chillido al levantar el diapasón para arrojarme una fea palabreja, y yo le amenacé con hacer que la tragara. Entonces aquellas manos monjiles intentaron azotarme la cara... Confieso que de todas las bofetadas que me he ganado en mi vida, la del doctor Albatorre hubiérame escocido más que ninguna, de tal manera que, si llega a descargarla, perdida la sangre fría, como no soy manco, lo cojo por la cintura y lo tiro al pozo. Afortunadamente, para él y para mí, se contuvo y oí que su vocecita resollaba:

—Nos veremos en un duelo... ¡Un duelo! Esto no quedará así.

—¡Un duelo!—respondí— ; eso está bien para los imbéciles que creen en el honor. Cambiados mutuos insultos, váyase usted por su camino y guarde a su mujer con siete llaves, que, ya lo sabe usted, como yo pueda...

—¡Mi mujer, como yo, como toda persona honrada, le desprecia!

Solté el trapo a reír, jí, jí, já, já, al par de los grillos, y él se apartó, se alejó, dignamente, lenta-

mente, y cuando estaba en la tranquera, alzó la voz y el brazo :

—¡ Desprecio !

Ultima piedra de la disputa, no contesté, porque mi respuesta no iba a ser otra piedra, de alcance más o menos seguro, de golpe más o menos certero ; iba a ser una bomba, ¡ y qué bomba ! Pobre doctor Albatorre. ¡ Idealista ramplón ! ¡ Sentimental estúpido ! ¡ Mal hace el bien en despreciar el mal ! Se desprecia lo que no sirve, lo que no vale, ¡ y el mal es poderoso, todopoderoso ! ¿ No lo sabes tú, doctorcito de jalea? Pues, pronto vas a saberlo.

Apoyado, como él, en el brocal, le siguió mi mirada torva en su andar pausado hasta que traspuso la tranquera, hasta que entró en el puente, y cuando ya desaparecía en la lejanía borrosa, le clavé en la espalda esta amenaza :

—¡ Muy pronto !

Luego me abismé en un cavilar hondísimo, del que no podría ofrecer aquí, aunque quisiera, el menor dato. Noche de brujas (repito que era sábado), hilando estaba el copo de mi venganza, cuando escuché gemidos cercanos, el triste lamentar de ña Lujana... Ña Lujana se lamentaba día y noche, sobre todo desde que Inocencia se agravó, y sus gemidos, en fuerza de ser oídos, eran como el goterón de un tejado, que acaba por ensordecer ; pero, los gemidos de ña Lujana en aquella noche, por lo persistentes, lo sensibleros, semejaban los de una bruja que perdió su escoba y teme faltar al aquelarre ; a través de la rendija que dejó, al entornar la puerta, el doctor Al-

batorre, y que marcaba el apisonado suelo de tierra con larga faja de luz, se escapaba el doloroso murmullo con tal cual nota aguda de desesperación, y asimismo no me molesté en averiguar lo que sucedía, en primer lugar porque no soy curioso, y luego, porque no me importa del dolor de los demás. ¡Que ña Lujana se quejara, que *La Vizcachera* se hundiera! ¿a mí, qué? ¿Quién se importaba de mi derrota y del rabioso retorcer de mi rabo en el brocal del pozo, hundido en el abismo de mis cavilaciones vitandas?

Entretando, se ensanchó la raja de claridad y apareció Amaro. No le veía bien, pero lo reconocí.

—¡Amaro!—llamé con precaución.

A fuer de buen rastreador, se orientó prestamente en la obscuridad y vino derecho hacia mí, resonando a compás sus espuelas gauchescas.

—¿Sabe usted?—me cuchicheó temeroso—; ¡ha muerto Inocencia!

—Bueno — pensé—; ¡Inocencia muerta! ¿qué importa al mundo?

No sentí ni frío, ni calor. Inocencia muerta era un estorbo menos en la casa, un espectáculo desagradable de menos, aquella tísica, comida de fiebre, hirviente receptáculo de esputos y bacilos. Luego, fea, tan fea... Flor del mal, no servía para lo que estaba destinada. El vicio se alimenta de belleza y repugna la fealdad. Si se le pinta feo, es para hacerlo aborrecible. Por lo tanto, la muerte de Inocencia era una pérdida sensible nada más que para ña Lujana, y en manera alguna digna de ser deplorada. Siempre he dicho que si la muerte no existiera, habría que inven-

tarla. Una vida larga, larga, sin fin, sería intolerable, no sólo en cabeza ajena, también en carne propia. ¿Quién sino la muerte barre todo lo que estorba, aclara filas, soluciona conflictos y da completo acabamiento a las penas y dolores? Con su habitual sabiduría había puesto fin a aquella existencia inútil. Ya no oiría toser a Inocencia, ni llevaría pegada su mirada maliciosa, ávida de conocer el secreto perverso. Repetí distraído:

—¿Ha muerto?

—Sí, señor—contestó el muchacho en sordina—, y dice la madre que es usted quien le ha echado mal de ojo. La prueba está en que hasta que usted no vino, Inocencia anduvo bien, y todo fué entrar usted por esa puerta y empezar mi pobre hermana a marchitarse.

—Zonceras de tu madre, Amaro.

—Y dice también...

—¿Dice más?

—Dice que con la muerte de mi hermana se cumple la profecía de que usted traería mucho daño al pago.

Di un suspiro, que era más bien resoplido.

—¡Ojalá fuera mi poder tan grande como dice tu madre, Amarito! ¡Hay gente de este pueblo que la cortaría en pedazos! ¡Hay casas de este pueblo que incendiaría con gusto, y si pudiera, así como se siembran los granos de trigo, iría sembrando maleficios por todo el contorno!

—¡Valiente soy, y tiemblo de oirlo!—dijo el gauchito.

Me contó que sobrevino la muerte de la chica poco después de marcharse el médico y en seguidita de propinarla cierta inyección calmante que había recetado y trajo Amaro, deslomando al *gateado* a rebencazos: un líquido, así, entre negruzco y amarillento, de efecto tan calmante, que se quedó la pobrecita quieta por toda la eternidad. Estaba presente ño Venancio, quien sabido es, de puro viejo entiende mucho de curanderías, y dijo que qué era aquello que la había matado, que ni un rayo lo hace mejor; y ña Remedios, más entendida que él, de quien se dice que sanó al hijo del *puestero* Ezequiel, desahuciado por el doctor Albatorre y sacramentado por don Amadeo, y hasta mademoiselle Christine, como francesa, muy leída, todos presentes, y cuantos adentro estaban, aun los más ignorantes, declararon que era la inyeccioncita lo que parecía haberla muerto, pues todo fué recibirla Inocencia y estirar a poco la pata.

—Es muy raro eso que dices, Amaro... Un líquido entre negruzco y amarillo...

—Sí, señor, muy espeso, muy espeso: un jarabe como de alquitrán. Ya se lo mostraré, si quiere.

—Sí, me lo mostrarás. No soy curioso, y a veces se me despiertan unas curiosidades más raras...

Mis cavilaciones, distraídas con la presencia del mozo y la relación del suceso, se avivaron como la llama de una hoguera al soplo del aire. Y un airecillo bullanguero se había levantado, fresco, que entre las hojas del parral y los tiestos de ña Lujana ensayaba dulce sonatina. Por la puerta del rancho, alternando

con la jeremiada de la madre, se escuchaba sordo murmullar de rezos.

Más bajito, repuso Amaro:

—Se le ha quedado una cara. ¡Dios, qué cara! Si viera usted, señor... La boca es la de un sapo, mismamente, hinchada, hinchada, así, y entre verde y azul, y los ojos como espantados, que ha habido que cerrárselos, y como está tan flaca... Y parece que los torció del lado de su cuarto de usted, que esta es señal que es usted quien debe seguirla al otro mundo.

—Gracias por la noticia y por el favor—dije yo con risa súbita—; sabes explicarte, hijo, con mucha claridad. Para indirectas...

—Eso ha dicho Hermelinda, la hija de ña Remedios... Ahí están todos, y también don Amadeo. ¿Por qué no entra usted?

La idea de que estaba don Amadeo me desagradó. En mi aprensión y ojeriza contra la gente negra, tenía buen cuidado de no darme en el pueblo de narices con él. Si por una esquina percibía el flotar de su manteo o el apuntar tan sólo de su teja, ya me volvía yo bruscamente, y podía asegurar que al cura no le conocía ni de vista, porque siempre que le vi fué de espaldas. ¿No había de estar don Amadeo, acólito de la pelona? Molesto con los rezos, dije al mozo:

—¿Y van a estarse así rezando toda la noche, de velorio hasta mañana? ¡Buena noche se me prepara!

—Segurito... Entre usted, que puede ser que espante a todos, como un zorro en un gallinero.

—Vamos allá, hombre. Sería muy divertido.

Salté del brocal, y acompañado del espoleo de Amaro, empujé la puerta y me presenté en el dintel, cual aparecido que surge de la sombra. En aquel momento, el concurso, humillado en torno del cuerpo de Inocencia, en la sala-cocina, repetía: «Padre nuestro que estás en los cielos...» En medio, don Amadeo, todo negro, envuelto en su hopalanda, la cara sanguínea y grotesca, largo como un ciprés; en la silla en que había muerto, Inocencia, tan hinchada como decía Amaro, y con feas manchas en la piel amarilla, mezquino despojo de una adolescencia abortada; a sus pies, entre el desesperado revoltijo de sus mantas, la desgreñada, la llorona ña Lujana, y con ella Pampero, que también gemía, y aquí, acullá, con cabos de vela encendidos, mademoiselle Christine, la linda Hermelinda, ña Remedios y ño Venancio, dos o tres figurones más que, por arrebujados o de espaldas, no reconocí... Todos repetían: «Que estás en los cielos...» Y las preces las oían, desde sus marcos de purpurina, todos los santos del hospital devoto de la viuda de Díaz, unos sobre algún mueble, otros clavados a la pared, relucientes por la iluminación de tanto cirio y lamparilla, orgullosos por la florescencia de sus improvisados altares.

Sin duda, con el abrir de la puerta chirrió algún gozne y entró alguna ráfaga que movió las lenguas de fuego de las velas, porque rápidamente se volvieron las cabezas. Y sin duda, mi empaque siniestro impuso pavor en algunos, en otros miedosa sorpresa, porque las voces se apagaron. Don Amadeo interrumpió la oración, y su mirada enemiga se cruzó con la

mía, embistiéndose las dos en el aire. Callado don Amadeo, en silencio todos, ña Lujana se arrastró por los ladrillos, así que vió que era yo el recién llegado, y poniendo los dedos en cruz, como los pondría delante del mismo Satanás, rompió a gemir más recio:

—¡Señor, mírese usted en su obra! ¡Mire usted lo que ha hecho! Usted me ha matado a mi hija, usted me ha quitado a mi hija. Yo tenía una hija, ¡hija mía!, y vino este hombre y en seguida enfermó la pobrecita y empezó a morir. No tuvo ya un día bueno, ni una hora buena. Señor, ¿qué ha hecho usted? ¿Por qué lo ha hecho?

Don Amadeo me miraba impávido, y yo que sospechaba que de él venía el alimentar del desaliño de ña Lujana, miraba fijamente a don Amadeo. Ña Lujana se golpeaba el pecho, se arrancaba las greñas, invocaba de sus estampas de colorines amparo para ella, castigo para el matador. Y arrastrándose siempre, lastimosamente, fué a descubrir el cadáver y lo mostró con alaridos de hiena:

—Mi hija, ¡hija mía!

Sobre la mesa, junto a la ventana, vi el frasquito del líquido entre negruzco y amarillento, aquel que parecía jarabe de alquitrán. En silencio e inmóvil hasta entonces, relampagueante la idea que me impulsaba y que en el brocal del pozo, en la sombra de la noche y de mi conciencia había buscado, avancé derechamente a la mesa, entre las mujeres arrodilladas, y llevándome por delante al cura, arrebaté el frasco de la pócima, y armado de él mi mano vengadora, la alcé en triunfo:

—Señora—dije con airada vos—, me acusa usted, en su desvarío, de un delito que no he cometido, que no tengo poder bastante para cometer. No soy graduado de facultad ninguna, ni ostento título, ni sé de la ciencia de curar un palote. No soy médico, en suma, señora mía, que son los que matan. Y como no soy médico, no sé recetar medicinas como las de este frasco. Averigüe usted quién es el que la ha recetado, puesto que probado está, y aquí los presentes no han de desmentirme, que es esta medicina la que ha dado muerte a Inocencia. Y cuando haya usted averiguado quién mandó que se la dieran, váyale usted con su pregunta: ¿Qué ha hecho usted, qué ha hecho de mi hija?

Estupefacta ña Lujana, estupefactos todos, reinó silencio temeroso. Unicamente, don Amadeo tosió y revolvió en el gaznate sordas palabras. Los demás, con espanto, interrogaron a ño Venancio y a ña Remedios, ojeadas de curiosidad intempestiva que quedaron sin respuesta, porque ña Remedios y ño Venancio, los sabihondos del concurso, se preguntaban lo mismo mutuamente. ¡Bien podía ser! ¡Bien podía ser! Ña Lujana, todos, hasta Amaro desde la puerta, contemplaban el frasco que yo esgrimía como un puñal.

Y don Amadeo, de pronto, soltó su vozarrón lúgubre:

—¡Padre nuestro que estás en los cielos!

—¡Padre nuestro! — repitieron mecánicamente hombres y mujeres.

En rededor de la muerta se humillaron de nuevo

las cabezas y el murmullo de la oración se elevó como columna de incienso. Poco a poco mis nervios se distendían, y satisfecho mi arranque, ejecutado mi gesto de sembrador, me sentía más calmado. Vi que Amaro se hincaba, y yo me hinqué también, imitando su acción, acaso porque no había donde sentarme o porque cedía inconsciente a extraña fuerza desconocida, mientras apretaba el frasco dentro de mi puño.

¡La inocencia, muerta! ¡La virtud, triunfante! Yo, de rodillas... Día completo.

VI

Después del entierro de Inocencia, tuve con ña Lujana una conversación trascendental. Fué a media noche, en la sala-cocina, libres ya del mosconeo lacrimoso de las visitas; dormido Amaro; la ventana abierta por el calor; a la luz del quinqué; yo, paseando; embozada en su mantón negro, la dolorida viuda de Díaz.

Llorosa, quebrantadísima, no estaba la madre infeliz para conversaciones. Y, sin embargo, logré apartarla de su idea fija con sólo cambiar el eje de su reflexión, y hablándole de Inocencia, hacer que a Inocencia olvidara. Tenía yo también mi idea fija, y deseaba despejar cuanto antes toda duda para poner punto y remate al plan imaginado. Hablamos, pues, de Inocencia, más de dos horas, y en estas dos horas, hábilmente, creo que no se pronunció su nombre una vez sola; porque lo que a mí me interesaba era su enfermedad, la causa de aquella muerte súbita, de todos los presentes declarada fulminante, y sobre esto obtuve datos preciosos de ña Lujana.

—Sí, señor—hipaba lagrimeando—, en seguidita que salió el doctor, tal vez no habría llegado al puente... Acababa de darle el pinchazo... Y con esto que es tan cierto y lo que a usted he oído decir, se me ha puesto un pensamiento tan malo...

—¿Qué mal pensamiento, señora?

—No quiero decirlo, que así soltando todo cuanto se mete aquí, se dicen zonceras y se hacen acusaciones... Usted me dispensará, señor... ¡Estaba loca, loca!

—Yo la dispenso, señora. ¿No es nada perder una hija?

—¡Es Dios quien me la ha quitado! ¿Quién ha de ser?

—Para averiguar quién es, se necesitaría seguir una pista... Vamos a ver. El pinchazo, o sea la inyección, es lo primero, puesto que está fuera de discusión que a ella siguió la muerte. La inyección salió

del frasco que yo conservo... Y el contenido del frasco debió provenir de alguna receta. En la receta está el busilis. ¿La tiene usted a mano?

—¡ Hay tantas !... qué sé yo.

—Búsquela usted, señora, hágame el favor.

Se levantó trabajosamente ña Lujana y chancleteando anduvo de acá para allá. No paraba de sollozar y de sonarse las narices, a la vista de las prendas y recuerdos de Inocencia.

—¡ Hija mía, pobre hija mía ! Aquí está el folletín que tanto le gustaba leer, siempre historias de amores ; sus cintas color celeste, sus zapatos de los domingos... ¡ Ay Jesús ! ¡ Ay Virgen del Carmen !

Sus ayes habrían afligido a otro que yo. A mí me impacientaban. ¿Encontraría la receta? ¡ Eran tantas ! Credenciales para la eternidad, en mis manos se convertirían en un certificado de la incompetencia, de la delincuencia del doctor don Eduardo de Albatorre. Y al chancleteo ocioso de ña Lujana, a sus gemidos, contestaba :

—Busque usted, señora, busque. ¡ Nos hace más falta esa receta !... ¿No la tendrá Amaro? ¿O se la habrá guardado el boticario?

—No, señor. Todas están aquí. Aquí tiene que estar... Pero, ¡ hay tantas !... ¡ Dios mío de mi alma ! Sus guantes de primera comunión... ¡ hija mía !

Me trajo al fin ña Lujana buena hornada de papeluchos, todo un arsenal de potingues que, si en efecto fueron consumidos por Inocencia, no parecía milagro que consumieran su vida mísera. Dióme su cosecha deleznable, y junto al fogón se sentó en la

silla baja, continuando su letanía llorosa bajo el pañuelo de merino. Yo me apoderé de la brazada de papel, y uno por uno me esforcé en deletrear delante del quinqué. La letra del doctor Albatorre era clara, sus números bien delineados, pero había nombres que para mi ignorancia se me antojaban latines... Todo aquello me resultaba del más legítimo chino. ¿Cuál de ellas sería la incriminada, la sospechosa? Siquiera llevaran fechas... Y por la fecha, la última, la pesqué, nuevecita, sin más arrugas que las reglamentarias del doblez. Clarísima la letra, leí de corrido— : Creosota pura de haya, 1 gr. ; cocaína, 1 cgr. ; aceite de olivas puro esterilizado, 8 c. c. Firmado, Albatorre. Entre paréntesis : para inyecciones.

La gran palmada que hice sonar asustó a ña Lujana. Clavó en mí los ojillos, turbios de lágrimas, y su gesto mudo acentuó un punto de interrogación.

—¡ Naturalmente ! — exclamé yo haciendo el solemne—. ¿Cómo no? ¡ qué bárbaro ! ¡ cocaína y en qué cantidad ! Eche usted cocaína... Oiga usted, señora, ¿todo esto, todo lo de estas recetas lo ha ingerido su niña?

—Todo, señor—contestó la vieja con suspirar mayor—, y con una fe la pobrecita, con un deseo de vivir...

—¡ Vivir ! ¡ y con todo esto en el cuerpo ! Pero, ¡ si se la ha hecho sorber la botica entera !

—¡ Ya decía yo que era demasiado !

—¡ Y hasta cocaína ! ¡ cocaína ! ¡ Señora, venga usted acá, madre infeliz, ofuscada madre !

La cogí suavemente de las muñecas, la llevé hasta la ventana y la enseñé el castillete de *Beauséjour*, vestido, a la mortecina claridad de la luna, de suave encarnación de rosa, entre el ramillete obscuro del parque, y ceñido por el cinturón plateado del arroyo...

—Allí, ¿ve usted?, durmiendo muy a pierna suelta, tranquilo de conciencia, sin preocupación ni remordimiento de su error criminal, ¡ está el matador de Inocencia ! ¡ Yo lo probaré con esta receta y el testimonio de todos ustedes !

—Señor—murmuró ña Lujana— ; si es verdad, si se ha equivocado, ¡ todos los médicos se equivocan !... ¿ Qué puede hacerse ya ?

—¿ Qué ? Castigar su equivocación, impedir que siga equivocándose a costa de la vida de sus convecinos. Es decir, que le mata a usted su hija, no con intención, por un error científico, ¡ y usted va a callarse ! ¡ Si no se devuelve la vida a Inocencia, se salva la de los demás !... ¡ Cocaína ! Pero señora, ¿ sabe usted lo que es la cocaína ?

Ña Lujana no lo sabía (ni yo tampoco), y, sin embargo, el clavo de la idea contra el doctor Albatorre, que dejaba yo implantado en sus sesos, iba preocupándola, endurecía su mirar, crispaba sus dedos, extendía al fin su brazo huesudo y tostado hacia la casa colorada.

—Si es verdad, señor ; si se ha equivocado ; si me ha matado a mi hija...

La abandoné, satisfecho, a su contemplación rencorosa, al lento y seguro evolucionar de la semilla, y me vine a mi cuarto, que cerré, porque para manipu-

lar cual tenía pensado era preciso tres cosas: aislamiento, sigilo y silencio. Encendí la vela y me senté en este mismo sillón de paja, delante de esta misma mesa en que escribo; desplegué sobre esta misma carpeta la prescripción médica del doctor Albatorre, y con este mismo mango de pluma entre los dedos, luego de verificar si la tinta era la que al doctor había servido el día antes, me dispuse... Una advertencia. Por cuanto llevo dicho, supongo que he dejado bien probado, al hablar de mí mismo, que soy muy franco, y así mis confesiones deben resultar las más sinceras de cuantas la memoria ha borroneado bajo el dictado de la conciencia; de modo que, al llegar a este pasaje de mi vida, tan grave, no se crea que oculto, amaño o desfiguro algo para disculparme; que si lo hiciera y fuese yo un arreglador de recuerdos propios, no tendrían maldita la gracia estos que voy enumerando. Aquella noche no hice otra cosa que, con un trazo habilísimo, expresión de mi talento de falsificador (que nunca, ni en los días más duros, he querido utilizar por miedo a la justicia), ensanchar la cabeza de una *ge*, sin nada más que encorvar sus extremos cual si fuera de dúctil estaño, y hacer que devorase a la *ce* vecina, y así venía a prescribir el doctor Albatorre un gramo de cocaína en vez de un centigramo, bajo la garantía de su firma. Aunque ignorante, me pareció que poner un gramo era suficiente enormidad y que no había menester de más para desacreditar y hundir la mayor reputación científica.

Pues, este sencillo trazo y trocatinta me tomó mu-

chas horas de estudios, cotejos y ensayos, y el alba entró por mi ventana justamente a punto de terminar mi obra, tan tranquilo, tan satisfecho como lo cuento ahora. Ni entonces, ni hoy, tembló mi pluma... ¿Soy franco o no? Y siendo mi propósito el contar la verdad y no el de poner motes, llamen ustedes como quieran a esta franqueza mía.

Tranquilo, pues, y satisfecho, me fuí a visitar, después del desayuno, a la señora doña Remedios García de Encinares. De esta ña Remedios no he dicho nada aún, porque esperaba que la tocara salir a escena para presentarla en su carácter de suegra morganática del señor comisario del partido, cuyo nombre, en mi aversión a todo principio de autoridad, no quiero entregar a la historia; y juez de paz, comisario, intendente, etc., quedarán innominados para desesperación suya, y no hablaré de ellos sino por referencia.

Viuda la de Encinares, y acaso no lo fuese; madre, acaso también postiza, de la linda Hermelinda, era curandera y adivina, y estas artes ilícitas ejerció en Buenos Aires y La Plata, de donde las persecuciones la ahuyentaron, viniendo a establecerse en este pueblo y a seguir ejerciéndolas al amparo de la vara policial nada menos, gracias a las gracias de Hermelinda, una morucha encantadora. Vivía por el camino de los hornos, y era una mujer gorda, tirando a mulata, con sus pretensiones de señora, como toda criolla que se estima, y si no poseía título facultativo, la experiencia habíale prestado cierta sabiduría muy celebrada. En lo tocante a sus facultades

de zahorí, me parece que no adivinaba sino lo que la convenía, y ya era bastante.

La encontré tendiendo ropa en el patio, mientras Hermelinda, de trapillo, cebaba el mate, y la dije que iba tan de mañana a consultarla sobre algo que no me había dejado dormir, y que no era enfermedad, sino una duda, una comezón que sólo ella podía calmar con su variada ciencia y profundos conocimientos en lo oculto y en lo humano.

—Pase usted a la sala, señor Riquez—me contestó muy hueca, secando sus dedos obscuros en el delantal para ofrecérmelos a usanza señoril—. Hermelinda, abre la sala, que pase el señor Riquez... Usted nos dispensará esta facha...

Hermelinda, despeinada, despechugada (y qué despechugamiento, ¡albricias, señor comisario!), avanzó sonriente, con dengues de cadera, bajo el verde toldo de la glicina, y me franqueó el dintel, encerrándome en la estrecha habitación, pobremente decorada, consultorio tolerado, no autorizado, de la viuda de Encinares. Para santuario médico, allí sí que pegarían las estampitas patológicas de ña Lujana, y, sin embargo, ni al taumatúrgico doctor San Roque tenía ña Remedios, sino a muchos sapos y culebras enfrascados, lagartos y lagartijas, dos lechuzas empajadas, una encima de cada ventana, y un retrato de la Muerte con castañuelas y calañés, en el testero del sofá, irrisoria alusión al saber de la doctora *in partibus*, que se burlaba de ella en su confianza y seguridad de derrotarla siempre.

—Ya sé a lo que usted viene—me dijo la viuda,

entrando a poco en la sala, luego de darse una mano de harina, y de prenderse, mal, algún alfiler—. Se trata de la muerte de Inocencia, ¿verdad? y de aquella escena tan deplorable... Usted tiene, señor, toda la razón del mundo, y si Lujana me hubiera hecho caso, a estas horas viviría Inocencia. Pero, no: se van detrás del relumbrón del diploma, y como yo no he estudiado en ninguna Facultad....

—Ni falta que le hace, señora—contesté galantemente—, ni falta que le hace para ser la más sabia de las doctoras argentinas. Pues, sí, se trata de la muerte de Inocencia, que de las salidas de tono aquellas de la pobre madre, no vale la pena ocuparse. Si yo disfrutara de ese poder que la infeliz me atribuye, le propondría a usted, señora, que nos asociáramos, por ejemplo, para hacer un buen negocio.

Rióse a carcajada tendida mi doctora, y buscó las palabras más pulimentadas y el ademán más superfino para convidarme a que me sentara en el sofá. Me senté, y ya ganado su ánimo, no me anduve por las ramas para enseñarle la receta del doctor Albatorre y preguntarle si, en conciencia, creía que podía inyectarse un gramo de cocaína, no digo a una niña tísica, ni a una persona mayor con salud plena.

—Ni a un caballo, señor Riquez—me respondió con tales aspavientos, que me dejaron más satisfecho de mi obra todavía—. ¡Un gramo! ¿Qué dirían si uno de nosotros se equivocara tan feo? Equivocaciones peligrosas, que pueden ser criminales. Pero, nosotros no andamos con esos venenos: mire usted, yo habría curado a Inocencia sencillamente con un ala-

crán encerrado en una cañita cosida en la pretina del vèstido, ¡ni más ni menos! En cambio, estos sabios de Facultal se conjuran contra el estómago, y a este órgano desgraciado van todas las porquerías de la botica, como a un pozo todos los residuos de una casa. Si duele un pie o una uña, o hay algún tumor, ¿qué culpa tiene el estómago? Y si son los pulmones los enfermos, ¿por qué ha de recibir el estómago los medicamentos que los pulmones reclaman? A esto llaman ciencia los Albatorres que han obtenido un certificado para matar libremente, y entretanto, a nosotros, que no empleamos pócimas internas, nada más que hierbas inocentes o insectos pulverizados, se nos persigue y se nos pone cada multa que nos balda por la temporada. ¿Es justo, señor Riquez?

Contesté que era de lo más injusto del mundo, y puesto que estaba ella conforme conmigo en que la equivocación del doctor Albatorre parecía garrafal, deseaba que me dijera qué convenía hacer de manera que este señor médico con diploma y goce de una reputación escandalosa, llevara el palmetazo merecido y que no habrían dejado de darle al más modesto de los curanderos.

—Conviene—dijo ña Remedios—hablar con don Martínez, el boticario, que, como él ha despachado la receta, ha de interesarle el asunto... Después, Lujana tomará la resolución que quiera. Si usted lo desea, estoy pronta a acompañarle a la botica.

—¿Que si lo deseo? Iba a pedírselo a usted, señora.

Picada por la enemiga del oficio, avispa mordaz,

fué ña Remedios a ponerse el velillo y volvió más de prisa que si la trajeran en volandas, saliendo los dos de la casa enzarzados en los comentarios de un asunto de tanto jugo y trastienda. Por supuesto, ¡ que ya se había caído el doctor Albatorre !, y si la justicia tomaba cartas y se le perseguía, acusado en forma, no le salvaba el diploma con todos sus prestigios. Y después dicen que los curanderos y las adivinas... No ; ninguno de éstos, verdaderos mártires de la ciencia, apóstoles de la humanidad, anda en tratos con venenos y los da en gramos al buen tuntún. ¡ A ver qué cara iba a mostrar don Martínez !

La cara que nos mostró el desdichado boticario diera grima al más empedernido. Era español este don Martínez (y digo era, no porque se haya muerto, sino porque de resultas de mi embrollo hubo de marcharse del pueblo con su mujer y sus hijos a la rastra), y pasaba por buen hombre y entendido en su profesión. Cuando yo le puse debajo de las gafas la receta, de arrebolado que estaba siempre, se volvió amarillo, y las manchas herpéticas de los pómulos y de la nariz aparecieron violáceas. No, no, ¡ él no había preparado aquella receta ! No se acordaba...

—Pero, don Martínez, ¿quién si no?—intervino gozosa ña Remedios— ; no hay negativa que valga, y que la receta es auténtica, del propio doctor Albatorre.

—Sí que lo es—murmuró don Martínez de más en más preocupado— ; ¿estaría yo en Babia que no advertí la enormidad? Y el caso es que no recuerdo tampoco haberla copiado en el registro.

Pasó con nosotros a la rebotica y buscó en un librote, y de comprobar la irregularidad suya al no encontrar copiada la receta, las manchas, cárdenas, se marcaron con relieve siniestro.

—¿Sabe usted a quién se le despachó?—preguntó casi entre dientes.

—A Amaro Díaz, el hijo de ña Lujana, la de *La Vizcachera*.

—Algo recuerdo... Por la tarde... De todos modos, la responsabilidad, si hay error, es del médico. ¿Me permite usted copiarla?... ¿Y no podría traerme usted el frasquito?

Contesté yo, prudentemente, que el frasco no se encontraba (me había desembarazado de él con sabia previsión), y que en cuanto a copiar la receta, podía sacar todas las copias que quisiera. Se aplicó a ello don Martínez, y tanto la de Encinares como yo, observamos que contraía mucho las cargadas cejas en determinado apunte, que debía de ser el que correspondía al gramo de cocaína, convertido en un quintal de responsabilidad.

Dijo que hablaría con el doctor, en seguida de desocuparse, y a esto yo le ofrecí tener la receta original a disposición de quien deseara examinarla, mientras la señora viuda de Díaz resolvía si reclamaba o dejaba de reclamar. Nos despedimos de él, y mientras él quedaba pensativo ante su librote, ña Remedios se fué a esparcir por el pueblo la noticia, tan diligente que, en la tertulia de la noche en la esquina de don Bonora, la primera a que asistí después de mi enfermedad, me asaltaron todos para pre-

guntarme qué era lo de la famosa receta y si era cierto que iba a intentarse un proceso contra el doctor Albatorre. Hasta Enriquito Peláez, de mí alejado después de darme signos de enemistad patentes, muerto de curiosidad, se me acercó con don Quijotín y con Arístides, en solicitud de ver por sus propios ojos el cuerpo del delito, si lo traía.

—Ya lo creo que lo traigo—dije sacando la cartera— ; ¡ aquí está !

Extendido sobre la mesa el papelito acusador, sobre él se inclinaron cuantos en la sala había, pretendiendo deletrear el jeroglífico de su ignorancia, y todos expresaban sorpresa admirativa, incluso Bienvenido y el mismo don Bonora, que Bienvenido fué a buscar. Nuestra habitual partida de monte no se pudo celebrar esta noche, porque, a instancias del concurso, hube de improvisar una disertación sobre la cocaína, lo más erudita que me permitió mi obscuridad en la materia, sus efectos en el organismo, sus peligros, y cómo un gramo pudo ser un rayo para la minada naturaleza de Inocencia Díaz, que así murió de muerte fulminante ; de modo que, para mí y para toda persona entendida, la señora viuda de Encinares y ño Venancio, testigos presenciales, no nos cabía duda del error funesto del doctor Albatorre, que había escrito un gramo donde debió escribir, por ejemplo, un centigramo. Apuré el tema de esta suerte, tanto y tan bien, que, siendo todos admiradores y amigos algunos del popularísimo don Eduardo, hasta el gordo tendero, que nunca olvidaba los cuidados a su difunta, no llegaron a chistar, enmudeci-

dos por la duda o el convencimiento. ¡Puede ser! ¡Quién sabe! Todos los médicos se equivocan...

Así empezó a arder el pueblo, prendido el fuego en sus cuatro extremos por mi mano y por mano de ña Remedios. Primero, burbujear de comentarios; luego, oleaje de amenazas, y el *venticello* sopla que sopla, desatándose en huracán y llegando hasta los mismos linderos del parque de *Beauséjour*... Declaro que fué todo este período de gran divertimiento mío. Cada rumor que me traía Amaro o que yo recogía, abultado, a veces monstruosos, me proporcionaba un placer intensísimo. Parecíame sentir los huesos frágiles, hechos de alfeñique, del doctorcito Albatorre, crujir entre mis brazos vengativos, y cuando los ecos de mi obra repercutieron en Ombú y en el Trigal, mi risa, si la suelto, se oyera en Buenos Aires.

¿Y qué decir del día que le vi, desde mi ventana, al mismo doctor Albatorre, subir la loma de *La Vizcachera* en compañía de don Martínez, muy cabizbajos los dos, no sé si por la fatiga de la subida o por la preocupación? Venían, según me informó ña Lujana, a examinar la receta y examinándola se estuvieron en la sala-cocina largo tiempo, mientras yo les espiaba al través de mi cerradura, y ña Lujana, prevenida por mí, no les quitaba ojo, que bien podían destruir la inestimable pieza de convicción. Se pasaban el uno al otro el papelito, discutían en voz baja, y el doctor tenía movimientos de desaliento y las herpes del farmacéutico enrojecían sus pómulos con repugnantes chapetas. ¿Era posible? ¿Cómo la pluma dejó escapar tal lapsus, y cómo el que la despachó no

advirtió, no puso reparos, no consultó?... Don Martínez se disculpaba hoscamente, y don Eduardo paseaba sus ojos desteñidos de don Martínez al papelito, y en este paseo visual leía yo angustia, terror, desesperación.

Cuando se marcharon, abatidos y en silencio, exhorté a ña Lujana a llevar el asunto a la justicia. Evidente era que él mismo reconocía su error; y si por error había matado a Inocencia, este error tenía que costarle muy caro; ¡ pensar que si por él no fuese, Inocencia viviría aún! Precisamente, un abogado del Trigal había escrito ofreciendo sus servicios profesionales, y como ella se decidiese, íbamos a tener el más resonante proceso del año en General Ordenado.

—Sí que estoy decidida—dijo llorando ña Lujana—; no resucitará mi pobre hija, ¡ hija de mi alma!, pero se castigará a este matasanos que Dios confunda, que mucho esfuerzo he tenido que hacer, señor, para no arrancarle su barbuchina de oro...

—Eso—insinué malignamente—, sin contar con la indemnización que habrá de pagarle a usted, y siempre sumará unos cuantos miles de pesos.

Bálsamo fué éste, milagroso para el dolor maternal de mi ama de llaves. Dejó de gimotear desde aquel día, y todo su dolor se exteriorizaba en blasfemias de a puño contra el mediquito, estado de ánimo del que yo aproveché para hacer que se entendiera con el jurisconsulto trigaleño, y a poco más se presentara en debida forma la denuncia, acompañada de la receta acusadora. ¡ El doctor don Eduardo de Alba-

torre perseguido ante la justicia del crimen, por homicidio por imprudencia! Yo me restregaba las manos de gusto, y en ellas los hilos todos de la intriga, tira de aquí o de allí, manejaba a mi satisfacción los sucesos, y el pueblo seguía ardiendo y ya llegaba a pedir al Judas, su ídolo de ayer, para pegarle fuego en medio de la plaza.

Entretanto, de Coralia, ni rastros. Enclaustrada en su castillete, abrazada a su cruz conyugal, que la había salvado de mi diabólico influjo, escuchaba, sin duda, el tole-tole, y acaso imaginaba de dónde provenía la borrasca, pero no se mostraba ni fuera ni dentro, y al decir de mademoiselle Christine, que, como testigo que fué de la muerte de Inocencia, era acosada a preguntas en que su discreción de familiar y su sinceridad corrían peligro, *madame* se preparaba a marcharse a Ombú, junto a su hermana. Luego se supo que lo de la marcha estaba decidido y se demoraba por la enfermedad de Lita, la pequeña, cuestión de días nada más.

Esto de la marcha eventual de los Albatorres me sugirió una idea digna de mi caletre, y como coincidiera con la presentación ante la justicia de la viuda de Díaz, me fuí a ver de nuevo a la de Encinares, mi digna y poderosa aliada ña Remedios, que en paz descanse, pues la pobre murió meses después de estos acontecimientos, sin adivinarlo; y allí, en su salita, entre los sapos y las culebras de su colección, di suelta a los de mi odio, diciéndola:

—Vengo a prevenirla que los Albatorres se van a Ombú, huyendo de la quema. Dicen que es la seño-

ra quien se va con los niños ; pero verá usted como nuestro doctor aprovecha la coyuntura para privarnos del gusto de alojarlo siquiera unas horas en la comisaría y burlar a la justicia. Averígüelo usted por los grandes medios de que dispone, y evitémoslo, que la cosa urge. La muerte de Inocencia debe ser para General Ordenado lo que la muerte de Lucrecia para Roma.

—Sí lo será, señor Riquez. Eso corre de nuestra cuenta. Sabe usted la inquina que le tengo al mediquito... Y si ña Lujana se decide a presentarse...

—Ya se ha presentado.

—Pues tanto mejor, señor Riquez, tanto mejor.

—Siempre que el pueblo apoye a la víctima.

—Y la apoyará. El pueblo está todo revolucionado y hecho una hoguera.

—Pues, para que ese apoyo sea eficaz y el doctor no se nos escape tengo yo un plan.

—A ver, a ver...

No pude indicarlo siquiera, porque entró Hermelinda con el mate, y hube de esperar a que ña Remedios chupara por la bombilla todo el brebaje y saliera Hermelinda.

—Mira, Hermelinda—dijo la de Encinares—, no me traigas más y no vuelvas, y cierra la puerta y no me anuncies a nadie, que estoy de consulta con el señor Riquez.

Sonó el pestillo, incomunicándonos, y la curandera se volvió a mí con viveza y curiosidad.

—A ver ese plan... debe de ser magnífico, como

suyo. Al señor Riquez no se le pueden ocurrir sino cosas extraordinarias.

—Nada de extraordinario. Esto, sencillamente.

Y hablé. Con tanta elocuencia, que la señora Remedios, en conjunto y en detalle, lo tuvo por superiorísimo. El cocodrilo del techo, movido por la brisa que de la entreabierta ventana nos enviaba gratas bocanadas, pareció entusiasmarse también, y las lechuzas erizaron sus plumas, señal de que el concurso agorero aprobaba mi gran proyecto. Discutimos luego punto por punto, y para su mejor éxito acordamos que ella hablara con el señor Comisario, cuya pasividad (no quiero decir complicidad) nos era absolutamente necesaria, y yo con ño Venancio, con Amaro y con Arístides Casablanca... ¡ Ah ! y reunirnos para las ulteriores resoluciones en el horno de ladrillos del Napolitano, pues no debíamos exponernos a que se venteara la cosa con tanto entrar y salir mío en casa tan conocida cual la de Encinares.

Ya de pie, hilvanamos las siguientes noticias :

—El Napolitano está que duda si se presenta o no se presenta también, por si Albatorre le mandó un hijo al cementerio...

—Don Bonora dice que le han entrado sospechas de que una bebida que recetó a su mujer fué la que determinó la muerte de su llorada e inolvidable doña Giovanna.

—De don Martínez se cuenta que ha estado en *Beauséjour*, y la escena de explicaciones adquirió caracteres de tempestad y escándalo. El médico acusó al farmacéutico de descuido imperdonable y el far-

macéutico al médico de quitarle su parroquia y el pan de su familia. Hubo voces y hasta lágrimas, lágrimas del médico o del farmacéutico, quizá de los dos.

—Hermelinda, que habla muy bien francés, como que lo ha estudiado en Buenos Aires, encontró a la francesa la otra tàrde, y la francesa le contó que en la quinta anda todo manga por hombro: *madame* llora, el doctor se desespera, se lamenta, ni come ni duerme, y para colmo de desdichas, cual si el diablo anduviera suelto dentro de la casa y se complaciera en imaginarlas y ponerlas por obra, a la niña Lita le han dado unas anginas que tienen apariencias de *croup*.

Alegre con todo esto, dije yo:

—Lo que ha de suceder, sucede. Aquí estaban engañadísimos con el doctor Albatorre, lumbrera de la ciencia a la que se le ha acabado el aceite.

—No sucede—objetó ña Remedios con risa que hizo temblar sus pardos mofletes—, no sucede si el diablo no tira de la manta. Y para diablo, el señor Riquez.

Nos despedimos hasta el domingo a las diez, después de misa mayor, en el horno del Napolitano, y sin perder minuto fuí en busca de Arístides... Arístides se excusó de aceptar la vela que yo le ofrecía en el entierro, por su carácter de sobrino del Comisario, lo que le inhibía de meterse libremente en bochinches; pero, identificado con la idea, que consideraba justa, porque oyó en su casa que su hermana menor pudo ser víctima del ignorantón de la barba

rubia, haría que sus amigos la propiciaran y ¡ quién sabe! si a última hora no se animaba y tomaba parte en la función; ¡ son tan aburridos estos poblachos! Ño Venancio, mascando su galleta, me prometió su concurso, jubiloso, y tantas adhesiones de sus innumerables compadres y comadres, que parecía iba a levantarse en masa todo el pago, y en cuanto a Amaro... Amaro brincó de gozo. Interesado directo, doliente el más cercano, me dijo que él se pondría a la cabeza y sería el general con mando en plaza.

No di por conclusas mis andanzas, a pesar de contar con tan inestimables auxiliares. A los dos hijos del intendente, Paquito y Pepito, dos esmirriados jovenzuelos que vegetan en el pueblo lastimosamente, y de los que no he vuelto a hablar porque, aunque tertulianos de don Bonora, no forman número en mi partida, los atraje y convencí también, y lo mismo al sobrino del cura, Ildefonso, y a cuantos pude catequizar, de pico o por carta, trabajo de zapa habilísimo, tenaz, continuo, incansable: me figuraba cavar alrededor de *Beauséjour* y que, paletada tras paletada, iba dejando sus cimientos al aire y hacía tambalear sus paredes. Ya crujían éstas, y los techos, la casita roja toda entera se hundía, desaparecía en el inmenso agujero abierto por mí, y entre el fragor del derrumbamiento creía escuchar la vocecita del doctor:

—¡ Desprecio! ¡ desprecio!

Sí ¿eh? Cada adhesión nueva, aquel remolinear del *venticello*, dueño del pueblo, soberano de todas las voluntades, guía y bandera de todas las opiniones,

en marcha hacia *Beauséjour*, a aquella Bastilla de mis rencores y de mi venganza, causábame regocijo tan grande, que igual no lo he sentido nunca. Dijo bien quien dijo que la venganza es placer de dioses. ¿Lo dijo un dios? ¿Lo dijo un hombre? Sin duda quien supo sentirlo y saborearlo con toda la intensidad suprema y avasalladora.

Siempre que recuerdo esta campaña mía, pienso que no hubiera tenido rival para político. La audacia, el descaro, la destreza en la intriga, la poca aprensión en escoger los medios son dotes que no me faltan, indispensables en el que ha de bucear por fondos tan cenagosos. El fin que me propuse, minarle el terreno al doctor Albarrote, lo conseguí tan fácilmente, y eso que era terreno sólido, reputación inconmovible, que o fué habilidad suma o esto de las reputaciones es castillo de naipes.

Ya no existe el horno del Napolitano. El gran don Bonora, este comedor de tierras, a fuer de buen extranjero, que mañana será el dueño de casi todo el partido, compró no hace mucho el solar y edificó el séptimo o el octavo *chalet* de alquiler, mientras se dispone a completar la docena... En aquellos agitados días era un rancho hecho de cueros, miserable, y los abitaba un napolitano que se dedicaba a fabricar ladrillos, industria muy productiva en un pueblo nuevo. Si ña Remedios y yo lo escogimos para nuestra junta magna, era por lo apartado, y estando nuestro objeto reñido con el orden público, aun contando con que la autoridad hiciese la vista gorda, parecía elemental no llamar la atención ni señalarnos como

inductores de alborotos. Vivían con el Napolitano (que no sé que tuviera otro nombre) su mujer y dos hijos, y de veras que causaba admiración cómo podían vivir todos cuatro en aquella cuadra, tienda o carpa, más bien de salvajes en el desierto, grande sí, pero sin muebles, ni comodidad, ni aseo, y gracias que el aire, colándose por los intersticios de las pieles secas, higienizaba todo a su sabor. Las camas, dos, una para los hijos, otra para los padres, eran colchones de hojas de maíz, despanzurrados, con las prendas de vestir por cobijas; las sillas, latas de petróleo, vacías, y las butacas y sillones, cráneos vacunos, pelados... No daré una pincelada más para describir este salón que yo llamé nuestro Juego de pelota revolucionario, que con las cuatro indicadas basta, y añadiré que por fuera lo rodeaba un jardincillo a la rústica y un batallón de gallinas y de patos, y en su dilatado espacio, cual soldados de parada, se alineaban los negros y apretados bloques de barro, en espera del horno que había de volverlos como cangrejos cocidos.

Pues el domingo de referencia, a las once y media, cuando el campo empezaba a aletargarse y cada quisque se guarecía a la fresca sombra del techo propio, nos encontramos reunidos los conjurados en el local histórico que acabo de describir, unos diez, la viuda de Encinares, con su manteleta de día festivo, arrellanada en un cráneo de aquellos; yo, sobre una lata de petróleo; Amaro, sobre otra; Hermelinda, de pie, por no querer mancharse su vestido claro; mi grande y buen amigo ño Venancio, un español enemigo de

don Martínez, dos criollos cerdosos, de temible fama pendenciera, un paisano del Napolitano, el Napolitano y su mujer, todos sentados encima de sendas latas, y ante este círculo de latas di yo la de un discurso mío, bien cortado, incisivo, patético, especialmente, notablemente patético, que siento no recordar para que se convencieran ustedes que sí que es lástima no me dedicara a político, pues de oratoria no estoy tan mal, y si me falta vergüenza, me sobra pico, dos cosas, según parece, gemelas. Pero, si no recuerdo las palabras, del pensamiento puedo dar la síntesis : honrándome con la representación de una madre afligida, levantaba la protesta popular contra la ignorancia diplomada, que había convertido el pueblo de General Ordenado en campo de experimentación científica y a los pobres en conejos de Indias ; que esta protesta, que esta indignada censura contra un profesional del error, debía hacerse en forma robusta, lo suficientemente poderosa para que la oyera la autoridad, y no confundiera la *vox populi* (en latín y todo, ¡ aquí de don Amadeo !) con ruido de nueces ; que se imponía el procesamiento del doctor Albatorre, y que dejar libre a un médico de éstos en un pueblo que se está formando, es soltar un gato en una colonia de ratones ; llegando a demostrar, con la copia de la receta en mano, pues la auténtica obraba ya en el Juzgado, el pacto mortífero del médico, el boticario y el sepulturero.

Tuve arranques magníficos, que provocaron lágrimas de la napolitana y aplausos de ña Remedios y del rival de don Martínez ; y caldeada la asamblea,

habló luego la de Encinares, con buena labia y muy pintoresca frase, siendo de lamentar que su carácter semioficial impidiera a mi buena amiga, misia Deidamia Fernández Igor de Germanías, elevar su nota castiza en este concierto feminista, y habló también el español aludido, de la cocaína y sus cualidades, afirmando que en el caso en cuestión, tan criminal era el boticario como el médico, y tan ignorante y digno de ser procesado y de que el gramo de la receta se lo colgaran al cuello, medalla de ignominia, porque no se despacha a ciegas, y el despachante farmacéutico viene a ser o debe de ser, en cierto modo, un contralor del médico, y error que a éste escape, ha de cazarlo él al vuelo, y no machacarlo en el mortero mecánica y torpemente. Con esto y la descripción dolorosa que hizo ño Venancio, en su lengua gauchesca y entre sus encías mondas, de la agonía de Inocencia, se juzgó el punto lo bastante aclarado y patente el deseo del pueblo de General Ordenado de apoyar y fortalecer con su acción enérgica a la desgraciada madre, a quien la ignorancia había arrebatado la hija de sus brazos amorosos ; y esta acción quedó acordada en pocas palabras, fijándose la forma, el detalle y la fecha, y levantándonos todos de nuestros incómodos sitiales con tal ruido de las arrastradas latas, que un gallo, de atisbo en la abertura de la carpa, lanzó el alerta.

Ya en el jardín, el Napolitano, nuestro huésped, ayudado de su mujer, sucia matrona, que tenía un lejos de parecido con mi Almaviva, de contundente recordación, quiso contarnos de cómo vino a morir

la sua figliuola, víctima también del bárbaro sistema de curar del doctorcito ; pero no pudiendo traducir su pensamiento, los dos alzaron los fornidos puños amenazando al torreoncillo plomizo de *Beauséjour*, que abajo apuntaba, entre la arboleda. Dijo el español que tenía escritos unos artículos para el *Noticiero Ombuense* y *El Aura*, del Trigal, terribles, de los cuales aparecieron tres, y que, según informes, causaban sensación hasta en la capital ; y como este caballero aspiraba a reemplazar al herpético don Martínez, y lo ha reemplazado, en efecto, los diputé por tan terribles como él decía, pues la pluma, movida por la ambición, es elocuente de veras. Los dos criollos, por su parte, aseguraron, en respuesta al temor de alguno, no sé si de ña Remedios, de que el doctor Albatorre se marchase antes de realizarse el acto convenido, que ellos se constituían en sus carceleros, y que del pueblo no escaparía ni en globo, afirmación que secundó Amarito con energía tal y amenaza de gesto y de palabra, que Hermelinda, bajo su sombrilla roja, gigantesca amapola, hubo de decir :

—Escaparse, ¡ bueno está él para escaparse !

Y nos refirió que acababa de ver en la iglesia a mademoiselle Christine, ¡ más triste ! rezando fervorosa a los pies del Cristo del Milagro, por encargo de su atribulada señora, para que devolviera la paz a la casa y la salud a la niña... Lita estaba enferma de difteria, gravemente enferma. Todos mirábamos la flecha de la torrecilla, que parecía elevar al cielo la oración de la castigada familia, el clamor de auxilio del médico, en peligro de perder su crédito, de la

madre en peligro de perder a su hija, y yo recordaba la burleta de la carta y la escena del pozo y aquella caricia mía a la pequeña Lita el día del *break*, haciéndola llorar al tocar suavemente su cuello, y pensé si sería cierto que poseo este poder maligno que se me atribuye. ¡Oh dulce venganza, qué gustosa eres y de qué manera alegras y lisonjeas el ánimo! Fué un dios, seguramente, no fué un hombre, el que primero gozó de tus delicias! Oyendo a Hermelinda describir la desolación de la casita roja, toda obra mía, exclusivamente mía, planeada con frialdad, realizada con inteligencia, prueba elocuente de mi perversidad nativa, ejemplo vivo de lo que soy capaz cuando me propongo un fin, un fin malo, se entiende, malo según lo entienden los tontos, me sentí satisfecho, y mi orgullo, como hinchado escuerzo que va a reventar, me sofocó casi.

Charlando con unos y con otros y despedido de todos, después de puntualizar bien cuanto con nuestro acuerdo se relacionaba, salí acompañado de ña Remedios, de Hermelinda y de Amaro, y siguiendo el gracioso contoneo de caderas de la linda morucha, que despertaba en mí la mala idea o la buena idea de birlársela al señor Comisario, así que el asunto Albatorre estuviera liquidado y las narices de mi olvidada Dorila me lo permitieran, dimos muchos rodeos por las quintas para dejar a las damas a la puerta de su casa. Querían ellas que entráramos a refrescar, que veníamos todos cuatro anhelantes del calor, y nos ofrecieron descanso a la sombra del emparrado; pero el estómago nos pedía algo más que un va-

so de horchata, y agradeciéndolo mucho nos fuimos: Amaro, a buscar el vado del arroyo para llegar más pronto y disponer nuestro almuerzo, pues con su desgracia, ña Lujana no sabía de horas ni de nada; yo, al amparo de la valla de *Beauséjour*, por *la senda de la virtud*, a la glorieta de mis evocaciones famosas.

Sí, una atracción que no podía vencer me arrastraba hacia ella, y aunque sabía que ya no ejercía influjo ninguno sobre mi blanca dama, la bella Coralia, que bajaba al parque al reclamo de mi pensamiento; aunque sabía, digo, que la corriente de comunicación entre su voluntad y la mía interrumpida estaba ¡ay! para siempre, me placía el volver a encerrarme en mi jaula verde y sentarme sobre la piedra, fingiendo que la esperaba como antaño... Todo parecía abandonado, árboles y plantas, arriates y veredas, seco, polvoriento, como si la vida se hubiera reconcentrado en el interior de la casita roja, en torno del sillón del médico, abatido por la espantosa lucha en que iba a naufragar su nombre y su carrera, y del lecho de Lita, agonizante. Yo no veía nada, no oía nada: el parque, desierto; el cantar de los pájaros tan sólo; y, sin embargo, creía ver y oír a Coralia andar, sollozando, del sillón al lecho y de la hija al esposo, y este calvario de mi víctima, obra mía, exclusivamente mía, traía a mis labios una sonrisa igual a aquella que, en mi infancia, provocaba el desplume de un jilguerillo vivo.

¡Oh Coralia, bella Coralia, pobre Coralia! ¡Más bella te encuentro ahora llorosa que altanera, y al fin y al cabo, bueno es hacer llorar a la hermosura a nues-

tra vez, que bien que ella, de amor, de celos o de rabia, nos hace también llorar !

Y mientras yo sonreía y me recreaba pensando que veía y oía estas cosas, vi avanzar por la calleja principal, primero descender una a una las gradas de la escalinata, luego avanzar y venir hacia mí por el camino que solía traer Coralia, a una dama entapujada, no de blanco, sino de negro, la que no descubría ni la punta de la nariz ; así es que no podía saberse si era joven o vieja, ni quién fuese, y andando ligera llegó a sentarse en el banco de la glorieta, en el mismo extremo en que Coralia, enarbolando su ovillo y sus palillos, tejía su labor y nuestra cháchara. Suspenso yo, contemplaba a la enlutada, y mi curiosidad crecía, porque ella, inmóvil, semejaba una mujer sólo por el contorno y más un bulto que figura animada. ¿Sería la muerte, que acababa de estrangular a Lita, y se rendía en aquel banco a la fatiga de su tarea?

No he sentido nunca miedo de la muerte, sino instintiva repugnancia. Enamorado de la vida, que vivo a mi manera, con glotona satisfacción, con el sano egoísmo que da al cuerpo la preponderancia que debe tener sobre el espíritu, la vecindad y compañía de la negra dama me desagradó e hizo que me marchase de allí sin cuidado de denunciarme ; pero, tan pronto estuve en el camino, sonaron detrás de mí los pasos ligeros de la enlutada, y por los campos yermos, por el vado del arroyo, por la cuesta de la loma, y hasta la puerta misma de *La Vizcachera*, los escuché distintos y tenaces, al par que una monserga

continuada, un balbuceo de rezo, como el zumbar de abejorro incansable. Dos veces me volví para preguntarla quién era y lo que quería, y no veía más que un bulto de mujer, mujer por las faldas y por el manto, encorvada y al parecer decrépita, una vieja, sin duda, una bruja de leyenda.

Al fin, desesperado, la rechacé, y con ambas manos, que no tocaron más que aire, quise cerrarla el paso, diciendo :

—Señora conciencia, ¡ déjeme usted en paz !

VII

Como espectador que en su palco se dispone a gozar cómodamente del espectáculo, me puse yo a mi ventana aquella mañanita de fines de febrero, con mis gemelos en la mano y toda el alma en los ojos. Habíamos convenido con misia Remedios que ni ella ni yo nos mostraríamos en público durante los sucesos que iban a desarrollarse, pues no está bien,

para la verdad de la ilusión o para la ilusión de la verdad, como ustedes gusten, que se vea la mano que mueve los títeres ; y sobre ser esto muy sensato, era también medida de prudencia sapientísima.

Estaba la mañana anubarrada y con síntomas graves de tormenta : resonaban truenos en la lejanía, serpenteaban relámpagos y el viento conmovía duramente a los árboles, perturbando las aguas del arroyo que, en hilos raquíticos, por el socavado cauce corrían hacia el puente. Nervioso, apuntaba yo con los anteojos a *Beauséjour*, a la calle central del pueblo, y los dejaba clavados en la plaza, allá en el fondo, completamente al fondo, en la que una docena de puntos negros, seres humanos que parecían hormigas, comenzaba a reunirse... Acababa de tener unas palabras con don Patricio, el espetado mayordomo de *La Justa*, quien con el Adolfito, su hijo, so pretexto de curiosidad, llegó muy temprano, cada cual en su caballo ricamente enjaezado. ¿Pues no quería el bueno del paisanote que le dijera qué se hizo del novillo tal, del que no daba Amaro noticias? ¿Qué sé yo? ¿Estoy yo aquí de apacentador de novillos? Si de ello dependiera el que yo encontrase la perdida letra de mi apellido, esté seguro don Patricio que, cojo, así como está, se quedaba para todos los días de mi vida. Replicó él con grosería y yo con entereza y altivez, y al fin se fueron los dos, no sé si a buscarlo o a tomar parte en la función anunciada, porque, como domingo, más solicitaba el holgar que el deber. Y detrás de ambos, Amaro y ña Lujana, ña Lujana muy pulcramente puesta de negro y poseí-

da del importante papel que le tocaba desempeñar, la heroína del día, y en su carácter de madre de Inocencia, personificación del dolor, de la desgracia y de la protesta popular. Llevaba un pañuelo de lienzo, y todo era sacarlo de bajo del mantón y restregarse los ojos, por lo que Amaro la dijo:

Ande usted, madre, que todavía no hemos empezado y van a acabársele las lágrimas.

Yo la recomendé que no hiciera otra cosa que llorar y que no voceara ni se descompusiera, aunque gritaran los démás. Ella me contestó con una explosión de sollozos, augurio de que el almacén iba bien repleto y la lección sería aprovechada.

Por el puente se derramaban sobre la calle central, que yo llamo de en medio, grupos y más grupos, del Trigal y de Ombú: los vecinos del contorno, a pie; los de más lejos, a caballo y aun en carros, enancados los jinetes, en racimos los de arrastre; soliviantada muchedumbre que, ante la verja de la casa roja, cerrada a piedra y lodo, muda y siniestra, levantaba brazos y voces, y sobre ella arrojaba quién un guijarro, quién una injuria, todos una mirada de inquisidora amenaza. Tal grupo se detenía y ensayaba forzar el portón, o ya algún atrevido sobre las lanzas, de aguda y dorada punta, del férreo cercado, intentaba cabalgar, con peligro de sus fondillos y de sus carnes... Pero no faltaba el hombre bueno que les pusiera en razón, y muy pronto se avenían a seguir sin escándalo ni atropello camino de la plaza, punto donde habían de reunirse cuantos protestar quisieran contra el doctor Albatorre y acudieran a los Poderes

públicos en demanda de su procesamiento y expulsión del partido, «por representar—decía el manifiesto que yo había redactado—daño para la salud del vecindario, y ocasión y motivo de intranquilidad y alarma».

Viendo el hormiguear, a mis plantas, de tanta gente, no me dejaba quieto el gozo, la idea del éxito, el triunfo de mi campaña vengativa, y creo que hasta mis cuernos diabólicos, como los del caracol, se erguían más soberbios que de costumbre sobre mi frente. Yo también tiraba mis piedrecitas a *Beauséjour*.

—¿Qué tal, señor doctor? ¿Oye usted? ¿Ve usted? ¿se da usted cuenta de lo que esto significa? Todo el pueblo, dos, tres pueblos alzados contra usted, pidiendo poco menos que su cabeza, a impulso de este hombre que usted desprecia. Y tú, bella Coralia, pobre Coralia, que, sin duda, con susto y llorosa andas ahora detrás de cada persiana espiando el paso de la fiera que yo he desatado, ¿te das cuenta de la tormenta que se prepara? Escucha los truenos de arriba y de abajo y haz la señal de la cruz... ¡ já, já !

Me reía, a veces con tanta gana y descuido, que si no estuviera en lugar eminente, mis carcajadas llamaran la atención y me tomaran por loco cuantos costeaban la loma de *La Vizcachera* en procesión pintoresca.

Allí en el fondo, entretanto, completamente al fondo, se retrataban sobre el cristal de mis gemelos unos puntos negros, tantos que lo obscurecían, y como alcanzaba a distinguir una esquina del quiosco de la música escenario de mi jocoso dis-

curso el día de mi llegada, vi que lo ocupaba una ronda de señores, los oradores del mitin en espera, tal vez, entre ellos, don Quijotín del Mediohigo, que me había prometido hablar ; el rival de don Martínez y algún otro de estos que andan a la pesca de notoriedad, siquiera pasajera, y exhibicionismo en toda conmoción popular ; veía también la punta del tapete de la mesa tribunicia y un sillón al lado, cuyo ocupante, un arrebujado de trapos negros, no podía ser otra que ña Lujana, porque una cosa blanca se movía, con mariposeo inquieto, sobre las negruras, y esta cosa blanca debía de ser su pañuelo de lienzo, fiel a mi recomendación de hacer la llorosa y la afligida. Percibía, en torno del quiosco, otras cosas blancas y de color, enhiestas y flotantes, los estandartes de los sociedades argentinas, italianas y españolas adheridas que, por bajo de mi ventana, había visto yo pasar, y que se meneaban con grotescas reverencias, como los gigantes burlescos de ciertas procesiones, ya castigando el aire sus paños flotantes sobre los racimos de cabezas, a impulsos del vendaval ; y más cosas, sombreros en alto, algún paraguas preventivo, manos que aplaudían... Sin duda, el acto empezaba y la lluvia también. Afortunadamente eran gotas sueltas, salpicaduras de las nubes, henchidas de mal humor. ¡ Diantre de tiempo ! ¿ Iba a ponerse contra mí? El rumor de los aplausos, chasquear de palmas isócrono y valiente, se confundía con el tableteo celeste, floja censura, amenaza de la que nadie hacía caso. Allí estaban y allí se quedarían mientras la gran protesta popular no se exteriorizara en

todas sus formas legales, y por boca de sus oradores no llegara hasta las orejas del Poder público, sordas siempre. Por eso gritaban y a cada trueno de arriba contestaba un rugido de abajo.

Debía de ser don Quijotín quien hablaba. No podía ser otro el dueño de aquella levita amplísima, que parecía una toga y se enroscaba en torno de una larga figura de brazos desmesurados, que no se mantenía quieta detrás de la mesa, y paseando a grandes trancos por el espacio libre de la plataforma, arrojaba a la multitud puñados de frases que yo me figuraba elocuentes sin oírlas. Ya sabía yo que diría don Quijotín ; qué parla más castiza y qué ideas más originales bordaría en su discurso, digno, seguramente, de una academia. ¡ Porque es un hombre extraordinario este señor Fernández Igor, se lo aseguro a ustedes! Mi anteojo no alcanzaba a recoger sino los movimientos del auditorio, y era bastante para deducir que lo tenía encantado y subyugado : a cada párrafo, las manos se juntaban y las bocas se distendían en aullidos clamorosos, y al soplo de su verbo ardiente, como ola de aire que estremece los trigos, la apañuscada concurrencia ondulaba alrededor del quiosco, sacudida en todas sus fibras. Tras de este eximio paladín apareció otro, que imaginé era Arístides, y luego dos o tres más, imposibles de reconocer, y al caer los primeros goterones formales, reunidos con ánimo de echarnos a perder la función, dió comienzo la firma de la protesta : con algún barullo, éste empuja, aquél codea, tropezando, inclinándose y pasando, se desenrolló toda la fila negra de protestantes, y no dejaba

uno su firma sin estrechar compasivo la mano de mi ña Lujana, cuyo lienzo blanco distinguía yo apretarse contra sus ojos a cada pésame.

No hay mitin que se respete sin su banda musical, y el nuestro tenía la suya, nada menos que la de Ombú, que había entrado en el pueblo en silencio y no rompió a tocar hasta que principió aquel desfile del duelo; y no crean ustedes que en momento tan solemne salió por peteneras o marcando un valsecito lánguido, sino con sordos redobles, con tristes gemidos, la más fúnebre de las marchas, la de Chopín el lacrimoso, pintiparada para la circunstancia... Todo, gracias a mi inspiración, que no olvidó el menor detalle en el aderezo de la escena. No dobla a muerto con gravedad mayor, más quejumbrosamente, la campana de don Amadeo, y más hielo en el alma instila el temblotear de su bronce en el espacio una noche obscura, que aquellos compases resonando sobre el pueblo recogido y desierto, derramando una lágrima en cada nota, dolorosos, desgarradores. No podía yo verlo, pero estoy seguro que en aquel momento el que más y el que menos lloraba por Inocencia, por la víctima infeliz de la ignorancia, y los apretones de manos a la sin ventura, madre y mártir, debían de ser más conmovidos y sinceros: el pañuelo de ña Lujana no se apartaba ya de su faz, y seguramente sus sollozos añadían triste comentario al gemebundo concierto.

Apoyado en mi alféizar, devoraba el espectáculo con glotona curiosidad. No me cabía la menor duda: todo el pueblo estaba en la plaza, y de forasteros era

grande la cosecha; porque sobre aparecer repleta y sin un alma la calle de en medio, el desfile del tablado no daba fin: veía a Arístides substituir los pliegos y amontonarse éstos sobre la mesa, y atropellarse por firmarlos todos, y traer otros don Quijotín y llevarse otros, que guardaba en una ancha cartera de cuero, de ministeriales trazas. En cuanto los tuviera todos llenos y hubiera recogido una buena brazada, se organizaría la manifestación para ir a entregarlos respetuosamente en la Municipalidad, donde había de hablar de nuevo don Quijotín, un solo discurso, muy breve, y encaminado a presentar la protesta a la autoridad constituída, con la que desgraciadamente hay que contar en todo acto de la vida ciudadana.

He dicho que no parecía un alma por la calle de en medio, ni un gato siquiera: todo el pueblo, todo vecino válido estaba en la plaza, reconcentrado en la representación tan bien dispuesta por mi compincha la de Encinares y este servidor. Hasta las nubes, que un instante se mostraron propicias a aguarnos la fiesta, cerraron sus grises cortinajes y recogieron sus cántaros y la caja de los truenos. Llegaban los ecos de la jeremiada musical en jirones, golpes de bombo, piadas de clarinete, y al són del compás continuaba la marcha de los protestantes gravemente. Pues, verán ustedes: primero se entreabrió una de las celosías del castillete de *Beauséjour*, y espió el contorno una cabeza que no pude descubrir de quién era; luego una mano hizo una seña, y por el callejón que bordea el arroyo y corta en su extremo posterior la *senda de la virtud*, avanzó el conoci-

do *break* de Albatorre, con tanto sigilo que ni colleras llevaban los caballos... Distraído con la lejana escena, no me habría fijado en lo que a mis pies ocurría si el chasquido imprudente del látigo no llama mi atención: vi la cabeza, la mano, la seña, el coche emboscado, y salté de mi asiento con un bote impetuoso y repentino:

—¿Fuga tenemos? No hay duda, ¡tenemos fuga! Por lo menos, intento de escapatoria; que eso de escapar, aquí estoy yo de centinela para impedirlo, y por algo la casualidad me ha puesto en sitio tan elevado.

Pensé todo esto así, de súbito, y no pensé que si escapatoria había, muy dueño de hacerlo era quien lo intentase, pues ni la quinta era cárcel, ni el médico prisionero, y el marcharse éste en nada perjudicaba a nuestro objeto, ni nada me importaba a mí que se marchase. Pero la lógica no regula el pensamiento sino en casos normales: en aquel caso, excepcional como pocos, se me ocurrió solamente que yo tenía que evitar la salida de don Eduardo, imperativamente, sin dilación ni titubeo, y cuadrado en mi ventana, tendiendo el brazo, grité por tres veces:

—¡Alto!

Fuese mi voz de estentor, y no la oyeran ni abajo ni allá en la plaza, menos aún en la plaza, claro está. Ganso del Capitolio que sabe cumplir con su deber, viendo que en el jardín aparecía el propio doctorcito, de maletín en la mano, y el *break* rodeaba la verja y se detenía ante el portón, corrí a buscar el manojo de cohetes, de estos de caña que llaman voladores y

que habíamos comprado para el mitin (de cuyo concurso desistimos porque no se tachara el nuestro de político, en que todo es humo y bullanga), y prendiendo uno, lo largué por la ventana: *pum, pum, pum, pum*... Y otro y otro, muchos cohetes, que armando terrible estrépito sembraron en todo el pueblo la alarma. Como yo no me mostraba, no podía saberse quién se entretenía en dispararlos, y cuando hube quemado el último, tímidamente me asomé para juzgar del efecto de mi estratagema...

¡Qué risa! El doctor se había metido como una rata casita adentro y el coche vuelto al callejón más que a paso: por la calle de en medio muchos corrían desaforados y en ella derramaba la plaza, en negro borbotear de río que busca su cauce, el hacinamiento humano de que estaba repleta, todos levantados los ojos hacia *La Vizcachera*, venteando el motivo de tanto ruido; traían en volandas a la viuda de Díaz, que no parecía sino que habían sacado de la iglesia a la Dolorosa y en procesión la paseaban, remedio del peligro y amparo de pusilánimes. No sé, ni nunca llegué a saberlo, si el documento de la protesta se presentó o no. Creo que estaban en lo mejor de la ceremonia, cuando reventó mi primer estampido, y como a gran estrépito son todos conejos, unos por curiosidad, otros por miedo, echaron los más a correr.

Enhiesto mi pardo rancho sobre la loma, debía de aparecer cual fortaleza colocada a las puertas del pueblo para defenderlo de cualquier asechanza, castillo de su honor y de su integridad municipal. Lo cierto es que todos miraban hacia acá, puesto que los caño-

nazos partieron de mi ventana, y no de otra parte, y en ella estaba yo cuadrado otra vez, centinela vigilante; algunos rebasaron el puente, y cuando los tuve a tiro de voz, reconociendo a Amaro, que venía en la vanguardia, le grité:

—¿Qué hay? ¡Que Albatorre ha querido escaparse!

¡Escaparse Albatorre! Es decir, ¡huír de la responsabilidad, salvar el pellejo, poner leguas de tierra, tal vez leguas de mar entre él y la justicia! ¡Ir a matar a otros cándidos! Albatorre en libertad era el cólera suelto; que un médico malo es rival de la peste, y puestos los dos en pugna, hay que temer menos a la peste que al médico, porque el médico viene en son de paz y como amigo se le recibe, y de la otra ya sabemos las que se trae. ¡Escaparse Albatorre! Dió un rugido toda aquella muchedumbre, como una sola fiera, y prendido el reguero de la noticia se arremolinó para volverse, al escuchar la palabra de orden de un jefe anónimo, de esos que se improvisan en cualquier tumulto:

—¡A *Beauséjour!*

Y a *Beauséjour* se dirigieron en tempestuoso montón, vociferando, amenazando con los brazos, tropezando con los que venían y obligándoles a volverse también, ola irresistible y arrolladora. Todos gritaban—: A *Beauséjour*...—Y allá iban, sin saber, seguramente, lo que harían en *Beauséjour*... Yo, sí, sí sabía lo que iban a hacer en *Beauséjour*, y me restregaba las manos de gusto en mi ventana, sonriendo desde la altura como el domador que acaricia la me-

lena del león pronto a saltar. Cogí mi anteojo de nuevo y me senté, tranquilamente, cómodamente.

¡ A *Beauséjour !* Hormigas en torno de un grano, el grupo del puente, otros grupos que bajaban de la plaza y otros grupos más, más grupos que salían, que brotaban no-sé de dónde, de vecinos, de forasteros, a pie, a caballo y en carros, saltaron la verja, y cien manos sacudieron sus barrotes, otras cien recogieron cascotes y los arrojaron contra la casa, a la vez que doscientas bocas, trescientas bocas, aullaban :

—¡ Muera Albatorre !

¡ Qué risa ! No veía yo a don Quijotín ni a Arístides ni a ninguno de los más significados ; sin duda, disgustados de que el pueblo se saliera de las vías legales y precavidos, según cuadra a todo ciudadano que se estima, se escurrieron a tiempo y por el foro. Unicamente Amaro y el rival de don Martínez zancajeaban a diestro y siniestro, comandando y animando al tropel : muda la casa roja, cerrada a piedra y lodo la verja, corrieron muchos del lado del callejón y allí golpearon al cochero, desengancharon los caballos e hicieron astillas el *break*, y no hallando más que romper o estropear, se fueron hacia mi escondida senda seguramente para ver de entrar por los fondos.

Gozoso con todas estas escenas, que se sucedían ante mi lente con animación de pintoresca cinematografía, me dije :

—Ahora entrarán por los fondos, porque la puerta está hecha de cuatro tablas y un mal pasador ; entrarán en el jardín y entrarán en la casa, ya lo creo que entrarán... ¡ guarda, doctor Albatorre !

Los que no pudieron ir por el callejón, ni tomaron parte en el astillado del coche, se quedaron ante la verja chillando, y no sabiendo lo que los otros hacían, se impacientaban y se entretenían en romper todo cristal que asomaba sano, desguarnecer de enredaderas la valla de hierro y acribillar de pelotadas de barro la fachada. Temía yo que antes de que mi fiera se desahogara a nuestro sabor, la presencia del señor Comisario, que nos había dado carta blanca en todo lo que no alterara el orden, lo estorbase; pero la autoridad es siempre tarda, y ya daría tiempo a que Amarito y el rival de don Martínez, al que por fuerza tengo que llamar por su nombre de don Baco (nombre que no es el del dios del vino, sinó el de un santo del almanaque, como puede comprobarlo cualquiera en el santoral de octubre), ya daría tiempo, repito, a que estos dos campeones de la justicia popular realizaran su hazaña. Una hazaña de Amarito, el ofendido hermano, ya se sabía que había de ser una barbaridad. Lo menos que imaginaba yo era que arrastraría al doctor por las barbas, y en medio del jardín, ante la multitud regocijada, le daría la gran tunda con su rebenque vengativo.

Y apuntaba mi anteojo en dirección al parque, seguro de verlo aparecer seguido de don Baco y del pelotón de asaltantes. Me temblaban las manos, de emoción comprimida, y mi pensamiento corría a sugestionar al muchacho con toda la fuerza de mi poder maligno:

—Anda, Amarito, sigue, atropella, entra en el parque, entra en la casa... Si ves a la señora Coralia

que llora, a mademoiselle Christine que suplica, no hagas caso, no hagas caso de mujeres, Amarito... Sigue adelante, busca debajo de la cama al médico, lo agarras de una pata, lo sacas, lo arrastras, y ahí, en medio del jardín, al pie de la escalinata... Que todos lo puedan ver, que yo pueda verlo también, ¡ Amarito !

Tardaban los del fondo en presentarse y yo me impacientaba, como los de la verja, que aullaban :

—¡ Muera Albatorre !

Distinguí a ña Lujana, apoyada en el portón, rodeada de mujeres enfurecidas, amenazando con sus puños a la casa. El cielo, ceñudo más que la multitud, esperaba a soltar sus cantaradas a que aquella bastilla se derrumbase, para lucir el sol de la victoria, que por el lado del Trigal doraba toda una orla del horizonte. Era que ya estaba próximo el derrumbamiento, y parecía milagro que el castillo rojo se mantuviera en pie, caídas las persianas, silencioso, indiferente, siniestro. ¿No habría nadie en él? ¿Escaparía el doctor, a pesar de los petardos y del cerco, por ignorado subterráneo? ¿Pondría la familia a salvo en tiempo oportuno, sin que el fisgón vecindario se percatase? Adivinaba yo este inquieto preguntar entre los grupos, de los que llegaban a los que esperaban, y el redoble de la pedrea contra la fortaleza, de los gritos y de la ira desenfrenada aumentaba con el temor de la burla : ña Lujana, olvidada de su papel y de mis prevenciones, encumbrada sobre los hombros de los que la paseaban como en andas, hacía trizas su pañuelo de lienzo y echaba lumbre por los

ojos en vez de lágrimas, mater furiosa, antes que dolorosa, y no faltaba quien sobre las lanzas de la verja se atreviera, temerario, a cabalgar. ¡ Ay del doctor si se había escapado ! Se interrogaban unos a otros, ansiosos, husmeando la presa. Y un alarido inmenso se elevó de pronto : aquel asaltante audaz había logrado atravesar la verja, en un brinco acrobático peligrosísimo, y corría a abrir por de dentro el portón y lo abría, lo franqueaba a la invasión tumultuosa, al mismo tiempo que en el fondo del parque Amaro y don Baco aparecían.

—¡ Muera, muera Albatorre !

A este grito frenético, unidos en columna formidable, se lanzaron contra las puertas, y hallándolas cerradas todas, buscaron palos, hierros, palancas bastante poderosas para abrirlas. ¿Dónde estaba el doctor? El pueblo quería saberlo : ¡ paso al pueblo ! Degenerado el mitin en motín, apuntaba mi anteojo, ya al jardín, ya a la plaza, donde la autoridad se hacía la dormida... Y me reía, me retorcía de gusto :

—Ahora derribarán las puertas ; ¿qué puerta resiste ante alud semejante? Y entrarán, ¡ vaya si entrarán ! Amaro el primero, y una vez adentro, ¿quién impide la esperada, la deseada barbaridad de Amarito?

Yo, que sabía muy bien que el doctor estaba dentro, por haberlo visto momentos antes, maletín en mano, que si no lo veo no alboroto, ¡ figúrense ustedes cómo me refocilaría pensando en el julepe que sin duda alguna pasaba ! Y este placer mío era tan grande, tan sabroso, que no puede compararse con

ningún otro, y desde luego tengo por infeliz al que no lo haya probado.

Arremetieron, pues, armados todos de lo que encontraron ; pero, sobre estar bien atrancadas las puertas, defendíanse, además, con unas persianas metálicas exteriores, de las cuales ni una sola aparecía sin echar, y a cada golpe figuraban responder con bronca carcajada. Ataca por aquí o por allá, se extenuaban en vanos esfuerzos, y en esto oí, lo oí con toda claridad a pesar de la distancia, una voz que decía :

—¡ Pegarle fuego !

Y estalló un gran clamor : ¡ fuego !, ¡ fuego ! ¡ Aquí de Amaro... ! Salté, anheloso, y debí ponerme pálido. Pensé en Coralia, en Lita, enferma, en Dadito... y confieso, avergonzado, que sentí cierto resquemor, indefinible movimiento de compasión, quizá ese reblandecimiento que llaman misericordia. Era necesario detener a la fiera, hacerla retroceder. Yo no quería tampoco responsabilidades, que nadie es más respetuoso con el Código que yo. Como broma, aunque pesada, todo lo que se quiera ; pero eso de fuego, Amarito, son palabras mayores.

Y me dispuse a bajar, que la cosa urgía. Ya estaban colocando haces de leña al pie de los muros, y por el jardín y por el parque corrían en busca de combustible los grupos : veía en manos del Napolitano y en muchas manos fósforos, rojas sierpes de yesca, papeles incendiarios, la chispa pronta a brotar y la llama a nacer... ¡ Bárbaro Amaro !

Salté, como digo, y en el propio instante algo in-

sólito, terrible, me detuvo: no sé, algo que no podría decir lo que era, rumor, eco lejano y vago golpe, de estampido ¿de qué? un tiro, probablemente un tiro. Pero, ¿de dónde? ¿dónde? ¿quién? ¿a quién? Me asomé, cogí otra vez mi anteojo... La gente corría, se arremolinaba, unos hacia el portón abierto, los más en torno de la casa sitiada formando respetuoso y compacto círculo, quietas las manos, mudas las bocas. ¿Dónde? Sin duda dentro de la casa; ¿quién? ¿a quién? Corrí yo también, anhelante por saberlo, y bajé la loma y atravesé el puente más ligero que un avechucho que abandona su nido y de un solo vuelo va a posarse en el llano. Por la calle de en medio venía el Comisario con sus milicianos, de ronda, y yo me colé en el jardín enemigo, confundiéndome entre los grupos.

—Ha sonado un tiro dentro—me informó uno—, y no sabemos qué será.

—Pero, ¿de dentro para afuera? — pregunté—, ¿por la rendija de una ventana?

Varias voces protestaron. Si así fuera, tiro cobarde, asesinato alevoso, no quedarían suspensos: a aquella hora ardería ya la casa entera. Un tiro en el interior, tiro de misterio y sin duda de tragedia. Algo de misterioso y de trágico, en efecto, trascendía de la casa silenciosa, imponiendo a aquella multitud en revuelta y sin freno poco antes. Todos miraban con temor y se preguntaban:

—¿Quién? ¿a quién?

Dentro, nada se escuchaba. Después de sonar el tiro, ni carreras, ni gritos, ni movimiento alguno de

vida se percibió, como si la casa estuviera habitada por una sola persona o las personas que la habitaban no lo oyeran. Amaro vino a decirme, temblando, él tan valiente, que el suceso debió de ocurrir en el despacho del doctor, la segunda ventana de la esquina, en el primer piso.

—Pues, ¡ hay que entrar, Amaro !

¡ Entrar ! ¿ cómo? Todos reconocían que era imposible entrar. Ya lo habían intentado, por todos lados y por todos los medios, inútilmente. Demasiado lo sabía yo. Pero, esta misma dificultad exacerbaba el deseo de penetrar en aquella fortaleza, cerrada implacablemente. Entrar, sí, entrar ; mas, ¿ cómo entrar ?

El Napolitano propuso que se trajera una cuerda y por las boardillas él se proponía colarse más pronto que un gato ; después del tiro, no había peligro, porque era señal de que el único defensor había muerto.

—¿ Usted cree... ?—dije yo, balbuciente a pesar mío.

Estando dentro el doctor Albatorre, si había un muerto, el muerto era él. Seguramente, indudablemente. La especie corrió en el jardín, se desparramó entre los grupos de amotinados, y las mismas bocas y las mismas manos que acababan de arrojar denuestos y guijarros, se plegaron en un gesto de compasión. Se murmuraba, se comentaba, y las mujeres hicieron pucheros, ña Lujana la primera, ya pedestremente acurrucada, que sacó, no sé de dónde, nuevo raudal de lágrimas.

La oferta del de los ladrillos pareció a todos aceptable, y él se fué por la cuerda, a tiempo que el señor Comisario y sus milicianos se presentaban en el cotarro. Llegara minutos antes y su autoridad habría encontrado que todo el campo era orégano ; pero en tal momento la multitud pacífica no daba muestras sino de recogimiento : que ha sido siempre achaque de autoridades andar á ciegas y llegar a destiempo, y así le recibieron a este personaje, del que he dicho que no quiero dar el nombre ni la facha, por no hacerle favor, con tanto afán como agua del cielo.

—Señor Comisario... ¡ un tiro !... el doctor Albatorre... ¡ no abren ! ¡ no puede abrirse !

Con mucha calma mi hombre se acercó a la puerta principal, la del centro, y rodeado de su pelotón golpeó en ella, voceando :

—¡ Abran al Comisario ! ¡ Abran a la autoridad !

Se nos figuró a todos que pasaba un siglo en un minuto, y que era en una vacía sepultura donde resonaban los recios golpes. Y al cabo de dos minutos, de tres minutos, de tres siglos, sonaron pasos en la escalera, luego chirridos metálicos, y lentamente, tímidamente, se abrió la puerta. La blanca figura de mademoiselle Christine surgió en el marco como un cadáver envuelto en el sudario. Hizo una seña sin hablar, una seña dolorosa que quería decir— : Pasen ustedes adelante...— y se volvió pronta a servir de guía a los que la siguieran. Pasó el Comisario, y detrás de los más próximos todos los que quisieron, y a fuerza de empujones todos los que pudieron.

Declaro que yo no quería entrar, aunque pudiera

fácilmente por hallarme más cerca del Comisario, gracias a la casualidad, de lo que deseara. Dicen que Satán el grande teme la luz. Yo temía la de los ojos de Coralia, y la misma presencia de don Eduardo de Albatorre, si por acaso estaba vivo, me abría sido en extremo molesta. Si hasta entonces había estado oculto, no me parecía ni prudente ni caballeresco presentarme vendiendo caridad en la propia morada del enemigo, precisamente en la hora de la venganza satisfecha. Me retorcí, pues, para oponerme al empuje formidable y huír del peligro; pero, aprensado entre don Bacò y un sayón de los de la escolta, tuve que ceder, que si no me trituran los huesos, y me vi arrojar en la escalera y subir poco menos que en hombros en seguimiento de la blanca figura que nos conducía, al compás de los huecos pasos y del comprimido resoplar de la curiosa muchedumbre.

En el primer salón hicimos alto, aquel en que fuí yo recibido la vez del almuerzo, y como no conseguía retroceder, me guarecí en un ángulo cercano a la puerta, que por nada del mundo quería que me viesen. El vozarrón del Comisario preguntó en medio del silencio fúnebre:

—¿Me hace usted el favor de decirme, señorita, qué es lo que ha pasado aquí?

Mas no fué menester que respondiera la triste y la pálida mademoiselle Christine, porque entreabriendo una hoja del balcón alumbró con la mortecina claridad del día nebuloso el cuerpo del doctor Albatorre, tendido de espaldas, la frente agujereada por una bala; sobre la estera, la sangre formaba una mancha

negra, inmensa. Mientras todos estiraban los cuellos por ver mejor, por saciarse en el horrendo espectáculo, yo cerré los ojos y puse sobre los párpados mi mano crispada... Oí el vozarrón del Comisario que hablaba de diligencias judiciales, de comprobaciones legales, de interrogatorios indispensables, y tras de una pausa muy larga abrióse una puerta frontera. Pensé, adiviné, sentí que iba a aparecer Coralia y apreté más fuerte la venda de mi mano sobre los ojos: hubo ligero roce de faldas, revoloteo de suspiros, sollozos cercanos, tan cercanos que me parecía que era en mi propia garganta donde estallaban. Coralia debía de estar en la puerta y me la figuraba toda de blanco, la hermosa cara de cera velada por la cortina de sus negros cabellos y sobre los hombros el manto de la viudez y del dolor.

—Sí, señor Comisario—susurró una voz que no podía ser otra que la suya, aunque mudada por la emoción, temblorosa y débil— ; se ha suicidado, acaba de suicidarse... La injusticia del pueblo, la persecución del pueblo, el pueblo amotinado contra él queriendo asaltar la casa, incendiar la casa... ¡ Víctima de la calumnia y de la injusticia, señor Comisario !... Y precisamente hoy, esta mañana, ha muerto también mi hija, mi Lita adorada...

La voz doliente enmudeció, y por todo el salón aleteó piadoso comentario, un gemido de los pechos oprimidos. Confieso que sudaba de congoja, y habría deseado que el antro que ha de tragarme algún día se abriera en ancha y profunda grieta a mis pies. Y no pudiendo resistir a la ansiedad, me atreví a mirar

a Coralia, y la vi tal cual la imaginaba, encorvada bajo su manto negro, vencida por el eterno dolor que yo personalmente la había impuesto... A su peso insoportable, rama tronchada, se apoyaba en el hombro de la institutriz, escondida la cara, por excusarse del horror de lo que tenía delante y de la curiosidad de los intrusos, de aquel pueblo mismo, al que tachaba de injusto y de calumniador, que había querido devorarla, y ahora se estremecía contrito y manso, como fiera sumisa al latigazo, y sus palabras, acorde difícil de sonidos, se desgranaban en el silencio con eco quejumbroso.

—Sí, señor Comisario... ¡mi marido, muerto! ¡Mi hija, muerta! ¡Dios, Dios mío!

Pronunció este nombre de manera desgarradora y se abatió cual si cayese sin vida, pesadamente, tan de golpe, que a mademoiselle Christine no le fué posible sostenerla, y los brazos más próximos, los más caritativos, se alargaron para auxiliarla. A mí me pareció que los abiertos ojos del cadáver me miraban, y que todos volvíanse a mí y me denunciaban rencorosos, instigador del motín, causante de desgracia tamaña, asesino de dos inocentes, y con desasosiego, con espanto, busqué la salida.

—¡Dios, Dios mío!—repetía la sollozante voz de Coralia—. ¡Dios mío, Dios mío!

Si me mostrara la cruz, no me causara su vista la angustiosa sensación de aquel quejido, repercutiendo en el salón funeralmente. A pesar de los brazos que, por piedad, quisieron impedirlo, la vi que se arrastraba hasta el cuerpo de Albatorre, y que buscando,

amorosa, su rostro para besarlo, se manchaba de sangre la vestidura.

—¡Ese, ése!—figurábaseme que iban a decir todas las bocas, estallido universal, la boca contraída del muerto, la boca sollozante de la viuda, la de la niña, allá, en cerrada alcoba, la del pueblo entero, boca monstruosa de cien lenguas. Y sin escuchar más, sin querer ver más, me lancé por la escalera cabeza abajo, y no sé cómo me encontré en el jardín: la claridad tristona, cenicienta, me deslumbró y abrí y cerré los párpados muchas veces como al volver de un sueño. Nada distinguía. Apenas si podía tenerme derecho. Me agarré al ancho pasamanos de la escalinata, y el frío del mármol me abrasó con la crueldad de una mordedura. Al mismo tiempo, una voz, muchas voces desconocidas me preguntaron:

—¿Es cierto que ha muerto?

Yo respondí:

—¡Es cierto! ¡ha muerto!

Y respondía maquinalmente, sin estar yo mismo seguro de lo que afirmaba, porque tampoco sabía lo que decía, inconsciente y abúlico. Ña Lujana debía de estar cerca, probablemente acurrucada en un peldaño, pues escuché su pregunta, al par que me cogía por la manga para ayudarse en el trabajoso ademán de poner de punta su vieja armazón:

—¿Es cierto, señor Riquez? Me lo ha dicho don Patricio, que con Adolfito acaba de estar aquí.

—Sí, señora—contesté entre dormido y despierto.

Se abrazó a mí ña Lujana y lloró, más que toda la mañana, más que en toda su vida. Si el doctor Al-

batorre había muerto, ya no le pagarían... eso, ¿verdad, señor Riquez? Y ella se quedaría sin hija y sin... eso, eso que, revolviendo leyes y discursos, le habían prometido.

—Vámonos, señora—dije yo, acerté a decir, comprendiendo que la presencia de la heroína de la jornada era tan inconveniente allí como la mía— ; vámonos, volvamos a *La Vizcachera*, y si pudiera ser que volviera Amaro también en seguida, mejor, porque después de lo ocurrido, hará bien en no mostrarse en algunos días.

Consintió mi ama de llaves en dejarse llevar, o mejor dicho, en llevarme, y apoyados el uno en el otro, más flojo de piernas yo que ella, y haciendo ella de lazarillo y yo de ciego, salimos de la casa funesta, cercada toda (al menos por los rumores me lo imaginaba) del mismo gentío que en la hora del asalto, de tan rara manera y en forma tan trágica resuelto. Paso a paso subimos la cuesta, doblegados por el vendaval, y ña Lujana no cesaba de lamentar eso... eso que la prometieron y que el tirito de don Eduardo la quitaba sin remedio. Yo no la escuchaba. Sólo escuchaba, dentro de mí, en lo más hondo, el grito de la viuda, aquel ¡ Dios mío ! plañidero y lúgubre. Nunca me pareció la cuesta más larga, más empinada, más agria, y eso que no lo es tanto ; mis piernas, recias y aún mozas, pueden dar fe de ello. Tropezaba, y a cada tropezón iba a dar sobre ña Lujana, que ella, sí que a resistencia y a verdor corre parejas con el compadre ño Venancio, y así me recibía como madre al hijo que hace los primeros pinitos.

—Pero, ¿qué tiene usted, señor Riquez?—supongo que me preguntaría, porque, a la verdad, estaba completamente mareado.

Y yo no contestaba nada a ña Lujana. Mi mayor deseo era llegar y esconderme. Esconderme en un pozo profundísimo, bien tapado, donde no pudieran encontrarme. Me sumergiría en la obscuridad, y la frescura y el letargo templarían mis nervios, calmarían el agitado latir de mi corazón. Lejos del pueblo, lejos del mundo, ¿por qué no ha de ser posible substraerse de este modo temporalmente a la vida en sueño invernal de olvido? Considero a la marmota como el más feliz de los mortales. Rompió a llover con gana, se ennegreció del todo el cielo, y truenos y relámpagos armaron imponente concierto en las alturas. *La Vizcachera*, asomada en la cresta de la loma, sobre el fondo centelleante del horizonte, semejaba caverna de trasgos y de brujas.

Creo que dijo la de Díaz :

—¡ Ande usted, señor Riquez ! ¡ Malhaya mi suerte y la de mi mantón, que en toda esta maldita mañana no ha hecho sino buscar el agua !

Arriba, debajo del emparrado, nos recibió Pampero con tan bruscos agasajos, que sus patas sobre mi pecho me hicieron el efecto de las dos manazas de un gendarme echándomelas al cuello para prenderme. Guarecido en la sala-cocina, entre el ir y venir de ña Lujana, me adormecí junto al fogón tan pronto como entré, febril, inquieto, al arrullo del gotear del tejadillo.

Aquel día no se comió en el rancho. Al menos no

recuerdo haber pasado bocado. Mediaba la mañana cuando llegaron Amaro y ño Venancio. Yo, más despejado y casi rehecho con el descanso y el sueño, pude advertir que traían las caras muy largas, empapado el chambergo y el poncho, y tan grande fatiga, cual si anduvieran a pie buenas leguas. Contaron muchas cosas que ya sabía, y nos dieron detalles de la espantosa noche de *Beauséjour*, entre la agonía de Lita y la angustia del médico, contra el cual las iras del pueblo iban a reventar, condensadas como las nubes de la tormenta en ciernes; del padre que veía morir a su hija y naufragar su reputación, y su carrera y su nombre. ¡Oh, qué noche la horrible noche de *Beauséjour!* ¡Gimiendo, llorando, esperando, desesperando, temerosos de las tinieblas, temerosos de la luz que se anunciaba, luchando con la muerte y luchando por la vida! Con el último estertor de la niña y aprovechando un claro de la borrasca popular, agolpada toda sobre la plaza, decide escapar a Ombú, le decide su mujer a que se escape, y descubierto, acorralado como un criminal, coge un revólver...

—Dicen—añadió Amaro—, dicen que se mató al oír que íbamos a quemar la casa, en el mismo salón donde estaba acechando por la persiana, delante de la señora Coralia y de mademoiselle Christine. ¡Pum! un solo tiro que lo dejó seco. ¡La pucha con el médico! ¡en el salón! Yo habría jurado que sonó en el despacho, ¿verdad, ño Venancio?

—¿También la niña Lita?—exclamó ña Lujana ásperamente—. ¡Castigo de Dios!

De nuevo este nombre lo sentía como una pedra-

da. Me levanté, picado otra vez de mi deseo de aislamiento y de silencio. Y como si delirase, dije a Amaro entre dientes :

—Las cosas, Amarito, no ocurren de la misma manera que pensamos, sino al capricho de una fuerza superior a nosotros, la casualidad, la fatalidad, ¡ qué sé yo ! Y habiendo ocurrido por modo diferente de lo que teníamos dispuesto, te conviene, nos conviene a todos que no salgas en unos días : ¡ has hecho muchas bobadas, Amarito !

—¡ Si la policía está de nuestra parte, señor Riquez !

—A pesar de eso, ¡ prudencia !, ¡ prudencia, Amarito !

Poco menos que a tientas, me vine a mi cuarto, y con rápido cerrojazo de miedo pueril, defendiéndome de persecución imaginaria que se me antojaba real y probable, atranqué la puerta... Recuerdo que intenté cerrar también la ventana ; que si por la puerta podían entrar los esbirros de la justicia, por la ventana podían entrar las dos almas doloridas de *Beauséjour*, rondadoras del contorno. Soy supersticioso, y creo que las almas, como los átomos del aire, vagan en el espacio y tienen ojos para vernos y manos para castigarnos o acariciarnos, según sea un alma enemiga o amiga. Total, que estoy por creer que soy espiritista. Y aunque cerrada la ventana no evitase que en la atmósfera de la habitación se encontraran, la sola acción de cerrar me causaba alivio.

Pero me tambaleaba, y caí sobre esta mesa, y sin saber cómo, apareció entre mis dedos la pluma con

que escribo, el mango vulgar y humilde calzado del acero diminuto, instrumento de mi venganza. Dígase lo que se quiera, invéntese lo que se invente, la ciencia no ha creado, no creará jamás, un arma más terrible que estas dos : ¡ la pluma y la lengua !

El copioso llover anegaba el pueblo y lo envolvía en un sudario de niebla. Ejército en derrota, por el camino, con los pendones lacios y hechos un trapo mojado, pasaban los grupos de manifestantes, los protestantes de la plaza, a pie, a caballo, en carromatos, y esta procesión de vencidos parecía de sombras. En el apuro del regreso, corridos por el agua, azotados por el viento, que los arrojaba como entrometidos y curiosos, iban encorvados, entapujados, y desde aquí, informes y movedizos, su marcha afanosa daba lástima.

Entretanto, sobre la casa roja derramaba el cielo todas sus lágrimas, llanto de compasión. No estaba roja, sino gris, y cuando se hundió en la noche, brilló una luz en el salón, la única de toda la casa, luz amarilla y funeraria. Era, sin duda, blandón de catafalco, piadoso guardián que velaba el sueño de un ángel y de un justo. Atraído por ella como el murciélago, me había acercado a la ventana y la miraba, la miraba con fascinación magnética... Entonces un coche paró delante de la verja, columbré dos figuras negras que entraban en la casa, y al cabo de largo tiempo otras dos, cuatro que salían y se metían en el coche. La luz del salón seguía brillando, y las del coche fuegos fatuos, corrieron por la orilla del barranco y se apagaron en la obscuridad. Pensé que el otro

Albatorre y Marta, su mujer, habían venido de Ombú por Coralia y Dadito y se los llevaban, los alejaban para siempre.

No me moví, clavado por una fuerza que me abrumaba bajo su peso inmenso. Y en esto, la maldita campana de don Amadeo se puso a doblar a muerto, llevando a los cuatro ámbitos del pueblo la vibración dolorosa de su plegaria, y cada tañido del bronce era en mi corazón donde repercutía : abatí mi frente, húmeda por la lluvia o la congoja, y humillados mis pitones simbólicos, juraría que lloré...

¡ Oh ! ¡ Coralia, bella Coralia, pobre Coralia !

VIII

Bueno. Puesto a confesar, yo no me muerdo la lengua, y así como he contado el arrechucho de sensiblería que me entró ante los acontecimientos con torpeza narrados en las páginas anteriores, debo decir, sin rebozo, que pocos días después ya no me acor-

daba del santo de Coralia, y metidos debajo de tierra el doctor Albatorre y Lita, el pueblo, casi, casi, tampoco; que el saber olvidar es de sabios y la mayor de las sabidurías. Apagado el hervor de los comentarios, vuelto a su quicio todo, el espíritu, que, como el pájaro, gusta de saltar de rama en rama, buscó otra cosa en qué ocuparse, y la serenidad de la vida de aldea recobró su imperio. Ni aun cuando sobre el portón de *Beauséjour*, de dramática historia, colgaron el cartel de *se alquila*, *inri* de aquella crucifixión en la que, si yo fuí Pilatos, pecamos todos, nadie hizo caso, yo menos que nadie, porque, casualmente, harto preocupado estaba con una noticia de la que acababa de enterarme, y era suficiente para quitarme de la cabeza toda idea ociosa, cual la de llorar sobre el pasado y lamentarse de lo que no tiene remedio.

Mordido por el despecho, me lo contó Amaro el gauchito, y me encendió la cólera. Pues, ¿no se había atrevido Enrique Peláez, aprovechándose de mi bronquitis y de mis estériles andanzas por *la senda de la virtud*, a renovar sus pretensiones cerca de Dorila, tan cerca que la tenía ya estrechada y a punto de rendirle el sí? Y claro, siendo el arma de que se valía la de todos los tontos, el matrimonio, ni don Quijotín ni misia Deidamia le hacían fu; al contrario, buscaban de atraerle, le convidaban y hasta se afirmaba que en cierto cuadro servía de modelo este zoquete, que no sé para modelo de qué pueda servir con su pelona y sus incisivos salientes. Parece que el aumento de sueldo que esperaba, si no el traslado con ascenso, le llegó por mano de su hermano el juez,

y con esto, sus dulces proyectos de hogar feliz y demás zarandajas románticas se agravaron, y hallaron fundamento sus esperanzas.

Yo me puse furioso... Confieso, avergonzado, que no debí ponerme furioso, sino muy contento, y dejar que se casara Enriquito, ayudarle a que se casara, si yo no había de casarme con Dorila. ¿Verdad? ¿No era más práctico, más... maquiavélico, rasgo de listo y de hombre ducho en estas cuestiones? El dicho aquel de «quien con niños se acuesta...», puede ampliarse a esto otro : «quien con doncellas se mete...» Y yo que lo sé y que siempre me he cuidado de ello, ¿cómo no ayudé a Enriquito, y en vez de ayudarle lo combatí y me opuse con toda mi astucia y todos los recursos de mi maldad a que se casara? Marido él de Dorila, ¡y qué marido!, verdaderamente ideal para el caso, ¿me vería ahora en el berenjenal en que estoy metido?

Prueba de que los aires del poblacho, donde el justiciero Padre Eterno me ha desterrado, no sientan a mis facultades y han venido mermándolas hasta convertirme en un diablejo de tres al cuarto, es que me acometió grande enojo cuando lo supe, y sobre todo oyendo la confirmación en la tertulia de don Bonora de labios del propio don Quijotín, entre dos puntadas sobre el trasnochado suicidio de Albatorre, al que daba fugaz actualidad la substitución de don Martínez en la botica por el célebre don Baco, de tantas agallas revolucionarias como fortuna guerrera. No mostré que lo sentía, pero caí en la candidez de preguntar al papá qué era del cuadro de la *Ten-*

tación, fingiendo no oír lo de Enriquito, quien, no hace falta decirlo, no estaba presente.

—Pues ahí le tengo, pegado a la pared—contestó el señor Fernández Igor—. Lleva el caballero Mefistófeles un siglo sin parecer por casa.

—Ya sabe usted por qué ha sido, mi excelente amigo don Quintín: primero, mi enfermedad; luego, el asunto ese en que todo el pueblo ha estado distraído y que a todos nos apasionó. Usted mismo, nuestro gran orador de la buena causa, no me parece libre de culpa. Pero, si usted quiere, volveré, la tarde que se me designe, a vestir el negro jubón y la caperuza del tentador.

—Sí, a buena hora... Estamos en marzo, señor Riquez, y las tardes de otoño no son lo mismo que las del verano. Es otra la luz y otro el color del cielo y de las hojas: el jardín de Dorila ya no es el jardín de Margarita, amigo mío. Habrá que esperar al año próximo.

—Y aunque no lo sea—insistí—. ¿De qué va a servirle su mecánica, don Quintín? ¿No hace usted azules los ojos negros? Pues convertir en jazmín la *flor de sapo* y pintar rosas donde hay dalias, por ejemplo, no será empresa mayor para tan original artista como usted.

Rió mi hombre, e inclinándose con gentileza española, me dijo:

—Cuando usted quiera y lo que usted quiera, señor Riquez: mi casa está siempre abierta para los amigos, a todas horas y en toda estación.

Estaba yo de tan mal humor, que no atendía al

juego, y tuve toda la noche la suerte de espaldas. Perdí cuanto llevaba; pero, entre copa y copa de la bandeja de Bienvenido, elaboré mi plan de ataque a la hija en las triunfantes narices del padre, naturaleza de lucha la mía, impulsiva, que se enmohece en la inacción y necesita de un objetivo cualquiera en el cual ejercitar sus dañinas facultades. El pelón de Peláez iba a salir por la borda al primer envite, o no era yo el loco Riquez que cuenta la fama.

Y fué mi plan presentarme a las pocas tardes en el Colegio de la Ascensión, una muy serena que me pareció propicia para remedar al verano, por poco que se propusiera la paleta de don Quijotín. Otro que aquel perfumado y delicioso era, en efecto, el patio que encontré: el árbol a cuya sombra Dorila se sentaba no vestía hojas, ni rosas los rosales del muro; rinconcito de claridad misteriosa, de poesía suave, aparecía húmedo, obscuro, sórdido, impropio para la escena y para los personajes. Allí sentiría Margarita frío y el negro caballero predicaría en desierto... No, todos los recursos de la sabia mecánica del pintor no conseguirían dar color y calor primaverales a aquel fondo otoñal, que lloraba tristezas en vez de cantar amores. Pero, a falta de ella, quedaba la mía, más poderosa, capaz de hacerlos nacer entre la misma nieve o entre las mismas piedras, y sin descorazonarme ni poco ni mucho, me colé de rondón y rogué a la criadita del delantal replanchado que me anunciara.

No estaba don Quijotín, de lo que me alegré, pues si no iba a haber tentación en pintura, su presencia más bien me estorbaba, y me recibieron misia

Deidamia y Dorilita; misia Deidamia, con pulidos reproches por mi larga ausencia, que yo excusé con las mismas razones que al padre; y siendo el desgraciado asunto Albatorre tema preferente y tiránico en aquellos días, de él hablamos en el sofá de la salita, y nuestras lamentaciones fueron tan sinceras como podían serlo. ¡Qué disgusto en la casa! Todo el pueblo ardía, y hasta el señor Fernández Igor, tan sesudo, tan remirado en todo, tomó parte activa en una campaña que se creía justa y nadie soñó acabara en pistoletazo y en tragedia. Ella misma, la viuda de Germanías, contagiada al par de los demás, habría echado leña a la hoguera si su condición de maestra, obligada a mantenerse por encima de todas las pasiones y de todos los partidos, no le aconsejaran la neutralidad.

—Y de ello me alegro, señor Riquez—añadió suspirando—, porque ahora me dolería mucho el haberlo hecho; mi corazón sabe llorar las desgracias propias y también las ajenas.

Todo el tiempo que ella habló, y fué casi todo el tiempo que estuve presente, no necesité yo contestar sino por afirmaciones de cabeza; miraba a Dorila, más delgada que antes, pero siempre encantadora, y como sé expresar con los ojos cuanto quiero, la dije lo mismo que pensaba decirla en el banco del jardín, romanza muda que ella comprendía y gustaba, porque bajaba los suyos, en los que se leía el mismo reproche de la hermana, pero mezclado de ternura; se ponía ya pálida, ya como la grana, y el gracioso movimiento de su nariz marcaba las sensaciones de

sorpresa, de agrado, de ligero enojo y de benévola misericordia por que estaba pasando.

Al fin tuvo la señora la ocurrencia feliz de dejarnos solos, nada más que un instante, y yo me aproveché de este instante para decir a la niña:

—Cuentan las gentes del pueblo, que Margarita se casa prosaicamente... tan prosaicamente y con tal olvido de su alcurnia poética, que ha escogido un Fausto pelón, con colmillos de elefante, desgarbado y sin chispa... de nada, ni en el caletre, ni en los bolsillos.

—Las gentes no dicen verdad—me contestó Dorila mirándome serenamente.

—También lo he oído—insistí—a quien tiene autoridad en su casa y no pasa por ciego.

—El cariño ciega y la ambición. Todo deseo ciega, y el papá de Margarita, que quiere casarla, como es natural, y que tiene prisa porque se le va poniendo madura y fea, ve de imaginación lo que no existe... Bastante tiene Margarita con el desengaño de su señor Mefistófeles. Plantada en el banco de la paciencia lleva... un mes... un siglo... día más, día menos.

¡Con qué gracia y mimo dijo esto, cual si recitase una tirada de aprendido papel!

—¡Dorila! — exclamé yo—, ¡morena y extraña Margarita! Sabrás que mi buen amigo el señor Mefistófeles me ha encargado que le disculpe. Anda en tanto lío el pobre caballero, que bien puede decirse que es el hombre más ocupado del mundo. Yo lo sé, porque él me lo ha confesado, que ahora se entretiene en mudarse el ser, y como es tan poderoso, lo

conseguirá sin gran trabajo. ¡ Figúrate que pretende encarnar el Fausto más enamorado, sino el más apuesto, que se vió jamás ! Lo malo es que te parezca algo viejo, ya que con todo su poder no le esté permitido quitarse los años ; pero siempre aventajará al Fausto barato y sin pelo de que hablan las crónicas de General Ordenado. Digo, si a ti no te interesa este triste personaje...

—A mí no me interesa nada de General Ordenado—afirmó Dorila, clavándome sus límpidos ojos entre los dos cuernos— ; nada, nada, ni un canto de uña. Me gustaría vivir en el Trigal o en Ombú o en La Plata o en Buenos Aires. Aspiro a lo mejor de lo mejor y sueño con cosas grandes, inaccesibles. A veces, las losas del patio se me antojan nubes, y por un agujerito de mi torre veo a General Ordenado... es decir, no lo veo, átomo miserable. ¡ Figúrese usted si llegaré a distinguir a ese galán de sainete !

—¡ Oh Dorila ! ¡ oh Margarita ! No subas tan alto, que tampoco distinguirás a mi pobre amigo el señor Mefistófeles, tan rendido, que por ti sola se encarga de representar un papel acaso superior a sus facultades, papel doble y difícil, en que corre el riesgo de desafinar. Acércate a la tierra, abre tus oídos, que va a empezar la serenata...

Aquel día no pasamos adelante. No lo consintió la importuna presencia de misia Deidamia ; pero, en la siguiente visita y en otras visitas sucesivas, por poco que me dejara solo con la chica, ya templaba yo mi laúd, y vaya música. El desdichado Enriquito levantó el campo, a la segunda vez que topó conmi-

go en la sala, y siendo el señor de *La Vizcachera* candidato, más que aceptable, deseable, compendio de aspiraciones mal retenidas y disimuladas, me vi agasajado y abrumado con tales finezas, que en ello misia Deidamia y don Quijotín me disputaban. Convidábanme a comer, y misia Deidamia derrochaba todo su arte en guisos y postres exquisitos. ¡Qué escabeche de perdices, qué carbonada, qué dulce de batata, qué alfajores de mandioca los de misia Deidamia, y qué uvas, las primeras, monstruosas perlas negras, el mejor racimo del parral! Don Quijotín se dejaba ganar en el monte por este yerno en almíbar, pensando juiciosamente que todo quedaría en casa al fin y a la postre, si bien esto de juiciosamente sea mala manera de señalar, porque yo, ni en lo más mínimo, solté prenda jamás, ni enseñé la piel de borrego, que es la casaca de los maridos.

Pero, el buen señor descubría un yerno en todo varón de mediana estampa que entraba en su casa, tan grande era su afán de casar a Dorilita, y si el pelón de Peláez fué, al decir suyo, a pedir de boca, ¿qué sería de este costal de simpatía, de gracia y de malicia, que se llama Arturo Riquez, forrado, y esto era lo esencial para don Quijotín y lo más valioso, de nobleza vieja, rama ilustre la de mi familia trasplantada en los tiempos del Virreinato del solar castellano? Le brotaba la satisfacción por todos los poros, y me describía, desde la última raíz hasta la copa, su árbol genealógico, porque él también tenía su abolengo ¡vaya! manchego, como no podía dejar de serlo, y nadie lo concebiría de otra parte, con an-

tigüedad conocida de varios siglos, y capitanes, prelados, artistas y conquistadores entre la parentela. De cómo los dos apellidos llegaron a unirse, el de Fernández y el de Igor, era una página de historia española interesantísima, que me contó tantas veces, que yo la aprendí de carretilla, y rabiaba de saberla, y así siempre que él la comenzaba yo la concluía, para que no me la contase una vez más toda entera. ¡ Mal hayan los Fernández y los Igores, y este don Quijotín de la Mancha o del Mediohigo, venido a menos, anacronismo de levita en esta tierra argentina que gusta tan poco de idealidades, y donde no germina otra semilla que la del buen vivir !

Entretanto, como yo no me pago de dulzuras y vanistorios e iba nada más que a mi provecho, aburrido de la tabarra casi diaria del estrambótico señor y de la remilgada maestra, del dúo insoportable de la perilla gris del úno en torsión continua dentro de su mano y el meneo de los dedos gorditos de la otra, adornados de sortijas de oro bajo y vidrios de colores, deseaba, tenía hambre y sed de hablar a solas con Dorila, a mis anchas, libremente ; que amor con testigos indigesta y sabe mal. Y muy suelto de lengua la propuse que acudiera de noche a la ventana del estudio del papá, cierta ventana que da al campo y hasta donde es fácil trepar : el estudio cae sobre una azotea, y de la dicha ventana a la azotea no hay más que unos pasos, también fácil de recorrer por encima de una cornisa, facilidades todas muy comunes en estas casas de pueblo, mal defendidas de ladrones y enamorantes.

Dorila se resistió al principio: es la regla y la costumbre; pero, medianamente acaramelada, fascinada por el singular caballero que venía cantándola amores en el mismo lenguaje que sus sueños ambiciosos la fingían, cedió más pronto de lo imaginado.

—Hago mal, Arturo (¡ya me llamaba Arturo!), sé que hago mal—me dijo muy coloradita y temblorosa—; pero es usted tan insinuante... me domina de tal modo...

Y acudió sumisa a ofrecer a mi boca la suya fresquísima y aromada de juventud y de inocencia por el hueco del muro del estudio, guardador de los tesoros pictóricos del insigne don Quijotín. Cada noche, después de la tertulia, con agua o con luna, y mejor sin ninguna de las dos, dejaba a don Quijotín delante de su puerta y, previo prudencial rodeo, me sumergía en los matorrales del solar vecino, baldío y huérfano de cercado, y por ciertas hendiduras y ciertos ladrillos conocidos que me ofrecían, si no la más poética, la más práctica de las escalas, subía hasta una viga saliente próxima a la ventana y en ella me sentaba, los pies colgantes a pocas varas del suelo, la cabeza tan cerca de la abertura en que Dorila encerraba la suya, divino esmalte engastado en marco rústico, que sentía el soplo suavísimo de sus palabras y sin esfuerzo podía prestarla adoración y reverencia.

¡Dulces horas de amor! ¡Qué largas me parecíais, sin embargo! Para un carácter tan poco romántico cual el mío, esta manera de hacerlo, montado sobre

un palo, resultaba nada cómoda y propia para los loros y los muchachos de veinte años. Yo tengo ya los huesos duros; las noches de abril, además, son frías, y las de mayo muy frías, y el temor de la bronquitis, con el envaramiento de la postura, me paralizaba y quitaba a mi acción todo el ardor de las circunstancias. Pensaba en que si me corría por la cornisa y saltaba sobre la azotea, estaría tan bien dentro del estudio, abrigadito y confortado... Pero no quería asustar a Dorila. ¡Pasaba la pobrecilla unos sustos cada noche! La escalera, de tablas podridas, rechinaba, y tenía que subir descalcito mi ángel para que no lo sintiera el padre, que dormía del lado de acá del patio, ni la criada, que dormía precisamente debajo del estudio. Si yo penetraba en el estudio, por más precaución que tomase, algún ruido haríamos, seguramente. Tampoco quería yo comprometerla. ¡Oh, no, jamás! Y la veía llegar azorada, echar fuera del agujero su manecita hecha un carámbano para que se la besara, diciéndome bajito:

—¡Ay, Arturo! Me parece que me ha sentido Deidamia... La escalera ha soltado un *crac* espantoso, y como papá tiene el sueño tan ligero... El día menos pensado nos pillan, verás. ¡Ay, yo me moriré de vergüenza!

Había que pensar en otra cosa, más cómoda y de menos peligro. El rancho de ño Venancio, por ejemplo... Ni ño Venancio, ni el zorzal, ni el gato negro, ni el gallo, ni las gallinas espantadizas irían a nadie con el chisme. El orondo sillón de mi abuela Laurentina ofrecería a mi niña regio trono, y los

ecos muertos de amores pasados revivirían milagrosamente. Apartado, discreto, el rancho de mi amigo el gaucho viejo era el nido indicado, ideal. ¡ Y qué pronto se largaría ño Venancio en su *mancarrón!*...

—No te apures—contestaba a Dorila—, que ya encontraremos donde hablar a solas sin peligro de sorpresas y de pulmonías. Me da miedo saber que estás descalza... ¿Hace frío ahí dentro?, porque aquí te aseguro que sopla un aire...

Cabalgando a mujeriegas sobre mi potro, miraba de reojo la cornisa y la azotea. Pero no, no convenía asustar a Dorila, y menos aún despertar a la criada. Tampoco era llegado el momento psicológico de disponer para nuestras entrevistas el rancho de ño Venancio. ¡ Qué disparate ! Mi larga experiencia en la materia me tiene enseñado que no hay que atropellar y que no triunfa el que madruga, sino el que llega a tiempo. Me resigné, pues, y todo molido, entre tos y estornudo, mientras iba depositando la ofrenda de un beso en cada rosa de sus uñas, tranquilizaba a Dorilita :

—¡ Ya encontraremos... un rinconcito más discreto ! ¡ Tenemos tanto que decirnos ! Y yo pasarme sin decírtelo, ¡ no, que no puedo, me consumo, vaya ! Tengamos paciencia... De todos modos, es divertido, ¿verdad?... A ver, cuéntame, ¿has pensado mucho en mí hoy? La señora Margarita se ha acordado de su viejo galán, siquiera un cachito así?

En estas boberías pasábamos, a veces, si el tiempo lo permitía, hasta las tantas ; pero lo más común era que, dolorido a más no poder, me viniera abajo

de la viga a lo mejor o echara a correr a campo traviesa si escuchaba ruido en el patio, abandonando cobardemente a mi beldad al probable furor del despierto padre. Por suerte, no ocurrió cosa alguna, y medió mayo y se acentuó el frío, madurándose al calor de mis besos, como una fruta al calor del sol, el amor de Dorila. La hora iba a sonar. Seguramente cuando yo le hablara del rancho de ño Venancio se resistiría, ¡es la regla y la costumbre!, pero, acudiría al fin, sumisa, vencida, como había acudido a la ventana del estudio.

Por supuesto que, de nuevo, el comadreo vecinal anunciaba ya *coram populo* que el señor de *La Vizcachera* y la señorita de Fernández Igor eran prometidos, y hasta fijaba el día de la boda. ¿A mí qué? Para desesperación del enamorado Amarito y de Peláez, el derrotado, guardaba yo digno silencio y esa actitud de esfinge que tanto sienta al que la adopta y tanto gusto da a la murmuración, porque la sirve y la justifica. ¿Hay nada que más lisonjee que ese *se dice* a los cincuenta años? Si los pollos sacan de ello vanidad, ¿qué hemos de hacer nosotros los que calzamos espolones?

En lo mejor, pues, de mis trapicheos nocturnos llegó el 25 de mayo, fiesta cívica. No teman ustedes que caiga en la inocentada de describir las fiestas mayas de General Ordenado, las banderolas que pusieron en la plaza, la música del quiosco, la cantata del Himno, el *Te-Deum* de don Amadeo, las variadas rifas y consabidas pruebas acrobáticas... Sobre que todo lo oficial me revienta y me parece falso y

de relumbrón, sería contar lo que en el mismo día pasó en el Trigal y en Ombú, y en todos los demás partidos de la provincia, probablemente de las provincias, ya que de fiesta nacional se trata. Pero, lo ocurrido en este pueblo nuevo de mis pecados, sí lo referiré, porque ocurrió nada menos que en el Colegio de la Ascensión, en el propio hogar de mi Dorila, y fué Dorila causa o pretexto inocente de ello.

Verán ustedes cómo: había dispuesto la señora viuda de Germanías dar una velada literaria y musical esa noche en celebración de la fecha patria y de su cumpleaños que coincide con ella, en la que tomarían parte sus alumnos y a la que asistirían las familias de los dichos alumnos, cuantos cupieran en la salita, reducida, según lo tengo dicho, y organizamos un programa primoroso: solo de violín, por el niño A... ; solo de piano, por la niña B... ; diálogos recitados y lectura de poesías, por los niños y las niñas tales y cuales; un cuento compuesto por el señor don Quintín, que para todo alto empeño artístico es habilísimo, aunque él jure que la mecánica de la pluma es más ardua que la del pincel, composición que Enriquito Peláez se prestó a leer para que no perdiera nada de su sabor, y una tarantela de lo más endiablado, tocada en el piano por Dorilita, que es bastante regular ejecutante, y en decirlo no la adulo.

Misia Deidamia preparó, además, apetitoso complemento, infinidad de golosinas y refrescos, en todo lo que la maestra es maestra, y que se servirían en el comedor después del concierto; y llegado el

ruidoso día, entre el estampido de los petardos y el *chin, chin*, y el *pum, pum* de la banda, desalojamos la sala de todo lo superfluo, llevamos a ella cuanta silla había en la casa y en las vecinas, armamos un tinglado para el piano, rodeado de lindas plantas y olorosos tiestos, y en la pared principal, sobre un haz de banderas, pusimos una *Libertad* pintada por don Quijotín en dos días y de memoria. Preparado así el escenario, en íntima y deliciosa colaboración con Dorila, dejé a las señoras que vistieran sus galas y el señor de Fernández su levita, y me fuí a exhumar del panteón de mi valija el chaqué azul, el chaleco floreado, el pantalón rayadito y la corbata clara de los días de repicar fuerte, y a la hora en punto, a tiempo de encender las luces en la sala, ya estaba de vuelta ayudando a don Quijotín en menester tan difícil, a la defensiva los dos, yo de mi chaqué, él de su levita, porque, naturalmente, velas míseras y lámparas petroleras no ofrecían la limpia y excelsa comodidad de una llave que se abre o se cierra, huérfano el pueblo todavía de eléctricos artefactos.

Muy esponjada misia Deidamia con su traje de seda de su equipo de novia, bastante trasnochado, pero rico de verdad, parecióme de muy señoril empaque, y Dorila, ¡oh, Dorila!, un puro merengue de los de su señora hermana, de chuparse los dedos, vestida de muselina blanca moteada de azul celeste; en el cuello, un hilillo de perlas que, si eran industriales, no resaltaban menos sobre el raso moreno, y ancha cinta de seda puntilleada de oro ciñendo el negrísimo moño de su cabellera. La felicité y ella me

felicitó también, corriéndose la viuda de Germanías hasta decirnos que formábamos una elegante pareja, y que eso de la alcurnia es sello que se denuncia como la marca de la ropa, mientras zarandeaba en su mano regordeta el abanico de hueso con trazas de marfil, comprado en la tienda de don Bonora, y finó regalo mío, en celebración del día.

Acudieron nuestros convidados puntualísimos, muchas damas a las que no sentaban mal sus perifollos de casera fabricación y modas variadas, al gusto de cada una, independiente y no esclavo de un solo patrón como en la ciudad; caballeros de burguesa chaqueta todos, entre ellos el juez, el intendente y el nuevo médico, al que no tengo el honor y espero no tener el disgusto de conocer, y un escuadrón de chiquillos... No sé por qué taumatúrgico modo la amable misia Deidamia acomodó a tanta concurrencia: los chicos entre los huecos y en los rincones y sobre la falda de sus mamás, los hombres en las puertas, de viviente mampara a fin de cerrar el paso al frío del patio, bastante picantito, y sólo a las señoras gruesas se las dió silla entera, que las demás se sentaban de a dos en una, y hubo tres muy flacas una encima de otra, pintoresco número que movía la atención y la risa. Lo cierto es que la salita dió a todos cabida, que ni elástica que fuese, y la primeras notas del violín del niño A..., desafinadas y ásperas, arañaron oídos atentos, complacidos y benévolos.

Decía mi tío don Perfecto, entre otras cosas que mi mala cabeza ha olvidado, que la justicia debe ser mansa con el humilde y con el soberbio dura, y no

pedir la crítica las cotufas en el golfo de Sancho. ¿Ibamos a exigir Paganinis y Lisztes en General Ordenado? El programa pareció excelente, eximios los actores, y entre tropezón, balbucear, pifia del arco o de los dedos, hubo aplausos hasta calentarse las manos para todos, incluso para Peláez, y eso que lo hizo peor que ninguno. Sabe leer medianamente, con la entonación y claridad requeridas; pero aquella noche, distraído en el mirar dulzón de Dorila y en seguir su blanca estela, en sus obligados viajes de ama de casa por la sala, no dió pie con bola y estropeó el cuento del señor de Fernández lastimosamente, sobre todo al final, un final muy patético, flecha preparada para ir derechita al corazón de los oyentes, y que suprimió para acabar pronto... En lo mejor de ello, en la puerta del patio, desde la tarima, detrás de la cual yo estaba, distinguí a Amaro Díaz, de pañuelo negro al cuello y el odio y los celos en los ojos torvos, y como adentro se encontraba Adolfito, el de *La Justa*, su rival, la historia del niño enfermo que escuchaba se confundió en mi imaginación, como el cieno enturbia el agua clara, con este mal pensamiento:

—Amaro no viene aquí a nada bueno. Convidado de piedra, va a aguarnos la fiesta. Hay que echarlo. Lo obligaré a que se vaya sin alborotar.

En el mismo instante Dorila pasaba cerca de Adolfo, y el fátuo *compadrito* se permitía detenerla, susurrarla galanterías, declaraciones, impertinencias seguramente; y Peláez, que ya llegaba al párrafo sentimental, trabucó las primeras palabras, y no acertó

con las últimas. Adiviné desde luego lo que el pobre actor pensaba, que debía ser esto o algo así, más o menos :

—¡ Idiota ! ¡ antipático ! ¡ Y de corbata verde ! ¡ Se ha traído cobarta verde y pañuelo rosa ! ¡ Sí, hombre, sí, estás muy interesante, pero mucho. También el mechoncito te cae muy bien, y si hueles a *pacholí*, como seguramente olerás de una legua (ya me sube aquí el tufo), la señorita de Fernández Igor te va a llevar el apunte... ¡ Para ti estaba Dorila, mi Dorila !

Reíame yo, con risa interior y sofocada, y casi la suelto a todo trapo, cuando puso término a la lectura de lamentable manera y se despeñó de la tribuna, entre el tronar de los aplausos. Don Quintín vino, desolado, a decirle por lo bajo :

—Se ha comido usted lo mejor, amigo Peláez ; aquello de...

—Pues no tengo gana ninguna, don Quintín, porque he cenado bien—contestó él.

Y echóse al patio, con más calor dentro, sin duda, que un Vesubio. Gracias que en su trayectoria no estaba el Adolfito, que si está lo descalabra. Yo salí también y me fuí en busca de Amaro, al que di un zamarreo de lo lindo.

—¿Qué haces aquí? ¿A qué vienes? ¿Quién te ha invitado?

Y entre los dientes, que apretaba el coraje, respondió el gauchito :

—¡ A vengarme ! A abofetearlo, a que me mate o matarlo. Yo creía que era Peláez el que cada noche

va a hablarla por la ventana del altillo. ¡No es Peláez, es él!

Turbadísimo, repentinamente sosegado de mi burlesco arrebato, dije a Amaro en sordina:

—¿Estás borracho? ¿Es la ginebra o son los celos lo que se te ha subido a la cabeza?

—Los celos serían en todo caso, señor, y asimismo diría verdad, que ella habla por la ventana de noche, por la ventana del altillo ese donde pinta el padre; y que es con Adolfo y no con Peláez, que aquí mismo me caiga muerto.

Asustado de que pudieran oírle los que cerca estaban, que eran muchos, le puse la mano por mordaza y lo empujé al fondo obscuro del patio, cerca del banco de la tentación, en el que casi quedó tumbado de espaldas. ¡Calumniador! ¡Desvergonzado! Cómo se atrevía... cómo... Adolfo, desde *La Justa*, no podía venir todas las noches, si no era por los aires.

—En un buen caballo, sí, de un buen galope, sí—repetía el maldito—, y es Adolfo y no Peláez, porque Peláez es bajo, muy bajo, y el que yo he visto hablar con ella es uno alto, así de la estatura de Adolfo.

—¡Visto, visto! Amaro, te digo que estás borracho.

—No lo estoy, señor. Lo he visto... dos veces: una que me mandó mi madre a la botica, y otra que me quedé hasta tarde en el pueblo. Y como siempre que vengo, de día o de noche, doy en rondar el colegio... Las dos veces he visto acercarse al individuo a la ventana por el terreno de al lado, y si no lo he descubierto ha sido porque no podía entrete-

nerme hasta la madrugada. Pero lo descubriré, aunque me sorprenda el sol. Y como no necesito que el sol me lo muestre y estoy seguro de que es Adolfo, esta noche le mojaré a Adolfo la oreja. Menor de edad y todo, ¡ tengo agallas bastantes para hacerlo con él y con cuantos se me pongan delante a disputarme el amor de Dorila !

De buena gana hubiera estrangulado a Amaro allí mismo, por lo que decía haber visto y por el escándalo que quería dar, sobre todo por lo que había visto, fisgón audaz y temible. En las tinieblas del patio, afortunadamente, los dos teníamos discreto abrigo, y el borbotón colérico no traspasaba las fronteras de mi mano... Las notas del piano, en deshecha tempestad, vibrante y estrepitosa, llenaban toda la casa y se derramaban en el contorno con repique de fiesta : era Dorila, que tocaba su tarantela.

Inclinándome, dije al joven :

—Vas a salir de aquí más que a pasito, y le mojas la oreja a tu abuela, si quieres, pero no en esta casa. Y si yo te oigo repetir eso del altillo, fantasía tuya, sin duda, calumniosa y ofensiva, que no sienta bien en boca de un enamorado, ¡ te arranco la lengua y se la doy a comer a Pampero !

Debían fosforecer mis ojos en la obscuridad, porque me miró con terror y se dispuso a marcharse. Mientras se arreglaba el poncho y ajustaba el *tirador*, lloró, ¡ menor edad, al cabo, lo peor que se puede ser en la tierra, como él decía, grandes ansias y pocas fuerzas, derecho ninguno, libertad ninguna, alma de gigante en cuerpo de enano ! Lloró, digo, y sus lágri-

mas formaban contraste con la alegría de la zambra en la sala. Y mostrándome el marco luminoso en que la figura de Dorila resplandecía, chispeándole a cada movimiento, en el violento galopar de sus manos, la puntilla de oro de su diadema, refunfuñó :

—Si no fuera yo menor de edad, ¡ no era Adolfo el que se la llevaba, ni Peláez, ni nadie ! Me voy, señor... Pero, en la calle, ¡ esperaré a Adolfo y nos veremos las caras ! ¡ Pucha !

Salió lentamente del patio, y por la puerta de la sala, sobre la punta de los pies, halló todavía ocasión de arrojar una mirada de amenaza a su rival. Yo lo empujé fuera del zaguán, recomendándole :

—Cuidado, Amaro, ¡ chitón !

¡ Maldito chiquillo ! Cuando yo echaba mano de armas como aquéllas para reducir al contrario, nobleza, caballerosidad, sentimientos de los que siempre me he reído, no es que estuviera desmoralizado o aturdido, sino que todas me parecen buenas en cuanto puedan ofender o sirvan de defensa, y ninguna mejor, tratándose de Amaro, que el enaltecerlo tocando su corazón. Que se callara por el amor de Dorila, y que se vengara de Adolfo como quisiera y aun de Peláez y de cuantos sospechase culpables de rivalidad... Lo principal, lo esencial era que guardase silencio respecto de aquellas visiones suyas nocturnas, que no me convenía llegaran a oídos del señor Fernández Igor. Y para impedirlo en absoluto, y cortar de raíz los decires probables del pueblo, era esencial también suprimir las peladas de pava en el altillo y

buscar otra cosa más segura, más recatada... el rancho de ño Venancio, por ejemplo.

Esta idea estremeció deliciosamente todo mi cuerpo. Entre el grupo de mirones en que había quedado incrustado, levanté la cabeza y busqué a Dorila en la sala : de pie, ante el piano vibrante todavía de su inspiración, mientras recibía felicitaciones y sonreía a los aplausos, me buscaba a su vez, buscaba al huraño, al *chúcaro* que en toda la noche, con estudiado despego, trató de huírla, y nuestras miradas se encontraron en el aire.

—Te espero. ¿Vendrás?

—Iré.

Era ya el último número del programa y los convidados, en desorden, abandonaban la salita y asaltaban el comedor ; pasó misia Deidamia, radiante, del brazo del intendente ; don Quijotín, como el Sísifo de la mitología, con una pesada mole que decían ser la esposa del juez ; Dorila con Peláez y Adolfito, dos abejorros zumbando sobre la flor deseada, y tantas parejas que, si cupieron en la sala, no se sabía cómo entrarían allí, si bien se vió que no era entrar sólo lo que buscaban, sino pescar quién una pasta, quién un refresquito, y en la arrebatiña ganaba el más audaz y no el más galante. Vino Casablanca a decirme una tontería, a contarme cosas que no me importaban, con la boca llena, y yo lo planté, y por librarme de él caí bajo el poder latoso de Ildefonso, el sobrino del cura, y de este sobrino, triste pelota social, en manos de Paquito y, por último, en las de su propio papá, el intendente, a quien, parece, hace mucha

gracia el señor de *La Vizcachera*, quizá por el poder demoníaco que el vulgo le atribuye, y llevaba tiempo de buscarlo para decírselo en su misma cara, añadiendo lisonja sobre lisonja en pro del que supo, con verdadero valor cívico, iniciar la reciente campaña, en la que puso todo su amor a la justicia, al desvalido y al vecindario. Virtudes tales merecían, a juicio del personaje, gratitud eterna y quién sabe, si consentía yo en dedicar mis talentos a la política gubernamental, si no iba a parar a un escaño legislativo de La Plata y aun, aun de la metrópoli. Muy constipado, estornudaba y escupía a cada rato, y yo, clavado en la pared, entre la pared y la espada de su charla no encontraba salida ni excusa.

Por fortuna, misia Deidamia me llamó... Estaba la de Germanías contrariadísima por no exhibirme como quisiera, cuñado aristocrático, distinguido, partido único en el partido, al que todas desearían echar el gancho; y escamada de que dejara la plaza expuesta al impertinente asedio de los dos mequetrefes, alzaba el tono :

—¿Y Riquez? ¿Dónde está Riquez? ¡ Ah ! No se imaginan ustedes lo que ha trabajado, lo que nos ha ayudado : todo el éxito de la fiesta es suyo, exclusivamente suyo. ¡ Riquez ! ¡ Riquez !

Hube de someterme y entrar en el comedor, y tomar dos pastas y decir dos palabras siquiera a Dorilita... Pero, declaro que mi vida aventurera y el aislamiento me han despegado de todo lo que sea sociabilidad y escarceos con damas, a las que no sé tratar con el remilgo que exige la buena crianza, y sudé

y pasé muy mal rato mientras me tuvo acaparado misia Deidamia, tan malo como el que sufrí del intendente, de Ildefonso, de Arístides y de Paquito.

Así, en cuanto pude escabullirme, hice la del humo, despidiéndome a la francesa, y me fuí a esperar, henchido de ansia el corazón, la hora feliz de la cita.

En la calle no había un alma, nada más que un poste en la esquina, Amaro, sin duda, en acecho. Al acércarme desapareció y como cruzara yo a la otra acera, reapareció por el otro lado; luego era él, firme en su intento de vengador. Para que no me viera y no dejar de verlo, me embosqué entre los ombúes de una quinta vecina; los perros ladraban a la luna, que, ya en menguante y con media cara tapada, alumbraba muy poco y la misma luz de las ventanas del colegio servía para ensombrecer los alrededores; el poste movible, que era Amaro, huyendo siempre del radio luminoso, podía escoger impunemente el sitio de plantón para sorprender al que saliera encandilado de la fiesta, pero no era sorpresa lo que él tramaba (como lo conozco, lo afirmo), sino desafío leal, y cuando a mí nada me dijo y me dejó en libertad, era que, no reconociendo a Adolfo, quería evitarse reproches y amonestaciones. Me quedé yo como un poste también debajo de los ombúes, pero sin moverme, como si lo fuera en realidad, y a la espera de mi hora y de los sucesos, me divertían los paseos de Amaro, de zorro que vigila un gallinero; no sé qué horas serían, tarde ya, salieron los primeros chiquillos, en bandadas bulliciosas, luego los señores, las damas, a paso de palmípedo, las niñas,

gorriones saltarines. Las risas, las voces llenaron la calle, alborotaron a los perros que, detrás de las cercas, furiosos, redoblaron sus ladridos... Delante de mí cruzó Arístides Casablanca, disputando de política con el intendente, y cuando ya se alejaban, de la luz a la sombra pasaron súbitamente Peláez y Adolfito, disputando también, con tal viveza, que se metían las manos por los ojos, y no habían andado mucho cuando la de Adolfo, más impulsiva y violenta, fué a dar de plano en la cara del otro, cachetada ruidosa que hizo tambalearse al pobrete y ver más estrellas, a buen seguro, que en sus sueños de romántico y de enamorado.

Creí yo que allí se ensartarían y se atizaría cada cual media docena, por lo menos, de buenas morradas, cual lo exigía el honor y el carrillo ofendido ; pero, Enriquito, como el pollo que al primer picotazo se declara en derrota, se redujo a contestar con la menor expresión de su repertorio de comedido, y en cobarde vuelo, quiso poner a salvo sus plumas ; agazapado, rozando la cerca, se escurría, y antes de consentir en que se escapara, el otro, valentón ufano de su fuga, le propinó otro golpe que le arrojó al precipicio de la calle y en el fango lo sepultó de medio cuerpo. Quedó Peláez que no se sabía ya lo que era ni quién era, tan difícil de probar su identidad bajo la enlodada cubierta, y gracias que dos que venían detrás y se percataron del desaguisado, ayudáronle, caritativos, a salir del cenagal, con lo que él se marchó callandito y veloz, en busca de árnica a la botica, curado seguramente para todos los días de su vida

de la pretensión de disputar amores a un mozo de buenos puños.

Y así como el gallo después de la victoria, se yergue, saca el pecho orgulloso, enarca el cuello de brillante tornasol, y entona su canto satisfecho, Adolfo palpó su corbata verde, reanudó el pañolito rosa, descolgó el chambergo sobre la nuca y, después de atusarse el mechón, garabato de coquetería sobre la frente de Apolo campesino, encendió un cigarro con gesto de altanería suprema. En esto, antes de que arrojara la cerilla y la primera bocanada, Amaro, por detrás, sigiloso, le aplicó el dedo índice untado de saliva sobre la oreja. El *compadrito* tiró el cigarro y se volvió, al sentir el contacto como un pinchazo; y reconociendo a Amaro, no cogió una piedra, que esto sería difícil en aquel sitio, ni descargó su puño formidable, que esto fuera demasiado para enemigo tan exiguo, sino le escupió esta palabra sola: ¡ Mocoso!... cédula de insignificancia, de debilidad, de infantilidad despreciable.

¡ Mocoso! Quería pelear, ¿eh? ¿A que lo agarraba por el pescuezo y lo aplastaba como un gusano? ¿A que iba a parar al medio de la calle, como Peláez, de un puntapié, y no encontraba manos misericordiosas que lo salvaran y perecía como un mosquito que se ahoga en una charca? Y adornando el epíteto con otros más feos, añadió:

—Si no te largas de aquí...

—No, no me largaré—rugió el muchacho—, ni me agarrarás por el pescuezo, ni me aplastarás como un gusano, ni me ahogarás como un mosquito. ¡ Com-

padre ! ¡ cien veces compadre ! Yo, el mocoso, vengo a matarte, a vencerte, a ti, el forzudo. Yo me llamo Amaro Díaz, y no Enrique Peláez, y la flor de este barrio, Dorila, para mí ha nacido. ¡ Vamos a probarlo, si te atreves !

Y antes de acabar, le dió un tremendo topetazo en el pecho, y armado del facón, que desnudó en un relámpago, intentó herirle, furibundo ; se unieron los dos entonces en el abrazo más estrecho, y mordiéndole Amaro por soltarse, rodaron de la acera a la calle, y sobre el barro, en masa informe, largo trecho ; se levantaban, saltaban, voltejeaban y volvían a caer y a revolcarse, infatigables, rabiosos, en sorda lucha desesperada, rebrillando en sus manos dos puñales, que Adolfo, que no era manco, había sacado también el suyo. Así hasta la esquina del colegio, hasta los matorrales del solar vecino, en que sus siluetas obscuras se difumaron como danza de espectros... Al fin resonó un grito... Y continuó la pelea, sin embargo, prueba de que el cuchillo de Amaro o de Adolfo no hacía presa y no pasaba su punta de la epidermis. Un ¡ ay ! se escuchó, por último, en la calle ya desierta, y en el fondo, vagamente blanquecino que marcaba la luna, vi desplomarse a una de las sombras...

Indiferente a todo lo que no me atañe personalmente, no me moví de mi escondite. Apagadas las ventanas de don Quijotín, ningún alma parecía haber oído el grito, y, sin embargo, pasados unos minutos, vinieron varios hombres, milicianos de la comisaría, y con linternas buscaban lo que diera motivo al quejido.

—Aquí es—dijo la voz entera de Amaro desde la zanja, en cuya hondura estaba—. ¡ Soy Amaro Díaz ! No pienso escapar.

Vi que hacia allí corrían los milicianos, y a poco todo el grupo pasó cerca de mí en dirección a la plaza : Adolfo por su pie, lívido, con la camisa ensangrentada y arrastrado casi en brazos ; Amaro entre dos esbirros, jadeante y altivo, empuñando aún el facón vengador. Los perros seguían ladrando a más y mejor, y la luna, con el solo ojo con que miraba a la tierra, tuerta maliciosa, diríase que guiñaba una mueca de burla.

—Bueno—dije yo para mi cornamenta— ; Peláez aporreado, Adolfo herido, Amaro preso ; libre de los tres galanes a un tiempo y de un modo que todos mis supuestos maleficios no lo habrían conseguido nunca. ¡ No está mal, no está mal ! Es cierto que los tres me estorbaban poco o no me estorbaban nada, pero ya empezaban a molestarme, Amarito sobre todo... Vamos allá, que mi bella debe de estar en la ventana.

Y con mucha cautela abandoné la protección de mi apostadero, y a través de la noche me fuí con mil precauciones y trazas de ladrón o de amante, que a veces viene a ser una cosa misma, y en este caso mío lo era, en busca de aquella que seguramente, si el tumulto no la había espantado o el papá y la señora hermana no quedaron despabilados con la fiesta, tendría ya sus narices asomadas a la espera de este indigno servidor. En la abertura del estudio centelleó algo de lejos, la puntilla de oro de su diadema, y como va el negro mariposón a la luz, a ella me diri-

gí aturdido y anhelante, salté sobre la viga, con poca agilidad y escaso garbo, y me apoderé de la mano que se me ofrecía... ¡ Oh Dorila ! ¡ Oh Margarita !

—Casi no he venido, Arturo—me dijo— ; papá y Deidamia no se acostaban ; luego ese barullo, ¿qué ha sido? Temblaba de que te hubiera pasado algo, y con el mareo de tanta gente que no acababa de marcharse...

—No me ha pasado nada—contesté— ; cuestiones de tus galanes, a los que tienes revueltos.

—¡ No por culpa mía, Arturo ! ¡ Son más pesados ! Ese Peláez y el chico de *La Justa*... No me han dejado respirar. ¿Cómo no se dan cuenta de que yo no puedo ser para ninguno de ellos, porque apunto más alto, y más alto quien ocupa el codiciado sitio es mi señor Riquez, el más pillo de los Mefistófeles? También tú, Arturo, ¿por qué prestas ocasión a que ellos se me acerquen e imaginen lo que no es y no puede ser? ¡ Toda la noche has estado a cien leguas de mí !

—Maniobras mías, Dorilita—expliqué redoblando el besuqueo— ; estratagemas necesarias, imprescindibles. ¿Sabes que Amaro nos ha descubierto hablando por esta ventana?

—¡ Ay, Arturo ! ¡ Qué horror ! ¿De veras?

—Desgraciadamente es de veras. Y yo, para no seguir comprometiéndote, para que no nos sorprendan más y podamos decirnos que nos queremos con entera libertad, despreocupados del mundo y de toda clase de curiosos y soplones, he pensado... ¿te lo digo, Dorila?

—Dímelo... ¡ Ay, estoy más nerviosa !

Y empinándome sobre el palo de mi martirio, me aproximé tanto a la abertura, que nuestras dos cabezas se tropezaban, y suavemente, misteriosamente, primera declaración de amor, nota la más tierna de mi laúd, se lo dije...

Ella se resistía, se resistía, ¡ es la regla y la costumbre ! ; pero acudió, ya lo creo que acudió.

¡ Já, já, já, já, já, já, já, já !

IX

Los dos meses que siguieron fueron muy gratos, los más gratos que llevo aquí pasados, desgraciadamente no todo lo bien aprovechados que yo quisiera, porque en estos lugarones es difícil hacer lo que a uno le da la gana sin el visto-bueno de cada vecino y el comentario de todas las lenguas. Dorila iba al rancho de nuestros amores si acaso una vez por semana, prevenida de mil rodeos y precauciones mil, y cada vez con mayor recelo, como cierva perseguida de los pe-

rros, asustadísima, derecha a refugiarse en mis brazos, a ocultar su linda cara ruborosa, saltándole el corazoncito en el pecho y con esta protesta en los labios:

—Hago mal, sé que hago mal, y, sin embargo, vengo cuando no debiera venir. Si lo sabe papá o Deidamia o me ve cualquiera, estoy perdida... Bien dice Agripina que eres el diablo en carne mortal, porque me subyugas de manera diabólica, y desde el primer día que fijaste tu mirada en mí, en el banco de la tentación, no soy dueña de mis pensamientos ni de mis actos y en todo mi ser mandas como tirano... ¡Oh Arturo! ¡Oh Mefistófeles!

Agripina es la criadita del delantal replanchado, a la que, naturalmente, hubo de convertir en confidente y auxiliar de sus escapatorias, ya que la doncellez, en la educación latina, no está bien que vaya acompañada. Acompañaba, pues, Agripina a Dorila hasta el rancho de ño Venancio con un pretexto ò con otro plausible a los ojos del papá y de la hermana, simple paseo, recado, vísperas o novena, y las tardanzas las explicaban de ingenioso modo; iban siempre por distinto camino y a horas distintas, que un papelito oportuno o una palabra en el colegio me marcaba, y luego, la discreta Agripina esperaba en un rancho de la vecindad, domicilio de unos parientes suyos. Pues, todas estas trapisondas y sobresaltos me divertían a mí muchísimo; lo único que no tanto, el alimentar continuo de la discreción de Agripina y de ño Venancio, porque mi bolsa está rellena sólo de aire, y en estas encrucijadas el sable es arma sin

virtud ni utilidad. Pero a Dorila, el temor de que la descubrieran, la agitación de la falta, el engaño y el tapujo en cuyas redes se sentía presa, la mantenían en perpetua visión de delincuencia, amargando unas horas que debieron ser completamente felices.

—Sé que hago mal, ¡Arturo! ¡No debo venir más, no quiero venir más! No me mandes que venga, porque si me lo mandas, vendré, ¡y no debo venir!

De quien me cuidaba yo con doble precaución, era de ña Lujana. Mi señora ama de llaves, desde que perdió la esperanza de cobrar la indemnización prometida a su avaricia, y preso Amarito, al que don Patricio tenía jurado hacer pagar caro la puñalada de Adolfo y todas las reses robadas, había vuelto a su inquina conmigo (atribuyendo, sin duda, la nueva y terrible desgracia a mi influencia perversa), y no interrumpía sus lágrimas, cuando me veía, sino para persignarse, cual si pasara graznando una lechuza o apareciera la serpiente luciferina enroscada en el tronco de la parra.

—¡Cruz! ¡cruz, diablo!—murmuraba en són de rezo.

Y me daba la espalda, rehuyendo toda conversación. Así me servía a la mesa y así me sirve a estas horas, llorosa siempre y hosca, en divorcio completo, absoluto, y si yo la soporto es porque no la pago, que es la razón de las razones. Enemiga mía, pues, ña Lujana, y andariega de suyo por los alrededores, si topaba dos veces con Dorila y otras dos conmigo entrando o saliendo del rancho de ño Venancio, ¡ya

nos habíamos caído ambos! Por lo que toca a ño Venancio, el compadre que cada noche viene a rebañar sus platos y a llorar desdichas en su compañía, ése, un secreto de sus antiguos amos, los Riquez, no lo libra a nadie, ni a su propio confesor, si es que lo tiene, que no lo sé; ni a su propia conciencia, si es es que la tiene, que tampoco lo sé.

En esta forma pasaron ocho semanas deliciosas, si no fueron nueve, las correspondientes a junio y julio. ¡Oh mañanitas nubladas; oh tardes frías y breves, cuánto os debo y cómo llegasteis a colmar esta copa, pronta a caer de mi mano, y en la que he bebido, a grandes tragos, el licor de la vida! Mucho antes de la hora, ya estaba yo en escena con emoción de primerizo; ponía flores frescas en el jarrón de vidrio y hacía arder en el hogar buen fuego, cerca del que el sillón ancestral, de legendaria y equívoca memoria, presentaba su mullido asiento de seda descolorida. Como el viento que abre y cierra de golpe una puerta, así llegaba Dorila, y antes que yo, el gato, nuestro amigo, iba a ronronear a sus pies; y siempre era la misma protesta, la misma lamentación, la misma amenaza de no venir más... Una vez tardó demasiado, y pasé un momento de angustia; otro día faltó a la cita, explicándome luego por qué había sido, sin que la explicación me dejara satisfecho, y a fines de julio o principios de agosto llegó tan demudada, que imaginé algún mal encuentro, con ña Lujana, con el padre, con la hermana, ¡qué sé yo!

Rechazó mis brazos que se extendieron amorosos para recibirla; rechazó al gato, sobón y pegadizo, y

se sentó sin hablar. La llama, al dorar su rostro, marcó sus ojeras, señaló unas honduras, unas sombras violáceas debajo de sus ojos, que yo no la había notado nunca. Sin duda era la luz, capricho, fantasía de la llama. ¿O estaba enferma, corría algún peligro, sucedía alguna cosa grave?

—¡ Dorila !—murmuré.

Era mi costumbre amable despojarla del sombrero y del abrigo, también de los guantes para calentar sus manos, y en todas estas operaciones, que yo hacía durar más por picardía que por torpeza, nos reíamos mucho y divertíamos como chiquillos. Quise arrancar el primer pincho, desanudar el lazo de debajo de la barba, y paralizó mi ademán con aspereza.

—¡ Déjame, déjame !

El tono, el gesto, eran duros. Extrañado del cambio, pensando en algún acceso histérico, no insistí. Hasta fingí que me atufaba y regalé al desdeñado morrongo una caricia... Entonces sentí que lloraba ; con las dos manos sobre la cara, los sollozos la sacudían violentamente como la tempestad una rama débil e indefensa.

—¡ Dorila ! ¿Puedo saber lo que tienes? ¿Qué te pasa, mujer?—la pregunté acercándome de nuevo a ella y rodeándola con un abrazo efusivo.

—Quiero que me contestes a una pregunta—tartamudeó ella.

—Sí, hija, pregunta, que a todo estoy dispuesto a contestar.

—A una sola, Arturo, a una sola pregunta quie-

ro que me contestes, pero categóricamente, con un sí o un no, seco, rotundo.

—Según lo que sea, Dorilita.

—¡ No, sea lo que sea ! Con un sí o con un no.

Había descubierto la cara, y abrillantadas las pestañas por las lágrimas, relucían singularmente sus ojos. Las ojeras me parecieron más profundas, y el óvalo del rostro como alargado, con desencajamiento enfermizo.

—Vamos a ver, Dorila, qué preguntita es esa—dije bastante turbado.

—Aquí la tienes : ¿Piensa usted, señor don Arturo Riquez y Maltán de Pablos, casarse conmigo?

Di un respingo.

—¿Sí o no?—agregó Dorila levantándose y viniendo hasta mí con terrible solemnidad.

Como quien intenta apartar la punta de una espada que le amenaza, quise eludir la afirmación o negación que se me exigía. Y echando por la tangente, salí del paso peligroso de esta manera :

—Hija, estas cuestiones no se tratan así de sopetón. Tu pregunta me sabe al impensado asalto de un ladrón de caminos : ¡ la bolsa o la vida ! Es cierto que yo nada te he dicho todavía al respecto, y es porque hablar de casorio lo tengo por vulgar, por cosa prosaica y que perjudica al amor, rebajándolo, poniéndole precio como a la más vil baratija. Tiempo tenemos...

—¡ No, no !—gritó la joven, transfigurada, repentinamente cambiada en otra mujer, fulgurando toda,

cual si la llama la vistiera de resplandores—. ¿Sabes, sabes?

Y se arrojó sobre mí, pegó a mi mejilla la suya helada, de muerta, y me tuvo así un segundo... Lo que me dijo, ahogada confesión que apenas adquiría forma articulada en la boca temblorosa, me dejó perplejo. No contesté. Falta del apoyo de mis brazos, Dorila cayó de nuevo en el sillón, y la tensión de nervios que padecía resolvióse en súbito desmadejamiento, en silencioso estupor. Se oyeron mis pasos sobre el enladrillado, el crepitar del espinillo en la chimenea; afuera, las piadas del zorzal, que daba las buenas tardes... En aquel momento de zozobra, de fatal contrariedad, hubiera deseado escuchar el golpecito en la puerta de los nudillos de Agripina, que siempre me parecieron prematuros e impertinentes, y ahora me sabrían a nuncio de libertad, de desahogo, término de una situación embarazosa. Y como algo tenía que decir, y lo que yo dijera había de ser bálsamo y remedio, el remedio que de mí imperiosamente se esperaba, con la tiranía de una cuenta que se presenta al cobro y hay que saldar a tocateja, insolvente y todo, escarbé en el almacén de lugares comunes las palabras hueras propias del caso y que, en otros análogos, ¡ay, cuántos, pecador de mí!, me dieron inmediato y feliz resultado: *honor*, *caballero*, *convenciones sociales*, *honradez*, *hogar*, *juramento*, *corazón*, *amor puro*, etc., etc., discos de latón y abalorios con que componer una parrafada bien nutrida y elocuente, conmovedora.

En las cuerdas de mi voz hay todas las inflexiones

y matices que saben poner los cómicos, según las exigencias del papel y de la escena, y apenas rompí a hablar, con manso, triste y cariñoso dejo, la infeliz irguió la cabeza, palpitante de consoladora esperanza. ¿Puedo declarar que la encontré bastante fea? No era el óvalo sólo el que se alargaba desfigurándola, sino la nariz también: nunca le noté más largas las narices y las manos tan ordinarias del mucho coser y los pies tan mal calzados. Hablaba yo, repitiendo seguramente las mismas mentiras, rancias y polvorientas, que, como telarañas, dormían entre las pajas del techo desde los tiempos alegres de mi abuela, y todos estos defectos me saltaban a la vista, cual si una venda fuera descorriéndose; tan ciegos nos hace el amor y el deseo, y tan fácilmente recobramos los sentidos perdidos en cesando aquéllos de dominar o de influir.

—Estaba segura—suspiró Dorila—que hallaría en ti el caballero soñado. Nunca dudé de ti, Arturo; ahora, menos, después de oírte. En tus manos están mi honra y mi felicidad; ya sé que están en buenas manos. ¡Gracias, Arturo de mi alma, gracias!

Me pareció muy indicado cogerle las suyas y besárselas, con la unción del arrepentido que ha hecho la mayor de las fechorías. Al mismo tiempo pronuncié la más gorda de las palabras de cajón propias de la escena que representaba: *reparación.* Sí, obligado a reparar, repararía hasta lo irreparable, y esta reparación me sería tanto más grata cuanto que satisfacía los anhelos todos de mi corazón, los de ver di-

chosa a mi Dorila, a la morena Margarita de mis amores.

En el enajenamiento que mis dulces mentiras la producían, susurró Dorila :

—¿Hablarás a papá, Arturito, pronto, pronto?

—Sí que le hablaré. ¿Cuándo quieres? ¿Mañana? Pues mañana mismo. Y a don Amadeo también, si es preciso, y al arzobispo y al Padre Santo de Roma.

Entretanto, Agripina no venía. Tenía yo un deseo inmenso de que viniera, de escuchar el repique agradable de sus nudillos... La responsabilidad de la situación me apretaba como un dogal, y sentía angustiosa prisa porque la muchacha se marchase ; mientras estuviera presente, patente el delito, la responsabilidad crecía, me vencía con su peso enorme, no me daba lugar a la reflexión, al consejo íntimo, a buscar la salida del atolladero. Cual el criminal que, ante el cadáver de su víctima, no atina con el medio de desembarazarse de él y ocultarlo, la comezón de librarme de Dorila, Dorila amorosa, empalagosa, con sus imaginarias de vida feliz en Buenos Aires, en la gran metrópoli, señora de Riquez, esposa de su Arturo, madre de un Arturito gracioso y pillo como su padre, otro diablejo temible en la familia con sus cuernecitos y todo, y esto declamado, suspirado entre lagrimitas y risas de bobalicona, me molestaba cada vez más y con mayor urgencia.

Al fin llamó Agripina. Dorila se levantó, me abrazó, me besó, completamente calmada, completamente feliz.

—Adiós, Arturo, ¡ hasta mañana !

—¡ Hasta mañana, rica ! Adiós, no te apures por nada y confía en mí. ¡ Adiós !

La conduje hasta la puerta, y creo que antes que ella la hubiera traspuesto ya se la había echado yo encima, como el que arroja un fardo de sí, levantando los brazos hasta el techo y cruzándolos luego, abatida la cabeza. El gato, a mis plantas, sentado sobre su cuarto trasero, fijaba en mí sus misteriosos ojos de ámbar, estriados de oro, y me dirigió un maullido, que bien podía decir :

—¡ Buena la has hecho, amigo ; buena, buena !

—¡ Sí, buena !—repetí—. ¿ Dónde está tu ciencia del mal, Mefistófeles de guardarropía?

Y me senté delante del fuego, profundamente caviloso. En otra parte, en la ciudad, lo que me ocurría sería trance insignificante y sin consecuencias ; pero aquí, en el pueblo... Invoqué al padre Satán. No lo juraría, casi lo aseguro, no obstante, que le vi acurrucado dentro de la llama, reluciéndole los ojos como dos brasas y la piel satinada de culebra. Humillado en mi derrota, con vergüenza de mí mismo, ratón inofensivo cogido en la trampa por el rabo, me confesé así :

—Señor y padre, he sido torpe, he sido cándido, he obrado, no como hijo tuyo que soy, sino como engendro del más infeliz de los hombres. Quise perder a Margarita y Margarita me ha perdido. Vencida la virtud, por arte natural se venga de su vencimiento, y mi propio triunfo sirve para encadenarme, y mi laurel es grillete, y el amor carcelero, y este lugar

de delicias, mazmorra. Si fuera diablo jovenzuelo, merecería compasión; que la inexperiencia no es de extrañar que caiga en error, en sorpresa o en bobería, en cuanto lazo tienda la malicia; pero un diablón ya machucho, cascado de puro viejo, catedrático en marrullerías, que se deja atrapar por la inocencia y burlar así y engañar como yo, Riquez, me he dejado engañar de Dorila, lo que merece es que se le den cuatro palos y se le degrade ante el concurso de sus cofrades del abismo. Aquí estoy, ¡oh señor; oh padre!, dispuesto a sufrir el castigo; mas, compadécete de mí mientras el alma, que ya es tuya, me acompaña por estos andurriales terrestres, e inspírame el modo de salir del compromiso, ¡sálvame!

Hecha esta deprecación, no me atrevería a jurar tampoco que la consabida nube de azufre, amarillosa y sofocante, llenó el rancho y lo saturó de esencia infernal; pero sí que sobre mí pasaba algo, soplo que abrasó mi frente de vencido. Crepitó la leña sordamente; tornó el gato a mayar; las brasas, que eran los ojos satánicos, se avivaron. El padre, el dios había hablado...

—¡Te oigo—murmuraba yo de cara ante la llama, fascinado por ella—, te escucho, te adivino, te comprendo!

Ño Venancio me sorprendió en plena confidencia tenebrosa. Le di un cigarro, dos pesos que llevaba y pocas palabras, y me fuí camino de mi vivienda casi alegre, por lo menos tranquilo y resuelto. Satán había hablado, y lo que me sugirió, lo que me inspiró, en su picardía de sabio y de anciano perturbador de

conciencias, era lo más alto que pudo ocurrírsele, digno de tal consejero y del más grande enredador conocido.

Resuelto, pues, esperé que se hiciera de noche, y envuelto en su negra y protectora capa bajé al pueblo y me aposté cerca, a una distancia muy discreta, de la corraliza que da acceso reservado a la augusta timba de don Bonora. Era la hora de la tertulia, y por la esquina de la plaza fueron desfilando don Quijotín, el primero, Arístides, Paquito, Ildefonso... Los reconocía por las fachas, no por las caras, que el abrigo y la sombra ocultaban, y en cuanto columbré a Peláez me le puse al lado, le pasé el brazo por el suyo y le convidé a venirse conmigo sin entrar.

—Es que tengo que hablarle de un asunto que le interesa a usted mucho, amigo Peláez—le dije con misterio— ; y si entramos, los amigos no nos dejarán libertad.

Desconfiado, el bueno de Enriquito se resistía.

—Señor Riquez, hace frío, ¿no podría ser mañana?

—¡ Se trata de Dorila !

—¡ Dorila !—suspiró el enamorado.

Cual manso borrego, dejóse llevar hasta la plaza, debajo de los *paraísos* que escucharon sus ingenuas confesiones antaño y mis ironías malignas. Allí me suplicó que le explicara cuanto antes, porque le quemaba el ansia de saberlo, qué iba yo a decirle de Dorila. ¿No se casaba Dorila conmigo?

Paseamos lentamente, pues el fresco no permitía el plantón. Y en el ir y venir acompasado, recorrien-

do de largo a largo la vereda solitaria, me expresé así, sobre poco más o menos:

—Amigo Peláez, en este mismo sitio, hace tiempo, me confió usted, con franqueza y sinceridad de amigo, sus nobles proyectos respecto de la señorita de Fernández Igor, sus sueños de dicha, de amor, de hogar cristiano... Yo entonces, por espíritu de mofa, del que no consigo curarme del todo, tomé la cosa a broma. Tampoco le apreciaba a usted como ahora, que el trato diario, dándome a conocer la excelencia de sus cualidades, ha hecho que le estime en la medida que merece usted ser estimado...

—Bueno, señor Riquez—me interrumpió— ; agradeciendo mucho estas manifestaciones, permítame argüir que la situación de entonces acá no ha variado, y que hoy se murmura lo mismo que entonces.

—A todo eso que se dice, puedo yo oponer una sola palabra, que basta para acabar con todos los chismes. No la he dicho, porque nadie me lo ha preguntado; y si no se lo dije a usted entonces, se lo digo ahora: ¡ soy casado!

—Usted ¡ casado!

Es decir, mal casado, una historia íntima que a nadie le importa. Y siendo yo casado, comprenderá usted, amigo mío, que no puedo casarme con Dorila.

—Comprendo... quiero decir, ¡ no comprendo!

—Va usted a comprenderlo en seguida. Yo soy amigo de la familia de Fernández Igor, y allí voy con frecuencia, porque la cultura de don Quintín y de misia Deidamia, la gracia y la simpatía de Dorila, me ofrecen el grato entretenimiento, el solaz es-

piritual que necesita un hombre de sociedad como yo, de alta y refinada sociedad, pero sin sombra de ninguna otra clase de idea, que me veda mi estado. Y en estas visitas, frecuentes y tan agradables, he echado de ver que Dorila le guarda a usted una simpatía recóndita, que, si no es amor ya, es porque usted no ha sabido soplar encima y encender la llamita latente. Así es que me dije : amigo soy de Dorila y amigo de Peláez ; creo conocer el secreto de la una, conozco de antiguo el secreto del otro ; ¿no sería acto de amistad, labor amable, caritativa, facilitar el que estos dos corazones, que palpitan cada cual por su lado, se unan y compenetren? He aquí, pues, por qué esta noche, en vez de matar el tiempo en la tertulia alevosamente, se me ha ocurrido molestarlo en esta forma. Si le parece mal, amigo Peláez, dispénseme la buena intención, y haga cuenta que no ha oído nada.

—¡ No, señor—contestó el memo, cayéndosele la baba— ; qué me ha de parecer mal ! Al contrario, y lo oigo con tanto gusto, que no sé cómo podré pagarle el gran servicio que me hace.

—De ningún modo, joven ; a los amigos se les sirve por el placer de servirles, y en este caso realizo dos de un solo golpe : proporciono un buen marido a Dorila y a usted le doy una mujercita...

—¡ Ay, señor Riquez ! ¡ Si creo soñar ! ¡ Yo, casado con Dorila ! ¡ Mis ilusiones todas de ascenso, de matrimonio, convertidas en realidad, en una realidad patente que ya toco con las manos ! ¿Por qué milagro?, cuando no más lejos que el domingo me ha puesto Dorila una cara al salir de misa... Y nunca,

lo confieso, ha admitido mi *festejo* de buen talante.

—Coquetería, pura coquetería. Las mujeres son como las gatas : se espeluznan cuando uno se les acerca, bufan, arañan... y ceden. Déjese usted guiar por mí, que entiendo la materia, y no se arrepentirá. Verá usted : mañana mismo, porque no conviene perder tiempo y ya se ha perdido demasiado, va usted de visita al colegio. No haya duda ninguna. Dorila le recibirá con esa cara que usted dice ; pero usted, que sabe a qué atenerse, insiste y vuelve, y sigue insistiendo y visitando e insistiendo siempre, siempre, y dentro de ocho días, habla usted con el padre redondamente. Una cosa que no debe olvidar : ganarse la simpatía del padre y de la hermana, adulándolos, mostrándole admiración, real, o fingida, por su arte, por su sabiduría, a misia Deidamia sobre todo.

—Ya lo he hecho, señor Riquez, y me parece que para el papá y la señora soy persona grata.

—Mejor, joven, mejor. Con esta receta tiene usted el pleito ganado, y como yo estoy cansado de que me traigan y me lleven en el pandero de la Ascensión, y no hago las cosas a medias, le dejo a usted el campo libre. Voy a enfermarme de bronquitis otra vez, para disculpar mi ausencia y facilitar sus maniobras. Qué tal, amigo Peláez, ¿está usted contento?

—Tanto, tanto, señor Riquez, y tan agradecido, que le ruego que me permita abrazarlo.

Sacó los dos colmillos de modo que parecía que era un mordisco lo que ofrecía, y me apretó conmovido, poniéndomelos a media pulgada de la barba, mientras decía :

—Gracias... Téngame usted por su amigo invariable... Mándeme en todo lo que guste...

—Ahora, joven—interrumpí yo, que me apretaba demasiado y sentí la mojadura de sus babas—, ahora, a tomar la fortaleza y nada de amilanarse. ¿Quién se arredra con tales armas? Buenas noches, Peláez, y si los amigos preguntan por mí, les dice que estoy muy resfriado, amagado de una bronquitis tan grave como la otra. Ya estoy tosiendo... No hay más que pronunciar la palabrita, y le pica a uno en seguida la garganta, y le hace cosquillas en el pecho. Adiós, hombre feliz. Me comunicará usted cómo va el asunto, ¡eh!, y si hace falta ayuda, aquí está el amigo Riquez deseoso siempre de servirle.

Poco faltó para que me besara las manos el babieca, y se marchó tan presto, cual si la felicidad le descargara de todo peso y llevase las alas con que adornan las espaldas de los ángeles, esos pájaros humanos de la exposición de ña Lujana. Quedéme riendo, risa de burla la mía y al mismo tiempo placentera, de victoria...

No parecí más por el colegio de la Ascensión. No parecí más por la tertulia. No parecí más por el pueblo. Para todos, enfermo de bronquitis, que supe simular muy bien por si de casa de Fernández Igor, principalmente, enviaban recado o venía el propio D. Quijotín y pudiera la señora viuda de Díaz comunicar noticias mías sin pecar de complicidad, que la arisca ña Lujana no habría consentido; y como quiera que para esto el encierro temporal estaba indicado, me encerré en mi cuarto, rechazando, eso

sí, toda asistencia suya por desagradable y la del médico por inútil, y me entretuve en seguir enborronando estas cuartillas que destino a mi buen amigo D. Benigno Landín, mi sabio compilador y comentarista.

No por temor buscaba yo el apartamiento. El mal no puede temer nada; antes debe ser temido. Por prudente reflexión comprendí que era preciso dejar que la semilla, sembrada en medio de las sombras de la noche, debajo de los *paraísos* de la plaza, germinase libremente, y para que germinase, mi presencia importunaba, como importuna la luz. Ausente yo (justificando la causa por modo verosímil), Dorila tenía espacio para reflexionar y Peláez para su juego atrevido, y aunque del romanticismo de Dorila, que de su amor no, pues jamás he creído en esta paparrucha, algo vagamente temía, que le diera fuerte, vamos al caso, por lo del honor mancillado, ya se le pasaría este acceso de candidez, y si veía claro que el pabellón de Peláez cubría la mercancía, se casaría con Peláez o era la más necia de las mujeres, no pudiendo casarse conmigo, y esto se encargaría el mismo Peláez de comunicárselo, todo sin contar que no le convenía, esto menos que nada, ni a ella ni a la ilustre familia de los Fernández y de los Igores, armar escándalo.

Por supuesto, no fueron pocos los recaditos que recibí en los quince días de mi voluntario encierro, y las cartas, de letra de Dorila el sobre, caligráfica, y digo el sobre, porque nos las abrí, y tal como llegaban a mis manos las rompía en pedacitos e iban

por la ventana volando en blanco mariposeo. ¿Para qué había de abrirlas? ¿Qué me importaba ya lo que dijera Dorila? Soserías, reproches, protestas... Más le valía escuchar a Peláez, el salvador, y olvidarme, olvidarme completamente como si nunca me hubiera conocido. ¡Y qué cargante se ponía con sus cartitas, a una por día, sin darse a partido porque yo no contestase! Las tomé aborrecimiento, y en cuanto ña Lujana o el nuevo peón, sucesor de Amaro, un gauchito de fea estampa que tiene de nombre Longinos, me las presentaba y me saltaba a la vista la letra irreprochable, no acababa de entregármelas y ya tendían el vuelo en pedazos hacia la ventana, acompañadas del más recio toser que sabía fingir.

Don Quijotín vino un día, pero no pasó de la salita. Yo, que le conocí la voz, me puse a toser furioso y no paré de toser hasta que se marchó: tal Pampero, cuando ladra a un desconocido. Y al cabo se cansaron de mandar recados, y las cartas mismas empezaron a escasear, poco a poco, y cada día que pasaba sin pedrada caligráfica, decíame:

—¡Es la reflexión que hace su obra, la realidad que se impone, la semilla que germina, Peláez que avanza, yo que triunfo!

Y no vinieron más papelitos y me sentí más aliviado, curado casi con la supresión total de toda relación material; que la espiritual ya me encargaba yo de suprimir, con el corte de aquel cable que me unía al colegio a pesar mío, o tendiéndolo de momento para sugerir las ideas que al provecho de ella y mío condujeran. Harto de la encerrona, confiado en que

no turbarían más mi tranquilidad, pensé que no había ya inconveniente para mis bronquios en salir a orearme, y me iba por las afueras, de caza, costeando este arroyo que besa los pies de mi *Vizcachera* y al que llaman con el nombre de aquel cura Magro, que dicen las consejas que se ahogó en él por llevarle el Viático a mi padre, Satán el grande. Salía muy temprano y tornaba muy tarde, y así cargaba con las vituallas y la escopeta, y en un sitio del monte que yo me sé, muy extraviado, pasaba el día en soledad selvática, ya disparando sobre los patos, más frecuentemente echado panza arriba. De esta dulce pereza, de esta soledad, gustaba mucho, y tendido sobre la grama, laureles de mis hazañas, me dormía a pierna suelta, sin pesadillas. El sol, y eso que era de agosto, calentaba bastante y me cubría todo de su tibia luz, abrigándome en cariñoso y rico edredón, y me prestaba su arrullo de torcaces y su compañía los *teros*, las perdices, los *chajás* y de loros una asamblea entera.

Por cierto que una mañana de éstas, en la encrucijada donde el camino se desvía para ir al Trigal, me di de cara con la linda Hermelinda, cabalgando muy gallarda un penco zaino, de tan poca alzada que parecía petizo, y su negra vestimenta me recordó la muerte reciente de mi antigua amiga la curandera, ña Remedios, y mi descortesía por no haberla dado el pésame en su oportunidad, por lo que aproveché de dárselo, regalándole, a la vez un piropo, pues estaba la indina guapísima, y así malhaya el afortunado del Comisario.

Me dió las gracias Hermelinda, y en el tonillo comprendí que la muerte de ña Remedios la afectaba muy poco, prueba de que era madre postiza la difunta y no de verdad, que así afirmaban todos, y con las gracias un manojo de reproches porque no fuí a visitarla, falta de cumplido en hombre tan fino como el señor Riquez, muy grave.

—Ganas tuve—contesté yo—y de sobra, pero casa guardada por mastín, es peligrosa de visitar.

—Se le pone bozal, pues—replicóme la picarona, asaeteándome con sus ojazos.

—¡Se lo pondremos, Hermelinda, se lo pondremos!

Me dijo que por la muerte de su madre tenía que ir al Trigal, pero que volvería en pocos días. Con esto y con enterarme de las horas que el pelmazo del Comisario le dejaba libres, y prometerla yo que a su vuelta haría lo posible para enmendar mi poca urbanidad, alzó el rebenque y se alejó al trotecito del zaino, dejándome llenos los ojos de encanto y de agua la boca. Este mi natural combativo, aventurero y tarambana, se encalabrinó en seguida ante la idea de birlársela al Comisario, de robar en el mismo cercado oficial la fruta sabrosa, y mi pensamiento, luego de escoltar gran trecho a la hermosa morucha por el polvoriento camino, revoloteó hacia el de los hornos, y en la casita escondida, en la sala nigromántica aquella, entre los lagartos, los sapos y las culebras, y al pie de la Muerte de calañés y pandereta, se complació en posarse a la espera de las horas de embeleso que Hermelinda me había prometido a

hurto de su señor. Y Hermelinda me hizo olvidar a Dorila, tan por completo, que si me preguntaran de Dorila en aquellos días de embobamiento, este nombre me habría sonado a cosa rara y desconocida, y al tornar Hermelinda, ya estaba yo llamando a su ventana con un golpecito seco y dos redoblados, a la puesta del sol, señal y hora convenidas...

Así caí en los brazos de Hermelinda, fácil y prosaicamente. Mis correrías cinegéticas, mis tumbadas perezosas sobre la grama del monte se completaron con estos atardeceres amorosos, que el picante del peligro sazonaba mejor. Incomunicado con el colegio y la tertulia, imaginaba que el asunto aquel quedó arreglado, y Enriquito y Dorila ya se entendían, como personas razonables en quienes la sensatez ocupa el lugar del lirismo y que toman el rábano por donde debe ser tomado, y daba gracias a mi sabio inspirador, cuyo consejo me sacó del pantano en que neciamente había caído.

Pues no, señores míos, desgraciadamente no estaba nada arreglado, sino más desarreglado todo que antes. Una de las tardes últimas, o sea el pasado domingo, venía yo de casa de Hermelinda, y al pasar el puente, como hacen los perdigueros que descubren de improviso una pista, no sé qué efluvio me dió en las narices, sospechoso, que me cosquilleó desagradablemente y me obligó a levantarlas, y a derecha e izquierda orientarlas en busca de la persona o de las personas que por allí acababan de pasar, y husmeando el rastro, a la vez que el olfato, el corazón me anunció que Dorila marchaba delante de mí, que Do-

rila estaba en *La Vizcachera* y aguardaba mi llegada. ¡Dorila! ¿Pero existían todavía Dorilas en el mundo? Pude volverme y meterme en el monte, guareciéndome en mi escondite diario donde no había de ir a buscarme; mas, reflexionando despacio, me convencí que era mejor afrontar la entrevista, y si se producía el escándalo, no sería yo el perdidoso.

Seguí, pues, contrariado, pero valiente, y arriba, bajo el emparrado, encontré a Agripina de palique con el mozo Longinos, quien, a fuer de buen criollo, cree faltar a su deber si no arrima el ascua de sus chicoleos a toda enagua que se le pone a tiro, ¡al fin uno es hombre!, como él dice. Dentro, sentada delante de la lumbre, estaba Dorila, no la Dorila de la Ascensión, la Margarita de la diadema puntilleada de oro, la tentadora, sino la mujer transfigurada del rancho de ño Venancio, la flaca, la ojerosa, la fea que me confesó al oído aquello de que no quería yo hacerme cargo, ni admitir responsabilidad, ni sufrir pena; con un abriguito negro y un sombrero modesto, miraba ansiosa a la puerta, y en cuanto me vió, se puso de pie, más pálida que si fuera de cera. Ausente ña Lujana, hice ademán, sin embargo, de cerrar aquélla, porque la explicación forzosa que sobrevendría no convenía que la oyeran los de fuera, pero Dorila me pidió que no la cerrara. Voz sepulcral, de aparecido, era la suya, y sentí frío, la impresión de algo solemne y ultraterreno.

—No vengo—añadió—, a dar gritos, sino razones, y a pedirlas; y como ni tú ni yo hemos de sobrepasar el tono de la cortesía, no hay peligro de que

nos oigan y se evita el de que nos sepan encerrados.

—Sea en buena hora—dije yo fingiendo amable indiferencia— ; cambiaremos todas las razones que quieras, si bien, francamente, no valía la pena molestarse y molestarme, cuando tan pocas y tan conocidas son.

—Arturo, no todas me son conocidas, y de algunas vengo a exigirte la ratificación o la rectificación ; de otras, la aclaración categórica, porque no es lo mismo suponerlo, sospecharlo en la angustia de espantosos insomnios, en la amargura de vigilias inacabables, oírlo de un extraño, en fin, que de la propia boca del interesado.

—Yo te prometí, Dorila — articulé, dominándome—, reparar la falta en la parte que me toca.

—¡ Y no la has reparado, no piensas repararla !

—La he reparado. Te he buscado y te he proporcionado un marido, un marido excelente. Cada cual paga como puede y con la moneda que tiene.

—¡ Un marido !

—Sí, señora—repetí con aplomo— ; ¡ un marido ! Qué, ¿ te asombra ? ¿ Quieres más?

—Arturo, estas salidas y distingos no pueden ser sino una broma de mal gusto ; quiero creer que es una broma, una broma horrible, como la muèca de un payaso. Nunca te di derecho a pensar que fuera yo una mujer sin conciencia, sin dignidad, para consentir que la de un hombre honrado, como Enrique Peláez, cubriera, sin saberlo, mi deshonra.

—¡ Vaya ! ¡ Vaya ! Si te pones romántica, no haremos nada práctico. Esperaba que el no contestar tus

cartas y el alejamiento de tu casa, bastaba para persuadirte que el matrimonio con Peláez, todo lo más urgente que la situación lo demanda, si no se quiere que se descubra, era el remedio único y práctico. No se trata, pues, de bromitas, ni estoy yo para darlas, y si a broma te sabe, achácaselo a la realidad, que suele dar unos bromazos...

—¿Has dicho único, Arturo?

—Justo, único.

—Luego, lo que me ha contado Peláez...

—Cualquier cosa que te haya contado Peláez, hombre al que hay que creerle, debe ser cierta.

—Eso que me ha contado... que se refiere a ti...

—¡Es cierto!

—¡Cierto! Entonces, la reparación que me ofreces es una infamia por lo de *único* y es otra infamia por lo de *práctico*, dos infamias en una sola abominación.

—Dorila, has hablado de cortesía. No vayamos a las palabras gruesas. Sobre ser de mala educación, no se adelanta nada con ellas.

—Dispénsame. Yo no he venido a dar escándalo, no sabría tampoco darlo.

—Me alegro. No es cosa que te subas a la torre de don Amadeo, y comuniques a todo el pueblo la noticia, o que se lo refieras a tu papá y a tu hermana, como niña que confiesa una travesura. Si no aceptas mi consejo, por remilgos de conciencia, no sé cómo vas a salir del paso... Yo, pobre amiga mía, no puedo hacer más de lo que hago.

Estábamos tan cerca, de pie los dos, que con un

solo movimiento nos habríamos rozado, y este movimiento lo ejecuté yo al cruzarme de brazos, en ademán del que da cuanto tiene y entiende que no se le moleste más, estremeciéndose Dorila al roce involuntario. Apoyada sobre el respaldo de la silla de pino, su cara, que en la obscuridad de la sala-cocina, al triste resplandor del mísero rescoldo, mostraba su palidez intensa, no reflejaba más que estupor, el estupor de lo irremediable. Y prosiguió así el duelo en la sombra :

—Otra cosa quizá... fácil... expeditiva... radical... inofensiva también... Si viviera ña Remedios... Puede ser que ño Venancio la conozca... Sin duda la conoce don Baco, y por amistad, en reserva... Pero, no, ya se te dilatan los ojos y te espantas, y a poco más caerás redonda con un patatús. Eres tonta, hija, y con las mujeres tontas no se va a ninguna parte ; no sirven sino para esto, para compromisos. Así, maldigo de la hora que con chicuela tal me metí en tentaciones pictóricas y amatorias. Y lo que te digo es que debes irte al Trigal, a casa de tu madrina, y casarte con Peláez, si puede ser mañana, mejor, si puede ser hoy, mejor, mejor ; Peláez es tu salvación, la salvación de los dos.

—¡ Arturo, Arturo !—protestó.

Probablemente quería acusarme, increparme, y no encontraba las palabras. Anhelosa, se pasaba el pañolito, que encerraba en el puño como una pelota, por la frente, por los labios, por la boca llena de amargor. Culpable de debilidad, de candidez, había cedido y se había dejado engañar ; y esto no, no tenía reme-

dio, el remedio providencial que ella buscaba no pudiendo yo brindárselo. ¡ Culpable ! Si ella era culpable a la par que yo, en la misma medida que yo, porque admitió el engaño, no vió la trampa, fué crédula infantilmente, fué romántica neciamente, ¿qué derecho tenía para acusarme e increparme? La vida es juego de listos, maniobra de pillos, lucha de audaces.

Aquella su voz extraña, en el silencio que nos rodeaba, formuló al cabo estos conceptos, con trabajosa lentitud, sin encadenamiento unos con otros, largamente espaciados unos de otros :

—Dicen que eres el diablo, Arturo. No, que con ello se te hace demasiado favor. El diablo está ya viejo, y sus tretas son demasiado conocidas, aun de las tontas como yo. Eres algo peor...

Soy yo el hombre malo, el prototipo del mal hombre, del hombre modernista, monstruo de perversidad y de egoísmo, abismo de incredulidad, feroz en sus apetitos como el hombre de las cavernas... Esto no se le había ocurrido a ella pensarlo : posee muy poco seso para ello. Lo decía su padre, lo decía misia Deidamia, se lo oyó decir también a don Amadeo. Pero, después de escucharme, convenía en que tienen razón... No había venido a mi casa a gritar. No sabría gritar... Comprendía que sería también publicar lo que debe ser callado... Había esperado, confiada en mi palabra, en mis promesas, en un milagro del amor, que no es posible que dé sólo ignominia ; en un vuelco de mi corazón, que no es posible haya sido formado sólo para el mal ; en el despertar

de la paternidad, que enternece a los tigres. Tal vez eso que dicen las gentes, eso que decía Peláez, fuese calumnia, malquerer, artimaña; mi silencio, mi ausencia, habilidosa componenda. No hay nada totalmente malo, ni nada totalmente bueno en el mundo, ni santos ni diablos, sino personas más o menos perfectas y con más o menos defectos, y yo debía de ser una persona con defectos, con más defectos que otra; pero no aborto del infierno...

—Esperaba y tenía ansia de oírte—añadió pasando y repasando el pañolito, como si se ahogara—, de que te disculparas. Y has hablado, y lo que te he oído es cien veces peor que lo que había oído a otros... ¡Y es horrible! ¡¡Horrible!!... ¡Qué desengaño y qué situación sin salida! Un muro espeso por todos lados, en el que da la cabeza... ¡No, si yo no te acuso! Me acuso a mí misma, me desprecio a mí misma, y a mí misma me impongo la pena que merezco... Por mirar siempre hacia arriba y tomar a los hombres por lo que mienten y por lo que aparentan... No sé, no sé... Si hubiera un agujero muy hondo, una montaña inaccesible... Mi desilusión me pesa más que mi falta, peso de piedra enorme... Vivo, y no sé cómo vivo ni para qué vivo... Debo irme, ¿verdad que debo irme? ¿Qué hago ya aquí, en tu cueva, en tu negra *Vizcachera?*... Dime, hombre o diablo, diablo y hombre, que todo al fin es una cosa misma: ¿dónde está mi honra? ¿La tienes por ahí en algún rincón, despojo de tu festín de fiera?

Dió dos pasos, tambaleó y le tendí la mano para

que no cayese. Erizada, retrocedió, y a tientas, a tropezones, repitiendo— : Me voy, debo irme...—se acercó a la puerta, llamó a Agripina, se prendió de ella como un náufrago, y sin volverse a mí, sin una palabra de adiós, sin un gesto, desapareció en la noche... ... ...

... ...
... ...
... ...
... ...
... ...

Hoy viernes, 24 de agosto.—Son las ocho. Acabo de cenar. Desde que interrumpí mis relaciones diplomáticas con la distinguida viuda de Díaz, como solo. No me gusta ver morros en la mesa: quitan el apetito y perturban la digestión. He dispuesto mi carpeta de escribir y con la pluma en la mano miro las blanqueadas paredes de mi cuarto, asociando los recuerdos de estos días para darles forma y distribuirlos en correctas líneas sobre las cuartillas.

Ladra Pampero, fuera, con lúgubre insistencia, y el pampero, su homónimo, el huracán que barre y atropella y arrolla cuanto se opone a su correr desenfrenado, da furiosas cabezadas en puertas y ventanas, y parece que sobre los hombros va a alzar la mezquina casuca y a tumbarla en el arroyo, que muge al pie, alborotado y crecido como río de verdad. A este clamor de guerra, que me distrae y deleita, porque no conozco músico mejor que el viento y que más fielmente represente a mi naturaleza impetuosa,

acompaña la danza sobre la pared, sobre el papel, dentro de mi retina, en lo hondo de mi alma, de dos figuras negras armadas de garrote... No es alucinación, fantasmagorías del tardo digerir. Cada una de ellas tiene una cara y un nombre : una es don Quijotín, la otra sé cómo se llama, pero no quiero decirlo, es el Comisario.

Y en prueba de que no veo visiones, apuntaré que ha pocos días, según Longinos, estuvo aquí don Quijotín en mi busca, y ayer me refirió Hermelinda que, por el hallazgo de cierto pañuelo mío, olvidado encima de una consola, su temible señor andaba olfateando el gatuperio. Todo esto lo he confirmado yo al encontrar esta mañana, vagando en una de las veredas del monte, a un sujeto con todas las trazas de don Quijotín, alto como él, con desviación hacia la izquierda del eje esquelético, cual acontece a los álamos, que nunca son matemáticamente derechos ; el sombrero que él usa y ladeado como él lo usa ; vestido de negro y agarrando entre las manos un palo, disfrazado de bastón. Doy estos datos, así, inseguros, porque le vi de espaldas, y escondido a tiempo, pude estudiar sus maniobras, que no eran las del indiferente que pasea, sino las del sabueso que va rastreando. Pero, también por la tarde, en el camino de los hornos, encontré a otro hombrón de parecida estampa y con igual compañía ofensiva, también de espaldas y en la misma actitud sospechosa. ¿Era don Quijotín, o era el Comisario, que se permite gastar la estatura e imitar hasta los andares del señor de Fernández? No lo afirmo ; dudo, cavilo, y me

pregunto: sea uno solo, sean dos los vagabundos de la varita, ¿qué hacen y qué buscan? ¿Me buscan a mí? ¿Es la justicia familiar, es la justicia oficial, que quiere ajustarme cuentas?

Pues, si es así, protesto de ello ante todos los nacidos, los que me conocieran o me leyeran. Yo no tengo con ninguna clase de justicia cuentas pendientes; que el gustar de frutos prohibidos, libertarse de la esclavitud de los escrúpulos, amoldar las cosas a la propia conveniencia, no es ni crimen ni delito siquiera. Que el veneno mate, que las espinas hieran, no es para asombrar a nadie. Está en su ser y en su destino. Con precaverse, con defenderse, sobra. Este hombre de las cavernas, que dice don Quijotín, despechado porque no ha podido convertirlo en yerno y ha salido burlado; este prototipo de la perversidad, refinado por la civilización, es ún sencillo amante de la vida, que la vive como puede y a gusto suyo exclusivo, en todo lo que la estrechez del criterio común, de los prejuicios estúpidos, de los convencionalismos vacíos se lo consienten. Y no creyendo en la eficacia, en la santidad de la palabra insubstancial, en la existencia de sentimientos creados a capricho y alimentados con tesón secular, que no hay nada que perdure más que el error, conforme le sale al paso uno de éstos, lo salva lindamente y en el solo salvarlo, triunfa de sí mismo y de los demás.

Tal es, en concreto, la doctrina de este loco Riquez, tan peligroso y abominable. ¿Merece los varapalos que don Quijotín y el Comisario se aprestan a darle? Que levanten el dedo los que han sentido

alguna vez sus apetitos aherrojados por los escrúpulos. Nacido para el mal, en el mal he de complacerme; que el oponer un dique al instinto pocos guapos lo consiguen.

Y de esta suerte, cuidadoso de mi personita, a la cual nadie consagra mayor afecto que yo, mañana mismo pondré entre los garrotes que me amenazan y ella, respetable distancia, como siempre lo he hecho, en toda ocasión de peligro, y me iré a *La Justa*, y una vez en la augusta presencia del Padre Eterno, de aquel bondadoso don Fabio Esquendo, que aquí me trajo, impetraré de su misericordia que me dé otra cosa y me mande a otra parte, porque este poblado de General Ordenado es para mí un erial, ya inhabitable, y en el que nada me resta que hacer. Mas, si por acaso hallara su misericordia empedernida, la bohemia bonaerense me espera y me sonríe, mi vida aventurera de otros días, y a ella volveré como el pródigo arrepentido.

Dejo la pluma y voy a preparar mi maleta. ¡Adiós, Coralias, Dorilas y Hermelindas! Allá me aguardan las Aldonzas y las Charos, y no digo también las Rosinas, porque todas vosotras, con vuestras blancas manecitas, sabéis imitar el duro puño de la realidad; todas pegáis y ofendéis pegando, diga lo que quiera la frase galante...

Ladra Pampero fuera, cada vez más furioso, y el huracán golpea a mi puerta con el imperio y la grosería de la autoridad perseguidora de un delincuente. ¿Es don Quijotín que viene por la honra de

su hija? ¿Es el Comisario, en venganza de la burla, o es el pálido fantasma de Albatorre?

Sí, sí. ¡Mañana, Padre Eterno, nos veremos las caras!

X

Benigno Landín y Cuadra, director-propietario del *Colegio Landín*, autor de la obra en curso de publicación, *Granos y gorgojos del idioma nacional...* Pido a ustedes permiso para presentarles mi tarjeta, que, en cierto modo, justifica el que tome yo vela en este entierro. Encargado por mi amigo don Arturo Riquez de ordenar sus papeles y dar forma a sus Memorias, este relato quedaría cojo sin la atrevida intromisión mía, ya que los dichos papeles, llegados a mis manos, terminan con la última línea del capítulo anterior, y esperando, esperando, pasó más de un mes y no recibí otros, los que debían completar y

redondear la narración, de manera de hacer posible el que se publicaran aquéllas, para entregarla su producto al autor, si estuviese vivo, o aplicarlo en bien de su alma, si hubiera muerto.

—Sin duda—me dije con escama—, algo ha pasado en General Ordenado, por culpa de aquellos dos terribles garrotes que amenazaban las espaldas del pobre señor, y no será nada agradable, porque donde se mezclan garrotazos, hay siempre algo de qué dolerse.

Y, ni corto ni perezoso, me decidí a ir al pueblo, aprovechando de dos días de fiesta que hallé ensartados en el almanaque, un sábado con un domingo; y por ser ya los días más largos (florecía octubre en todo el esplendor de la primavera), este viajecito fuera de placer y descanso, paréntesis de mis tareas pedagógicas, si mis aprensiones y los informes recogidos luego no me lo estropearan.

Pensaba yo que si el señor Riquez alcanzó a salir indemne de *La Vizcachera* y arribar sin estorbo ni peligro a los dominios de Esquendo, y éste, cual corresponde a su jerarquía y a su misión de Padre Eterno, le otorgó su misericordiosa ayuda, pudo muy bien tomar el tren seguidamente en el Trigal, y hete burlados a sus perseguidores. En esta suposición, ¿cómo no se presentó en mi casa, dejándome en la ansiedad y la duda? Y si no alcanzó a salir, no teniéndole cercado, pues esto era imposible, y por prudencia razonable, se estaba quieto hasta ver desvanecerse la sombra de aquellas groseras y viles armas que los Damocles campesinos mantenían sobre su

cabeza del pelo de la ocasión, ¿por qué no escribía?

No tengo tiempo de leer periódicos. Mi empresa de desasnar muchachos; mis trabajos de filología, a los que dedico horas de sueño, no me dan espacio para ocuparme en la vida exterior, en las comineriás del vivir ajeno, y cuando estalla una bomba, mi hija Luisa ha de gritarme:

—Padre, ¿ha oído usted?

Porque si ella no me lo advierte, nada, que no me entero, absorbido por el mecánico ajetreo en que me aislo sistemáticamente. ¿Qué iba a saber lo que pasaba en General Ordenado? No sería ningún trueno gordo cuando mi hormiguita, a la que ustedes conocen, no me dió aviso, o no llegó a su conocimiento tampoco... De todos modos, preocupado, con estos pensamientos y otros más negros, me marché, pues, un sábado, y arrastrado por la locomotora, mi cabeza, que ni aun durmiendo para de barajarlos y de revolverlos en una gimnasia de reflexión incansable, analizaba cuanto se refería a mi amigo el seudo viejo verde (que de este color quiso él vestir el sayo), cogido en tan grande aprieto por sus muchas culpas, y sacaba en claro que ya me lo habrían puesto maduro aquellos desaforados garrotes que lo acechaban. Confieso que fué para mí deleite ir reconociendo los sitios que han sido teatro de esta historia. Apenas me apeé del tren y me embutí en el carricoche, aspirando el aire tibio y oloroso del campo, con el anhelo del ciudadano aprisionado por un empleo sedentario, saludaba como a un amigo cada uno:

—Este es el Trigal y este el arroyo del cura Ma-

gro, y aquél el camino de *La Justa*, y estotro el que lleva a General Ordenado, y aquel de más allá el de Ombú. Por aquí debe de estar el rancho de ño Venancio... Aquel gaucho a caballo, que va arreando todo un batallón de carneros y que nos cierra el paso, entre la nube de polvo, ¿no será Longinos, el sucesor del enamorado y sin ventura Amaro Díaz?

Conmovido aguardaba la aparición de *La Vizcachera* famosa, seguro de que no me equivocaría al decir :—Esta es—. Me la figuraba siniestra, agazapada entre los árboles, la cavernosa boca abriendo en la altura de la loma... Todo lo alegraba el sol, un sol rubicundo, canicular y las mieses, muy lozanas, presagiaban la cosecha milagrosa que todos los años inunda de oro los prados y las arcas de los Esquendos. Esta visión de riqueza particular y privilegiada me despeñó en las profundidades de los problemas socialistas, a los que soy muy aficionado, y atravesando más prados y yo los de mis teorías, en carrera sin freno, ya no me acordaba del señor Riquez, ni del objeto que al pueblo me traía. Cuando paró el carricoche, ¿una hora después, dos?, no sé, me encontré delante de *La Vizcachera*.

—¡ Esta es !—exclamé.

Sí era, tal cual la imaginaba, un poco menos sombría, quizá a causa del sol que por el frente doraba el barro de sus paredes enanas y la pajiza techumbre. Bajé, pagué, y con el maletín en la mano estuve un rato contemplándola, con supersticioso respeto, dígolo francamente, y eso que más liberal y despreocupado que yo no existe otro alguno.

Como vieja mendiga que cubriera sus rotos y lamparones con alamares de colorines, las cenefas de yedra con que se adornaba, los brotes nuevos y las flores tempranas de sus enredaderas la embellecían, y si de cueva de *vizcachas* tomó el nombre, no fué en esta estación, en justicia, que debió merecerlo. Encima de la puerta había pintada una cruz, grandona y burda, de almazarrón, con chorreras en los brazos desiguales, obra criminal de pésimo brochista, sangrando todavía, como acabada de pintar ; y en todo lo largo del umbral reposaba, abiertos los ojos vigilantes, un perrazo, al que tuve desde luego por Pampero, el de los lúgubres aullidos... Junto al tronco de la parra, que se vestía de pámpanos virginales, sentada estaba una anciana, rodeada de gallinas correntonas, preparando el amasijo para los huéspedes de su corral ; sobre la falda obscura el lebrillo de latón, una mano hundida en la pasta y el brazo tostado y seco desnudo hasta el codo, marcado por una punta de hueso y pergamino ; la otra mano, que sostenía el lebrillo por el borde, acudía, de vez en cuando, a coger el cabo del pañuelo negro de su pechera para elevarlo hasta los ojos y secárselos. Las motas de oro que desparramaba el sol hacían rebrillar el estirado pelo blanquísimo de su cabeza. Tan triste, tan distraída, tan hacendosa, fuente de lágrimas, pozo de suspiros, era, sin duda, la viuda de Díaz, ña Lujana.

Ni al ruido del coche, ni del acercar mío impertinente, pareció conmoverse : sólo cuando ladró Pampero y se alborotaron las gallinas, fijó en mí sus oji-

llos cenicientos, sin pestañas, cercados de un cordón rojizo. Tengo, a Dios gracias, muy respetable presencia, inmodestamente hablando, y así que me vió, la señora ama, con ese movimiento automático que da la educación, y que en los humildes es como disciplina, se puso de pie, sin dejar por ello su tarea.

—¿Usted deseaba, señor?... ¡Pampero! ¡Pampero!

—Deseaba saber, señora...

—¿Es usted, es un suponer, de los diarios?

—Diré a usted...

—Porque han venido tantos después del suceso...

—Precisamente—me apresuré a contestar al oír esta palabra alarmante— ; escribo en *La Opinión*, de Buenos Aires, y venía por eso del suceso, quería averiguar si el señor Riquez...

Con la mano enguantada de pasta amarillosa hasta más arriba de la muñeca, se persignó ña Lujana tres veces y un gesto de terror contrajo su cara.

—El señor Riquez, ¡Dios lo haya perdonado!, murió el 25 de agosto... ¡La Virgen santísima de Luján, mi patrona, interceda por él!

—¡Muerto!—exclamé.

—Sí, señor, muerto a palos, como un perro, como un perro rabioso, como tenía que morir.

—¿Es posible? Y quién...

—Pues el señor Fernández Igor, el padre de la señorita Dorila, ese señor medio loco que aquí llaman don Quijotín.

Profundamente emocionado, que fuera de piedra quien no se emocionara ante nueva, aunque sospe-

chada tan terrible, rogué a ña Lujana que me explicara eso, cómo pasó, de qué manera pudo ocurrir: mi oficio de periodista me obligaba a ser preguntón, y había de perdonarme la molestia, en bien del servicio del público y de la justicia.

—Siéntese usted, señor, en este banco—respondió ella mostrando más complacencia que disgusto—, y cúbrase, que las tardes están todavía frescas... Lo haré con agrado... Usted me manda... ¡Pampero! ¡Pampero!... ¿Me permite usted, señor, que prepare el afrecho de mis gallinas?

—¿Es posible? ¿Es posible?—repetía yo.

Nos sentamos, y mete y saca la mano en el lebrillo, dijo ña Lujana:

—Pues el señor Riquez...

Cada vez que había que pronunciar este nombre diabólico, se persignaba tres veces, y evitando pronunciarlo lo menos posible para no alargar el relato y la pastosa labor, me refirió que el condenado señor, pariente próximo del cólera morbo, y así, desde su arribo a General Ordenado, trajo consigo la *jetattura*, y por todas partes, como el rastro de un incendio, por donde él pasó dejó llantos y ruinas, el tal, ¡Dios lo haya perdonado!, que le robó la vida de su Inocencia y la libertad de su Amaro, los dos hijos de su alma; el que... Bueno, concretando: llevaba muchos días de andar a monte y de no vérsele más que de noche, comiendo solo, encerrado y sin soltar palabra, y en la mañana del 25 de agosto, al amanecer, ordenó que le ensillaran el *gateado* de Amaro para ir a *La Justa*.

—Ahí dejo—manifestó secamente — mi maleta preparada. Ya dispondré lo que haya de hacerse con ella. No sé si volveré. En todo caso, el caballo quedará en el Trigal, y allí será fácil recogerlo. Que vaya Longinos mañana; él sabe dónde encontrarlo.

Le pareció a la señora Lujana todo esto muy singular; porque si se marchaba con ánimo de no volver, no era manera de despedirse de quien le había asistido durante tanto tiempo; y si pensaba volver, no tenía para qué cargar con el equipaje. En suma, que se marchó, sin más palabras, ni gasto de cortesía ni de centavos, y lo más raro fué que no tomó por el camino de *La Justa*, sino por el arroyo, en derechura al monte; y cuando Longinos supo lo del encargo, juró que jamás le hablaron a él del *gateado*, del Trigal, ni de nada que se relacionase con lío semejante.

Bueno. Pasó el día; y según la sentencia de la anciana, como «cada día trae su cada cosa», y no todos son iguales, al revés de lo que se cree, por monótona que parezca la vida, ocurrió que aquél, al anochecer, se oyeron rumores y algún grito del lado de acá del arroyo, y estando Longinos dando de beber a los caballos, quizá sin cuidarse de lo que pudiera ser, a todo el galope del que viene sin guía, apareció el *gateado*, arrastrando la cincha, ladeada la silla y sueltas las bridas, resoplando y asustado.

—Señora Lujana—vociferó el mozo—, asómese y vea lo que pasa, que por ahí debe de haber pasado algo y aquí está el *gateado* sin el señor.

Asomóse el ama a la ventana de la sala-cocina, y

vió que un hombre corría por la orilla, y corriendo, un hombre que parecía muy alto, muy alto, atravesaba el puente, casi de un tranco, y seguía por la calle de en medio, tan presto, que se dijera que volaba, y a aquella hora indecisa, más parecía ánima vagante que persona. En la orilla, en cuanto abarcaba la vista, nada : la sombra de las matas, de los arbustos, el cañaveral con sus lanzas enhiestas, como pelotón de lanceros en reposo. Vino Longinos, y los dos curioseaban ansiosos, tendiendo la mirada inquisidora por todo el contorno : nada, obscuridad, silencio. No hacía luna, y cerrando cada vez más la noche, cada vez más profundo era el misterio.

Cierto olorcillo alarmó a ña Lujana, y temerosa de que se le quemara el guisado que tenía en la lumbre, se apartó para vigilarle, diciendo :

—Al señor no le puede pasar nada, por sus tratos con el Malo, que le ayudará en todo peligro. Si ha venido el *gateado* sin él, será que él lo despachó para evitarte el que vayas mañana al Trigal.

—Señora—saltó Longinos—, ¡ mire aquella luz ! aquella... Camina hacia acá... Ya está en el puente... Ahora costea el arroyo...

—Sí la veo—apoyó ña Lujana, asomada de nuevo, con riesgo del guiso—, y juraría que el que la trae es el mismo que pasó volando hace poco.

—¿Tenía sotana?

—¡ Cómo ! ¿sotana?

—Sí, señora, porque ese de la linterna lleva sotana, y no llevando en el pueblo sotana nadie más que el cura, ése no es otro que don Amadeo.

—¡ Jesús nos asista !—exclamó la anciana temblando— ; entonces es el cura Magro, que lleva el Viático al diablo, a Satanás moribundo. ¿No conoces, Longinos, la leyenda? Bastantes veces lo vió aparecer en esta orilla mi pobrecita Inocencia.

Se persignó las tres de rúbrica la viuda de Díaz y se apartó rezando, tan olvidada de sus cacerolas con aquella visión, que el estofado se achicharró lastimosamente. Y Longinos dijo que él bajaría a ver qué era eso, porque la curiosidad no le dejaba quieto ; antes cerró la ventana, a ruegos del ama supersticiosa, encendió el quinqué y atrancó ella la puerta luego, no fuera a colarse el Malo huyendo de los exorcismos.

Quedó sentada en un rincón, pasando las cuentas del rosario un tiempo tan largo, que hubo de rezar cuatro lo menos, hasta que sonaron porrazos en la puerta, y entre los ladridos de Pampero y voces desconocidas, la de Longinos pidió que abriera :

—¡ Abra usted, señora Lujana, por el amor de Dios !

Era la voz de Longinos, pero velada, así como si el susto o la pena le embargase. Apenas si pudo ella descorrer el cerrojo... Y con grande y majestuosa solemnidad entraron unos hombres con la carga del cuerpo muerto del señor Riquez, escoltados por el cura don Amadeo ; lo pusieron en medio sobre un colchón que fué a buscar Longinos, y tal el Arcángel, clavando su lanza en el pecho del enemigo vencido, don Amadeo le colocó la punta de su estola y dijo : *Padre nuestro*... Traía el desgraciado caballero

la cabeza partida por la mitad, y apenas si era posible reconocerlo : al decir de ña Lujana, lo mismo que una sandía, y así como la abierta sandía expone la pulpa esponjosa y colorada, se le salían los sesos sanguinolentos... Detrás de don Amadeo entró el Comisario y en seguida el juez, y la noche transcurrió en idas y venidas, y el día siguiente también, y al fin lo enterraron... en sagrado, sí, señor, ¡ parece mentira !

Mi consternación me permitió preguntar :

—¿Y ese señor don Quijotín?

—Se dijo—contestó la anciana hundiendo los dedos en la masa—que le sorprendió a orillas del arroyo, y por detrás le dió el palo. Andaba buscándole porque se enteró de lo de la hija... Lo que no me explico es qué hacía a esas horas el señor Riquez (¡ Dios le haya perdonado !) a orillas del arroyo... El pagó sus culpas, pero el pobre señor Fernández Igor ahí lo tiene usted preso en la comisaría, esperando su traslado a La Plata.

—¿Y la señorita Dorila?

—No está en el pueblo. Dicen que se ha ido a casa de su madrina del Trigal.

—¿Y un señor Peláez?

—¿Don Enriquito? También se ha ido, pero no sé dónde.

—¿Y sabe usted de una tal Hermelinda?...

—¡ No he de saber ! La hija de mi finada comadre Remedios. Pues, por celos del Comisario y cierta escena en que se llevó su buena tunda, también se ha

ido del pueblo, a Ombú. Dicen que si tenía algo que ver o no con el señor Riquez...

Colocó en el suelo el lebrillo ña Lujana, y mientras lo asaltaba, con humana porfía, la turba plumífera, se enjuagó las manos, las secó pulcramente, y cogiéndome de un brazo, me invitó a levantarme:

—Venga usted acá, señor periodista... He comparado, mal comparado, al difunto con el cólera. ¿Qué cólera ni qué peste hace estrago mayor? Cuente usted, empezando por esta infeliz que se ha quedado sin hijos, y ahí está el odioso y vengativo don Patricio trabajando por que a mi Amaro le echen dos años de presidio... ¡Dos años por un pinchazo! ¡y sin tener de quien valerme!... Pues, ¿y el doctor Albatorre, muerto? ¿y la niña? ¿y la pobre señora Coralia? ¿y don Quijotín? ¿y la señorita Dorila? ¿y Hermelinda? ¿y el boticario don Martínez? ¡Todo por culpa suya, de su maldad! ¿Y ño Venancio?

—¿También ño Venancio?

—Venga usted, señor periodista.

Me llevó hasta el camino, y extendiendo su brazo huesudo, señaló algo entre la arboleda.

—¿Ve usted?

—No, señora.

—Pues ahí, en ese sitio, estaba el rancho de ño Venancio.

—¿Estaba?...

—Y ya no está, como que se quemó dos días después del suceso, ardió todo y con ño Venancio dentro, mi pobre compadre, el viejo amigo de mi esposo. Dicen que si se quedó dormido junto al fogón

y se le incendiarían las ropas o se volcaría la lámpara... Pero yo digo que fué por los tratos que tenía con el señor Riquez y sus visitas, y por las visitas de la otra... Yo me entiendo. Venga usted, señor periodista.

El mismo brazo huesudo señaló del lado de la tranquera, allá, a orillas del arroyo...

—¿Ve usted?

—No, señora.

—De aquí se distingue poco... Es la cruz que han mandado poner en el mismo sitio en que murió el señor Riquez.

La viuda de Díaz tornó a persignarse. Yo callé. Un vaho nebuloso subía del arroyo, como ofrenda de incienso al sol poniente; sonaba la esquila con tañer melancólico; en la mitad del cielo la luna, toda blanca, enorme disco de alabastro, presidía a la oración de la naturaleza.

—Mucho agradezco a usted—dije al fin—todos estos informes. Un nuevo favor voy a pedirle, señora.

—Usted dirá.

—Que me hospede usted por esta noche en *La Vizcachera*. Tengo que hacer mañana en el pueblo, y no creo que haya fondas.

—¡Aquí!—exclamó demudándose el ama—. ¡Si no hay más cuarto disponible que el del difunto y ese lo tengo cerrado! En el pueblo no, no hay fondas, a no ser que don Bonora... Dicen que el pulpo italiano va a alquilar la quinta de Albatorre para poner hotel...

—Pues en el cuarto del difunto. No soy aprensivo ni miedoso.

—¡ Válgame la Virgen ! ¿ Será usted capaz ?...

—Los muertos no hacen daño, señora.

—¡ Pero, ése !... De ése no me fío, a pesar de que aseguran que se reconcilió con Dios. En fin, si usted se empeña... Allá se las arreglará usted con él esta noche.

Recogí mi maleta, y precedido de ña Lujana entré en la sala-cocina—¿ por qué no lo he de confesar también ?—con no floja emoción, y al llegar a los umbrales de la que fué vivienda del réprobo, abandoné la maleta y esperé que ña Lujana abriera. No fué esta operación arriesgada, ni fácil ni rápida. Porque, además de llave y cerrojo, habían puesto en la puerta una cruz de ramaje, hecha, sin duda, por la misma mano que la de la entrada, y en la cerradura, pegada de modo que cubriera bien el ojo, por el cual un alma malintencionada podía pasar más cómodamente que por el de una aguja, una estampita de no sé qué santo ; todo lo que fué preciso arrancar, y una vez arrancado, no se atrevió a abrir ña Lujana, quien, con el pretexto de preparar la cena, me dejó allí plantado, expuesto al peligro que tan formidables precauciones suponían.

Abrí sin temor, llamé en mi auxilio a la luz, que es la enemiga de todos misterio, y apareció la habitación vacía de duendes, al menos en forma apreciable, muy limpita, con la cama tendida de blanco, cama de doncella, propia para la virginidad o la inocencia, y en las paredes, ocupando sus primiti-

vos lugares reconquistados, los santos y las santas mártires que el señor Riquez desterró. Olía a espliego, a romero y a incienso, auxiliares y agentes de exorcismo; y como yo creo que no hay mejor perfumador que el aire, le ofrecí amplia y libre franquicia, y sin otra preocupación me dispuse para el aseo y el descanso, que buena falta me hacían después de tanto sacudimiento moral y físico.

Desde la cocina decíame el ama:

—Ya se arrepentirá el señor periodista. Como no venga el otro a media noche a tirarle de los pies... Si algo le ocurre, no me llame a mí, ni llame a Longinos, que tampoco quiere pelear con las ánimas. ¡Y por la Virgen santísima!, cierre bien todo y mire debajo de la cama...

—¿A qué he de mirar nada, señora—contestaba yo de dentro, entregado a la sana y gratísima operación de refrescarme—, ni qué puedo temer, si estoy en la celestial compañía de Santa Agueda, de San Roque y demás poderosos y benéficos defensores que aquí ha puesto usted de guardia?

—¡Pues si supiera usted la rabia que les tenía el difunto y con qué gentuza se permitió reemplazarlos! Así le fué y pagó todo, las hechas y por hacer. ¡Dios lo haya perdonado!

Acabé de asearme; vino Longinos, que es un mozo simpático y muy corriente, y cenamos, entre otras cosas buenas, de cierto dulce de *zapallo*, que acredita a la señora viuda de Díaz de excelente guisandera. Poseído de mi papel de periodista, hice muchas preguntas más sobre el suceso; refirió Longinos cuan-

to sabía, lo ya conocido y algo que se relacionaba con la seguridad de que aquel día no pareció por *La Justa* el pobre señor, ni salió del término; lloró ña Lujana, que ella no se consolará, mientras viva, de la muerte de su Inocencia y de la prisión de Amarito, y al devanar de unos y otros comentarios pasamos la velada, y a hora temprana, pues como obrero intelectual que soy, por necesidad y por hábito, madrugo, me acosté en el blando lecho virginal que tan horrendos sueños de venganza, de odio y de lujuria había mecido. Apenas maté la luz, me quedé dormido, de tal manera el molimiento del cuerpo venció al espíritu.

Ignoro, porque sería difícil comprobarlo, ni lo recuerdo, si el señor Riquez tuvo la pícara ocurrencia de venir a tirarme de los pies, bromita y exceso de confianza a que no le daba derecho la amistad de cumplido que mantuvo conmigo en vida, y debiéndome agradecimiento por el interés que me tomaba haciéndole una visita tan lejana y de tanto costo y molestia; ignoro también si alguna otra causa fantástica, de ideas que travesearan debajo de la almohada, perturbó mi sueño. Es lo cierto que dormí mal y me levanté quebrantadísimo, como si hubiera andado de guerra toda la noche con los duendes y a palos con el señor Riquez, cuya cabeza abrí como una sandía infinidad de veces.

Ya estaba el sol tan hermoso y campante enseñoreado del espacio, y ña Lujana, siempre vivaracha, de su cocina; y en mirándome a la cara, afirmó que llevaba trazas de insomnio y de malestar, aunque

quisiera disimularlo. La dije que no había tal, y que me diera un vaso de leche recién ordeñada, lujo que los de las ciudades no conseguimos por todo el oro del mundo, y ya vería cómo, al influjo de semejante tónico, me rejuvenecía todo lo que consentían mis muchos años, que suman ya sesenta, con un pico más bien largo que corto.

Entretanto, salí a pasearme bajo el emparrado, sediento de aire matutino, y paseándome y gustando la leche tibia y sabrosa, maduré mi plan de visita al señor don Quintín Fernández Igor. Porque, eso no, yo no me volvía a la capital (que había de volver por el tren de las dos de la tarde) sin conocer, sin ver de cerca al famoso don Quijotín, el loco justiciero. Paisano suyo, condolido de la terrible situación en que la fatalidad le había colocado, estaba obligado a llevarle el consuelo de mi piadosa simpatía, y a no dudarlo, el triste caballero, tan devoto siempre de toda pragmática cortesana, agradeceríame, con la efusión de que es capaz un alma, noble como la suya, que pasó por tal borrasca, esta ofrenda de un incógnito. Además, ungido periodista sobre el pavés por ña Lujana, no sería yo digno de tal nombre si no completaba mi información, llenando las lagunas que advertía, y cualquiera que no sea romo advertirá, en el extraordinario acontecimiento de General Ordenado.

Di, pues, cuantas instrucciones me parecieron útiles para mi viaje y para el almuerzo, punto este capitalísimo que mi estómago no podía descuidar, y habiéndome informado que en la comisaría se alojaba el preso, allá me encaminé sin más guía que mi me-

moria. Aun no habiendo estado nunca en el pueblo, lo conocía como mis manos, que el señor Riquez supo pintarlo con exacto colorido; y bajando la cuesta de *La Vizcachera*, vendados los ojos, habría traspasado el puente y recorrido la calle de en medio, saludando a mi izquierda, compasivo, el abandonado castillete de *Beauséjour*, y una vez en la plaza de los *paraísos*, la iglesia y el edificio de la municipalidad, sede de las autoridades vecinales.

Así fué, y sin tropezar con nada que me llamara la atención, ni a nadie llamársela, entré en el portal que debía de ser de la comisaría, porque lo leí en un escudo expuesto encima de la cornisa, y a un soldado o *milico* que con otros tomaba el sol sobre un banco, en postura incorrecta, pregunté si podía satisfacer mi pretensión sin menoscabo de la ordenanza. Cogió el tal mi tarjeta, luego de desperezarse, bostezar y hacerme repetir mi pregunta, como si él fuera sordo o yo tartamudo, y al fin se dignó llevar el recado a un escribientillo que fumaba, ambulando perezoso por el corredor... Debió de haber más consultas que en un consejo de ministros, pues allí me tuvieron, no diré sobre el banco de la paciencia, porque los soldaditos lo ocupaban todo y no se molestaron en ofrecerme un hueco, pero sí plantado gran rato, con resentimiento de mis piernas, que no son, por mi desgracia, las de un muchacho. Vino el *milico* de la embajada al cabo de Dios te salve, y me dijo que podía pasar *no más*: pasé, me recibió un mulatón que dejaba colgar de su diestra un llavero con cada llave que ni las de San Pedro, el cual me dijo tam-

bién que pasara *no más*, y pasando *no más*, pasé por el corredor, al que abrían las puertas de algunas oficinas, donde jefes y escribientes tomaban mate y echaban sus cigarritos, y ya llegaba al final, sobre el patio del fondo, cuando nos cruzó una dama enlutada, regordeta, a la que reconocí a pesar de que el velo y el pañuelo, confidente de su aflicción, le tapaban la cara.

—Sin duda—me sopló mi perspicacia—ésta es misia Deidamia, la contristada viuda de Germanías, que viene de traerle el consuelo de sus buenos días al pobre señor su padre.

Ya había abierto el mulato y me invitaba a pasar *no más*, pero antes quise yo que pasara mi tarjeta y así se lo rogué : como no cerró la puerta, pude ver una habitación muy decentita y clara, que nada tenía de calabozo, y a un hombretón de blusa, que pintaba delante de un caballete, el cual suspendió su tarea, leyó mi nombre en la cartulina, y mandó en seguida que entrara el señor Landín, con muestras de agasajo y contento.

Entré y vino a estrecharme la mano, tan fuertemente como lo hiciera el mejor amigo del mundo, apretón de cordial sinceridad y gratitud. ¡ Pero, si él conocía de mucho tiempo atrás al ilustre (si he de cumplir bien mis deberes periodísticos, estoy obligado a copiar fielmente cuanto me dijo, aunque proteste mi modestia), al ilustre autor de *Granos y gorgojos*..., diccionario el más sabio y entretenido y gracioso que se le ocurrió a filólogo alguno, y también de nombre, de renombre, a Luisa Landín, la educa-

cionista argentina, apóstol de la emancipación de la mujer, a quien su hija Deidamia admiraba mucho!

—Señor don Quintín — contesté devolviéndole agasajo por agasajo—, soy de Burgos; usted, manchego: quiero decir que somos paisanos, y de paso por este pueblo, no he querido dejar de expresarle...

—¡Muchas gracias! — repuso con veladura de voz—. No hay corazón generoso que no me acompañe en esta hora de dolor, sin que para ello influya la patria. A un padre, señor Landín, los que lo son y los que no lo son lo comprenden.

Arrojó paleta y pinceles, hizo que me sentara, y mientras yo estudiaba, a hurtadillas, su fisonomía fatigada, quedó él mirando el lienzo en cuyo trabajo hubo de interrumpirle, caritativa distracción que le apartaba de pensamientos penosos. Y dando una voz, exclamó de repente:

—¡Es el mismo! La cabeza de ese hombre, que tengo aquí metida; y toda vez que quiero pintar algo, como la pintura no es más que mecánica, mecánicamente lo retrato...

Miré y apareció esbozada la silueta de Riquez, patente, hasta con el mefistofélico adorno de sus pitones capiláceos.

Don Quijotín, con la cuchilla, rascó la pintura y trazó un chirlo de a cuarta en el odioso rostro.

—¡Es una obsesión! — dijo sombríamente, sentándose cerca de mí, mesilla por medio—. Y si no pinto, me entristezco, me desespero, porque no puedo leer...

Como si el rememorar lo pasado le produjera áspero placer, añadió luego:

—Habrá usted oído referir, señor y amigo, que lo maté por detrás, a traición, y esto para cualquiera, para un español, sobre todo, es baldón de infamia. Premeditación, alevosía, nocturnidad, otras tantas agravantes. Pues, lo mismo que expliqué en el sumario y que explicaré al tribunal que ha de juzgarme, se lo explicaré a usted, y todas esas agravantes se convertirán en atenuantes si el que me escucha, además de las entendederas indispensables, tiene el corazón en su sitio. Porque no se trata, en este caso desgraciado mío, de un burlador vulgar: burladores los ha habido siempre, pero del género de nuestro Tenorio, pícaro, pero caballeresco, pero creyente, pero noble, en cierto modo y medida; burlador del género francés moderno, de esa escuela que ostenta por divisa *vivre sa vie*, suma de todo egoísmo, cínico, ateo, anarquista, era el que pagó a mis manos sus iniquidades, y a un hombre así, a una fiera así, no se la puede atacar, para exterminarla, como lo demanda el bien común, la tranquilidad general, de otra manera que yo lo hice. A un tigre que invadiese las calles del pueblo, escapado de una jaula o de una selva, ¿iba usted a desafiarle arrojándole su guante a las garras? No, señor y amigo. Y tigre era aquel Arturo Riquez y Maltán de Pablos, en sentimientos y procedimientos, y como tigre había que matarlo. Yo lo maté, ¡bien matado está! Fué traidor, fué mancillador de honras, y su perversidad dió frutos dañinos; quiso vivir su vida a costa de la vida de los de-

más, y esto no es tolerable en ninguna sociedad organizada; yo le abrí las puertas de mi casa y de mi amistad, y él lo aprovechó para el desfogar de sus malos instintos. ¡Esto no es perdonable!

Se atusó la perilla gris y su mano temblaba. Mi actitud atenta parecióle de asentimiento, lo que le animó a proseguir:

—Planteado así el hecho, ya comprenderá usted, señor y amigo, que cuando mi desdichada hija Dorila, después de una entrevista suprema con el seductor, me confesó la verdad, no me vino a las mientes siquiera la idea de un duelo, idea ridícula, descalificado como estaba por sí mismo. Toda la sangre de Fernández y de Igores borbolló en mis venas, y siendo imposible la reparación, quise hacer efectivo el castigo, para lo cual, usando de mi derecho de ofendido, escogí el arma que más podía humillarlo y lo igualaba a otros malhechores, si no de su especie, de su cuerda: el palo. Y armado de un palo, de un garrote de *tala* formidable, lo busqué; andaba a monte, huído, y se comprende; y me interné en el monte, pronto a descargarle el primer estacazo sin darle tiempo a ponerse en guardia... No lo encontré. O me sentía y se ocultaba, o era yo mal lebrel. La indignación de la ofensa, la cólera mía, crecían con estas andanzas inútiles, y dijérase que al arma lacayuna e innoble que blandía, mayor pujanza, mayor fuerza destructora le prestaba la espera; que si la paciencia es virtud, la virtud es heroísmo. Si lo encontraba, allí donde lo encontrase, no habría menester más que de un solo garrotazo... Y así fué, señor y

amigo. En la tarde del 25 de agosto, ya más bien anochecido, lo encontré junto al arroyo; llevaba un caballo, ensillado, de las riendas, y según todas las trazas, como salió de lo más intrincado del monte, preparaba su fuga, y no aguardaba más sino la protección de la noche; se detuvo en la orilla, mientras bebía el caballo, y estando él de espaldas, me acerqué sigiloso y le descargué, con todas las fuerzas de que soy capaz, el palo en la cabeza. Dió un gran grito y cayó, la mitad del cuerpo en el agua, la otra mitad sobre la maleza, escapando el caballo, azorado. Yo lo volví, porque cayó de bruces, y ante su faz ensangrentada, le dije—: ¿Sabes quién soy, Riquez? ¿Sabes quién es el que castiga tus maldades? No soy Fernández Igor, el don Quijotín de tus burlas y de tu traición, ¡soy el brazo de Dios!—No podía hablar el réprobo, y sus ojos aterrados se clavaban en mí, cual si pidieran misericordia. Pensé que no era cristiano dejarle morir sin confesión, y corrí, corrí en busca de don Amadeo; llegué sin aliento a casa de don Amadeo, y avisé a la persona que me abrió, que no sé si era Ildefonso o era la criada, tan perdido estaba, que a orillas del arroyo, cerca del puente, al pie de *La Vizcachera*, había un moribundo que pedía la unción; y cumplido este deber, como yo era un vengador y no un asesino, me presenté a la autoridad. Al que mata el dragón que asolaba la comarca, se le premia, y debí ser premiado. La ley, que soy el primero en respetar y acatar, manda otra cosa, y aquí estoy. Júzgueme usted, señor y amigo. Júzguenme los hombres. ¡Júzgueme Dios!

Fatigadísimo, la emoción le impuso silencio. Yo no podía aprobarle, porque repugna a mi conciencia estas sentencias de la pasión en que se hace de juez y verdugo, usurpando funciones que, si cada cual se arrogase, buena andaría nuestra decantada democracia; pero, no me resistí a estrecharle la mano, compadecido, y el infeliz padre, tomando este alarde por aprobación muda, se conmovió hasta soltar el nudo de las lágrimas.

—¡ Desgraciado de mí !—murmuró—. ¡ Desgraciadas mis hijas !

—Señor don Quintín—argüí yo lastimososo— : las acciones humanas tienen sus matices, no son uniformes, y al que juzga corresponde sutilmente calificarlas. La ley no es vara inflexible que mida a ras de todo delito, ni el juez un señor miope que en un librote que se llama Código va deletreando en cada columna lo que está estatuído para aplicarlo a ciegas. Confíe usted en la sabiduría, en la alteza, en la sagacidad, en la humanidad de la justicia, que ella ha de saber diferenciar a un padre que mata porque le robaron la honra de su hija, del que despojó a otro de la vida por despojarle de la bolsa.

—Sí confío, señor y amigo—contestó él, enjugándose los ojos con la mano rápida— ; pero, a veces... muchas veces, en todas las que al cabo del día flaquea el justo, ¡ dudo, sí, señor, dudo !

En esto abrieron de fuera la puerta, y el mulato del llavero concedió la entrada a un figurón de negras vestiduras, grandote e inconfundible, el señor cura, don Amadeo. Nos pusimos de pie, y don Qui-

jotín, siempre atento, me presentó con mucha cortesía, y dijo:

—Don Amadeo di Longo, cura de esta parroquia.

Hice la flexión de espinazo que ordena la urbanidad, y quedé complacido de lo simpático que era el tal don Amadeo, cuya sanguínea carátula, de rasgos burdos y plebeyos, irradiaba salud y la alegría interior del que vive a gusto con sus deberes y con su conciencia. Depositó la teja sobre la mesilla, nos estrechó las manos harto familiarmente por lo efusivo y violento, y preguntó cómo andaban los ánimos del querido amigo prisionero, al que no dejaba de visitar cada mañana después de la misa.

—Bien, bien—respondió el triste—, gracias a este señor compatriota, que me ha hecho la limosna de venir a verme.

—Es obra de misericordia muy meritoria, *ecco*—apoyó amablemente el sacerdote.

—El señor de Fernández duda — dije yo—, duda de...

—¡Oh, oh! ¡señor don Quintín!—exclamó antes de que acabara mi frase—; más vale creer que dudar: la duda es estéril, la fe hace milagros. *Ecco.* ¿Y de qué duda el pobre amigo?

—De que se le haga la justicia debida y se le juzgue como a un hombre que mató a otro, sin excusas morales, imperativas.

—David mató a aquel gigantazo enemigo de Dios, y era un santo rey—argumentó don Amadeo palmeando en el borde de la mesa como lo haría en el púlpito—, y Sansón mató, y mataron los Macabeos,

servidores todos de Dios. Es cierto que el quinto mandamiento nos manda: No matarás... pero, ¿hizo bien o hizo mal el santo rey en dar muerte a Goliath? Y viniendo al caso presente: ¿hizo bien o hizo mal don Quintín en dar muerte al Satanás casero, de cuya maldita presencia veníamos disfrutando de tres años acá? Así, escuetamente, no puede contestarse a la preguntita. Bien, nunca, indudablemente, categóricamente; mal... como sacerdote, declaro que sí; como hombre, prefiero abstenerme de dar mi opinión. *Ecco*. Pero, hay un pero muy amplio, señor mío; usted es forastero, y no está enterado, desde luego, de ciertos antecedentes, de éste principalmente: ¿sabe usted que el acto de don Quintín, reprochable y todo, contribuyó a la conversión *in extremis* del réprobo? Oiga usted: cuando en la noche del 25 de agosto llamaron a mi puerta para que llevase los sacramentos a un moribundo desconocido, estaba yo a la mesa todavía, y como no se me dijo quién era el del aviso, dudé si sería broma irrespetuosa de algún malintencionado.—Es un hombre todo negro, al que no he reconocido — informó Ildefonso, mi sobrino, que no es muy despierto el pobre. Y como el ama del cura Magro de la leyenda, la que me sirve me advirtió, con susto, que no saliera—. ¡Un hombre negro! Sin duda el que se está muriendo a orillas del arroyo es el demonio. No salga usted, señor cura, y con esta noche—. Salí, por lo mismo, tan empeñado en ello como el astur de santa memoria, y armado de la linterna que uso para estos casos, sobre el ala poderosa del viento marché, en un revuelo, a

la orilla del arroyo, dispuesto á recorrerlo todo en sus dos márgenes si fuese preciso. No fué preciso. Pronto di, sorprendido, con el cuerpo casi sin vida del endemoniado señor de *La Vizcachera*, el ateo, quien, al resplandor de la luz que le acercaba, gimió dolorosamente. Comprendí que estaba en las últimas y no había tiempo que perder—. Señor Riquez—le dije—, ¿se arrepiente usted de todos sus pecados? ¿Cree usted en Dios y en los misterios de nuestra santa Madre la Iglesia?—El moribundo abrió y cerró los ojos, por no poder en otra forma decir que sí. Le puse sobre los labios mi mano consagrada y sentí en ella la ligera presión de un beso, el beso del arrepentimiento y del perdón—. *Ego te absolvo*... —murmuré, ungiéndole conmovido—. A aquella hora, en tal sitio, en circunstancias tales, trágicas, providenciales, me sentí feliz de haber salvado un alma más. ¡Y qué alma, señor mío! ¡y qué victoria! Pues, esta victoria, ¿la habría realizado, tan grata para un misionero católico, sin el acto, que la facilitó, del señor Fernández-Igor? Téngasele, pues, en cuenta, al juzgarle, como sin duda Dios, en el día supremo, se lo tendrá.

Don Quijotín, que había escuchado, gacha la cabeza y secándose tal cual vez los ojos con la mano, se dirigió suspirando al caballete.

—Ustedes me permiten, ¿verdad?

Había recogido la paleta y los pinceles, y pintaba febril. A cada trazo valiente, la cabeza del otro, del muerto, renacía del fondo borroso de la tela, y era

él, Riquez, impetrando perdón de don Amadeo, confesando sus culpas y arrepentido.

Abstraído el pintor, no se daba cuenta de la evocación. Y vuelto en sí, de pronto, con la cuchilla en alto se lanzó sobre el bastidor y lo partió de un solo tajo.

¡ El, siempre él ! ¿No había medio de substraerse a esta obsesión?

—Sí, hay uno—dijo paternalmente el cura—, y es que no pinte usted de memoria. *Ecco*. Busque un modelo que satisfaga a la idea que desea representar, y como aquí no es fácil... ¿quiere usted, amigo mío? Yo me ofrezco con mil amores. No sé si mi tipo encarnará bien un apóstol, un San Felipe Neri, un San Francisco Javier... Eso sabrá usted arreglarlo a maravilla, y me hermoseará e idealizará todo lo necesario. ¿No es mécanica la pintura? Pues poco ha de costarle afinarme el perfil, por ejemplo, y a estos carrillos míos, tan bastos y colorados, darles el aspecto ascético que exige el personaje. Con mucho cromo y mucho verde y bastante azul, en sabia combinación con blanco, el perejil de la pinturería, cátate todo hecho. Precisamente, si gusta usted de la nota vistosa y de los detalles llamativos, tengo yo una sobrepelliz de encaje y un terno rojo, de moaré, bordado en oro, de realce, obsequio de mucho gusto y valor, de misia Justita Esquendo... ¡ una verdadera preciosidad ! Sí, señor don Quintín ; abandone usted los asuntos profanos y aborde los religiosos, manantial de inspiración de los grandes pintores antiguos.

Y don Quijotín sonreía, infantilmente. Eso, sí,

sí. ¡ Excelente idea ! Pero, nada de santos ; que el arte moderno, contagiado de descreimiento, de tibieza, ya no es capaz de interpretar, y así, los santos que salen de sus manos sacrílegas, parecen buenas personas, que se aburren o piensan en musarañas. Otra cosa más real y también con su idealidad dentro, con su filosofía sagrada y eterna : esa escena de que hablaba el padre hacía poco, la muerte de Riquez, la muerte de Satanás, el mal vencido por el bien y por la verdad, la representación de la leyenda del Cura Magro ; y para eso no hacía falta cambiar el aspecto de las cosas, sino presentarlas con sus propios rasgos ; que el señor don Amadeo poco se llevaría, en las trazas, con el asturiano, y en el fervor, en la fe, en el convencimiento de la santidad de su misión y de lo trascendental de la victoria, seguramente lo igualaba y acaso lo superase. De esta suerte, aprovechaba también la fatal destreza de su pincel en copiar la fisonomía del muerto, tan característica. Ya veía la escena, tal cual sucedió, tal cual iba a expresarla en el lienzo : las tintas del anochecer, la ciénaga del arroyo, el cañaveral, las dos figuras negras, una tendida, la otra inclinada, la linterna, la santa ampolla, y todo envuelto en una penumbra melancólica y misteriosa, sombras borrosas de pesadilla.

Sobre la tela desgarrada marcó líneas y puntos, esbozó siluetas, sacudido del deseo creador y tiránico. ¡ Oh arte benéfico ! ¡ Oh trabajo consolador ! Don Quijotín se olvidaba de sus propias miserias, y plenamente entregado a su pasión, se olvidó de nos-

otros... Yo aproveché de ello para despedirme, y con sendos apretones de manos lo traje de nuevo a la realidad. Muy emocionado, no sé si por morder el pincel, que sostenía entre los dientes, o porque el despertar le embargase, mudó de voz para decirme:

—Si pasa usted por el Trigal, lleve mis recuerdos a Dorila. No hay necesidad de que le diga dónde vive. Bastará con que usted piense en mí, y el aire sólo conducirá el mensaje.

Contesté que así lo haría y que volvería a visitarlo donde Dios quisiera. Nublósele la mirada y me acompañó hasta la puerta con el cura, tan agradecido él y tan corteses los dos, que me obligaron a unir con ambos las manos, en interminable lazo.

Salí, abrumado de pensamientos. En el corredor paseaba todavía el escribientillo perezoso, y el mulatón me esperaba, impaciente; los soldaditos del banco allí estaban, tan descansados, y en la plaza, grupos de jóvenes domingueros atisbaban el paso de las últimas devotas que salían de la iglesia. En la puerta de su tienda, don Bonora, el pulpo italiano que decía ña Lujana, cuyos tentáculos abrazaban hasta los extremos del pueblo, exponía su barriga hidrópica, odre relleno de concupiscencia y adquisividad invasora.

Un sol de fiesta centelleaba radioso. Delante de mí, las mariposas, como pétalos de flor que arrancara el aire, aleteaban en amorosos giros; cantaban los jilgueros en las ramas floridas de perales y naranjos, y los *churrinches*, los de la linda pechera escarlata, se perseguían rabiosamente sobre las tapias.

Embriagado por la generosa onda primaveral, todo palpitaba, cada ser *vivía su vida*, que decía don Quijotín, y, sin duda, a costa unos de otros, y acaso unos en menoscabo de otros, en guerra los buenos con los malos, y no siempre vencido el malo y triunfador el bueno, quizá, para desesperación del loco justiciero, vencido el bueno y humillado.

No fué mi voluntad; fué el azar quien me llevó a orillas del arroyo por la *senda de la virtud*. La reconocí por lo pedregosa, lo difícil y lo intransitable. Desde la altura que forma el ángulo del parque de *Beauséjour*, miré a la margen opuesta, y, cual si pidiera auxilio o demandara una oración, vi emerger entre las cañas los brazos negros de la cruz... Parecióme que me llamaban, que me hacían señas, alguien que cayó en el lodazal, y sumergido, preso de los pies en el fango, mientras sonreía arriba la vida, perdía fuerzas y esperanzas. No traía mucha agua el arroyo y podía vadearse; pasé del otro lado, sin más peligro que el de la mojadura de mis botas; huyó una bandada de patos que en un remanso se bañaban, y las cañas, como voluntades humanas que se doblegan servilmente bajo la planta del poderoso, se inclinaron, se abatieron, y ofreciéronme duro tapiz unas, mientras las demás me presentaban armas.

Hundida en la charca, la cruz estaba como echada de espaldas. Es posible que, comida de podredumbre en su base, frágil madero pintado de negro, muy pronto desaparecería y con ella el recuerdo que se pretendió eternizar en aquellas letras blancas, que de-

cían : *Arturo Riquez y Maltán de Pablos. Rogad a Dios por él...*

Me descubrí, y frases deshilvanadas de oraciones de mi infancia acudieron a mis labios. Había cerca una mata con florecillas humildes, y las cogí y las puse en la cruz, entre los brazos abiertos para el perdón ; pero el aire, obedeciendo a extraño mandato, agente de rencor implacable, las arrebató, las dispersó y las arrojó a la corriente ; no las consintió que sobrenadaran mucho espacio, y aguas abajo, en el remolinear de una hondura, las sepultó para siempre. Emblema de una existencia de egoísmo, sobre la lisura del agua no quedó rastro.

—¡ Júzguelo Dios ! ¡ Juzguen los hombres !—murmuré, repitiendo las palabras del prisionero, aquella su desesperada y angustiosa invocación a la justicia.

Y de pronto, percibí un rumor de alas en lo alto, y sobre la pardusca mole de *La Vizcachera* pasaron dos palomas, y eran blancas las palomas, y si no llevaban en el pico ramo de olivo, yo se lo fingí ; que para eso y para mucho más la imaginación tiene el mismo poder maravilloso que el pincel de don Quijotín.

FIN